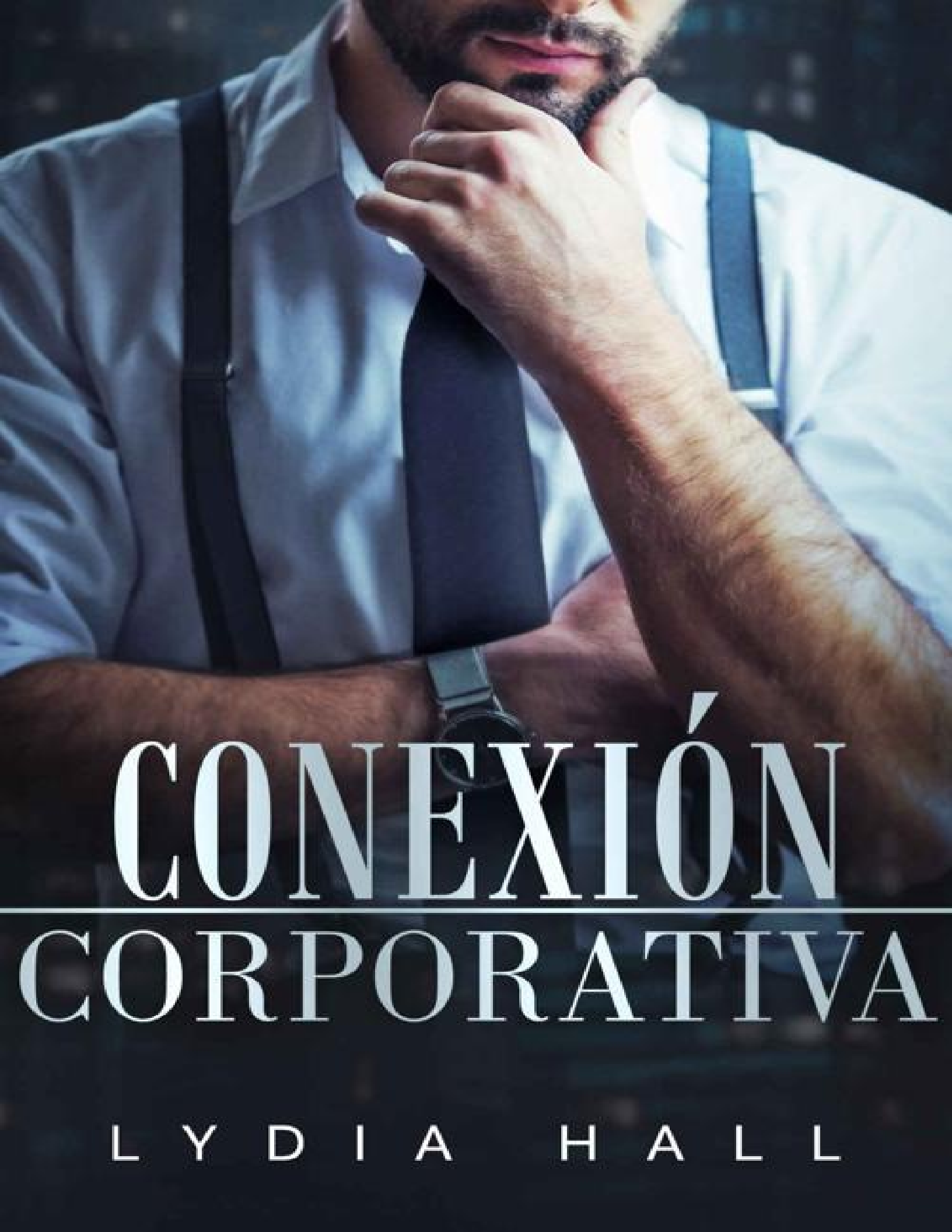


CONEXIÓN CORPORATIVA

LYDIA HALL

CONEXIÓN CORPORATIVA

LYDIA HALL

Copyright © 2024 por Lydia Hall

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos

ÍNDICE

Blurb

1. Alexia Taylor
2. Ethan Daniels
3. Alexia
4. Ethan
5. Alexia
6. Ethan
7. Alexia
8. Ethan
9. Alexia
10. Ethan
11. Alexia
12. Ethan
13. Alexia
14. Ethan
15. Alexia
16. Ethan
17. Alexia
18. Ethan
19. Alexia
20. Alexia
21. Ethan
22. Alexia
23. Ethan
24. Alexia
25. Ethan
26. Alexia
27. Ethan
28. Alexia
29. Ethan
30. Alexia
31. Ethan
32. Alexia
33. Ethan
34. Alexia
35. Ethan
36. Alexia
37. Ethan
38. Alexia
39. Ethan
40. Alexia
41. Epílogo

BLURB

En nuestro bufete de abogados había un solo puesto de socio por cubrir.

Y yo *no* iba a dejarle ganar sin combatir.

A menos... que él ganara primero mi corazón.

Tengo que admitirlo: él estuvo muy cerca.

Se ganó mi corazón cuando me abrazó, jurando que nunca me dejaría marchar.

También lo tuvo cuando caí en su cama.

Y luego lo tuvo cuando dijo aquellas tres palabras.

Pero, en algún momento, tenía que enfrentarme a la realidad.

Estábamos metidos en un problema muy, muy grande.

Nuestra relación estaba prohibida, completamente ilícita y equivocada.

Diablos, ni siquiera podía decidirme sobre si le quería o le odiaba.

El lío era real.

La rivalidad era real.

Pero había algo que era aún más problemático.

La prueba de embarazo que dio positivo.

¿Podría un *bebé* por nacer convencernos de que dejáramos de ser enemigos y lucháramos contra el mundo para poder ser una familia?

ALEXIA TAYLOR

Hoy es el día, pensé mientras miraba críticamente mi reflejo en el espejo, como mínimo por tercera vez. Naturalmente, quería un atuendo que expresara *profesionalidad, inteligencia, capacidad y una pizca de no te metas conmigo.*

La luz que entraba por el ventanal rebotaba en las paredes blancas e iluminaba el lugar donde me encontraba. Parecía quien aparece en la portada de una biblia para niños, bañada por la luz del cielo. Yo era una chica de falda lápiz y tacones de aguja. Mi ex me dijo una vez que mi culito prieto - fueron sus palabras, no las mías - estaba hecho para una falda de tubo ceñida y que mis piernas deportivas marcaban la línea perfecta. Así que pensé "si no está roto, no lo arregles".

Era un día importante. Mi entrevista con los socios principales un mes antes había ido mejor de lo esperado, así que cuando me devolvieron la llamada, supe que había dado en el clavo. Barnes, Cromwell y Asher LLP era un bufete de abogados con una reputación excelente. El hecho de que me hubieran ofrecido un puesto era la afirmación del duro trabajo al que me había dedicado desde que estaba en el instituto. Mis dos pasiones eran los libros y el deporte. Aún tenía unas cuantas cicatrices en las espinillas, consecuencia de un ocasional disco de hockey sobre hielo.

"¿Qué haces ahí dentro? Lo que antes era tu humeante café caliente ahora está helado. Será mejor que no te hayas vuelto a cambiar". La voz de Jenna resonó por el pasillo desde la cocina. Mi mejor amiga tenía excelentes pulmones. Con un grito bien lanzado era capaz de quitar la pintura.

"¡Ahora voy!" Le grité antes de arreglarme la coleta, comprobar mi maquillaje y coger el maletín.

Mi madre era soltera y trabajaba las veinticuatro horas del día para mantenerme en el estilo al que preferiría no haberme acostumbrado. Pero se esforzaba al máximo, bendita sea, y yo la quería por ello.

Mi padre era un mocoso con un fondo fiduciario que corrió tan rápido, como se lo permitieron sus zapatos de diseño, cuando mamá le dijo que estaba embarazada. Así que, después del colegio, cuando llegaba a casa, me ponía a ver reposiciones de series de detectives y abogados de los años 80. LA Law y Matlock eran mis favoritas.

Sabía que estaba un poco pasado de moda, pero me encantaba el maletín de cuero que llevaban los agentes de la ley de la pantalla. Así que, cuando acumulé suficiente dinero de trabajos a tiempo parcial en la universidad, me compré el mío.

Jenna estaba sirviendo huevos revueltos en dos platos cuando por fin salí de mi habitación.

"Vaya, te ves bien", dijo después de lanzarme un silbido de lobo. "Tardaste bastante", sonrió. "¿Tocino?"

"¿Bien? Eso lo diría mi abuela... bueno, si tuviera una".

"Perdona. Tienes un aspecto agresivo con la justa dosis de sensualidad. ¿Tocino?"

"Sí, por favor. Hoy necesito todas las proteínas que pueda".

"Tranquilízate. Solo tienes veintisiete años. Tienes tiempo de sobra para conquistar el mundo. Si eso te sirve de ayuda, tardaré solo dos minutos en cortar ese trozo de filete crudo que hay en la nevera", añadió Jenna con sarcasmo.

"No será necesario, gracias. Pero me encantaría una tostada".

"Si piensas ser así de autoritaria en el trabajo, te irá muy bien".

Jenna y yo habíamos vivido muy cerca la una de la otra cuando éramos niñas. Ninguna de las dos tenía dinero, por eso nos dejábamos la piel para llegar a donde anhelábamos estar. Formábamos la pareja perfecta: yo, la intelectual, y ella, la creativa.

"Recuérdame otra vez por qué dejaste un puesto perfectamente bueno en tu último bufete", preguntó Jenna antes de tragar sus huevos.

"Ya sabes por qué", dije mientras untaba una tostada en mantequilla. "No iba demasiado rápido a ninguna parte. Claro que ocupaba la cima de la lista, pero no había forma de que su alteza, William Duval, socio principal y narcisista de talla mundial, considerara a una mujer para el puesto de socia."

"Es una locura pensar que, en los tiempos que corren, todavía haya miembros del Old Boys Club que consideren a una mujer como la señorita que debe estar en casa, horneando galletas y sacando adelante a un ejército de niños", resopló Jenna.

"Estás sermoneando a los conversos, Jen. Ya lo he superado. La *zanahoria* que mis nuevos jefes colgaron delante de mí, fue el empujón que necesitaba para darle una patada a ese Neanderthal".

"Me sorprende que hayas conseguido salir de allí viva. Me imagino que Duval debía de estar bastante cabreado. Nadie quiere perder a su mejor abogada", dijo Jenna.

"Digamos que supongo que estoy fuera de su lista de regalos de Navidad. En fin, ya basta de hablar de mí. Me vendría bien cambiar de tema. ¿Cómo es tu nuevo cliente? He oído que la gatita tiene garras".

"Lo que me preocupa son sus dientes. Ella es una verdadera mujer amazona, ni siquiera el "Sr. Amazona" se entromete en su camino cuando decide lo que quiere. ¿O debería decir lo que necesita?"

"¿Cuál es su presupuesto?" Pregunté.

"Menuda vergüenza, Alex. Ya sabes que una mujer educada jamás lo cuenta", murmuró entre dientes con la boca llena de tostadas.

"Venga ya. Suéltalo".

"Doscientos cincuenta mil pavos".

¡"$250 000! Yo digo que dejemos que la mujer se quede con lo que quiera".

"Estoy de acuerdo. Su marido gana lo suficiente para invertirlo diez veces".

"Suena como si tuviera poco dinero".

"Te lo aseguro. Además, hay un asunto muy delicado: la escandalosa relación con su asistente personal. Ahora camina sobre hielo delgado". Jenna esbozó una sonrisa pícara.

"Qué suerte tienes", me reí.

"Si no fuera por los maridos mujeriegos con bolsillos profundos, estaría vendiendo baratijas del maletero de mi coche para sobrevivir".

"Te entiendo, chica, lo mismo digo por aquí".

El piso de Jenna y el mío bien podría estar en otro planeta, comparado con nuestras viviendas de antes de la carrera. Recordaba con cariño la primera vez que entramos en aquel espacio diáfano, mareadas de emoción por nuestro "éxito". La zona era lujosa, los vecinos borrachos no golpeaban las paredes delgadas como el papel y no teníamos que escuchar cómo Candy satisfacía a sus caballerosas visitas noche tras noche. Sí, señor. Ahora estábamos a la última.

Miré el reloj de la pared de la cocina. Tenía que salir dentro de diez minutos para llegar a tiempo a la oficina. Los retrasos eran un pecado en mi mundo.

Coloqué en el fregadero el plato y la taza llena de café frío, mi peor café.

"Gracias por preparar el desayuno, Jen. Me has salvado la vida".

"De nada. Será mejor que me llames desde el trabajo y me avises si sale algún hombre atractivo", Jenna soltó una risita mientras yo rebuscaba las llaves del coche.

"Joder. Hoy no. ¿Has visto mis llaves?" Pregunté y pillé a Jenna poniendo los ojos en blanco.

"¿De verdad? ¿Otra vez? No entiendo cómo puedes ser tan meticulosa cuando se trata de pleitos, pero te dan un manojo de llaves y te conviertes en tonta".

"Sí, sí, lo sé. Deja de disfrutar con esto y ayúdame a encontrar mis llaves, sabionda".

"Es un bolso nuevo, ¿verdad?". Jenna señaló mi adquisición de bolso de diseño.

"No es momento para preguntas tontas, Jenna".

"Oooh, Alexia. Lo único que quiero decir es que tu nuevo bolso tiene más compartimentos que unos pantalones militares de combate. ¿Los has comprobado todos?".

Jenna tenía razón. Así que dejé el bolso sobre la encimera de la cocina y fui abriendo los compartimentos interiores hasta llegar al último. Y allí estaban.

"Siempre en el último sitio donde miras", sonreí.

"Ajá. Hasta luego, *Consejera*. Buena suerte".

"Jaja, gracias, a ti también".

Sí, estaba un poco nerviosa, pero la ilusión de empezar a trabajar en un caso me impulsó a seguir adelante. El trayecto hasta mi nuevo despacho fue sustancialmente más corto, otra ventaja. El tráfico estaba como estaba. Aproveché el tiempo en el coche para reflexionar sobre el objetivo profesional que me había fijado. Mi vida amorosa era inexistente, lo que me dio tiempo de sobra para dedicarme, por completo, a mi ascenso profesional. Claro, echaba de menos la excitación de conocer a alguien nuevo, la emoción del primer beso, el orgasmo alucinante que se monta con un nuevo amante.

Pero bueno. Me compraba zapatos para llenar aquel hueco. El aparcamiento subterráneo estaba desierto - razón de más para llegar temprano a la oficina. Era la primera vez que estaba allí. Había aparcado en la calle en mis primeras entrevistas y en las siguientes. Aún no tenía mi propio sitio, pero confiaba en que eso iba a cambiar. Al fin y al cabo, los socios no se andan con rodeos esperando un sitio, sean jóvenes o no.

Bien, allá vamos, Alexia. ¡Empieza el espectáculo!

La entrada al edificio estaba exquisitamente amueblada. Había aprendido un par de cosas de Jenna sobre ese tipo de cosas. Tonos suaves para que los clientes se sintieran a gusto. Monogramas dorados y llamativos para infundir confianza a los abogados civilistas. No se trataba de un antro en el que la secretaria se hacía la permanente en los años 80 y los abogados, con el café y las camisas manchadas de sudor, gritaban en los auriculares. Todo era de primera clase.

El guardián situado tras la cristalera asintió y me sonrió mientras escaneaba mi tarjeta identificativa. Me sentí aliviada cuando el botón parpadeó en verde. Me sentí mejor cuando me dirigí al ascensor, que me llevó a la planta a la que llamaría mi hogar lejos de casa durante muchos años felices. Me sentía optimista.

Las puertas del ascensor se abrieron lentamente y entré. Los sonidos relajantes de un arroyo burbujeante y el canto de pájaros exóticos me dieron la bienvenida. Qué excelente comienzo de día.

ETHAN DANIELS

La pelota de squash rozó mi nariz. Carl estaba en forma. Por otra parte, un partido con mi mejor amigo nunca era tranquilo. Había bolas contra la pared y manos sudorosas contra el cristal. Eran las 7 de la mañana y mi día en la oficina se acercaba cada vez más.

La abogacía no era una carrera para gente de modales moderados. Mi actitud despiadada me llevó lejos. Estaba a punto de ascender a *socio partner* en el bufete de abogados en el que llevaba cinco años trabajando como un esclavo y pateando traseros en los juicios. Era el abogado en prácticas con más experiencia en Barnes, Cromwell y Asher LLP. Hice todo lo necesario para llegar a lo más alto, excepto besar culos. Detestaba a los chupaculos. Mi éxito en los tribunales decía mucho de mi competencia como abogado.

"Te estás volviendo un poco lento, colega", instó Carl. "¿Cansado de estar en la cola?".

"Yo diría que bastante cansado de hacer la cola", repliqué, y golpeé la pelota tan fuerte como pude contra la esquina de la pista. La pelota rebotó y se detuvo justo al lado de Carl.

"¡Gilipollas!" Gritó. "¡Si no puedes ganarles, haz trampas!".

"¡Ja! ¿Quién es lento ahora?"

"Será mejor que acabemos con esto", dije, "tengo que subir. Si no empiezo con mis notas sobre el gran caso, será mejor que haga las maletas".

"Por favor. Los socios nunca se desharán de una gallina de los huevos de oro como tú. No funciona así".

Carl no se equivocaba. Pero trabajar duro nunca dañó a nadie. El juzgado estaba en la segunda planta, a cuatro pasos de mi despacho. Me sentía vigorizado tras un intenso esfuerzo físico.

"Vale, vamos a las duchas", sonrió Carl. "No creas que voy a dejarte libre solo porque hoy estés lento".

"No estoy lento", sonreí, "estoy distraído. ¡Qué suerte tienes!

"Cómprame un expreso y fingiré que no acabas de decir eso".

"¿Comprarte? Tengo una maquinita italiana muy ingeniosa en mi despacho. Admitámoslo. Paso más tiempo allí que en ningún otro sitio".

"Hablando de cualquier otro sitio", dijo Carl mientras salíamos del tribunal, limpiándonos la frente empapada, "¿cuándo estuviste por última vez visitando a tus padres?".

"No empieces. Mi madre ya me da bastantes palizas. Pero tiene razón. Hace tiempo que no voy al rancho".

"¿Cuál es tu definición de tiempo?"

"Ocho meses".

"Debería darte vergüenza, abogado. Tu madre vive para sus hijos. Te adora, niño ingrato", se burló Carl.

"No ayudas".

"¿Cómo está nuestra pequeña *petardita*?".

"¿Sarah?"

"Sí, Sarah. ¿Quién más?"

"Ya deberías saber que mi hermanita nunca está desanimada. Está triunfando en la universidad. Seguro que ya es amiga de todo el campus".

"Es adorable, Ethan. Siempre la veré como ese pequeño *sismo,* de cara con pecas, que entra y sale corriendo del aspersor".

"Se hundiría bajo tierra si te escuchara", me reí.

"Las próximas Navidades. Mi mejor regalo".

"Cuidado con su gancho de derecha. No digas que no te lo advertí".

"Tomo nota, amigo".

"Dado tu buen humor y receptividad de hoy, que anoche pasaste un buen rato", dije, sonriendo.

"Si consideras a Sandy 'un buen rato', entonces sí".

"*¡Sandy!* ¿Sandy, la psicópata?" Dije, sacudiendo la cabeza.

"La misma, aunque ha cambiado".

"¿Qué, de dragón que escupe fuego a serpiente venenosa?". dije, poniendo los ojos en blanco.

"No, de verdad. Sandy se ha calmado mucho".

"Vale. Dudo que sepas en lo que te metes, como siempre, pero ya eres mayorcito. Si tienes la energía para sus rabietas y el dinero para arreglar tus coches rayados, entonces te doy el poder".

"Lo tendrás si alguna vez la has visto en la cama, colega", sonrió Carl. "Es un once".

"Idiota cachondo", me reí entre dientes.

"Y algo más".

Carl y yo nos dirigimos al ascensor tras una refrescante ducha. Estábamos inmersos en una conversación cuando se abrieron las puertas. En cuanto levantamos la vista, dejamos de hablar. En el interior del ascensor, parecido a una selva ecuatoriana, había una mujer despampanante, con falda lápiz y tacones de aguja. No me fijé en mucho más que en sus piernas.

Carl y yo entramos, pero no antes de que él hiciera uno de sus característicos comentarios inapropiados, por supuesto. La mujer no dijo nada, pero sentí que el disgusto silencioso e irradiado me abrasaba la nuca mientras permanecía de pie frente a las puertas plateadas. Mantuve la mirada al frente. Carl siguió hablándome como si no hubiera pasado nada. Abrió la boca para cambiar de pie y siguió hablando.

A los que no estaban familiarizados con el chiflado sentido del humor de Carl se les pusieron los pelos de punta con bastante rapidez. Prácticamente decía lo que se le pasaba por la cabeza. Pero, a pesar de todas sus deficiencias sociales, Carl era un maldito genio con el dinero. Se le consideraba fácilmente uno de los mayores expertos en su campo, los bancos de inversión. Todo lo que tocaba se convertía en oro. Por desgracia, su riqueza parecía atraer a los locos y a las mujeres trepas. Menos mal que a Carl no le interesaba casarse.

Me hice a un lado cuando se abrieron las puertas del ascensor en la sexta planta para dejar pasar a la mujer. Mi madre me mataría si me comportara como un Neanderthal. Me dio las gracias fríamente y se dirigió hacia la recepción. No podía dejar de mirar su figura. No podía verle el culo cuando estaba de pie frente a nosotros en el ascensor. Ahora que se alejaba, no me decepcionó. Tenía un culo que volvería loco a cualquier hombre.

Me pregunté quien era ella. Era demasiado atractiva para ser una abogada con un lápiz en la mano. No vi ropa gris, ni zapatos bajos poco atractivos, ni llevaba el pelo recogido en un moño de viejita. ¿Quizá era la nueva empleada temporal, o los socios decidieron por fin conseguirme otro par de manos para que me ayudaran con el papeleo de la batalla judicial que se avecinaba? En cualquier caso, era bueno tener a alguien interesante en la oficina, otra cosa positiva que me alegraba el día.

"Vaya, hola, qué guapa", oí que Carl se desmayaba. Estaba besando la mano de mi asistente personal, Emma. Ella puso los ojos en blanco, le sacó la lengua y siguió tecleando.

Heredé a Emma cuando empecé en el bufete. Era amable, muy eficiente y no aceptaba ninguna gilipollez de nadie, ni siquiera de mi amigo. Joder, ¡adoraba a esa mujer!

Al principio, mi mejor amigo y mi fiel ayudante, Emma, eran como James Bond y Moneypenny. Sin embargo, con el paso del tiempo, al igual que con Bond y Moneypenny, Emma pronto comprendió el sentido del humor de Carl.

"¿No tienes trabajo que hacer, Sr. Banquero de Inversiones?". Preguntó Emma a Carl.

"¡Emma! Empiezo a pensar que has perdido el flechazo conmigo".

"No. Simplemente estoy cansada de aguantarte", dijo ella con una sonrisa pícara.

"Deja a esa pobre mujer hacer su trabajo, canalla. Un café rápido y luego tengo que ponerme las pilas", le dije a Carl y abrí la puerta de mi despacho. Él guiñó un ojo a Emma y me siguió a mi sala del trono, como a Emma le gustaba llamarla.

"Así que", empezó Carl una vez tomado el expreso, "¿quién es ese gran cliente tuyo? ¿A qué viene tanto misterio?"

"Digamos que es un tipo extraño", sonreí.

"Ah, ya veo. Boca cerrada, ¿eh?"

"Te lo diría, Carl, pero tú no sabes guardar un secreto".

"¿Qué demonios, colega? ¿Qué quieres decir?" Carl se llevó la mano al pecho como si acabara de dispararle una flecha.

"Vamos. No puedes guardar un secreto ni para salvar tu vida".

"Vale, ahí me has pillado. Aun así, antes lo compartíamos todo".

"Ajá. ¿Como Mandy?"

"Te dije que eso fue un accidente, bebé llorón. No tenía ni idea de que te gustaba".

"Por suerte para ti, soy un tipo que perdona", dije y terminé el último bocado de mi expreso.

"Sé cuándo me he pasado de la raya", se rió Carl. "Gracias por el café. Oh", dijo mientras se paraba junto a la puerta, "haz flexiones, joder. No puedo soportar otra mala experiencia en la pista de squash".

"¡Vete a la mierda!" Me reí mientras él cerraba la puerta tras de sí.

Me senté detrás de la mesa y abrí el ordenador. Me esperaba un día ajetreado, así que consulté mi calendario. Me alegré bastante cuando los socios principales me dieron carta blanca para elegir a mi equipo para el próximo caso. Nuestro bufete tenía que encargarse del más importante en mucho tiempo, así que había que poner toda la carne en el asador.

Pulsé el timbre de la línea interna y, como por arte de magia, apareció mi asistente.

"Emma, por favor, ¿podrías programar una rápida reunión en la sala de juntas con el equipo para esta tarde? A las 14.00 me viene bien".

"De acuerdo".

Rápido y sencillo. *Trabajo hecho.*

Había repasado mis apuntes y los precedentes judiciales durante el fin de semana. Nada me irritaba más que un idiota sin preparación, divagando sobre nada. No toleraba la impuntualidad ni la apatía de mis compañeros. Mis padres me enseñaron a hacer las cosas bien o a dejar la tarea.

Crecí en un rancho de Montana, lo que hizo de mí un niño bastante duro. Cuidar de caballos y vacas no es un paseo ligero por el parque. A menudo me iba a la cama con las piernas doloridas y las manos callosas. Pero cuando mamá me ponía delante un plato de chili, me olvidaba por completo del dolor. A mi hermana, Sarah, le pasaba lo mismo. Estudiaba Odontología. ¿Por qué? No sabría decirlo. La idea de hurgar en la boca de la gente me erizaba la piel. A los caballos, bien, pero a la gente, no, gracias.

"Emma", volví a llamarla. "Por favor, perdona que te moleste, pero me muero de hambre. ¿Te

importaría ir a Giovanni's y traerme un bocadillo, por favor?".

"No hay problema, jefe. Tengo que salir de todos modos".

"Estupendo. Gracias".

Pensé en la espectacular rubia de piel perfecta y en sus penetrantes ojos verdes. Más allá de la rabia que relampagueaba en sus charcos de fuego, sus ojos eran profundos, como los de alguien que ha pasado por muchos desafíos.

Me intrigaba. Estaba deseando saber más sobre nuestra nueva adquisición administrativa. Pero sería mejor que lo hiciera antes que Carl. Me sorprendió que no se fuera con su número de teléfono. O con un tacón de aguja en la nuca.

Con Carl, podría haber pasado cualquier cosa.

ALEXIA

Siendo ya una chica adulta, dejé atrás el incidente con el Neanderthal del ascensor. Me irritaba que los hombres consideraran perfectamente aceptable soltar cualquier cosa que se les pasara por la cabeza a cualquier mujer, amiga o desconocida.

El hombre del ascensor, con su pelo rubio como la arena y su traje de diseño, era un ejemplo de ese tipo de mierdas. Vi que de sus largos dedos colgaba un anillo de un coche Ferrari. *Me lo imaginaba*, pensé. Bolsillos llenos, hombre superficial. El otro sonreía como un gato de Cheshire, con el pelo negro y los ojos azul acero, obviamente divertido por el comentario inoportuno de su amigo. Gilipollas.

A pesar de aquellos dos idiotas, yo tenía peces más gordos que freír. Delante de mí, sentada tras un mostrador de mármol verde esmeralda, una distinguida mujer levantó la vista y me sonrió cuando me acerqué. Llevaba el pelo rojo y brillante recogido, apartado de la cara. La camisa de seda púrpura que llevaba resaltaba sus incandescentes ojos azules. *Ojos inteligentes*.

"Buenos días", me saludó, "¿puedo ayudarle?".

"Hola, soy Alexia Taylor. Es mi primer día".

"Ah, bienvenida, Alexia. Me llamo Martha. RRHH me dijo que te esperara".

"Encantada de conocerte, Martha. Me encanta tu camiseta", le dije.

"Gracias", sonrió ella.

Los celos y las mezquindades entre el sexo débil me resultaban ridículos. Si creía que alguien merecía un cumplido, se lo hacía.

"Estaré encantada de acompañarte a tu despacho, si quieres", dijo Martha. Era más una afirmación que una pregunta. Dio instrucciones a su ayudante para que vigilara todo mientras ella estaba fuera. Sospeché que Martha no era una persona con la que se pudiera jugar: agradable cuando se la obedecía, espinosa cuando no.

"Gracias, eres muy amable, Martha".

Luego Martha y yo llegamos a mi despacho. Menos mal. Ella me presentó a mi ayudante, André, un tipo extravagante con una sonrisa contagiosa, unos dientes fabulosamente blancos y una corbata rosa. Su pelo rubio estaba perfectamente peinado en un peinado lateral tan preciso que tenía que haber sido esculpido en un salón.

"Bienvenida, señorita Taylor", soltó. "Voy a cuidar muy bien de ti, jefa", me aseguró André. Tenía la sensación de que hablaba más con Martha que conmigo.

"Te tomo la palabra", sonreí.

"Parece que mi trabajo aquí ha terminado", sonrió Martha. "Pórtate bien, jovencito", le dijo a André. Sus modales eran jocosos, como los de una madre que advierte a su hijo travieso de que no se pase de la raya. Sin embargo, estaba claro que le tenía mucho cariño.

"Martha", se quejó él, "no eres divertida".

"Ajá". Martha me dejó en las capaces manos de mi nuevo ayudante.

"¿No te recuerda a Julianne Moore? Una belleza clásica", se desmayó André.

"Sí, ahora que lo dices", comenté.

"Bueno, pues vamos a instalarte, ¿vale? Has llegado en una semana *movidita*. Todo el mundo está de los nervios", dijo en voz baja. "El gran caso, ya ves. No sé si lo sabes", dijo André. Me dio la impresión de que le gustaba cotillear un poco. Ser extravagante y todo eso.

"La verdad es que sí", sonreí. "Da la casualidad de que soy el co-concejal de este".

André enarcó una ceja. "Ah, ya veo. Bill se va a quedar impresionado".

"¿Bill?"

"Mi marido. Siempre se burla de mí por mi elección de carrera. Estoy deseando hacerle callar, ahora que soy ayudante de un abogado de altos vuelos".

Me reí ante su sonrisa diabólica. André era una carta, menos mal. Prefería un ambiente de trabajo relajado a la estirada trituradora de carne corporativa. "Más vale cazar osos con miel", solía decir mamá.

Me condujo a mi nuevo despacho. La habitación tenía un aire moderno y una decoración de buen gusto. Agradecí que tuviera una gran ventana con vistas al parque de abajo. Mi escritorio tenía un tamaño práctico. Dos sillones de cuero y una mesita baja en un rincón de la habitación constituían un toque relajante. La pared a la izquierda de mi escritorio alojaba una biblioteca de libros de derecho. Llamadme friki, pero me encantaba el olor y el tacto de un libro. La sensación de pasar los dedos por la suave textura de las páginas siempre me inspira.

"Veo que eres una amante de los libros", sonrió André mientras me entregaba una unidad USB, "pero, lamentablemente, este va a ser tu nuevo medio hacia la grandeza. Todo lo que necesitas saber para liberar a tu cliente de una condena cierta está en este pendrive".

"Seguro que me las arreglaré. Gracias, André".

"De acuerdo, jefe. Estaré en mi mesa si necesitas algo. Por cierto, pido unos capuchinos de muerte. Por decir algo".

"André, creo que nos vamos a llevar como la seda".

Sonrió, parecía muy satisfecho de sí mismo, y cerró mi puerta. Había traído algunas cosas para hacer de mi nuevo despacho un lugar familiar. Cuando hube desempaquetado los pocos

cachivaches, llamé a Jenna.

"Estoy dentro, agente Jennings", dije con una voz que había oído una vez en una película de espías.

"Nada de nombres, por favor. Bien. Comienza a recopilar datos".

Me reí a carcajadas, contenta de que Jenna entendiera mi sentido del humor. Poca gente lo entendía.

"¿Qué tal el lugar?", preguntó.

"No está nada mal. Abajo tengo vistas al parque y un ayudante que te encantará".

"Ya es algo, supongo. ¿Es mono? ¿Querré saltarle encima?"

"No es probable. Está casado".

"No pasa nada. Quizá su mujer no le comprende".

"Eres un terror, Jenna. Además, por muy guapa que seas, no creo que seas el tipo de André. Además, su marido, Bill, tendría algo que decir al respecto".

"Todos los guapos son gays", suspiró ella. "¿Algún otro ex potencial?"

"Si te gusta la compañía de Neandertales narcisistas que moran en ascensores, entonces sí".

"¿Es sexy?"

"¿Tienes algún criterio?".

"Busco un polvo, querida Alexia, no un marido. Hace demasiado tiempo que no gimo fuerte de placer".

"En ese caso, estás de suerte".

"¿Te traigo un almuerzo para llevar?" Rio Jenna por teléfono.

"No, gracias, *cachondona*. Es mi primer día y quiero causar una buena impresión. Además, tengo mucho trabajo con el gran caso".

"Te dejaré libre. Por esta vez, nada más".

"Muy considerado por tu parte. ¿Nos vemos luego?"

"No, he quedado con la dama dragón. Tiene otra idea 'espectacular' para su sala de estar".

"Creía que tú eras el diseñador".

"Yo también".

"Buena suerte".

"Gracias. Ah, y vigila a ese Neanderthal por mí. Por si alguna libertina intenta arrebatármelo".

"Dudo que corras peligro de perderlo. Hasta luego".

Resultaba que Jenna era casi tan quisquillosa con los hombres como yo, a pesar de su palabrería.

Encendí el ordenador y me puse a estudiar a grandes rasgos el caso que estaba coasesorando. El cliente era un bicho raro, desde luego, pero las circunstancias del crimen eran fascinantes. Los casos de asesinato en defensa propia estaban entre los más difíciles de defender. El hecho de que nuestro cliente disparara al amante de su mujer no era lo ideal. Tendríamos que aprovechar al máximo las circunstancias atenuantes.

Una hora después de leer los expedientes, André llamó a la puerta y entró.

"Hola, jefe. ¿Te apetece una taza de café humeante?".

"Suena divino, gracias".

"¿Azúcar?", preguntó.

"Por supuesto. Dos, por favor".

"Me alegro por ti. Volveré dentro de quince minutos. ¿Puedo traerte algo antes de irme?"

"No, estoy bien".

André se marchó en un arrebato de fabulosidad, dejándome que volviera a lo que estaba haciendo. Poco después de marcharse, sonó el teléfono de su mesa. Supuse que era para mí, así que contesté.

"Alexia, hola".

"Hola, Alexia. ¿Cómo te estás adaptando?"

"Hola, Sr. Barnes. Me alegro de volver a tener noticias suyas. Estoy dentro, con todas mis pertenencias".

"Excelente. No creo que conocieras a Bryce Asher cuando quedamos para tu entrevista".

"No, estaba de viaje cuando tuvimos la entrevista", contesté.

"Bueno, Bryce está aquí y le gustaría conocerte".

"Por supuesto". Tenía la boca un poco seca. Conocer a un jefe siempre me ponía de los nervios.

"Estupendo. Quedemos en la sala de juntas a mediodía. ¿Sabes cómo llegar?"

"Le pediré a mi ayudante que me informe", dije".

"¿Cómo os lleváis tú y el simpático y atrevido André?"

"Es pintoresco", solté una risita.

"Sí, lo es. También es un ayudante estupendo. Yo mismo te lo asigné. Un regalo de bienvenida al redil, si quieres".

"Gracias, señor Barnes. Es muy considerado. ¿Tiene algún manual, señor?".

"Mi padre era el Sr. Barnes. Por favor, llámame Robert. Y no, me temo que tendrás que aprender

a manejarlo sobre la marcha".

"Gracias, Robert. Nos vemos a las doce".

Y ahí estaba: mi primer encuentro con todo el equipo de socios senior. Robert Barnes era un caballero sureño y se comportaba como tal. Siempre encantador, de mente fuerte y poco dispuesto a aceptar tonterías. Parecía un hombre de campo, pues tenía una piel sana y bronceada. Me lo imaginaba jugando al golf. Así se comportaba.

Martin Cromwell era la quintaesencia del inglés pálido. Su acento de inglés británico era muy apropiado. Sir Cromwell no era muy sociable, pero eso cambiaba cuando entraba en un tribunal. Martin podía discutir hasta con los casquetes polares si la situación lo requería. Cromwell era un abogado litigante brillante.

Aún no conocía a Bryce Asher. Era *el chico del lado malo de las vías*, si había que creer el rumor. Su padre era un corredor de la mafia local, un hombre que entraba y salía de la cárcel. Me pregunté cómo se las había arreglado Bryce para cruzar la línea divisoria entre la tierra de los gángsteres y la de los litigios. Imaginé que había traído al bufete un buen porcentaje de clientes necesitados. *Los gángsteres son gángsteres*. A todas luces era un hombre muy guapo.

¿Dónde estaba André con aquel café? Necesitaba un chute de cafeína. *Inmediatamente*.

ETHAN

Unos golpes a la puerta interrumpieron mi concentración. Odiaba que me molestaran cuando estaba metido en mis cosas. *Más vale que alguien se esté muriendo*, pensé.

"¡Sí!"

La puerta se abrió y apareció la última persona que quería ver. León "Gilipollas" Donovan. El hombre tenía tanto atractivo como un hueco en la cabeza. Una gran foto de León aparecía orgullosa en el diccionario junto a la palabra "lameculos". Al menos en *mi* diccionario.

"Hola, Ethan. No te molesto, ¿verdad?". Su sonrisa me puso de mal humor al instante.

"¿Qué puedo hacer por ti, León?"

"¿Podemos tener una charla rápida?"

¿Qué coño quería esa rata? Sabía que me odiaba a muerte; no se le daba muy bien ocultar su desprecio por mí. León estaba empeñado en superarme desde que me ascendieron a socio junior, y a él lo pasaron por alto. Debió de ser un duro golpe para su ego que, después de tanto besar culos, no consiguiera progresar en Barnes, Cromwell y Asher LLP. Mala suerte. Por lo que a mí respecta, no podía haberle ocurrido a un tipo más *simpático*.

"No tengo mucho tiempo, León".

"Seré rápido".

"Claro, pasa".

León entró deslizándose y se acomodó frente a mi escritorio. Sus ojos brillantes recorrieron mi despacho: *menudo imbécil curioso*. Lo de 'menudo' era cierto. León sufría mucho el síndrome del hombre bajo.

La tentación de levantarlo y lanzarlo al otro lado de la habitación, como hacen los escoceses con los *cabers*, era muy grande. Sonreí ante la imagen de León volando por la oficina y golpeando la pared.

"Los rumores que corren por la oficina dicen que los socios planean asignar un co-consejero para el caso Stilano". León parecía contento de compartir conmigo aquella noticia.

"Los cotilleos y las especulaciones parecen ser moneda corriente entre el personal de por aquí,

León. Yo no le daría demasiada importancia a los rumores".

Su revelación era sin duda malintencionada, pero no por ello dejaba de inquietarme.

"Te diré una cosa, León: si me entero de algo así por los canales adecuados, me aseguraré de comunicarlo".

"Por supuesto. Creo que eres perfectamente capaz de defender este caso tú solo. Pero si necesitas ayuda, estaré encantado de ayudarte".

"Gracias".

"Lo que sea por un colega".

"Ahora, si me disculpas", dije.

"Claro. Hasta luego".

León se levantó, esbozó una sonrisa insidiosa y se marchó. *Vale, qué coño*. Era un gilipollas, pero León tenía las orejas tan pegadas al suelo que se quemaba con las alfombras, en sentido figurado. ¿Qué probabilidades había de que su información se basara en la verdad? Los socios principales confiaban en mi capacidad como litigante. De lo contrario, no me habrían ascendido a socio junior.

León no decía más que tonterías, como siempre. Por fin, el telefonillo de mi escritorio me devolvió a la cordura.

"Ethan", dijo Emma cuando contesté, "tu madre está al teléfono. Dice que ha intentado llamarte al móvil".

"Oh, olvidé subir el volumen del teléfono. Por favor, pásamela. Gracias, Emma".

Era la hora de nuestra charla semanal. A mamá no se le escapaba ni una.

"Mi niño querido", dijo mamá al oír mi voz.

"Sí, el mismo. ¿Cómo estás, mamá?"

"¡Echo de menos a mi hijo! Espero que tengas pensado visitarme pronto. Antes de que pierda la vista, el oído y, lo que es más importante, el sentido del humor", dijo con fingido desdén.

"Ay, mamá. Si intentas hacerme sentir mal, lo estás consiguiendo".

"Ahh, perdona, cariño. ¿Cómo estás?"

"Estoy bien, mamá. ¿Qué has estado haciendo? ¿Sigues queriendo a papá casi tanto como a los caballos?"

"Casi", soltó una risita. "Pero si me preguntan, lo negaré. No eres el único de la familia con una cara de póquer increíble, mi amor".

"¿Qué puedo decir? Aprendí de los mejores".

"¿Alguna novedad en el terreno sentimental? No me estoy haciendo más joven, ¿sabes? Me gustaría poder jugar con mis nietos mientras aún pueda corretear por el rancho".

"No, por favor. Dime lo que piensas de verdad".

"No actúes como si fuera la primera vez que te lo pregunto, Ethan Daniels".

"Sí, sí. No te preocupes, mamá. Serás la primera en saberlo".

"Hablando de romanticismo, ¿cómo está mi otro hijo?".

"Carl es Carl".

"¿Haciendo algo increíblemente imprudente, verdad?". Mamá se rio.

"Por supuesto. Está saliendo con Sandy de vez en cuando, otra vez".

"¡No! ¿La psicópata Sandy?"

"Esa misma".

"Madre mía. Ese chaval no va a aprender nunca, ¿verdad?".

"Probablemente no. Le leí la ley antidisturbios, por si me lo preguntas, pero ya conoces a Carl".

"Es como hablar con los pájaros".

"Sal con ese sinvergüenza el fin de semana".

"Se lo pediré. Pero últimamente está muy ocupado. Su negocio está en la cresta de la ola. Gana dinero a manos llenas. Lástima que no pueda comprar mejor suerte con las novias. ¿Sarah ya ha traído a casa al hombre con el que se va a casar?". Bromeé.

A Sarah le encantaba estar enamorada. Siempre estaba trayendo a casa al hombre ideal. Luego cambiaba de opinión, le rompía el corazón al pobre tipo y seguía buscando al marido perfecto. Se aferraba a la idea de que si no podía encontrar a un hombre tan increíble como papá, prefería quedarse soltera. Al menos tenía un listón muy alto.

"Olvídalo", continuó mamá, "no te he llamado únicamente para interrogarte. Sería estupendo que vinieras a casa el fin de semana largo del mes que viene. Sarah también estará aquí".

"¿Con o sin el Sr. Perfecto?" Me reí entre dientes.

"Tus suposiciones son tan buenas como las mías, hijo".

"Lo intentaré, mamá. Te lo prometo. Este caso en el que estoy trabajando es gigantesco. No puedo fallar".

"Sabes que tenemos mucho espacio en el rancho donde puedes trabajar, ¿verdad?".

"No puedo prometer nada. Pero me esforzaré al máximo".

"Vale, te dejo en paz. Te quiero, Grandote".

"Te quiero, mamá. Cariños a papá también".

Era improbable que pudiera terminar mucho trabajo con las constantes interrupciones, así que le pedí a Emma que retuviera mis llamadas. Sacar a Silvano acusado de asesinato no iba a ser un

paseo. No podía limitarme a entrar en el tribunal e improvisar. Co-consejero, por favor. La defensa era para mí como el pan.

Antes de que pudiera silenciar el teléfono, el nombre de Carl apareció en la pantalla. ¡Por el amor de Dios!

"¿Qué?" Respondí impaciente.

"Woah, ¿quién estropea tu felicidad?".

"La lista de quién no lo ha hecho es más corta".

"No es que te refieras a mí, ¿verdad? Yo soy especial", se rió.

"Sí, especial".

"¡Eh! Ya lo he entendido. Bien, gruñón, seré breve. Mañana por la mañana no puedo ir al squash, pero ¿qué tal si jugamos mañana por la noche?".

"Claro, nos vemos a las seis".

"Estupendo. Nos vemos".

Miré la hora. Eran más de las once. Demasiado para meterme antes de mi reunión de las dos de la tarde. Quizá mamá tenía razón. No tendría que lidiar con distracciones en el rancho. Además, la cocina de mamá era la leche.

Probablemente podría pasar la noche acampando y pescando con papá.

Volvió a sonar el timbre. Me cabreé.

"Te he dicho que no me llames, Emma", le espeté.

"Sé que lo hiciste. Pero el Sr. Barnes quiere verte en la sala de juntas".

"Vale. Gracias, Emma".

Ser convocado a una reunión con los socios principales era algo habitual. Sin embargo, las no programadas eran inusuales, pero no inauditas. Siempre las esperaba con impaciencia. Nunca me sentí intimidado por el equipo directivo. Trabajaba duro, conseguía lo que me proponía, así que nunca hubo ningún problema.

Cerré el ordenador y me dirigí a la sala de juntas. Cuando pasé por delante de su despacho, León sonreía. Su ayudante era tan desagradable como él: *otro lameculos*. Me pregunté si me cruzaría con '*Piernas Bonitas*' de camino a mi reunión con los peces gordos.

Uno de los escritorios donde el personal administrativo ejercía su magia estaba vacío. Alguien había desempaquetado algunos cachivaches, pero la silla estaba vacía.

Ah, bueno. Quizá al volver de la sala de juntas puedas echar un vistazo.

Si en algo destacaban los chicos de arriba era en su gusto por las mujeres en la oficina. No sabía cómo lo conseguían. Encontrar guapas y sesudas no era fácil. Era un hecho triste, pero cierto. Quizá eso fuera bueno. Una mujer guapa y lista sería una fuerza a tener en cuenta.

Una fuerza de la naturaleza, sin duda.

ALEXIA

Me encontré en la entrada de la sala de juntas a las 11:58. André sonrió y me hizo un guiño de ánimo antes de alejarse. Su instinto paternal era entrañable, pero yo estaba deseando que empezara la reunión. Claro que estaba un poco nerviosa, sería una locura no estarlo, pero no era nada que no pudiera manejar.

Abrí la puerta de la sala de juntas y me encontré con tres pares de ojos posados en mí. Había conocido a dos de los socios en persona cuando me entrevistaron para el puesto. Me parecieron agradables y respetuosos, un buen comienzo se mire por donde se mire.

Los hombres se levantaron al verme. Robert Barnes habló primero.

"Ah, aquí estás, Alexia. Y justo a tiempo, además".

"Siempre lo intento", sonreí.

"Ya lo creo. Por favor", dijo y señaló el sofá de cuero, "siéntate".

Robert volvió a hablar una vez que todos estuvimos sentados.

"Alexia, me gustaría presentarte a Bryce Asher. Bryce, ella es Alexia Taylor, la joven e inteligente abogada de la que te hablé".

Bryce tenía unos ojos cálidos y amables. Sonrió y me dio la bienvenida al grupo.

"He oído hablar bien de ti, Alexia. Tus antiguos colegas tienen muy buena opinión de ti".

"Pensé que mi anterior jefe sería menos elogioso", dije. "No estaba muy contento cuando dimití".

"Por eso solemos charlar con los compañeros de trabajo de cualquier nuevo aspirante. Ahí es donde es más probable que encuentres la verdad".

"Y la suciedad", dijo Robert con una expresión juguetona en la cara.

"Entiendo", sonreí. "¿Y has encontrado algo?"

"No. Ni siquiera un rumor de que te quedaste con la grapadora de la empresa cuando te fuiste".

"No son muy agudos, ¿verdad?". Me reí.

Hablamos un rato sobre esto y aquello. Me pregunté por qué me habían llamado. Seguramente no para hablar de grapadoras y excompañeros. Pero, iba a averiguar por qué muy pronto.

Llamaron a la puerta y un hombre entró en la sala de juntas.

El vello de mi nuca se erizó casi instantáneamente.

"Pasa, Ethan", saludó Bryce al recién llegado.

El desconocido saludó amablemente a los socios y luego posó sus ojos en mí. Me pareció ver un destello de sorpresa en su mirada, pero enseguida se le pasó. Entonces, apareció la vieja "cara de póquer" típica de un abogado.

"Permíteme presentarte al nuevo miembro de nuestro equipo".

El hombre alto, de pelo negro y penetrantes ojos azules, sonrió sardónicamente, me estrechó la mano y dijo: "Ethan Daniels".

"Alexia Taylor", dije con el menor entusiasmo que pude mostrar. Era difícil mantener la calma, sobre todo porque un rayo de electricidad fluyó de su mano a través de mi cuerpo cuando nos tocamos. *¡Vaya! Realmente debes odiar a este tipo, Alexia.*

"Bienvenida a la empresa, Alexia", comentó. "¿Qué puesto ocupas?" Ethan habló con un inconfundible aire de autoridad. En cuanto dijo su nombre, supe quién era. No era un desconocido para la fraternidad jurídica. Sin embargo, por alguna razón insondable, nunca lo había visto, lo que explicaba por qué no lo había reconocido *en el ascensor*.

"Alexia es una abogada prometedora", respondió Asher en mi lugar.

Por la expresión de genuina sorpresa que se dibujó en el rostro de Ethan, deduje que no esperaba que fuera un colega abogado. No es que los hombres egocéntricos, como el alto vaso de agua que tenía delante, pudieran considerar igual a una simple mujer. *Sin embargo, esto iba a ser divertido*. Sonreí, pero no dije nada.

"Por supuesto", dijo Ethan en un tono claro y practicado, uno que habría empleado en un tribunal. "No sabía que tuviéramos una vacante", comentó, sin dejar de sonreír.

"Nunca se tienen demasiados abogados con talento", observó Cromwell en su inglés de alta costura.

"Siéntate, Ethan", sugirió Bryce. *¿O se lo había ordenado?*

"Gracias".

El perfume familiar del hombre del ascensor me llegó cuando Ethan se sentó a mi lado. Era una pena que fuera, a todas luces, tan imbécil. Ethan Daniels era divino; sorprendentemente guapo y esculpido en todos los lugares adecuados. Sus ojos azul cobalto eran aún más impresionantes de cerca.

Todo fue bastante cordial hasta que Asher soltó la bomba. Incluso percibí un leve coqueteo por parte de Ethan. Fue entonces cuando el aire juguetón del proverbial arenal se transformó en un aire tóxico. Se había acabado el recreo.

"Seguro que te preguntas por qué te hemos hecho venir, Ethan", empezó a decir Barnes.

"Tengo que decir que estoy bastante intrigado", comentó Ethan.

"Esto no es un reflejo de tu talento ni de nuestra fe en ti como litigante, Ethan. Quiero que lo tengas claro desde el principio".

"¿Debería preocuparme? Suena mucho como si fueras a despedirme".

"Es una idea ridícula, Ethan. Eres nuestro mejor abogado junior de mucho. Dicho esto, sin embargo, eres consciente de que hemos estado hablando de la probabilidad de dos oportunidades de asociación a tiempo completo", intervino Cromwell.

"Sí, soy consciente de ello", respondió Ethan.

"Llevamos un buen tiempo buscando litigantes con talento. Finalmente, Alexia es la que ha demostrado más potencial".

Tuve la gran tentación de hacer una bailarina y soltar un gran *Yeeha*, pero me contuve.

"Eso es muy sabio por vuestra parte", dijo Ethan.

Parecía aceptar la justificación de Cromwell y su motivación. Imaginé que se sentía más bien aliviado por la afirmación de su valor en la empresa. Sin embargo, fue la siguiente afirmación de Robert la que dejó boquiabierto al joven Ethan.

"Oír grandes cosas sobre Alexia es una cosa. Pero nada supera el sonido de la madera sobre la pelota".

Agarraos las botas, chicos. Aquí viene.

"Lo hemos hablado con Alexia y hemos decidido nombrarla coabogada en el caso Silvano. Seguro que no te importaría enseñarle los entresijos del bufete".

Creí que a Ethan le iba a dar un infarto. Sonrió y aseguró a los socios que iba a ser un placer, pero sus manos apretadas decían lo contrario. Era delicioso verle retorcerse para mantener el control.

"Alexia", dijo Robert, "¿hay algo que quieras añadir?".

"No, gracias. Estoy segura de que Ethan me enseñará todo lo que necesite saber".

Me volví hacia Ethan y sonreí.

"Por supuesto", dijo.

"Excelente", dijo Cromwell. "Por favor, disculpadme. Tengo una reunión que empieza dentro de unos minutos. Ethan, me alegro de volver a verte. Alexia, estoy deseando ver lo que puedes hacer".

Uno a uno, los jefazos abandonaron la sala de juntas. Esperaba que Ethan se lanzara directamente a una diatriba de lo que hay que hacer y lo que no, pero se limitó a levantarse de su asiento y decir: "Nos vemos aquí a las dos de la tarde, entonces".

Corto y conciso. Le vi alejarse. Qué pena. Qué desperdicio de un gran culo.

André estaba muy contento cuando volví a mi despacho.

"Entonces, ¿jugaron bien los chicos?", sonrió.

"Mejor de lo que esperaba".

"¿Te preparo un chaleco antibalas para mañana por la mañana, jefe?

"No es mala idea, André", me reí.

"Ethan debe de estar más que cabreado. Al ser el primero, imagino que le mortificará la idea de compartir protagonismo con un novato".

"No ha estado tan mal", le quité importancia. Pero, instintivamente, esperaba que Ethan se empleara a fondo en el caso Silvano. A todas luces consideraba el caso como algo suyo.

"Te meteré spray de pimienta en el bolso, por precaución".

"André, eres un salvavidas. Ahora, lárgate. Tengo que ponerme las pilas antes de las dos de la tarde. No puedo fallar".

"¿Un expreso?" Ofreció André.

"Doble".

La sala de juntas estaba llena de caras impacientes cuando me senté en el gran escritorio rectangular a las 2 de la tarde. Me miraron con curiosidad. Estaba claro que los rumores de la oficina ya habían hecho de las suyas. Corrían noticias de la disminución de categoría del poderoso Ethan Daniels. *¡Imagínate!* Compartirlo con una novata. Qué descaro.

Un joven agradable, Alan, se presentó a mí, junto con los demás miembros del equipo de investigación. Pero, a decir verdad, la investigación era lo único bueno de cualquier caso. Un abogado persuasivo era el último eslabón de una larga cadena de personas dedicadas. Uno *crucial*, desde luego.

El ambiente de la sala cambió de informal a profesional en un instante cuando entró Ethan. Se dirigió a la cabecera de la mesa y se sentó.

Considerado como un Augustus, gobernando su imperio legal, sus subordinados estaban pendientes de cada palabra suya, ansiosos por impresionar.

"Buenas tardes a todos", empezó. "¿Comenzamos?".

No hubo discusión.

"Para los que aún no lo sepan", una clara alusión a los rumores, "Alexia Taylor se ha unido a nuestro equipo. Actuará como coabogada en el caso Silvano".

Ethan no dijo nada más sobre mí. Se limitó a seguir con el orden del día. Me mordí el labio y continué como si no me hubiera dado cuenta de su presentación desdeñosa. Su acción confirmó mis sospechas de que era un imbécil egoísta.

Observé a Ethan mientras movía los peones de su tablero legal. Era inteligente, desde luego. *Tan listo como arrogante*, si tenía que ser sincera. Se me hizo evidente que no soportaba a los tontos a la ligera. Si tenías una idea poco brillante, harías bien en callarte la boca.

Cuando la reunión llegó a su fin, tomé mis notas y abandoné la sala de juntas. Ya había aguantado bastante a Ethan por hoy. Mi estómago me gritaba que era hora de comer. *Un vaso de vino tampoco tocaría a los lados*.

ETHAN

¡J*oder!* Lo que había empezado como un gran día estaba convirtiéndose en una gran putada. Un cabezazo desde arriba habría estado mejor. En lugar de eso, me sentí como si me hubieran tendido una emboscada. De todos modos, ¿qué podía hacer yo? ¿Actuar como un completo imbécil delante de Alexia? No iba a dejar traslucir mis debilidades, mostrándome amenazado por su presencia.

No es que lo estuviera - estaba cabreado. Era muy humillante. Para agravar aún más la situación, aquella descarada impostora abandonó la sala de juntas después de reunirnos con el equipo, antes de que yo tuviera la oportunidad de hablar con ella. Lo hizo para tocarme las narices. Lamentablemente para mí, lo había conseguido. Haría falta algo más que una mujer increíblemente bella con una neurona para despistarme. Sin duda alguna.

Decidí pasar por Alexia antes de volver a casa a lamerme las heridas. André estaba haciendo sus cosas cuando llegué a la puerta de su despacho.

"¿Está dentro?"

"No, lo siento. Se ha ido por hoy. Te la acabas de perder".

Perfecto. Primero, Alexia se burla de mí y ahora se va sin dejárselo saber.

¡Hora de volver a casa!

Crecer en un rancho me hizo apreciar los espacios abiertos. Así que, cuando llegó el momento de elegir una casa, automáticamente me lancé a la caza de algo familiar. Encontré un buen sitio, lejos de la cercanía de los suburbios. No me importó tener que conducir un poco hasta casa. En lugar de eso, aproveché el tiempo para contemplar los acontecimientos del día y despejar mi cabeza de desorden.

Quería reírme a carcajadas al pensar en mis suposiciones iniciales sobre Alexia, la mujer con las piernas más sexis que había visto nunca. Pero no lo hice. No se trataba de reírse. Me estremecí al pensar en lo que se rumoreaba sobre mí y mi eficacia como abogado litigante.

Durante cinco años, había luchado contra los enemigos, matado a los Goliats en los tribunales, yo solo. Por supuesto, contaba con un excelente equipo de investigadores que me respaldaban. No estaba lejos de acreditar su duro trabajo, no obstante. Quizá actuaba como una reina del drama. Después de todo, ganar casos era el objetivo de los juicios. El éxito de Alexia sería mi éxito. Pero, maldita sea, me cabreó que me hubieran pillado por sorpresa.

Jack, mi joven y agitado *Rhodesian Ridgeback*, corrió a mi, en cuanto aparqué el coche en la entrada de casa. Estaba claro que estaba cavando en los parterres de detrás de la casa. Los aspersores automáticos se ponían en marcha a aquella hora, todos los días y, seguro como la muerte que Jack se metía en ellos.

Por mucho que lo intentara, nunca me atrevía a reprender a aquel chucho bobalicón y desventurado. Después de todo, era muy grande, así que no me costó adivinar quién saldría perdiendo cubierto de barro. Como abogado, sabía elegir mis batallas.

Me puse unos pantalones cortos y una camiseta. Hacía calor fuera, así que me abrí una cerveza helada y me senté en el patio. La vista de la montaña desde mi casa era espectacular. La piscina, que tenía como escenario de fondo, era más tentadora que nunca. A mitad de la cerveza, me desnudé y me zambullí en el agua azul y fresca. Lo hacía a menudo, ya que no tenía vecinos demasiado cerca a ambos lados. Luego, me sentí descansado.

La cena consistió en carne asada fría y poco hecha sobre pan de centeno, con mostaza y chucrut. No era el chili de mamá, pero hizo bien su trabajo. Intenté ponerme al día con los acontecimientos mundiales después de cenar, pero me di cuenta de que era hora de ir a dormir después de pillarme durmiendo la siesta. Así que di el día por terminado y decidí intentar otra vez por la mañana.

Jack se tumbó a mi lado en la cama, se tiró un par de pedos y se durmió enseguida, dejando que yo me preocupara del olor. Mientras mi corpulenta mascota soñaba con perseguir gatos y conejitos, yo pensaba en las piernas de Alexia.

Maldita sea.

Pene: 1 - Cerebro: 0.

Los sonidos de los pájaros llamando a su extensa familia, y de los gatos salvajes dando una serenata a la única hembra de la zona que estaba en celo, me sacaron de mi sueño. Eran alrededor de las 6 de la mañana, y el calor ya amenazaba con besarme el culo.

Pensé que si llegaba pronto a la oficina, no solamente me perdería los divertidos atascos, sino que también tendría la oportunidad de meterme de lleno en la preparación de los casos. Además, el despacho era un lugar agradable cuando no había demasiada gente. Jake se estiró perezosamente a mi lado. No tardaría mucho en pedir el desayuno, así que salí de la cama y me fui a la ducha.

Me tomé un batido de proteínas antes de salir de casa y lo sorbí mientras recorría las carreteras que conducían a la oficina. Reflexioné sobre el camino a seguir en lo que se refería a Alexia. Los socios dejaron muy claro que la habían asignado como mi coasesora en el caso Silvano. No facilitar a Alexia todo lo que necesitara para ayudarme a defender a Silvano resultaría autodestructivo. Tendría que aguantar y ponerme manos a la obra.

Entré en una oficina silenciosa cuando el ascensor se detuvo en mi planta: sin charlas, sin teléfonos sonando, sin tecleos furiosos. Iba a encender mi fiel cafetera y llenarme de café expreso. En lugar de eso, oí ruidos procedentes del interior de lo que ahora era el despacho de Alexia.

¡Buenos días!

Era un momento tan bueno como cualquier otro para empezar de cero. Esperaba que llevara otra falda ajustada. Un buen par de piernas ayudaban mucho a suavizar una situación desagradable. Es superficial, lo sé, pero es cierto.

La puerta de Alexia estaba cerrada, así que llamé y entré cuando contestó. La expresión de su rostro al verme no revelaba gran cosa, pero sus ojos se pusieron intensos. Supuse que no era porque me encontrara sexy e irresistible, sino más bien una reacción instintiva a mi comportamiento estúpido del día anterior.

"Otra madrugadora, por lo que veo", le dije con mis modales más agradables.

"Hola, ¿tenemos una cita?" ¡Ay! Golpeado y hundido.

"No, no la tenemos. He pensado venir a verte porque este caso nos va a llevar mucho tiempo juntos y me gustaría empezar de nuevo".

Alexia parecía un poco desconfiada, pero me concedió el beneficio de la duda.

"De acuerdo".

"Hola, soy Ethan Daniels. Encantado de conocerte. Así que eres una abogada asesina, ¿no?".

""Ya veo que lo captas rápido", sonrió a medias. "Sí, eso parece".

"En ese caso, me alegro de tenerte en el equipo. Veo que ya te has instalado".

Eché un vistazo a su despacho. Lo primero que vi fue una foto enmarcada de Alexia con uno de mis héroes del béisbol. Le rodeaba los hombros con el brazo, con una sonrisa radiante. Alexia también parecía muy feliz y contenta.

"¿Un amigo?" Pregunté y señalé la obra.

"Empecé como cliente, pero sí, somos amigos".

"Admirable", dije, un poco celoso, para ser sincero.

"Gracias".

Alexia se alejó de la parte delantera de su escritorio hacia su silla. Premio Nobel para la persona que introdujo las faldas lápiz en el mundo de la moda.

Esas piernas quedarían aún mejor envueltas alrededor de tu cintura, dijo otra vez, aquella voz, la que estaba *cómplice* de mi pene.

"Por favor", dijo amablemente, "ponte cómodo".

Me senté en su escritorio e intenté concentrarme en la razón por la que estaba en su despacho. Pero no antes de que viera una pelota de béisbol autografiada en un estuche de plexiglás transparente en la esquina de su mesa. Maldita sea. Sexi, lista y aficionada al béisbol. *Formidable*.

"¿El mismo jugador?" Le pregunté.

"Un pequeño regalo de gratitud", dijo y se sentó en su sillón de cuero afelpado.

"Debes de haber luchado en un caso tremendo", sonreí.

Alexia sonrió, pero no dijo nada más. *Caso cerrado*.

"¿Tienes todos los datos sobre el caso Silvano?". Pregunté, con mi habitual estilo de "yo soy el jefe". Alexia pasó instantáneamente en modalidad de trabajo.

"Creo que sí. Mi ayudante me dio un lápiz de memoria con el relato pertinente. ¿En qué punto del proceso nos encontramos?"

"No te has saltado ningún paso importante. La preparación está en sus fases iniciales".

"Me adelantaré y supondré que la orden de detención no tiene lagunas. ¿Cuándo es la audiencia de comparecencia del Sr. Silvano?" Preguntó Alexia.

La comisura de su boca se levantó al hablar, revelando un bonito hoyuelo. También me fijé en otros rasgos, mientras ella se ponía en plan litigante. Alexia era muy guapa. Y yo era un idiota. *¡Déjalo, Ethan!*

"Dentro de una semana, el jueves", respondí. "No hace falta decir que le concedieron la libertad bajo fianza. Es el primer delito de Silvano".

"Todo un éxito para ser la primera vez".

"Un triunfador, estoy seguro".

"Sus pertenencias así lo atestiguan".

La alfombrilla del ratón del ordenador de Alexia estaba crispado, por el maltrato que le estaba infligiendo. Sus dedos se movían rápidamente de un lado a otro del teclado. Finalmente, se detuvo para leer algo en la pantalla.

"Ah, por cierto. Silvano quiere hacer esto de la manera más dura. Me ha ordenado que no utilice la defensa de locura temporal o crimen pasional".

Alexia levantó la vista. "¿Por qué?", preguntó.

"Silvano es tan orgulloso como testarudo. Insiste en que fue en legítima defensa. Sostiene que percibió al intruso como una auténtica amenaza para su vida en el momento del tiroteo. No cederá. Lo he intentado".

"Parece que vamos a pasar más de una noche en vela". Alexia levantó la vista y me miró a los ojos. Se me puso la piel de gallina. Era hora de retirarme y lamerme las heridas.

"Gracias por la charla", dije y me levanté del asiento.

"Nos vemos en las trincheras".

¿Fue una advertencia amistosa la que me lanzó? Era muy posible que estuviera mintiendo. Sin embargo, nunca me echaba atrás ante un desafío, y Alexia Taylor nunca lo sabía.

"Traiga su casco de combate avanzado, señorita Taylor".

Sonreí, salí de su despacho y cerré la puerta tras de mí.

ALEXIA

¿Qué demonios acababa de ocurrir? ¿Estaba alucinando o Ethan "*El Fenómeno del Control*" Daniels me había tendido una rama de olivo? Maldita sea, necesitaba un subidón de cafeína. La falta de sueño estaba afectando a mi juicio.

Sinceramente, lo último que esperaba cuando llegué a la oficina era un agradable saludo sin confrontación con Ethan, de entre todas las personas. Intenté no darme cuenta cuando sus ojos se posaron en mi colección de artículos de béisbol. Si no lo supiera, habría pensado que parecía impresionado.

Pero, ¿quién lo iba a decir? Ethan, sin duda, tenía muchas armas en su arsenal. Fingir interés o admiración, incluso, era sin duda un requisito crucial para el trabajo. Sentí que el calor me subía por las entrañas cuando clavó sus ojos en los míos. No era fácil apartar la mirada de aquellos acerados charcos azules de zafiro.

Cómo me hubiera gustado saber qué pasaba por su cabeza. ¿Acaso Ethan no era tan insistente a la hora de abrir la boca para hablar? Tenía la habilidad innata de hacerme sentir extraña. Quizá yo era demasiado sensible - y eso era muy posible. ¿Había llegado el momento de mirarme al espejo y evaluar las razones que me movían?

¿En qué coño estás pensando, Alexia? Una mirada a un culo prieto y unos ojos azules, ¿y de repente te pones a dudar de ti misma? ¡Contrólate, joder!

La voz de mi cabeza tenía razón.

"He pensado en comprobar rápidamente tu bienestar", dijo André cuando estaba en la puerta.

Di un respingo, sintiéndome culpable como si me hubieran pillado con las manos en la masa. Pero, maldita sea, Ethan estaba jugando con mi mente. "¿No te dijo tu madre que es peligroso acercarse a hurtadillas a una mujer con síndrome de abstinencia de cafeína?".

"Nunca hice caso de los buenos consejos", soltó una risita. "¿Era nuestro rompecorazones Ethan Daniels o he tenido un sueño travieso? Si es así, no noté sangre en sus manos cuando se fue".

"Lo que yo también pensaba", me reí. "Ah, y André, eso es compartir demasiado".

"Lo siento, jefe. Entonces, ¿qué va a ser? ¿Cappuccino o expreso doble con mucho azúcar?".

"Lo primero, gracias. Empecemos despacio y subamos gradualmente".

"Entendido. Vuelvo enseguida".

No pude evitar tambalearme por el efecto que tuvo en mí la poderosa presencia de Ethan. Se me habían puesto los pelos de punta cuando lo vi por primera vez el día anterior. Entonces tenía puesta una barrera, y ni siquiera un mono araña hubiera conseguido superarla.

Sin embargo, tenía que estar más relajada durante nuestro segundo día en el campo de batalla previsto. Ethan no parecía *tan* malo. Era muy seguro de sí mismo, lo que normalmente me excitaba, además algo en sus ojos me hizo experimentar curiosidad por aquel hombre. Estaba muy sexy con aquella camisa de algodón azul claro y los pantalones grises oscuros. Llevaba desabrochados los tres botones superiores de la camisa, y juraría haber visto un tatuaje de una pluma abstracta justo debajo de la clavícula izquierda.

Irónicamente, yo también tenía un tatuaje, adquirido durante mi época de adolescente rebelde. Jenna seguía riéndose cada vez que lo veía. No es que pudiera culparla, la verdad. Admitámoslo, un tatuaje de un pimiento fumando un cigarrillo en la nalga izquierda no equivalía exactamente a ser una mala chica.

De todos modos, Ethan resultaba ser un problema. No había lugar para complicaciones en mi vida. Ya tenía más que suficiente. André entró en mi despacho con gran fanfarria y café.

"Una taza de valor líquido, jefe".

"Esto está *taaaan* bueno", suspiré después de darle un sorbo. André estaba rondando por mi despacho. Me di cuenta de que quería charlar. Era un parlanchín incurable. Había empezado bien la mañana, así que un descanso no era mala idea.

"Siéntate, André", le invité. Él no necesitaba segunda invitación.

"Entonces, jefe", empezó a hablar con mucho cuidado. "Puedes decirme en cualquier momento que me preocupe de mis asuntos, por supuesto, pero ¿cómo has acabado aquí, en nuestro pequeño rincón del paraíso de la litigación?".

"No estarás buscando trapos sucios sobre mí, ¿verdad, mi fiel ayudante?". Me reí.

"Qué idea más horrible. Me siento herido". André se apretó las manos sobre el corazón como si estuviera herido.

"Déjalo ya, farsante. Te encantan los cotilleos".

"*Touchet*. Me has pillado, jefe. Ahora, suéltalo".

"¿Qué te gustaría saber?"

"No veo ningún anillo. ¿Algún aspirante...?"

"Por favor, no. Siéntete libre de preguntar lo que se te ocurra", dije frunciendo el ceño.

"No seas modesta, jefa. Estás muy buena. Me doy cuenta, aunque las mujeres no me excitan".

"¿Nunca?"

"Espera. En el baile de graduación con Christina, hubo una vez, pero no salió bien, así que no cuenta. Un momento, espera. Acabo de ver lo que has hecho. Vaya forma de esquivar mi

pregunta, jefe", sonrió André.

"Por eso me pagan mucho dinero", sonreí.

"Ajá. Venga ya, abogada".

"Vamos a ver. ¿Por dónde empezar?" Dije antes de tomar otro sorbo de café. "Yo no diría que mi historial con las relaciones ha sido el mejor. Supongo que siempre he antepuesto mi carrera al drama emocional".

"¡Pobrecita!" Cacareó André. "Seguro que te mueres de ganas de que te hagan el amor".

No se me escapó la sonrisa diabólica de André. Por desgracia, no estaba equivocado. No hay nada como un orgasmo desenfrenado para descargar el organismo de una chica, y yo necesitaba uno desde hacía mucho tiempo. Pero, por desgracia, no estaba dispuesta a compartir esa información con ese extravagante labios sueltos.

"Soy más dura de lo que parezco", dije y le guiñé un ojo. André puso los ojos en blanco y dejó escapar un suspiro frustrado.

"Seguro que tienes uno o dos admiradores husmeando sobre tu parte sexy".

"Siempre hay uno o dos olfateadores pícaros, pero hasta ahora nadie ha sido capaz de pillarme. A menos que yo quiera", dije con una sonrisa pícara.

"No tengo ninguna duda".

"¿Y tú?" Pregunté.

"Bueno, soy un romántico. Encuentro el amor en un lugar sin esperanza, y sí, es una frase de Rihanna. Así que la he convertido en mi mantra. Pero, divago".

André entabló un prolongado diálogo de historia de amor, en el que yo estaba segura de que enumeró todos sus enamoramientos hasta que encontró a su Bill. Después me convencí de que sabía todo lo que había que saber sobre él. Era una auténtica pasada. Le agradecí su actitud divertida.

"Al ser una cámara en vivo de ese lugar", le reté, "¿qué puedes decirme de mis colegas competidores?".

"Dejaré pasar ese comentario, pues sé cuánto me adoras", sonrió. "En respuesta a tu pregunta, de hecho, tengo un cajón lleno de obscenidades. Pero tengo la sensación de que me preguntas por un colega en concreto".

"Sí, sí. Adelante".

André se acercó, apoyó el culo en mi escritorio y bajó la voz.

"La historia es la siguiente. Ethan estaba prometido cuando empezó a trabajar en la empresa. Conocí a su prometida en una fiesta de Navidad de la empresa. Una criatura deslumbrante, pero una gran bruja. Era una niña de papá, ya ves, con un ego y un carácter a la altura de su cuantioso fondo fiduciario. Me imagino que le puso las cosas muy cuesta arriba a Ethan".

"Parece ser de los que aguantan. Ethan no parece precisamente una persona tímida".

"Cierto. Pero aquello era un castigo cruel e inusual para cualquiera".

"No lo entiendo. ¿Por qué el egocéntrico Ethan permitiría que una mujer le mangonease? No encaja".

"No estoy tan seguro como tú, jefe, de que sea tan malote como todo el mundo cree. Llámalo intuición".

"Supongo que estoy a punto de averiguarlo. Pasaremos mucho tiempo juntos en los próximos meses. De todos modos, ¿por qué se separaron?"

"En la ciudad se decía que la Srta. Zorra le había dejado".

"¡Ay! Eso debió de doler".

"Si le dolió, Ethan no lo demostró", dijo André, encogiéndose de hombros. "Siguió trabajando como si no hubiera pasado nada. Menudos cojones tiene nuestro Ethan".

"Gracias por el café y la charla tan informativa. Pero si voy a ponerme al frente de este caso, será mejor que empiece a trabajar. Vete", dije, y aparté a André de mi escritorio.

"Sí, señora".

No esperaba aprender un ápice de información en el segundo día de mi nueva experiencia laboral. Podía ver a Ethan con un mocoso de fondos fiduciarios. Por su aspecto, encajaría perfectamente. Era inteligente, dinámico y también sexy. ¿Por qué lo dejó su ex?

Ah, bueno. *No es asunto mío*.

Una hora después de la charla entre André y yo, llamé a mi ayudante.

"Despacho de Alexia Taylor", dijo.

"Qué curioso. Está claro que no te he dado suficiente trabajo".

"¿Qué puedo hacer por ti, jefe?".

"Por favor, pídeles a Jennifer y Greg que se pasen por mi despacho a las tres de la tarde. Pídeles que traigan sus expedientes, por favor".

"Lo haré".

Había estado trabajando, a tope, desde el amanecer. Un paseo hasta el restaurante de abajo era lo que necesitaba. Un café y algo de comer sonaban de maravilla. Cogí el bolso y me dirigí a la puerta. André estaba hablando por teléfono, así que le indiqué que volvería en un rato.

Me hizo un gesto con el pulgar y siguió hablando. Me sorprendió lo profesional que era cuando hablaba con los clientes. Las payasadas de André eran una parte importante de su personalidad, pero no era ningún zoquete. Me consideraba afortunada por tenerle como ayudante. *Gracias, Sr. Barnes*.

No había ido a correr por la mañana. Así que, en lugar de utilizar el ascensor, bajé por las escaleras hasta el vestíbulo. Sentí un masaje muscular increíble. Nunca he podido estarme quieta

mucho tiempo. Incluso de niña hacía aerobic en el salón mientras veía la televisión. Mamá me contó que me ponía de cabeza en el sofá y la miraba a través de las piernas. Me ponía de mala leche cuando llevaba tiempo sin hacer ejercicio.

El restaurante del edificio de oficinas era un salvavidas. Era el proverbial pozo de agua donde se reunían los trajeados para tratar de la dominación mundial. Cambié de opinión sobre el café y pedí en su lugar un batido de chocolate y una hamburguesa con queso. No tenía miedo de engordar. Comía lo que quería y seguía teniendo el mismo peso. Probablemente fue lo único bueno que mi padre me transmitió. La genética era algo curioso.

Llamé a Jenna mientras esperaba mi comida.

"No me digas que ya te condenaron a la hoguera", preguntó Jenna en cuanto contestó a la llamada.

"Todavía no, pero la jornada laboral es joven. ¿Cómo va tu nuevo trabajo?".

"Sigo pensando en mi nuevo coche cada vez que quiero estrangular a la dragona. De momento, he pasado de un Porsche Cayenne a un pequeño utilitario".

"Suena delicioso. Estoy a punto de engullir una hamburguesa con queso, así que probablemente no cene, pero sé que te estás diseñando el culo. ¿Puedo traerte un chino para llevar más tarde, de camino a casa?".

"Ah, eres muy amable, *Al*, gracias. Pero he estado picoteando todo el día".

"Vale".

"Te diré lo que sí necesito", dijo Jenna antes de que terminara la llamada.

"¿Chocolate?" Me reí.

"Eso también, pero no. Necesito salir, tomarme unos cócteles y bailar hasta caer muerta. ¿Vienes conmigo?"

"Suena divino, pero no estoy segura de que deba. Tengo mucho que..."

"Oh, joder. Hasta el Papa se toma un día libre, *trabajólica*. Venga. Por mí. Por favor".

"Vaya. Vale, vale. Dios mío. ¿Cuándo te has vuelto tan quejica?"

"Siempre he sido quejica", se rio. "Hasta luego".

"Adiós".

La siguiente media hora de mi día la dediqué a zamparme una hamburguesa con queso bien gorda y a regar de vez en cuando la boca con un batido de chocolate negro. La experiencia estaba justo por debajo de un orgasmo en mi escala de cosas deliciosas.

ETHAN

"Sé que te recomendé que mejoraras tu juego", jadeó Carl, "¡pero joder, colega!".

"Continúa, sabelotodo", dije y golpeé la pelota de squash con más fuerza.

"¿Qué se te ha metido por el culo?".

"Me pasa de todo", dije mientras colocaba la pelota justo fuera del alcance de Carl.

"No me digas. ¿Quieres hablar de ello?"

"No, prefiero barrer el suelo con tu patético culo", gruñí mientras me limpiaba el sudor de la cara y los brazos.

"No quiero sonar como un disco rayado, amigo mío, pero solamente una mujer puede ponerte así de cabreado. ¿Qué ocurre? Tendrá algo que ver con esa tipa del ascensor, ¿no? ¿Qué ocurre con ella? ¿Acaso te acelera el motor cuando te trae las últimas informaciones que ha redactado?".

"Ojalá fuera tan sencillo como eso".

"Dímelo. ¿Es una provocadora?

"No".

"Oh, vaya. No me gusta adónde va esto".

"Piernas Bonitas es abogada", dije.

"Entiendo", sonrió Carl. "Así que no se admiten travesuras. Lástima".

"Otra vez, no es el tema, aunque golpearla hasta la sumisión se me ha pasado por la cabeza".

"¿Sumisión? ¿Es una atrevida?"

"No es fácil de dominar. Y para empeorar las cosas, ahora es co-consejera en mi gran caso".

"¡Vaya mierda! Eso es un golpe en el trasero. ¿A qué se debe esto? ¿Estás perdiendo tu ventaja?" Carl sonrió.

"No digamos tonterías, gilipollas".

"Lo siento, sabes que no lo digo en serio".

"Sí, lo sé. Estoy un poco sensible".

"De verdad. ¿Han dicho los socios por qué han hecho un cambio tan innecesario?". Carl se dirigió hacia la galería. Eso indicaba el final del partido. No me molestó demasiado.

"Están ofreciendo dos plazas de socio. Me parece bien. Es la decisión del co-consejo lo que me fastidia".

"A mí también me cabrearía. ¿Has hablado con ellos al respecto?"

"¿Y decirles qué? No quiero parecer un perdedor llorón y resentido. No, la única forma de superar esto es trabajar duro y demostrar mi valía como abogado litigante".

"¡Eso es! No me gustaba el marica que estaba aquí hace un segundo. Este no eres tú, Ethan. Desde que te conozco, nunca te he visto echarte atrás por nada. No te atrevas a empezar ahora". Carl se levantó y se dirigió a las duchas.

"¿Has pensado alguna vez en dejar tu trabajo diario y dedicarte a hablar de motivación, Tony Robbins?".

"Ahora que lo dices...", se rio y me miró de reojo mientras se alejaba. "No, tienes razón. ¿En qué pensaba?

Carl abrió el grifo de la ducha. "¿Sabes lo que pienso?", dijo antes de desnudarse.

"No, pero seguro que me lo vas a decir".

"Creo que necesitas salir una noche. Nada como beber y echar un polvo para arreglar un espíritu roto".

"En lugar de leerte la cartilla con respecto a tu actitud ejemplar hacia las mujeres, admitiré que puede que tengas razón".

"Estupendo. Hagámoslo. A pesar de mi mente sucia, por supuesto. Nos vemos en el nuevo club de Adam. Está muy de moda", dijo Carl por encima del ruido del agua.

"Vale, nos vemos allí sobre las ocho".

Después de ducharme, fui a casa a ponerme algo que gritara menos "abogado" y más "vamos a divertirnos". Por desgracia, no había tenido ocasión de comprar nada para cenar, así que no tardé en comerme el rosbif antes de que se estropeara.

Jake me observaba con impaciencia. Se relamía a cada bocado que daba. No tuve valor para rechazarle, así que puse lo que quedaba de la hogaza en su cuenco y le miré cómo la engullía. Se tumbó en la cama en cuanto se cercioró de que no le ocultaba nada más. Volvió a reinar la paz.

Mis muslos y bíceps no estaban contentos. Había dejado toda la frustración de mi muñeca en la pista de squash, y mis músculos lo sentían. Recordé la conversación con mi nueva "compañera". Reconocí que los socios sabían lo que era mejor para la empresa. Sin duda, debían de haber visto algo en Alexia que les convenció para traerla al redil.

Deduje que el equipo estaba impresionado con su visión jurídica respecto al tema de Silvano. Yo no tenía ninguna objeción importante - como si tuviera elección- siempre que Alexia siguiera mi

pista con Silvano. No era un hombre fácil de tratar, así que tendría que insistir en que se anduviera con pies de plomo con él.

Vamos, Ethan. Es hora de que descanses. Mañana podrás volver a empuñar la espada. Aquella voz me leyó como un libro.

Me puse unos vaqueros y una camiseta blanca. Sabía que ir de blanco a un club no era lo ideal, así que metí otra en el coche antes de salir. Jake levantó la cabeza cuando cogí las llaves del coche, luego volvió a dejarla caer y se durmió de nuevo. Supongo que la carne asada le estaba bajando los párpados. No había necesidad de cerrar las puertas. Me compadecía del pobre tonto que entrara en la propiedad sin el permiso de Jake.

El club estaba a tope cuando llegué. Aparqué calle arriba y recé para que nadie me arañara el coche ni vomitara sobre el capó. No podía quitarme ese pensamiento de la cabeza. Era una locura lo que hacía la gente borracha.

"Justo a tiempo", dijo Carl al salir de su coche.

"Oye, parece que vamos a tener que abrirnos paso entre la multitud para llegar al bar".

"¿Se te ocurre una forma mejor de rozarte con las chicas? Accidentalmente, claro".

"Buena observación", me reí.

Uno de los gorilas de la puerta estaba observando a una chica que no tendría más de diecisiete años. Empleó sus dotes femeninas para seducirlo y que la dejara entrar, pero el carnicero se mantuvo firme. La chica le espetó unas cuantas palabras y se marchó enfadada.

"Impresionante trabajo", le dije al gigante.

"Sí, esos malditos críos son implacables", gruñó.

"¿Quieres ver mi carné de conducir o puedo entrar sin problemas?". Carl sonrió.

"Voy a arriesgarme y te dejaré entrar", dijo el portero con cara inexpresiva.

"Vaya, tendré que felicitar a Adam cuando lo vea. El Presidente tendría suerte de tener a estos hombres musculosos en su equipo de seguridad", comenté mientras Carl y yo entrábamos en el local de fiestas más nuevo de la manzana.

"Vaya, mira quién está aquí".

"¡Adam! ¿Cómo estás, tío?" Dije al reconocer la voz ronca que había detrás de nosotros.

"Hablando del diablo", se rio Carl y le dio una palmada en la espalda a Adam.

"Me alegro de veros, chicos. Venga, subamos a mi despacho y nos pondremos al día".

"Pues me parece bien", contesté. Carl asintió, y seguimos a Adam hasta su "oficina".

El así llamado despacho era un auténtico ático. Por otra parte, Adam no hacía nada a medias. Era más alto que la mayoría, incluidos Carl y yo, que medíamos más de dos metros. Su estatura bastaba para intimidar a cualquier malhechor. Era irónico, porque Adam tenía el corazón de un gigante amable. Generoso hasta la exageración y siempre alegre.

"¿Qué os apetece beber?" Ofreció Adam una vez estuvimos sentados en su penthouse.

"Whisky para mí, gracias", dijo Carl. Yo asentí con la cabeza.

"Esperaba una esquina del bar *más* grande", dije jocosamente, ya que nunca se había visto nada parecido en una "oficina".

"No cabría del tamaño que realmente quisiera", se rio Adam.

La barra del despacho de Adam ocupaba toda la longitud de una de las paredes. Era de madera auténtica, y las vetas resaltaban con una iluminación suave. Las luces situadas detrás de las botellas de licor convertían la habitación en un caleidoscopio de colores. La pared que daba a la pista de baile era totalmente de cristal.

"Veo que te gusta mantener todo bajo control", dijo Carl mientras contemplaba la escena del piso de abajo.

"Por supuesto. No puedes culparme. Es un punto de vista excelente".

"Ajá", comenté, "También diría que es la mejor vista para *pescar* mejor".

"Todo el mundo necesita un vicio", se rio Adam.

Adam no bebía mucho alcohol, lo cual era interesante teniendo en cuenta el negocio al que se dedicaba. Se metía algún porro de vez en cuando, pero nada serio. Otra pasión, completamente fuera del carácter de la mayoría de los propietarios de clubes nocturnos, era la determinación de Adam por mantenerse en forma. Corría todos los días. Yo había dejado de hacer footing con él. Era como correr al lado de una jirafa.

"Es un sitio muy bonito el que tienes aquí, Adam", dijo Carl y se tumbó en un lujoso sofá de cuero rojo.

"Gracias, Carly. Me alegro de que por fin hayáis podido venir".

"Sí, lo siento, amigo", dije disculpándome. "El trabajo es una locura, y este imbécil arrastra hasta la última pizca de energía que me queda en la pista de squash".

"Perdonado". Adam se volvió hacia Carl. "Y, ¿cuál es tu excusa, vago?".

Carl se echó a reír desde sus entrañas. "Muy buena, enano. En realidad trabajo, en contra de la creencia popular. Últimamente he estado trotando por el mundo. Pero me verás más ahora que sé que tienes un lugarcito como este, donde puedes encontrar los trozos de carne más jugosos de la ciudad".

"Más vale tarde que nunca, chicos", dijo Adam y levantó su copa en un brindis.

"¡Al heroico escocés al que se le ocurrió una forma extraordinaria de exhibir el grano!".

"¡Eso, eso!", aclamamos Carl y yo.

"Ahhh, el mejor", dijo y nos sirvió otro a Carl y a mí. Él estaba satisfecho con su único chupito.

"Veo que sigues bebiendo como una chica", se burló Carl.

"Volveremos a hablar por la mañana, cuando yo esté corriendo por la playa mientras tú te sentirás como una mierda".

"Voy a bajar dentro de un rato para ver cómo se encuentra mi equipo", dijo Adam. "Pongámonos al día antes de que me vaya. Carl, ¿cómo está esa sexy psicópata tuya?".

"Sandra es volcánica", sonrió Carl.

"Y casi igual de explosiva", dije yo y le guiñé un ojo a Adam.

"Rompimos hace un año, pero ella no se cansa del enigma que es Carl", dijo mi amigo y estiró el pecho.

"Entonces, ¿sigues tirándotela de vez en cuando?". Preguntó Adam.

"Claro que sí".

"Eres un idiota cachondo. Lo sabes, ¿verdad?" Dijo Adam.

"Es curioso, eso es precisamente lo que dijo Ethan".

"Me pregunto por qué. Vale, ya hemos establecido que Carl aún no ha aprendido, ni aprenderá nunca, la lección en lo que se refiere a las mujeres locas. ¿Y tú, Ethan? ¿Nada después de su majestad?"

"Vale, lo sé, ya me lo has dicho. No, nadie serio".

"Aunque hay alguien a quien le toca las pelotas", Carl dio su opinión.

"¿En serio? ¿Y quién es? Supongo que no es otra ricachona con fondos fiduciarios". Adam me dedicó una sonrisa pícara.

"Carl me está tomando el pelo", dije. "No hay nadie".

"Oh, por favor. Prácticamente te tropezaste con la polla cuando viste a Alexia. ¿Me estás diciendo que no quieres ligar con ella?".

"¿Quién no querría?" Comenté, "pero sinceramente, sería una cagada monumental".

¿Qué me estoy perdiendo?", preguntó Adam.

"Por lo visto, a los abogados no se les permite mojar la pluma en la tinta de la empresa", dijo Carl antes de que pudiera contestar a Adam.

"Cállate, tonto. Es un poco más complicado que eso", insistí.

"¿Qué tiene de complicado? Te la tiras hasta dejarla sin sentido y luego sigues adelante", intervino Adam.

"Os lo explicaré cuando hayáis desarrollado un poco de *ética*", dije sarcásticamente.

"Vale", dijo Adam y se levantó. "Es hora de que el jefe haga su ronda. Quizá haya alguna *mujercita* por ahí que necesite un poco de cariño a la antigua usanza. Chicos, terminaos las bebidas. Tómense su tiempo. Os veré abajo más tarde".

Se detuvo en la puerta y se volvió hacia mí. "Avísame si necesitas que te busque un *rapidín*, colega". Sonrió y se fue.

ALEXIA

Jenna estaba en la ducha cuando llegué a casa después de otro día agotador. Abrí la nevera y bebí un buen trago de zumo de naranja. Tenía las piernas nerviosas. No había hecho mucho ejercicio, excepto bajar y subir corriendo las escaleras para ir y volver del restaurante. Estaba segura de que la hamburguesa y el batido habían neutralizado el ir y venir corriendo.

"Hola. No te he oído entrar", dijo Jenna cuando entró en la cocina, envuelta en una toalla y con el pelo empapado.

"Debe de haber sido por el canto. Bonitas notas altas en el estribillo, Jens", me reí.

"Gracias. He estado practicando. Cámbiate, crítico musical. La noche no rejuvenece. Tomé prestado tu top recamado".

Jenna y yo no teníamos problemas a la hora de compartir. Éramos de constitución similar, así que compartir ropa prácticamente duplicaba nuestros respectivos armarios. No compartíamos los zapatos, porque sus pies eran más grandes que los míos, pero, sinceramente, la idea de llevar los zapatos de otra persona me resultaba repugnante; la ropa interior, los cepillos de dientes, el chocolate y los hombres eran elementos estrictamente prohibidos.

"Claro. Yo creo que me pondré ese precioso *crop top* de tirantes cruzados".

"Ah, sí. Ese siempre llama la atención de los chicos".

"Posiblemente. Pero creo que es la forma en que trabajas hábilmente tu escote, Jens, lo que suele hacer el truco".

"¡No hay ninguna razón por la que tú no puedas trabajar el tuyo, chica!"

"Puede que lo haga", dije. "Ve a vestirte. Estás chorreando por todo el suelo. Voy a darme una ducha rápida, también".

Jenna salió de su habitación con un aspecto estupendo. Hice una pequeña pirueta con el top recamado y una minifalda vaquera. Ese movimiento me hizo silbar como un lobo.

"Vale, vamos de fiesta", dije y cogí las llaves del coche.

"Vaya, señorita. He llamado a un taxi. No bromeaba cuando dije que quería fiesta. Ninguna de las dos va a conducir esta noche".

Su teléfono zumbó.

"Y ahí está".

El taxi nos llevó a Jenna y a mí al nuevo club.

"Vaya", dije cuando llegamos, "¿estás segura de que entraremos? Parece bastante lleno".

"No te preocupes. Yo me encargo".

Jenna se acercó al gorila más grande que había visto nunca.

"Hola, qué mono. ¿A quién tengo que chupársela para entrar aquí?".

Bajé la cabeza y deseé que la tierra se abriera y me tragara entera.

"Lo siento, señora. Aquí no dejamos entrar a prostitutas. Es una política estricta de la empresa".

Jenna se echó a reír, y aquel pedazo de carne hizo lo mismo.

"Hola, Shawn. ¿Cómo estás, mi amor?" Dijo Jenna y le echó los brazos al cuello.

"Jenna, mi pequeña bocona, ángel. Ahora estoy mejor".

Miró a su alrededor cuando me vio. "¿Quién es tu amiga tan buena?", preguntó y me dedicó una hermosa sonrisa.

"Oh, perdona. Shawn, ella es Alexia, mi mejor amiga. Alexia, él es Shawn, o, a lo mejor, Gamba. Solíamos jugar juntos de niños antes de que me mudara a tu barrio".

"¿Shawn? ¿Gamba?"

"Sí. De pequeño estaba flaco come una gamba. A saber de dónde le salieron todos esos músculos".

"Encantada de conocerte, Shawn. Será mejor que nos dejes entrar antes de que Jenna asuste a la clientela".

"Buena observación. Señoritas", dijo Shawn y descolgó la cuerda para que pudiéramos entrar.

"Hasta luego, Gamba", dijo Jenna con una risita, y Shawn me dio una suave palmada en el trasero.

"Gracias, Shawn", sonreí.

"Que lo disfrutes, Alexia. Llámame si alguien te echa la bronca", dijo y me guiñó un ojo.

Dentro del club, la música sonaba a todo volumen y la gente estaba alegre. Jenna señaló la barra y yo la seguí. Un camarero joven y guapo nos miró con ojos de 'te quiero llevar a la cama' y nos sirvió las bebidas cuando se dio cuenta de que ninguna de las dos estaba interesada.

"¡Salud!", dije por encima del ruido que hacían los chicos detrás de nosotras.

"¡Salud!"

"Tequila. Buena decisión".

"Esencial para una buena noche", dijo Jenna. "¿Qué tal el campo de batalla?"

"¿Campo de batalla?"

"El trabajo. ¿Ese grano en el culo te puso las cosas difíciles?". Jenna golpeó el vaso de chupito contra la barra para llamar la atención del camarero.

"No. De hecho, me dio un susto de muerte al mostrarse simpático".

"Te dije que esos tacones de aguja tuyos servirían".

"Sí, no lo creo. Yo..."

Un golpecito en el hombro interrumpió la conversación de Jenna y mía. Me volví y vi a un hombre de mediana edad con un traje barato, balanceándose. Olía como una cervecería ambulante cuando empezó a arrastrar las palabras hacia mí.

"Hola, guapa. Me encanta tu top. También tienes un c...culo precioso".

Vaya, ¿cómo puede una chica resistirse a un saludo tan elegante? Pero no había terminado de hablar.

"Soy Stan. ¿Te apetece ponerte pezón con pezón en la pista de baile?".

Jenna estalló en carcajadas histéricas. No le hizo ninguna gracia.

"¿De qué te ríes, zorra?", le gruñó.

"Vale, creo que tienes que dar marcha atrás y largarte, Stan", dijo ella en voz lo bastante alta para que ese tonto la oyera.

Stan dio un paso adelante para echarle la bronca a Jenna, pero tropezó con la pata del taburete. Fue como ver un accidente de coche a cámara lenta. Antes de que pudiera apartarme, Stan vació su vaso de cerveza sobre mi top.

"¡Ah, joder!" Grité mientras apartaba la tela empapada y olorosa de mi pecho.

Avancé para darle una paliza al gilipollas, pero no tuve oportunidad. Una mano agarró a Stan por detrás y le hizo girar como si fuera una peonza barata.

"Vale, gilipollas. A casa".

Stan intentó soltarse del agarre del tipo, pero estaba demasiado borracho. Espera. Conocía esa voz.

No. No puede ser.

"¿Ethan?" Dije.

"Vuelvo enseguida, socia", dijo. "Deja que saque rápidamente la basura".

Observé cómo Ethan acompañaba a Stan hacia la salida. No tuvo que ir muy lejos antes de que Shawn agarrara a Stan y lo arrastrara fuera del club.

Vi cómo los amigos de Stan le seguían. Inteligente jugada. Ethan volvió hacia mí.

"¿Estás bien?", preguntó.

"Ha sido admirable, Ethan, pero estaba a punto de patearle el culo".

Miré a mi alrededor en busca de una servilleta para limpiarme de la bebida. Cuando levanté la vista, Ethan me estaba mirando el pecho. Genial, mis pezones asomaban como faros en un camino de tierra abandonado. Apartó la mirada en cuanto se dio cuenta de que me había estado mirando las tetas.

"Mierda. Ese gilipollas me ha estropeado el top", dije irritada. Me aparté la prenda empapada de la piel.

"Yo no diría eso", sonrió satisfecho.

"Demasiado pronto, Ethan", le advertí.

"Tengo una camisa en el coche", dijo. "Deja que te la traiga. Ahora vuelvo. No te metas en líos, si puedes".

Desapareció antes de que pudiera contestarle bruscamente.

Jenna me miraba con su cara de "qué coño".

"¿Qué?"

"O estás ciega o estás completamente loca. Ethan es un encanto. Me lo tiraré si tú no crees que puedas".

"Nunca he dicho que no sea muy sexy, pero es un capullo. Además, acostarse con un colega es motivo de pena de muerte por fusilamiento".

"¿Qué hacéis ahí en BCA? ¿Protegiendo a espías en el extranjero? Seguramente por una bofetada y unas cosquillas no matarán a nadie".

"Oh, mierda. Justo cuando pensaba que la noche no podía empeorar", murmuré y dejé caer la mirada al suelo.

"¿Por qué? ¿Qué está pasando?" Preguntó Jenna, preocupada.

Levanté la vista y señalé a un tipo que estaba al otro lado de la barra.

"Oooh. Déjame adivinar. ¿Otra colega bombazo que no quieres follar?". dijo Jenna.

"No me lo follaría ni aunque fuera el último hombre sobre la tierra. Es el imbécil que hizo el comentario sexista y muy inapropiado en el ascensor. Del que te hablé".

"¿Cuántos hombres guapos hay en tu edificio?". Sonrió Jenna, sin dejar de vigilar de cerca al imbécil.

No podía argumentar muy bien el punto. Era bastante antipático. Sonrió al verme, como si fuéramos viejos amigos, y se dirigió hacia Jenna y hacia mí.

"Ughh".

"Cállate, Al. Este tiene potencial".

"Claro, si mantiene la boca cerrada".

"Hola, de nuevo", dijo cuando llegó hasta nosotras.

"Hola".

"No tuve ocasión de presentarme el otro día. Soy Carl".

Carl clavó los ojos en Jenna. "Dios mío", dijo dulcemente. "Subiste el nivel del local cuando entraste aquí, si no te importa que te lo diga".

"Jenna", sonrió ella y batió los párpados. Vale, ¿qué coño? ¿Jenna estaba tan desesperada?

"Oh-oh, todavía no le has pisado, ¿verdad, colega?". La voz de Ethan detrás de mí me sobresaltó.

"Relaja los ovarios, Ethan", dijo Carl, sin apartar los ojos de Jenna, que se deleitaba con la atención.

"Señoras", dijo Ethan tendiéndome la camisa limpia, "pido disculpas por adelantado por cualquier cosa inapropiada que este hombre vaya a decir sin duda".

"Yo también te quiero, colega".

"Sin embargo, creo que quizá te deba una disculpa por mi comentario algo descuidado del otro día en el ascensor", me dijo Carl. "Tengo un trastorno genético que me obliga a decir cualquier cosa que se me pase por la cabeza".

"En mi barrio tienen un nombre para eso", dije amablemente.

"Me lo imagino", sonrió. "Por lo visto, hay unos cuantos nombres exclusivos para ello".

No pude evitarlo. Carl era el tonto del pueblo que todo el mundo intentaba que no le cayera bien. Sin embargo, su sonrisa traviesa hacía imposible permanecer enfadada con él. Quizá si hubiera visto aquella sonrisa en el ascensor, no me habría enfadado tanto.

"Vale, estás disculpado. No hagas que me arrepienta de haberte dejado salir del rincón de los traviesos, Carl".

"Entendido".

"Ahora, si me disculpas, voy a quitarme el olor a cerveza barata con el que me ha empapado nuestro amigo".

"No os alejéis demasiado, chicos", sonrió Jenna. "Volveremos".

"¿Qué haces, cachonda?". Le pregunté a Jenna cuando estábamos en el baño.

"Sinceramente, creo que deberías hacerte una prueba de la vista".

"Mis ojos están bien".

"Relájate. Te he sacado esta noche para que te diviertas".

"Sí, tienes razón. Carl es muy guapo, lo reconozco".

"No me digas. Venga, cámbiate de camiseta, o más bien de mi camiseta, y vamos a divertirnos".

"Siento mucho lo del top, Jen".

"No te preocupes. No es como si ocasionalmente no estropeara alguna de tus caras prendas".

"Así que mi jersey favorito ha ido a parar ahí. Listilla".

"Culpable, abogada".

"Esto saldrá de tu bolsillo, jovencita", me reí.

"De acuerdo. Ahora, mueve el culo. Quiero manosear a Carl en la pista de baile".

ETHAN

"Por los pelos, tío, pero creo que lo he conseguido bien con Alexia", sonrió Carl cuando las mujeres desaparecieron de su vista.

"Sí, tus dotes de negociación se desperdician en el sector de TI. Deberías dedicarte a la litigación".

"No, esos tipos hablan demasiado".

"Veo que le estás echando todo a la amiga de Alexia".

"¿Puedes culparme? Jenna es sin duda atractiva, juguetona y, para que no lo olvidemos, responde claramente a mis encantos", sonrió Carl.

"Estás patinando sobre hielo fino, amigo. Permíteme recordarte que la psicótica se pondrá como una fiera cuando se entere de tus actividades extraescolares".

"Ya te he dicho que Sandy y yo no estamos juntos de nuevo. De vez en cuando aprecio sus talentos naturales, pero ella sabe que no es algo exclusivo ni serio".

"Carl, mi niñato caprichoso, no tienes ni idea de lo que se refiere a las mujeres. Si crees que Sandy va a permitir que una mujer-hermana entre en su propiedad, estás loco".

"Reina del drama", dijo Carl y me dio una palmada en la espalda. "Bien. Hora de beber".

Carl vació su vaso. "¿Qué te pongo?"

"Aquí hace un calor del demonio", dije. "Creo que necesito algo bajo cero para refrescarme".

"Ya lo tienes".

Carl atrajo la atención del camarero y volvió con un cóctel helado.

"Estupendo. Ahora bebes como una chica. Tengo una reputación de tipo duro que mantener, ¿sabes? Si alguien de la acusación me ve con una bebida de chica, seré un blanco fácil", me reí.

"Querías algo frío".

"Algo para enfriar mi cuerpo, no una bolsa de hielo sobre las joyas, imbécil".

"Joder, qué ganas tengo de que acabe este caso. No me gusta mucho el Ethan cabreado".

"Hablando de casos y de estar cabreado", dije, "¿qué pasó con ese mierdecilla al que pillaste manipulando tus registros?".

"Despedí al gilipollas. Pero no sin antes hacerle un regalo de despedida que nunca olvidará".

"Menos mal que conoces a un abogado defensor".

"Menos mal".

Eché un vistazo a "nuestras" chicas. A Alexia le quedaba muy bien mi camisa. No pude evitar fijarme en que no llevaba sujetador. No es que me quejara.

"¿Verdad que pareces la reina de las camisetas Tommy Hilfiger?", dije cuando Alexia se acomodó en la mesa.

"Gracias por la camiseta", sonrió.

"Quédatela. Te sienta bien".

Carl y Jenna estaban inmersos en una conversación. No sabía de qué hablar con Alexia. Era incómodo. Normalmente, tejía mi "red" de habilidades masculinas para atraer a una mujer guapa, pero con Alexia parecía algo vulgar. Me alegré al ver que Adam se dirigía hacia nosotros.

"Vaya, qué rápido sois", se burló.

"La vida es corta", me reí. "Adam, ella es Alexia. Trabajamos juntos. Alexia, te presento al dueño de este magnífico local".

"Si hubiera tenido la menor idea de que los abogados defensores eran tan guapos, habría quebrantado la ley hace mucho tiempo", dijo Adam mientras miraba a Alexia.

Ella se echó a reír. ¿Pero qué demonios...? Tenía la impresión de que una tocapelotas como Alexia se ofendería por una frase tan ordinaria. Me sentí un poco celoso de su fácil reacción ante Adam. Aquel sentimiento me golpeó con fuerza. ¿Cuál era mi problema? Cualquiera diría que era un interés romántico mío. Supuse que era por lo de los pezones.

"Vamos, viejos pedorros", dijo Jenna y me agarró la mano. "Es hora de sacudirlo en la pista de baile".

¿"Sacudirnos en la pista de baile"? Carl se rió. "No oía hablar así desde la última vez que vi *Dance-off*".

"¿Qué puedo decir? Soy una cinéfila de los noventa", se rió Jenna y nos arrastró a Carl y a mí a la pista de baile.

"¿Vienes?", me gritó.

"Dentro de un minuto".

"Santo cielo, Ethan", empezó Adam cuando los tres estuvieron fuera del alcance del oído. "Esa chica no podría ni andar si se liara conmigo".

"Encantador", dije, sin poder apartar los ojos de su culo mientras bailaba.

"¿Cuál es el problema, Princesa?".

"Ningún problema", dije. "Prefiero no cagar donde como".

"¿Me estás diciendo sinceramente que elegirías el trabajo antes que a Alexia? Admítelo, estás luchando contra la disfunción eréctil, ¿no? Puedes decírmelo. Somos viejos amigos".

"Vete a la mierda".

"Será mejor que te decidas, y que sea rápido. Una mujer así no va a tener que esperar ofertas".

"¿No tienes camareros a los que controlar?". Dije y le di un puñetazo a Adam.

"Que les den a los camareros", dijo. "Veo a una señorita por allí cuyos labios quedarían muy bien alrededor de mi polla".

"¿Besas a tu madre con esa boca?".

"Esta noche no, no lo haré", se rio y me dejó mirando a Alexia. Joder, ¡qué ganas de rodearme la cintura con sus piernas y follármela hasta que gritara!

¿Cuándo te volviste tan marica, Ethan? Ve allí y demuéstrale por qué los chicos del vestuario se avergonzaban de compartir una ducha contigo.

Alexia miró en mi dirección. ¿Estaba borracho o me miraba? Carl y sus cócteles sanguinarios. Fingí no darme cuenta. Alexia se llevó la mano a la boca en señal de que quería una copa. ¿Así que ahora yo era camarero? Qué atrevida.

Pero era un caballero y, como tal, tenía la obligación de salvar a una damisela en apuros, fuera quien fuera. El camarero sabía qué bebían Alexia y Jenna... no me sorprendió. Así que les pedí una copa a cada una y me la llevé a la pista de baile.

"Ahhh, eres un salvavidas", dijo Jenna cuando le pasé la bebida.

"Oh, ya veo cómo funciona esto", baló Carl. "Primero las mujeres y luego los amigos".

"Oye, toma ejemplo", dijo Jenna y le dio una palmada en el culo a Carl.

"Te doy a ti el ejemplo", sonrió Carl y cogió la mano de Jenna. "Vuelvo enseguida, chicos. Portaos bien".

"Bastante persuasivo tu amigo, ¿verdad?" Dijo Alexia, y luego dio un largo sorbo a su bebida.

"Carl es un caso interesante. Pasa de ser un demonio con lengua de plata a un imbécil en un minuto. Pero no hace daño a nadie. Te sorprenderá saber que en realidad es un buen tipo".

"Eso sí que me sorprende".

"Tienes que comprender que Carl está más ocupado que la mesa de un bufé en una boda. Estaba alto de adrenalina cuando soltó el comentario en el ascensor".

"Entonces, lo que estás diciendo es que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado".

"Algo así", sonreí.

De repente, Alexia se abalanzó sobre mí y la encontré apretada contra mí.

"Vaya, ¿esto es lo que llaman "magnetismo animal"?", comenté y la cogí entre mis brazos para evitar que se cayera.

"No nos pasemos ahora", exclamó gimiendo.

"Mierda, lo siento", se disculpó un chico hacia Alexia, que estaba visiblemente irritada. "¡Colega! Mira lo que me has hecho hacer", gritó un chico a su lado.

"¡Joder! Lo siento", repitió el otro a Alexia.

"Por supuesto", respondió ella con una mirada de muerte.

El chico torpe me lanzó una mirada. Alexia se apoyaba pesadamente en mí. Su cuerpo era pecaminoso. Tenía los pezones duros; podía sentirlos a través de mi fina camisa. Quién sabía lo que estaba pensando, pero mis manos bajaron hasta su culo como si fuera de lo más normal.

No tenía ni idea de lo que mi puto cuerpo estaba tramando. Habría pensado que al menos tendría un mínimo de autocontrol. Aparentemente, no era el caso. Para mi sorpresa, Alexia no retrocedió. No me dio una patada en los huevos ni me abofeteó. ¿Habíamos entrado en un universo alternativo?

Alexia me miró con ojos atrevidos. Era el peor temor de un hombre. Interpretar mal la situación. No hagas nada y te tacharán de marica. ¿Qué sería? Tenía que pensar rápido antes de que se acabara el momento.

A la mierda.

Apreté mi rígida erección contra Alexia. Su boca se abrió ligeramente al inhalar, claramente sin esperar mis avances. ¿Estaba temblando yo o Alexia? Aun así, no dijo nada. Vaya, esta mujer era un hueso duro de roer. Pero yo no estaba preparado para el reto. Seguí mirándola.

"Entonces, ¿piensas besarme o vamos a quedarnos parados con tu polla apretada contra mí?", me susurró Alexia al oído.

"Tú empezaste esto", respondí en voz baja y cruda.

"¿Cómo lo sabes?"

"Tú eres la que me aprieta con fuerza los pezones contra el pecho".

"¿Te has dado cuenta?".

Aparté una mano de su hermoso culo y la pasé por debajo de su camiseta hasta encontrar un pezón. Alexia dejó escapar un suspiro cuando le apreté suavemente un pezón. Ella arqueó el cuello y yo aproveché para pasarle la lengua desde el cuello hasta la oreja.

La pista de baile estaba poco iluminada, lo que me dejaba libertad para explorar el cuerpo de Alexia a voluntad. La besé cuando bajó la cabeza para mirarme.

"Veo que ya has hecho esto antes", gimió.

"Una o dos veces", dije y volví a besarla.

"No me digas que te saltas las normas, abogado", sonrió cuando apartó la boca de la mía.

"Las normas están para romperlas. ¿No es esa la piedra angular de nuestra profesión?".

Volví a besarla y le puse las dos manos sobre el culo. Luego, tiré de ella para demostrarle que yo también tenía la habilidad de romper las reglas.

El ritmo se aceleró, y también mi lujuria por Alexia. Necesitaba tenerla. La decisión estaba tomada. Me alejé de ella. Parecía desconcertada. La cogí de la mano.

"Ven conmigo. Quiero que vengas conmigo", le dije.

"¿Cómo puedo negarme? Me lo pides tan amablemente".

Conduje a Alexia fuera de la pista de baile. Sabía muy bien lo que iba a hacerle.

ALEXIA

Todo el autocontrol y el sentido común me abandonaron mientras me balanceaba en la pista de baile entre los brazos de Ethan. Nunca esperé que me sintiera tan bien. No sabía adónde me llevaba, pero el corazón me latía desbocado en el pecho. Los cócteles que me había tomado para intentar apagar la furia interior me producían un zumbido delicioso.

"¿Adónde vamos?" Pregunté después de dar la segunda vuelta por un pasadizo.

"A algún lugar inesperado", dijo Ethan.

"No estarás pensando en tocarme encima de un barril de cerveza, ¿verdad?". Solté una risita. "Ya me he saciado de Brewski por una noche".

"¿Crees que te haré eso, Piernas Bonitas?".

"Mejor que no. Espera un momento. ¿Piernas Bonitas?"

"Son bastante memorables", dijo mientras me miraba y sonreía.

Mi cuerpo estaba vivo de expectación. Cada movimiento de Ethan provocaba una explosión en algún lugar de mi interior. El deseo que sentía por él aumentaba a cada paso que dábamos. Me moría de ganas de tocarle, de tener su erección en la mano y apretarla. No había nada como ver la reacción de un amante para que me entraran unas ganas locas de follarle. Pero el juego era excitante. ¿Cuándo? ¿Cómo? Esas eran las preguntas prometedoras.

Nos detuvimos ante una puerta de aspecto muy ordinario.

"Más vale que salga bien", advertí juguetonamente.

Ethan se volvió y me agarró. Me acercó tanto a él que apenas podía respirar. "Te diré una cosa, si esto no te satisface, presentaremos una queja a la dirección", me susurró al oído. Se me puso la piel de gallina. Ethan emitió un gruñido bajo, lleno de satisfacción, al ver mi reacción física ante él.

Abrió la puerta y se apartó para que yo pudiera entrar.

"Este es el despacho de Adam. Esta noche será nuestro nido de amor".

El espacio no era en absoluto lo que yo había imaginado. Mármol, cuero, decoración cara, todo eso. Eché un vistazo a la habitación. Tenía que reconocerlo. Era un hombre hábil y con un gusto

excelente para la decoración.

"Vaya, vaya. Parece que me he equivocado de hombre. Debería haberme tirado a Adam sin sujetador", bromeé.

"¿Ah, sí? Te apuesto lo que quieras a que Adam no puede hacer esto", Ethan cerró la puerta y caminó despacio hasta donde yo estaba clavada en el suelo. Sonrió, me atrajo hacia él y me besó salvajemente. Me hizo caminar hacia atrás mientras me besaba. Me pregunté si ese sería el momento en que nos fundiríamos en un solo ser y nos magrearíamos mutuamente hasta explotar en un clímax arrollador que nos consumiría por completo. Pero eso no era lo que Ethan tenía en mente. En lugar de eso, me levantó y me sentó en un taburete.

"¿Te apetece un cóctel, bombón?", me preguntó cuando dejó de besarme como un loco. Su repentino cambio de ritmo me dejó sin aliento y decepcionada. Así que Ethan me estaba torturando. Iba a ser un puto amante fantástico. No lo dudaba. Nada de "zas, zas, gracias, señora" por parte de este hombre.

"Uhh, sí. Buena idea. ¿Soy yo o aquí hace un calor sofocante?". Sentía un hormigueo por todo el cuerpo y mis jugos se desbocaban. Ethan me dejó sentada en el taburete, jadeando y contorsionándome en mi humedad, mientras él se dirigía a la parte delantera de la barra. Pasé las manos por el liso mostrador de la barra. Tenía que hacer algo para mantener los dedos alejados de mi húmedo y rígido clítoris.

"Déjame ver si puedo enfriarte. No es que enfriarte esté en mi lista de prioridades. ¿Qué quieres?

"Sorpréndeme", dije, haciendo de nuevo todo lo posible por no correrme, de forma espontánea, atronadora. Tenía que reservarme algo para el guapísimo hombre que tenía delante.

"Hmm, creo que puedo conseguirlo", ronroneó Ethan y se quitó la camiseta, dejando al descubierto un impresionante tatuaje tribal de plumas grabado en un tenso y esculpido pecho color dorado de asesino.

"Vale, eso no es justo. Me tienes en desventaja", hice un mohín mientras mis ojos se deleitaban con la magnificencia del torso desnudo de Ethan. Deseaba desesperadamente saltar por encima del mostrador y mordisquear sus fabulosos pezones. Su pecho era liso, sin un solo pelo a la vista. Mi lengua tendría vía libre para descender por su vientre y acabar finalmente en su polla, que tenía toda la intención de chupar hasta que se estremeciera violentamente.

"No hay razón por la que no puedas unirte a mí", dijo Ethan con un ronco desafío y unos ojos humeantes.

¡No te corras, Alexia! Piensa en otra cosa.

"Supongo a que no", dije, aferrándome a cierta apariencia de autocontrol. "Vale, déjate ver. Tú lo has querido". Vi cómo la sorpresa se reflejaba en su rostro mientras jugaba con los bordes de la camiseta que me había prestado. "¿Estás lista?"

"¿Estás de coña?", dijo, con los ojos clavados en mis tetas.

Muy lenta y cuidadosamente, me quité la prenda por encima de la cabeza y la mantuve allí un rato para que Ethan pudiera disfrutar de mis tetas sin distracciones. Mis pezones cincelados se erguían como si estuvieran apuntando a su objetivo.

"Oh, sí", dijo con voz ronca, "este es sin duda mi nuevo juego de beber favorito", dijo Ethan, paralizado, hipnotizado por mis pechos desnudos.

"Eh, ojos aquí arriba, camarero", me reí entre dientes, "no te tomes libertades hasta que esté satisfecho con la calidad de tus cócteles".

"Poner la bebida en el vaso ahora no va a ser fácil, pero haré lo que pueda. Al menos tengo donde colgar un trapo si derramo".

"Chico malo".

Ethan dejó una colección de botellas de colores y una coctelera metálica sobre el mostrador ridículamente largo de la barra. Procedió a arrojar las botellas de colores alrededor y por la espalda, atrapándolas justo a tiempo y formando un lío descomunal. Un chorro de algún tipo de alcohol llovió sobre mi pecho desnudo.

"Uy, parece que estoy un poco oxidado", se rio. "Lo siento, Piernas Bonitas".

"Ahí va tu propina, colega", sonreí y apunté a la camisa para poder limpiar el desastre pegajoso.

"Ni se te ocurra", dijo rápidamente. "Permíteme limpiar el desastre. Es lo menos que puedo hacer".

Rápido como un rayo, Ethan rodeó la barra y lamió hasta la última gota de líquido de mis pechos y mi estómago. Me estremecí cuando se tomó su tiempo para limpiarme a fondo con su hábil lengua. Me acerqué a su nuca y le clavé las uñas.

"Todavía no". Este tío era jodidamente espectacular.

Ethan se zafó de mi férreo agarre y volvió a ocupar su lugar tras la barra.

"Juegas bien a este juego", le dije con lujuria.

"Tú tampoco estás nada mal".

Ethan dejó caer en la mezcla que había preparado unos bloques de hielo y agitó la coctelera mientras movía las caderas al mismo tiempo. Me reí de su expresión bobalicona. Sirvió mi bebida en una copa de cóctel con más derrame y me la deslizó por el mostrador. Me llevé el vaso lentamente a la boca y bebí un sorbo. El alcohol me golpeó como una pala, e instintivamente balbuceé y lo escupí. Era parecido a la pintura expulsada de un pulverizador.

"Joder", dije entre ahogos y toses, "qué fuerte. ¿Qué demonios es?"

"Vaya, eso duele. No sé si me recuperaré de eso".

"No me malinterpretes. Sabe bien, pero me desmayaré si bebo un sorbo más. Quizá puedas conquistarme con otra cosa".

"Creo que aquí tengo algo que podría gustarte", ronroneó Ethan. Se acercó a donde yo estaba sentada, cogió su camisa del mostrador de la barra y le arrancó una de las mangas. "Cierra los ojos", susurró. "Aquí es donde compenso mis fallos como camarero".

Hice lo que me pedía. Mi respiración se aceleró al contacto con su piel. Puse las manos sobre sus firmes pectorales mientras él me ataba la manga alrededor de los ojos para vendármelos.

"Nada de mirar a escondidas", susurró de nuevo.

"Palabra de explorador", me estremecí.

Oí el ruido de los pasos de Ethan, cada vez más débil. Recé para que no me estuviera gastando una broma cruel, calentándome y excitándome para luego dejarme allí, semidesnuda y deseosa de un orgasmo.

"No vas a hacerme fotos, mientras estoy desnuda y enviárselas por correo electrónico al personal de la administración, ¿verdad?". Pregunté juguetonamente, tratando de apartar de mi mente aquella tortuosa idea.

"Joder, no. Me guardo esta vista para mí solo, Piernas Bonitas".

Oí ruidos procedentes de la nevera del bar. Los pasos de Ethan volvieron a hacerse más fuertes.

"Nada de chillidos", me dijo suavemente al oído. La cálida sensación de su aliento me produjo un escalofrío. Mis pechos desnudos y mis pezones rígidos ansiaban el contacto de Ethan.

Algo duro y frío asaltó mis pechos y chillé de asombro. "Qué mier... Shhh", ordenó Ethan en un tono inequívocamente autoritario. Menos mal que era un mandón. "Confía en mí".

Reconocí los fríos objetos como bloques de hielo que se deslizaban en amplios círculos alrededor de mis areolas. Me recorrió una increíble sensación de dolor y placer. Con cada escalofrío, mi núcleo se hacía más pesado, más lleno, más húmedo.

"Qué bien", gemí y abrí más las piernas para que Ethan pudiera acercarse más.

"Tienes unas tetas exquisitas", gimió y me besó. Nuestras lenguas bailaron lentamente, acariciándose y entrando y saliendo. Su boca era dulce y cálida.

Ethan me cogió la mano y, sin apartar su boca de la mía, guió mi mano por la parte delantera de sus pantalones. "Mira cuánto te deseo", dijo suavemente. Se estremeció al sentir mi contacto.

Rodeé la cabeza de su polla grande y goteante, extendiendo su humedad a lo largo del tronco. La respiración de Ethan se aceleró y sus dedos se clavaron en mis muslos. Le masajeé la erección mientras él se balanceaba hacia delante y hacia atrás para encontrarse con mi mano. No quería que se corriera demasiado pronto, así que aparté la mano.

"Joder", exhaló Ethan, diciéndome que le dolía tanto mi caricia como a mí la suya.

"Ven aquí", gimió Ethan de repente, me levantó del asiento y me llevó unos pasos hacia el sofá. Cuando me dejó en el suelo, supe lo que quería, así que abrí las piernas para que pudiera tocarme.

Fue inesperado. Fue excitante. Ethan me arrancó las bragas y las tiró a un lado. ¡Santo cielo! Una mano de Ethan se desplazó hasta mi culo y me sujetó firmemente. Con la otra mano bajó por la pequeña protuberancia de mi vientre, directo a mi clítoris hinchado. Clavé las uñas en sus brazos mientras rodeaba los labios hinchados de mi coño, provocándome, haciéndole suplicar más.

"Eres perfecta, Alexia. Jodidamente perfecta. Perfecta para follar".

Me quité la venda de los ojos y me aparté de Ethan, que me observaba con ojos soñadores.

"Tu turno", sonreí lujuriosamente y le tapé los ojos con la venda.

Ethan era perfecto; su cuerpo estaba duro, con todos los músculos dispuestos a exhibirse. Deslicé sus vaqueros desabrochados hasta el suelo y luego sus calzoncillos.

"Hostia puta", dije al ver su tamaño. "Por favor, dime que es todo para mí".

"Cada centímetro, para que hagas con él lo que desees, cariño", respondió.

Rodeé con mis cálidos labios la cabeza de la polla chorreante de Ethan y pasé la lengua por las protuberantes y alargadas estrías de su enorme erección. Me trenzó los dedos en el pelo y movió mi cabeza para que se encontrara con sus labios. Gemidos de placer arrebatador escaparon de la garganta de mi amante.

"Ya no hay vuelta atrás, Piernas. Voy a follarte, ¡duro!".

"Más te vale".

Ethan se quitó la venda de los ojos y la tiró al suelo. Se abalanzó sobre mí como un león sobre su presa y me quitó la falda. Me temblaban las piernas cuando estrelló su hermoso cuerpo contra el mío. No me hizo daño. Al contrario, su agresividad me hizo sentir desesperada por tenerlo dentro de mí.

Mi enérgico amante me hizo girar y me condujo por detrás hasta que llegamos a la pared de cristal. Me sobresalté cuando vi a la gente de abajo, bailando, bebiendo, riendo. El peligro me hizo desearle aún más.

"¿Qué haces?" Argumenté e intenté zafarme de su agarre.

"No pueden vernos", dijo, sin aliento. "Cristal unidireccional".

"¿Estás seguro?"

"Confía en mí".

Dejé de forcejear. La idea de follarme a Ethan contra el cristal era el subidón más excitante que había sentido nunca. El tembloroso Ethan empujó dentro de mí desde atrás, llenando cada centímetro de mi clítoris frustrado. Grité de placer mientras me penetraba y me pellizcaba los pezones con sus fuertes dedos.

"Espera", dije, volviendo en mí, "no tengo condón".

"Yo sí, Piernas Bonitas. Voy muy por delante de ti".

Me entregué a Ethan con total abandono. Me tiró del pelo hacia atrás para poder llegar a mi boca. Nos movíamos más deprisa, con la urgencia cada vez mayor de llegar al clímax.

"Oh, sí", gemí, "justo ahí. No pares".

"Dime cuánto deseas esto", me ordenó".

"Te deseo más de lo que nunca he deseado a nadie", jadeé.

"Suplícamelo".

"Por favor", dije sin vacilar, "por favor, te deseo, ¡ahora! Fóllame, Ethan".

"¿Así?", susurró.

"Sí, joder, sí. Me corro".

Mi orgasmo llegó rápido y con fuerza. Mis piernas cedieron, pero Ethan me sostuvo mientras se disparaba dentro de mí. Su cuerpo tembló incontrolablemente mientras se corría. Debió de notar que me esforzaba por mantenerme sobre las piernas, así que me levantó y me sujetó con fuerza mientras él se corría con ganas.

Cuando por fin dejó de convulsionarse, mi amante me llevó hasta el sofá de cuero y me tumbó suavemente. La enloquecida máquina sexual se había transformado en un gentil gigante. Ethan me besó profundamente mientras yacía allí, incapaz de moverme.

"No te he hecho daño, ¿verdad?", preguntó dándome besos de mariposa en los pechos.

"No, no me has hecho daño.

"Eres tan hermosa, Alexia. Quédate ahí para que pueda contemplar tu cuerpo bajo esa luz suave".

Me quedé quieta como me pidió y admiré su forma.

"Tiene usted un timón impresionante, capitán", dije con auténtica admiración. Pensé que después de una sesión como la que acabábamos de compartir, su polla parecería un Zeplin desinflado. Pero, por suerte para mí, no fue así.

"Eres una chica traviesa", sonrió Ethan. "Ni siquiera estoy cerca de haber acabado contigo, Piernas Bonitas. Tienes exactamente diez minutos antes de que el Sr. Timón emprenda otra búsqueda. ¿Puedes con eso?"

"¿Eso es un reto, concejal?"

"Claro que lo es".

"Me subestimas si crees que voy a echarme atrás". Acerqué a Ethan por el timón e inicié el segundo asalto.

"¿Otro cóctel?", susurró.

"No, gracias. Pero sí otra ronda de polla".

"Vale, no digas que no te lo advertí".

"No me asusto fácilmente".

"Ya lo veo. Esta vez quiero que me digas exactamente lo que quieres".

"Puede que te asuste", sonreí.

"Eso espero", rio Ethan.

ETHAN

Estaba aturdido, entre medio dormido y totalmente despierto. Mi polla me agradeció el exhaustivo entrenamiento poniéndose firme. La insaciable Alexia fue lo primero que me vino a la mente, aparte de planear lo que iba a hacerle a mi erección. Era la amante más excitante que había tenido nunca, y estaba irremediablemente enganchado.

La realidad, sin embargo, era pura jodienda, pues me abofeteó sin piedad en la cara. Puede que Alexia y yo hubiéramos compartido una sesión increíble, pero el hecho de que fuéramos colegas no iba a cambiar pronto. Como abogada litigante, era experta en olfatear una escapatoria - cualquier escapatoria posible, por remota que fuera - pero esta vez no tenía ni puta suerte.

No confiaba demasiado en mis habilidades para mantener las distancias con Alexia en aquel momento, y menos después de que me ordeñara hábilmente y sin piedad como una víbora. Aquella mujer había despertado algo en mi interior que desconocía. Al principio temí hacerle daño mientras practicábamos sexo, pero a Alexia parecía gustarle. Su reacción a mi pasión me excitaba mucho.

Sentí una gran tentación de quedarme en la cama y fantasear con todas las formas en que quería hacer que Alexia se corriera, pero no había tiempo para esos lujos. Me esperaba un gran día, ya que tenía una cita con Silvano. Alexia y yo, más concretamente. Todos los caminos conducían a un día *duro* en más de un sentido.

Mi teléfono sonó mientras estaba tumbado en la cama, contemplando mi día.

"Hey, Carl".

"No me digas hey, canalla", dijo en tono burlón. "En un momento estás machacando a la bella Alexia en la pista de baile, y luego desapareces de la faz de la tierra. ¿Adónde os habéis escabullido? ¿Qué le habéis hecho a aquella diosa tan sexy?".

"¿Y debo decírtelo porque...?"

"Oh-oh. Así de bueno, ¿eh?"

"Mucho mejor de lo que puedas imaginar".

"Tenemos que almorzar. Necesito detalles", dijo Carl.

"Lo siento, me encantaría comer contigo y no decirte ni una maldita cosa, pero hoy me voy a trabajar a tope".

"No digas que no te he permitido que lo celebre, tío. Pero mañana me voy al Reino Unido. Así que si, mientras estoy fuera, necesitas alegrarte, llámame".

"Eres un buen amigo, Carl. Siempre estás ahí para mí".

"Vale, deja el sarcasmo, delincuente. De todas formas, si no piensas contarme nada escandaloso, me voy a liar", se rió Carl.

"Buen viaje, colega. Nos tomaremos una copa juntos cuando vuelvas. Espera. Jenna y tú os llevasteis como una casa en llamas. ¿Hay algo que quieras contarme?"

"Buen intento, Consejero. Tú no compartes. Yo no comparto. No te metas en líos, semental".

Y eso fue todo. *Conversación terminada*.

Era hora de levantar el culo de la cama. No podía quedarme tumbado, con mi persistente erección, aunque habría sido la mejor forma de celebrar una noche de sexo alucinante.

Jake estaba de pie junto a la cama con el cuenco de comida en la boca, haciendo patéticos ruidos de súplica.

"Eh, chico. Te diré una cosa, prepárame un café de muerte y te echaré comida en el cuenco".

Jake giró la cabeza hacia un lado y movió la cola. Imaginé que si pudiera hablar, diría algo así como: "Levántate o me comeré tus zapatos".

"¿No? Vale, de acuerdo. Tú ganas, perro listo".

Me abrí paso hasta la cocina con un Jake eufórico pisándome los talones. Se le caía la baba mientras me observaba atentamente mientras le metía en su cuenco rojo favorito su comida de perro de primera clase. A mamá le habría dado un ataque. Preparaba la comida para nuestros perros del rancho con ingredientes frescos. Seguiría siendo mi pequeño secreto y el de Jack.

Jake tragó la comida, levantó la vista y le hizo a su dueño un gesto bobalicón con la cola. Luego salió corriendo para asaltar a las ardillas del vecindario. No sabía a quién se le había ocurrido el dicho de que así es la vida de un perro, pero estaba claro que nunca había visitado el confortable reino de Jake.

Abrí el frigorífico y me encontré mirando *a la nada*, cuando antes las estanterías estaban tan llenas de comida que pedían clemencia. Tomé nota mentalmente de hacer la compra después del trabajo: se acabaron las sobras de ternera y los fideos chinos helados para el amo de la casa.

Tendría que hacer una parada rápida en algún sitio para comer algo de camino a la oficina. Me moría de hambre. El sexo vigoroso lo sacaba todo de un hombre. Me quité de la cabeza las visiones de una Alexia totalmente desnuda y me preparé para ir a trabajar. Media hora más tarde, estaba en camino.

La oficina estaba en silencio antes de que empezara el caos del día. Pasé junto a la puerta de León, alegre por su ausencia, y pasé junto al lugar de reunión de los jóvenes investigadores. A medida que me acercaba al despacho de Alexia, oí el sonido delator de un teclado soportando la embestida de unos dedos decididos. El corazón me dio un vuelco. Tenía que tomar una decisión. O llamaba a la puerta y me enfrentaba a la criatura sexy que deseaba, o simplemente seguía

andando. Por supuesto, la segunda era la mejor opción, pero, de nuevo, la toma de decisiones no había sido mi punto fuerte aquella semana, así que llamé antes de abrir la puerta.

Esperaba que Alexia se mostrara menos llamativa después de los tejemanejes inducidos por el alcohol. Pero no fue así. Estaba aún más estupenda de lo que recordaba.

"Hola. Pensé en ver si necesitabas algo", sonreí, "¿como una cura para la resaca?".

"Bueno, buenos días, Ethan". Levantó una batidora con un brebaje gris verdoso de aspecto vil. "No, pero si te sientes indispuesto, esto te quitará las telarañas".

"Te creo", dije. "Parece lo suficientemente terrorífico para el trabajo".

"Pasa", me indicó Alexia.

"Tengo poco tiempo, pero me sentaré un rato".

"De acuerdo", dijo Alexia como si no fuéramos más que colegas. No era la reacción que esperaba. ¿Era dura de pelar, o la pasión de la noche anterior significaba cosas distintas para uno de los dos? "¿Qué tienes en mente?"

No iba a comportarme como un cachorro enamorado, así que hablé con la menor emoción que pude reunir.

"Lo de anoche fue divertido", empecé, "pero creo que tenemos que dejarlo atrás por el bien de nuestras carreras".

"Estoy de acuerdo", sonrió Alexia. ¡Ay! No esperaba que me despreciara con tanta ligereza. Me pilló por sorpresa. *¿Es mucha cara de póquer?*

"Lo siento, no me he expresado como pretendía, Ethan", volvió a hablar.

"Me alegra oírlo. Por un momento tuve la impresión de que me utilizabas como timón".

"A pesar del timón", cedió Alexia, "ninguno de los dos puede permitirse la flagelación de un escándalo en la oficina. Lo de anoche fue estupendo, pero sin duda algo excepcional".

Nos miramos en un silencio incómodo que no me gustó mucho. La lucha de poder había vuelto a su lugar.

"Vale", dije, irritado, pero sin revelar nada, "nos vemos luego".

"Nos vemos en las trincheras".

De acuerdo. Al menos sabía a qué atenerme en el asunto de Alexia. Sin duda un golpe para mi ego, pero mejor pronto que tarde.

¿Qué esperabas, Ethan? ¿Una mujer locamente enamorada de ti, con estrellas en los ojos y un deseo palpitante por ti? Era solo sexo.

Aquella voz me llegó al hueso. Sabía que tenía razón, pero mi saco de hombre estaba hecho jirones por el golpe inesperado.

"Buenos días, Boss", me sonrió Emma alegremente. Una de sus cejas se alzó alarmada. "¿Estás

bien? Tienes un aspecto un poco raro".

Estupendo. Intuición femenina. Justo lo que necesitaba para empezar mejor el día.

"Estoy bien, gracias, Emma. Solo estoy pensativo. ¿Por qué has venido tan temprano?

"Soy madrugadora y todo eso", me dijo.

"Vale, me pondré en marcha".

Sonó el timbre a una hora de mi mañana.

"Siento molestarte, Ethan, pero tengo al Sr. Silvano al teléfono".

"Gracias, Emma. Por favor, pásamelo".

"Buenos días, Antonio. ¿Cómo te encuentras?" No estaba siendo presuntuoso. Supuse que Silvano se había hartado de oír el título de Sr. Silvano salpicado por todas partes. Me había pedido que lo llamara por su nombre de pila.

"Ethan, hijo mío, me siento como una mierda", dijo con un marcado acento italiano.

"Siento oírlo. ¿Cómo puedo ayudarte?"

"Sé que se suponía que hoy teníamos una reunión en tu despacho, pero ¿quieres venir aquí a casa?".

"Por supuesto", aseguré. "¿Te viene bien a las 14.00?"

"Me parece bien. Chau".

Gracias a Dios que existen los memory sticks y Google Docs. Imaginaba que en los tiempos anteriores a la tecnología, un abogado necesitaría un camión y un remolque para llevar el papeleo a casa de un cliente. Pero, claro, el calentamiento global y la producción de papeles legales estaban íntimamente ligados en aquella época.

Deja de perder el tiempo. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Alexia era co-consejera, me gustara o no. Como tal, tendría que venir a mi reunión con Silvano. Me costó ganarme su confianza. Esperaba que no fuera a joderla con su descaro.

"Emma", dije al teléfono.

"¿Ethan?"

"Por favor, dile a Alexia que venga a mi despacho".

"Vale".

Quería estar en mi terreno. Alexia podía haber embrujado mi cuerpo, pero cuando se trataba de trabajar, no había forma de que cediera el control. La esperé después de colgar. No tuve que esperar mucho.

"Querías verme, Ethan", dijo cuando llamó a la puerta y entró en mi despacho.

"Hola, Alexia, sí. Siéntate, por favor". Esperé a que se pusiera cómoda antes de hacer el movimiento de *mi pistola es más grande que la tuya*. Hoy vamos a ver a Silvano".

"Sí, lo he visto en el programa".

Claro que lo has visto. "Ha habido un cambio de planes. Silvano está enfermo, así que hemos quedado con él en su casa a las 2 de la tarde".

"Estaré lista. ¿Hay algo que deba saber sobre él? ¿Aparte de lo que he leído en su expediente?"

"Bueno, es un poco raro. Un excéntrico, como suele decirse".

"Imagínatelo. Un cliente raro. Qué sorpresa".

¿Alexia estaba bromeando? Por lo que había dicho antes, supuse que me consideraba un canalla. Supuse que haría falta algo más que un poco de alcohol y un buen polvo para comprenderla.

"Imagínatelo", dije. "Iremos en mi coche. Te informaré por el camino. Por favor, nos vemos abajo a la una y media".

"Claro".

Breve, cordial, hecho. ¿Por qué me daba pena verla marchar? Mirarle el culo mientras se iba era un consuelo, al menos.

ALEXIA

No sabía qué era peor, si mi cabeza dolorida y empapada de alcohol o mis ganas de agarrar a Ethan y follármelo a hostias. Era mitad y mitad. Pero seguí adelante y puse mi cara más profesional, tras la que había aprendido a esconderme con éxito en muchas ocasiones. No estaba segura de si había visto dolor o ira en sus ojos cuando le hablé antes como si fuera un robot.

Supuse que no tenía muchas opciones. Cierto era que su belleza desnuda había estado en mi mente desde que había abierto los ojos aquella mañana. ¿Y quién podía culparme? Ethan Daniels era el mejor amante y el más sexy que había tenido nunca, ni de lejos.

André me dedicó una sonrisa diabólica cuando le conté por qué Ethan quería verme.

"Afortunada chica".

"Déjalo ya, *Malicia en el País de las Maravillas*. Asegúrate de que tengo todo lo que necesito para no quedar como una idiota esta tarde".

"Todo está ahí, jefe. Yo también me atengo a los plazos". André guiñó un ojo y dio un sorbo a su café con leche.

"Y precisamente por eso te pagan tanto dinero", sonreí.

"Podría ser mayor, pero esperaré hasta que tú dirijas nuestros litigios, jefe. Soy un sujeto paciente".

"Ajá".

Dejé que André disfrutara de su café con leche mientras yo bajaba al restaurante a tomar un refresco. Lo último que necesitaba era que el estómago me diera un sonoro berrinche mientras me esforzaba al máximo por demostrar lo que valía a los chicos.

Tenía las piernas agarrotadas por el ejercicio al estilo Jane Fonda que me había pegado en la pista de baile, o tal vez porque me había estirado los dedos de los pies por aquellos orgasmos alucinantes. En cualquier caso, me decidí por el ascensor en lugar de subir por las escaleras. El restaurante era un hervidero de actividad. Alguien del edificio celebraba un cumpleaños, y amigos y colegas estaban jovialmente ocupados en la celebración.

Me lo pensé mejor antes de luchar por un sitio, así que opté por lo siguiente mejor, que era comida para llevar. Podría comer tranquilamente en mi despacho. Pedí mi comida favorita,

enchiladas, y esperé en la barra a que me trajeran la comida.

Cumpleaños. Eso no era un gran evento en mi familia. Mamá hacía todo lo posible por comprarme el regalo que quería, sin embargo, eso significaba sacrificios. Sin Jenna y su alocada familia, mis cumpleaños habrían consistido en sentarme en el sofá a ver la tele. Cuando eres niño, todo pierde sentido, sobre todo que tu madre no estuviera presente el día en que se suponía que iba a celebrar el nacimiento de su hija. Solo cuando empecé a trabajar aprecié las largas horas y la dedicación necesarias para alejar a los leónes de la puerta.

Sí, ahora tenía éxito, pero pasaba muchas noches intentando averiguar cómo iba a devolver el préstamo estudiantil y pagar el alquiler. Había muchos días en los que estaba harta de ser "adulta". Esos eran los momentos en que apreciaba de verdad a mamá. Deseaba que estuviera allí para poder decirle exactamente lo mucho que había significado para mí. Y para agradecerle el amor desinteresado que derramó sobre mí, aunque yo no lo hubiera entendido o apreciado en aquel momento. Me habría gustado mimarla de muchas maneras, pero el cáncer se la llevó demasiado pronto. Quién sabía dónde estaba mi padre, el donante de esperma. ¿A quién le importaba?

"Sus enchiladas, señorita", dijo la camarera con una sonrisa y me entregó lo que me sostendría durante un largo día con Ethan.

"Gracias".

¡Vaya! El aroma me estaba volviendo loca. De vuelta a la oficina, la expresión facial de André me dijo, sin ambages, que no le gustaba la cocina mexicana. Me lo imaginaba más simpatizante de la nouvelle cuisine.

Ni que decir tiene que devoré las enchiladas en cuestión de instantes. El picante me quemó hasta los huesos, restableciendo mi motor a un estado impecable. A la 1:30, me reuní con Ethan en su coche. Pero no sin antes asegurarme de que no exudaba olor a *Eau De Mexican*. Tres vivas para el chicle Wrigley's Big Red.

Sentí un hormigueo en la piel cuando Ethan pasó junto a mí para abrir la puerta del pasajero del coche. La colonia que llevaba estaba, sin duda, grabada en mis sentidos para siempre. Al igual que una canción le recordaría a uno un momento especial en el tiempo, los olores para mí eran algo importante.

"Gracias", dije, agradeciéndole su impecable educación sin parecer la típica doncella prepotente.

Ethan sonrió amablemente. Joder. Esperaba que no fuera uno de esos largos e incómodos trayectos que una vez los amantes compartían tras una noche de pecaminosa satisfacción de fantasías sexuales. Tenía demasiada resaca para eso. Ethan fue quien rompió el silencio cuando ya estábamos de camino a casa de Silvano.

"Sé que te he mencionado que Silvano es excéntrico, pero creo que quizá necesites detalles concretos".

"De acuerdo. ¿Por ejemplo?"

"Para empezar, no intentes darle la mano. Silvano tiene algo de las peculiaridades de Howard Hughes. ¿Recuerdas? Antes de volverse completamente loco, claro".

"Interesante. Vale, nada de tocar. Entendido. ¿Algo más?"

"Tendré que ser breve, ya que el trayecto hasta su casa nunca será lo bastante largo como para abarcar todas sus excentricidades", dijo Ethan con un bufido.

"¿No sería más rápido que me dijeras lo que puedo hacer?

"Puedes prestar atención a mis gestos y seguir mi pista. Así, ninguno de los dos se sentirá avergonzado".

¡QUÉ! ¿Ethan Daniels, el que me toca las narices, acaba de faltarme al respeto? Su comentario me hizo sentir como si fuera la ayudante novata con cara de granos de un antiguo representante del club de los chicos. Me pregunté si podría litigar para salir de la cárcel por un asesinato con la defensa de "Señoría, era un gilipollas pomposo". Era tentador, pero no quería manchar de sangre mi falda lápiz de diseño.

"¿Tu pista?" Pregunté con sarcasmo.

"Sí, mi pista. Mira, Alexia, no estoy insultando tu inteligencia ni tus capacidades como profesional, pero llevo tiempo tratando con Silvano. No es el personaje más amigable del mundo. Lo único que digo es: "Guantes de gatita".

"Ajá", fue lo que dije mientras miraba por la ventanilla los coches que compartían la carretera hacia el estrellato a mi lado. SIN EMBARGO, lo que quería transmitirle a Ethan era mi absoluta decepción conmigo misma por haberme acostado con un gilipollas egoísta y narcisista como el hombre que estaba sentado a mi lado.

Ethan parecía ignorar por completo el gigantesco "vete a la mierda" que acababa de soltar y siguió hablando como si fuéramos antiguos colegas charlando. Yo mantuve la boca cerrada, por si acaso. Sin embargo, esa acción fue más fácil que dejar de concentrarme en las manos de Ethan sobre el volante.

Lo de manos y pies era un asunto serio. No me gustaban sucias ni gordas. Lo fuerte y bien cuidado me excitaba. Ethan obtuvo una puntuación casi perfecta en ambos frentes, por desgracia para mí.

"Ya estamos", dijo, deteniendo por completo mis pensamientos.

"¿Esta es su casa? Pregunté, sonando, lamentablemente, como una groupie.

"Ya", dijo Ethan cuando nos detuvimos ante la caseta de vigilancia de la puerta.

"De todas formas, ¿cómo demonios entró aquí el tío muerto?".

"Esa es la pregunta del millón que tenemos que intentar responder".

Ethan bajó la ventanilla y firmó un registro antes de que el guardia nos dejara entrar en la propiedad. Como me había criado en un hogar modesto, luché contra el impulso de soltar una exclamación. Si alguna vez necesité una cara de póquer, justo entonces habría sido la oportunidad perfecta.

El camino de entrada parecía interminable. Una manicurista experta habría tenido el tiempo justo para retocar una uña enganchada en lo que tardamos Ethan y yo en aparcar ante la entrada de la

mansión de Silvano. Dos hombres corpulentos con trajes oscuros se acercaron a nuestro vehículo antes de que tuviéramos la oportunidad de considerar la posibilidad de salir.

"Menos mal que estamos de su parte", dije en voz baja.

"No me digas".

Nuestros acompañantes nos escoltaron sin ceremonias hasta la biblioteca, donde nos esperaba Antonio Silvano. Su aspecto era todo lo que cabría esperar de un hombre hecho y derecho. Imaginaba que la policía judicial se habría puesto a bailar cuando se enteró de que Silvano se había metido en un lío. Por fin un delito por el que meterle entre rejas.

No era mi trabajo juzgar. Por eso me limité a lo único que se me daba bien: defender con éxito a mis clientes, fueran cuales fueran sus delitos. Dicho esto, evité como la peste los delitos sexuales contra mujeres y niños. Esos monstruos repugnantes se las apañaban solos.

Silvano llevaba una chaqueta negra a medida con solapas de seda negra y rondaba los cincuenta años. Era un hombre elegante, de ojos intensamente azules y pelo corto, como la sal y la pimienta. Nos saludó con un gesto seco de la cabeza y nos indicó que nos sentáramos.

"Me alegro de verte, Antonio", dijo Ethan con un saludo a Silvano. *¿Antonio?*

"Gracias por venir, Ethan". Silvano mantuvo su mirada fija en mí. Me sentí como si él fuera el científico y yo la nueva e interesante especie de criatura bajo la lente de su microscopio.

"Oh, mis disculpas", dijo Ethan. "Ella es Alexia Taylor. Es la última incorporación al bufete".

¡Y co-consejera de tu caso! Quise gritar, *capullo condescendiente*.

"Encantado de conocerte, Alexia", sonrió Silvano.

"Mucho gusto, Sr. Silvano".

"Por favor", dijo, "llámame Antonio. Si perteneces al equipo responsable de mi libertad, insisto en que me llames por mi nombre propio".

Miré a Ethan. ¿Era cosa mía o parecía molesto? Las palabras de Silvano se le habían quedado grabadas. Seguro que le dolieron.

"Gracias, Antonio", dije como si fuera lo más natural.

"¿Repasamos algunas declaraciones, por favor, Antonio?". Ethan volvió a la carga, decidido a no chupar teta.

"Sí. Pero antes", me dijo, "¿quieres beber algo, Alexia? Edoardo prepara un espresso bastante decente".

"Me encantaría, gracias". Observé a Ethan por el rabillo del ojo. ¿Estaba delicado ante la posibilidad de que su reino fuera derrocado? Para mi sorpresa y decepción, siguió adelante como si no hubiera pasado nada.

"¿Ethan?" Añadió Silvano.

"Un expreso doble me sentará de maravilla, gracias".

Edoardo, o así lo deduje por sus acciones, salió de la habitación y reapareció un rato después con una bandeja que llevaba dos tazas pequeñas y un vaso grande con una rodaja de limón. Supuse que era agua.

Edoardo había hecho honor a su reputación. El espresso me vino como caído del cielo. Impulsada por la cafeína y el deseo de ganar ventaja sobre la acusación, me puse a tope. Silvano era educado, honesto e inteligente como un látigo. Estaba deseando defenderle ante el tribunal.

Al final de nuestras deliberaciones, tenía bien claro el camino a seguir. Ethan y yo le dimos las gracias a Silvano por su hospitalidad, seguimos el protocolo habitual de despedida y regresamos a la oficina.

Ethan estaba inusualmente tranquilo. Como la proverbial calma antes de la tormenta.

ETHAN

No sabía de qué hablar con Alexia durante el viaje de vuelta a la oficina. No podía negar que se había enfrentado a Silvano como una profesional. Sin embargo, el problema era que no había hecho nada tal y como yo le había dicho. Además, para colmo de males, tenía a Silvano comiendo de sus manos cuando terminamos la jornada.

Demasiado para la supuesta fobia de Antonio a los gérmenes. No mostraba ninguna de las rarezas a las que me había acostumbrado. Quizá, como todos los hombres de sangre caliente, no podía resistirse al encanto de una mujer hermosa.

No es que pudiera culparle. Alexia resplandecía como un ángel. Se comportaba como una diosa. Todos estábamos hechizados por su ingenio, su inteligencia y, por supuesto, su bonito culo. Al diablo con el sexismo en el trabajo. Esa mujer podía poner cachondo a un *eunuco* con su cuerpazo.

A pesar de mi enfado por su evidente desprecio de mis instrucciones, no pude evitar reprimir el impulso de follármela en la parte trasera de mi coche. ¿Cuál era mi problema? Estaba en graves problemas si mi polla tenía tanto que decir en mi vida. ¿Dónde demonios estaba mi autocontrol cuando lo necesitaba?

"Creo que ha ido muy bien", soltó ella.

"No gracias a tu indiferencia hacia mis instrucciones", espeté. Sabía que la había cagado en cuanto las palabras salieron de mi boca. Pero ahí estaba.

"¿De qué coño estás hablando?" Replicó Alexia. "He hecho un trabajo excelente. Estás cabreado porque ya no eres la mascota del profesor".

"Por favor. ¿Cuántos años tienes hoy? Esto no tiene nada que ver con los celos. Se trata de tu rechazo a seguir mi dirección".

"Creo que has olvidado que no soy tu maldito sirviente, Ethan Daniels. Soy co-consejera", gruñó. "Eso nos convierte en iguales. Cometes un gran error si crees que voy a estar pendiente de cada una de tus palabras. Soy buena en lo que hago".

"Yo también", gruñí.

"¿Estás seguro?"

"¿Qué se supone que significa eso?"

"Nada. ¿No puedes ir más rápido? Quiero salir de este coche lo antes posible para no hacer algo de lo que me pueda arrepentir".

"Me parece bien", repliqué. Pero sus palabras se me pegaron como el cemento. ¿Qué estaba insinuando?

Alexia salió de mi coche antes de que se detuviera por completo. Cerró la puerta de golpe y se marchó hacia el suyo. Estaba pensando si debía disculparme o no por haber sido un imbécil. Vi cómo Alexia rebuscaba en su bolso.

"¡Joder!", dijo exasperada.

"¿Algún problema?" Me atreví a preguntar.

"No encuentro mis llaves. Bueno, no es que deba preocuparte la situación de una simple subordinada".

Vaya, Alexia estaba furiosa. No cabía duda. Se dirigió al ascensor.

"No puedes subir sola", dije impaciente.

"¿Y por qué demonios no?"

"Porque no es seguro".

"¿Desde cuándo?"

"Desde la reciente oleada de robos en el edificio. Deja de ser tan testaruda. Voy a subir contigo".

"Como quieras", gruñó Alexia y entró en el ascensor cuando se abrieron las puertas. Se colocó lo más atrás que pudo. Yo me quedé cerca de las puertas.

Subimos en un silencio muy hostil. Alexia pasó a mi lado cuando llegamos a nuestra planta para ir a su despacho. Mantuve la distancia. Abrió de golpe la puerta de su reino y buscó las llaves. Estaban en el borde de su escritorio, bajo una pila de papeles. Podía verlas desde mi posición ventajosa, así que se las señalé.

Alexia cogió las llaves y se dirigió a la puerta. Volvió a rebuscar en el bolso y accidentalmente se le cayeron las llaves al suelo. Me agaché instintivamente para recogerlas, pero, naturalmente, ella también lo hizo. Nuestras cabezas chocaron y mi peso la hizo rebotar como una pelota de ping-pong.

"Mierda", dije con un poco de pánico. "Lo siento, Alexia. ¿Estás bien?"

Ella se quedó sentada, aturdida, así que me acerqué a ella para ayudarla a levantarse. Debería haber imaginado que iba a ser demasiado testaruda para cogerme la mano. Alexia se levantó sin mi ayuda. Se tambaleó un poco, así que estiré la mano para sostenerla. En cuanto la tuve en mis brazos, supe que había cometido un error. No pude evitarlo. Mi polla se encendió antes de que mi cerebro pudiera reaccionar.

Me aferré a Alexia y la besé. Se retorció para soltarse e intentó abofetearme, pero la cogí por la muñeca y se la sujeté firmemente a la espalda. Sus ojos ardían. Abrió la boca, soltó un insulto y apretó la mía contra la suya. Lo que siguió fue un beso que nunca antes había experimentado.

El sexo loco y furioso nunca había empezado de forma tan prometedora. Lo que siguió fue un ataque frenético para conseguir lo que necesitábamos el uno del otro. Alexia me desgarró la camisa. Los botones volaron en todas direcciones.

Luego me besó el pecho, lamiéndome y mordiéndome los pezones. Deseaba estar dentro de ella tan desesperadamente que me dolía físicamente. Me agaché, deslicé las manos por las caderas de Alexia hacia el dobladillo de su falda y tiré de ella hasta la cintura.

Gimió cuando palpé su humedad con los dedos. Deslicé un dedo dentro de ella y gritó.

"Fóllame, Ethan".

"Oh, no te preocupes. Lo haré. Sin condón. ¿Te parece bien?"

"Sí", respiró con fuerza, "tomo anticonceptivos".

Aquel fue todo el estímulo que necesité para levantarla, llevarla a su escritorio y arrancarle las bragas. Alexia buscó el botón de mis pantalones, lo desabrochó y me bajó la cremallera. Mi erección salió disparada, lista para la acción. Mis pantalones cayeron al suelo y yo salí por una de las piernas. No iba a liarme con la ropa y caerme al suelo. Al menos, todavía no.

Alexia me agarró el culo desnudo y tiró de mí hacia ella. Estaba caliente, empapada e hinchada, y mi polla llenó todo lo que ella podía ofrecerme. Me agarré a sus caderas mientras la movía hacia delante y hacia atrás, más rápido, más fuerte. Nunca había deseado a nadie tan desesperadamente.

"Más fuerte", dijo sin aliento.

Sus palabras me excitaron. No creía que mi polla pudiera ponerse más dura, pero, para mi sorpresa, así fue.

"Estás tan mojada para mí, cariño", gemí en el oído de Alexia mientras empujaba más adentro.

"Es todo para ti, Ethan".

Ahí estaba otra vez. El sonido de mi nombre en sus labios me llevó al límite. Quería chuparle los pezones, burlarme de ellos con la lengua, pellizcarlos hasta que Alexia gritara de dolor placentero, pero sabía que no lo conseguiría. Me agarré a su hermoso culo mientras me corría. Todo mi cuerpo tembló y se sacudió mientras derramaba todo lo que tenía en su húmedo coño.

Mi orgasmo la espoleó y ella alcanzó el clímax. Alexia me clavó las uñas en la piel, pero no me importó. Su orgasmo se prolongó durante mucho tiempo. Echó la cabeza hacia atrás y se subió a la ola de éxtasis con todas sus fuerzas. Alexia estaba hechizante en medio de su placer. Su rostro era aún más hermoso. Tenía los ojos verdes encendidos y los labios rojos e hinchados cuando volvió a besarme.

Se recostó sobre el escritorio con las piernas colgando. Moví el torso y apoyé suavemente la cabeza y el pecho sobre ella. Me di cuenta de que aún llevaba la camisa puesta y abrochada.

"Esto no puede ser". Le desabroché lentamente la camisa, le aparté el sujetador y rodeé uno de sus pezones con la lengua.

"No es nada justo", susurró.

"Lo sé".

"Voy a lamerte los pezones hasta que vuelvas a excitarte. Luego te la voy a chupar hasta que grites mi nombre", gemí.

Alexia jadeó cuando empecé por su clavícula y recorrí su exquisito pecho.

"Esto no cambia nada", gimió. "Sigo odiándote. Voy a barrer el suelo con tu culo".

"Será mejor que traigas tu mejor juego. Ahora cállate, zorrita insolente", sonreí y seguí buscando el segundo orgasmo. No tuve que ir muy lejos para conseguirlo.

Después, me tumbé en la lujosa moqueta junto a Alexia. Ni siquiera me planteé levantarme. Sabía que mis piernas no estaban por la labor.

"Esto no puede seguir pasando", dijo Alexia.

"Sí, estaba pensando lo mismo".

"Entonces, ¿qué vamos a hacer con nuestra incapacidad para no tocarnos?".

"Esperaba que tuvieras algunas ideas", me reí.

"Bueno", empezó ella, "no tendremos que esforzarnos mucho si sigues comportándote como un imbécil condescendiente. Antes me has cabreado de verdad".

"Sí, lo presentía".

"Si eso es una disculpa, no se te da muy bien".

"Te pido disculpas", dije y lo dije sinceramente. "He estado trabajando mucho en este caso y, como sabes, los abogados no somos conocidos por compartir. Tienes razón. Eres muy buena. Tenías a Silvano comiendo de tus manos".

"Querrás decir Antonio", dijo ella con una sonrisa.

"Vale, no hay necesidad de pinchar al oso".

"Ese barco ha zarpado, por si no te has dado cuenta. Creo que he hecho un buen trabajo pinchándote. Dos veces".

"Serán tres si sigues así". No bromeaba.

"Estoy impresionada, Consejero".

"Muy amable por tu parte, pero estás a punto de quedar muy impactada. Así que acércate, mi pequeña sexópata".

El tercer asalto acabó conmigo. Me impresionó la resistencia de Alexia; qué mujer.

"¿Por qué eres tan mandón?" Soltó Alexia de improviso.

"¿Mandón?"

"Sí, prepotente y controlador", reforzó.

"No era consciente de que lo fuera", repliqué.

"Seguramente lo habrás notado. Una pista inequívoca fue cuando me arriesgué a arreglarte la taza".

"En primer lugar, no estabas arriesgando nada, Alexia. Y en segundo lugar, haré lo que sea necesario para asegurarme de que ganamos esta batalla legal. Te pido disculpas si eso te parece combativo".

"¿Has considerado el hecho de que yo también me juego mucho, si no más, en esto? Hay dos sociedades en juego, y mi nombre está en una de ellas".

Ya no nos peleábamos. Pero, sinceramente, dudaba que alguno de los dos tuviera energía después del polvo que acabábamos de tener.

"No estoy acostumbrado a trabajar en equipo", consentí.

"Yo tampoco, Ethan. Pero será mejor que aprendamos rápido, o vamos a joder este caso por culpa de nuestros egos. Estoy dispuesta a dar lo mejor de mí. ¿Y tú?"

Alexia estaba diciendo cosas demasiado sensatas. Maldita sea. No sabía si eso era bueno o no. Desde luego, me había colocado en mi sitio.

"Tregua. Dejaré de ser controlador si prometes al menos considerar mi enfoque de este caso".

"De acuerdo. Veamos cómo lo hacemos. Pero, tengo que advertirte, esa situación no nos llevará a ninguna parte. Así que será mejor que cortes de una vez".

"Es usted muy dura, Consejera. Será mejor que nos vayamos".

Miré a Alexia mientras se vestía.

"Siento lo de tu camisa", sonrió.

"Uf, esta cosa vieja. Lo pondré en tu cuenta".

"Jaja".

Salimos de la oficina y nos dirigimos al ascensor. Vi un post-it en la parte trasera de su falda y se lo quité. Alexia lo miró y se rio. *Menuda noche*.

ALEXIA

Cuando yo llegué volando, en pleno éxtasis postcoital, Jenna estaba en casa. No fui consciente de lo que decía hasta que ella lo comentó.

"Tienes todos los signos reveladores de una mujer con ADF (Acaban De Follarme) grave".

"Así de evidente, ¿eh?

"¿Estás de broma? Un ciego se daría cuenta".

"Hmmm. Eso no está bien".

"Si piensas ocultar a tus colegas tus nuevos y estimulantes hábitos de follar, vas a tener que esforzarte mucho más, Al. ¿Qué opina Ethan de esta terrible idea?".

"No era una situación planeada, Jen".

"Nunca lo es".

"Entendido. En respuesta a tu pregunta, Ethan y yo estamos de acuerdo en guardárnoslo para nosotros".

"¿Estás segura? Es mucho más probable que te despidan si esto sale a la luz. Ethan ya ha demostrado que forma parte del "mobiliario" de la empresa. Tú, en cambio, eres "la novata". La empresa no tiene nada que perder si te despiden".

"Gracias, Jen. Así se hace, consolándome".

"Lo siento, Al. Pero si quieres que te cuente mentiras, has venido al lugar equivocado".

"Ya lo sé, gracias, chica. ¿Quieres vino?" Pregunté mientras me acercaba a la nevera.

"Claro, hay una botella de Chardonnay bien fría. Es sudafricano. ¿Cómo de impresionada estás ahora mismo?", soltó una risita.

"Si pierdes tu trabajo, siempre puedes hacer carrera como sumiller".

"Es una idea terrible. No hay forma de que escupa en una cata de vinos. Menos mal que no eres consejera de orientación".

Cogí la botella de vino helado y dos copas de la nevera y me dirigí al sofá, donde Jenna estaba hojeando una revista de diseño. Una vez le pregunté por qué hacía eso. Había muchas páginas

web repletas de imágenes de interiores impresionantes. De hecho, muchas de ellas eran suyas. Pero Jenna insistía en que le gustaba el olor y el tacto de las páginas impresas de las revistas. Yo no podía juzgarla. Era un adicto sin remedio a las reposiciones de viejas películas de detectives.

Apreté el botón de espera de nuestro lujoso Smart TV. No necesitaba la distracción de los presentadores de concursos parloteando de fondo. Ya tenía bastantes cosas en la cabeza. Me quité los tacones y apoyé los pies en la otomana.

"Vale, ¿qué ocurre?" Le pregunté a Jenna. "Las dos sabemos que hojeas incesantemente tus revistas cuando tienes un día duro en el trabajo. ¿Qué ha hecho aquella *Amazona*?

"Cambió de opinión sobre la tela que había elegido para sus habitaciones. Tuve que mover cielo y tierra para traer la tela a tiempo. El procedimiento de revestimiento ya ha comenzado. Ahora todo el mundo está de pie, esperando a que esa *abeja reina* se decida".

"Supongo que le cobrarás por ello".

"Apuesta tu culo a que sí. A su marido le va a dar un ataque cuando le manden la factura".

"Seguro que se ha follado bien a su Personal Assistant", me reí.

"Pobre cabrón".

"Hablando de cabrones", bromeé. "¿Qué pasó entre Carl y tú la otra noche?".

"Oye, Carl es adorable", sonrió Jenna.

"A ver, ¿quién ha perdido el juicio?".

"Lo digo en serio. Es como un cachorro que quiere complacer a su dueño. Sin embargo, tiene un sentido del humor del demonio y no está mal de la vista. Ni siquiera tú puedes discutir eso".

"Es guapo. Lo reconozco. Entonces, ¿qué pasa?"

"Somos solo amigos, Al. Por ahora. Yo no estoy preparada para una relación. No después de la forma en que Tom me hizo pedazos".

"Ese hijo de puta recibirá su castigo. ¿Por qué ni tú ni yo podemos elegir al hombre adecuado?"

"Acéptalo, chica. Tenemos malos elegidos", dijo Jenna con una sonrisa malvada.

"¿Cuándo fue la última vez que supiste algo de tu error?".

"No desde que lo bloqueé en todas mis redes sociales, incluidos el correo electrónico y el móvil. Creo que ha captado el mensaje. Por fin. Dios mío, Al. Este vino es divino. Bien hecho. Tenemos que agradecer a la zorra amazona", sonrió Jenna.

"No lo habrás robado, ¿verdad?".

"Joder, no. Esto no es robar. Se trata de una operación médica. Ni siquiera lo echará de menos. Hay más vino en aquella bodega suya que en todo Costco".

Me reí y alcé la copa en señal de brindis. "Por los gilipollas con grandes colecciones de vino".

"Muy bien. Salud".

"Siento interrumpir nuestra misión de beber, Jen, pero estoy exhausta. Me voy a la cama".

"No puedo decir que me sorprenda demasiado, zorrita cachonda".

"Ya es suficiente por tu parte, envidiosa. Nos vemos por la mañana. Que duermas bien".

"Tú también, Al. Te diría dulces sueños, pero creo que ya has tenido suficiente diversión por hoy".

No se equivocaba. Apenas podía creer lo que Ethan y yo habíamos hecho en mi despacho. Agradecí al universo que no hubiera cámaras de vigilancia.

Tenía tanto sueño después de un merecido baño en la bañera que me dormí en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

La semana siguiente estuvo repleta de reuniones y sesiones de sobrecarga cerebral durante el día y una salida nocturna con todo el equipo. Todos estábamos bastante hartos de la comida para llevar de la que habíamos estado viviendo, así que cuando Ethan nos llamó, descendimos sobre el restaurante como una matanza de cuervos sobre un cadáver.

Ethan y yo compartimos algunas miradas fugaces y cómplices. No habíamos estado solos desde aquella tarde en el despacho, donde hicimos del sexo de oficina un deporte olímpico. Reconocí el hambre en los ojos de Ethan. *¿Por qué?* Porque esa misma hambre crecía dentro de mí. Las mariposas se habían apoderado de mis entrañas, reduciéndome a una tonta nerviosa, lo cual era tan poco habitual en mí que apenas me reconocía.

"Estoy seguro de que todos estáis agotados", afirmó Ethan hablando con el equipo. "Creo que es hora de dar por terminado el día. Por cierto, gracias. Todos habéis hecho un trabajo muy minucioso. Tengo un buen presentimiento".

Varias miradas recorrieron la mesa como si nadie hubiera recibido nunca elogios de su jefe supremo, Ethan Daniels. Uno a uno, los empleados se fueron a casa, dejándonos a Ethan y a mí en la mesa.

"¿Qué te parece?" Me preguntó Ethan cuando nos quedamos solos.

"¿Sobre?"

"De los preparativos".

"Tienes razón. Sin duda, el equipo ha hecho un gran trabajo".

"¿Cómo te encuentras? Me preguntó Ethan.

"Bien. ¿Por qué lo preguntas?"

"No hemos tenido ocasión de hablar de nuestra relación", dijo en voz baja.

"¿Relación? Esa es una gran palabra, Ethan. No estoy segura de que follar como lo hacen los adolescentes locos y cachondos pueda considerarse una relación. ¿Y tú?"

"Verdad. Y bien hecho lo de echarme hielo en el ego ahora mismo", sonrió Ethan.

"¿Un poco duro?"

"Un poco".

"Vale, lo he entendido. No niego nuestra química insana. Pero ambos sabemos que estamos jugando con fuego. Por todo ello, sé que es una jugada muy inteligente por tu parte librarte de la novata".

"¿Eso es realmente lo que piensas de mí?", preguntó él, con aspecto realmente ofendido. "Vaya, no me puedo creer que acabes de decir eso. No piensas mucho en mí, ¿verdad?".

"Creo que esta actividad de trabajo nos vuelve un poco cínicos. Lo siento. Eso estaba fuera de lugar".

Ethan cruzó la mesa y me cogió la mano. "Te perdono", sonrió. "Pero te va a costar. Tampoco creas que voy a olvidarlo".

"Ni se te ocurra", sonreí.

Ethan me besó la palma de la mano. "Será mejor que nos vayamos a casa antes de que te violente en el baño".

"Y por eso te pagan tanto dinero".

Ethan llamó al camarero y le pidió la cuenta. Discutimos algunos puntos pertinentes en relación con la declaración de Silvano hasta que llegó la cuenta.

"Es muy generoso por tu parte", dije, "pagar la cuenta".

"Disfrútalo. La próxima vez pagará usted, señorita co-consejera".

"Lo sabía. La caballerosidad ha desaparecido".

"También lo ha hecho "la mujer de la casa", supongo".

"Y a ti te iba tan bien", dije y puse los ojos en blanco.

"Una vez narcisista...", se rió.

"Basta ya. Acompáñame a mi coche, gazmoño".

"Bueno, ya que me lo has pedido tan amablemente".

Ethan y yo salimos juntos del restaurante, charlando y riendo. Se aseguró de que estuviera a salvo junto a mi coche.

"Buenas noches, Piernas Bonitas", dijo en voz baja y gruesa. Mi núcleo se animó.

"Buenas noches, socio".

Ethan se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla.

"Me temo que es todo lo que puedo hacer", sonrió. "Un poco más y te follaré sobre el techo de tu bonito utilitario".

"Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad?".

"Tus ojos te traicionan, Alexia. No son tan buenos guardando secretos como crees. Además, la comisura de tus labios se mueve sutilmente cuando estás cachonda. Me gusta", me susurró al oído.

"Buenas noches, Sherlock Holmes", sonreí, entré en el coche y arranqué el motor.

Ethan esperó a que me fuera antes de alejarse. Lo vi por el retrovisor. Joder. Era guapísimo.

Lo que ni Ethan ni yo sabíamos era que nos había observado un espectador. León estaba escondido en la esquina del salón, con los ojos brillantes fijos en Ethan y en mí. Sin duda, el gusano nos había visto. Demasiado para ocultar nuestro pequeño secreto.

ETHAN

"Voy a atreverme a decir que te está dejando guiar por la polla", comentó Carl durante nuestra ducha tras el squash.

"¿Cómo has llegado a esa interesante, aunque totalmente desacertada, deducción?".

"Años de experiencia. Te conozco demasiado bien, amigo".

"Ya sabía yo que eso acabaría siendo mi perdición", me reí.

"¿Qué hay entre vosotros dos?" Preguntó Carl mientras se secaba el pelo con una toalla.

"Alexia es muy inteligente. Tenerla en mi equipo está resultando ser una verdadera ventaja", respondí, tratando de hablar con ligereza.

"Sabes muy bien que no me refiero a eso. Pero tu respuesta me dice todo lo que necesito saber".

"Déjalo ya, Carl. Sí, resulta que Alexia es atractiva y excitante a más no poder, pero eso no cambia el hecho de que trabajemos juntos".

"No te había visto tan frustrado desde que dejaste a tu cazadora de fondos fiduciarios".

"¿Qué puedo decir, Carl? Yo sí que sé elegirlas".

"¿Y ahora qué?"

"¿Ahora? Nada. Nos centramos en el trabajo y nos ocuparemos de las demás complicaciones más adelante".

"No todo es tan sencillo, Ethan, y lo sabes. Seguro que no tengo que recordarte que las mujeres son esclavas de sus emociones. No hay grises, solo blanco y negro".

"Gracias, Oprah. Será mejor que tengas cuidado con quién está cerca cuando sueltas semejante mierda. Llamar emocional a una mujer equivale a llamarla gorda. Te va a joder".

"Te agradezco la advertencia. Ahora voy a dejarlo ya. ¿Qué piensas hacer durante el fin de semana largo?". Me preguntó Carl.

"Mi madre me está matando con lo de volver a casa. Creo que lo haré. ¿Y tú? ¿Quieres venir tú también?"

"Me encantaría. Porque, sinceramente, ¿quién si no va a torturar a Sarah? Por desgracia, ya he

hecho planes. Pero gracias por la invitación, hermano".

"¿Cómo se llama?"

"No se trata de eso", se rio. "Estoy agasajando a una posible socia. Para mí todo es trabajo, trabajo y trabajo".

"Vale, pero la invitación sigue en pie, por si tus planes se tuercen".

"Espero que estés planeando relajarte en las hermosas montañas de Montana. Parece que te vendría bien un poco de D&R".

"¿*D*ulce de leche y chicas *R*udas?". Me reí.

"Por supuesto. No pensarías que me refería a descanso y relajación, ¿verdad?".

"Ni soñarlo. En fin, siento interrumpir tu extraordinaria opinión y tus consejos cuidadosamente evaluados, pero tengo que irme", dije una vez vestido.

"No hay problema, amigo". Carl levantó la vista mientras se ataba los cordones de los zapatos y sonrió satisfecho. "Salúdala de mi parte".

"Ya basta, gilipollas. Ve a atender a esa loca de tu ex".

"Hhmm, parece que he tocado un nervio".

"Nos vemos, colega", me reí y salí de los vestuarios antes de que pudiera cotorrear sin parar sobre lo que sentía por Alexia. No es que supiera cómo realmente me sentía, pero cuando tienes a una mujer metida en la cabeza, es difícil no querer hablar de ello. Y en aquel momento no me hacía ilusiones: Alexia se había enterrado en lo más profundo de mi ser.

Jack había oído el motor de mi Jeep, como solía hacer, y estaba saltando en el camino de entrada. Su saludo habitual era actuar como si no me hubiera visto en años. Era lo único con lo que podía contar en la vida.

"¡Eh, guapo!" Le saludé en voz alta al salir del Jeep. "¿Cuántas ardillas has cazado para cenar?".

Jack saltó contra mí, dejando huellas embarradas de sus patas por toda mi chaqueta. El barro debería haber sido mi primera pista, pero hacía todo lo posible por mantenerme optimista.

"¡Maldita sea, Jack! Mi jardín nuevo no. Eres un mocoso. Lo sabes, ¿verdad?".

Jack se arrastraba hacia mí sobre el vientre, con la cabeza tan baja como le permitía su corpulento cuerpo, emitiendo pequeños gimoteos. Su cola se movía lentamente de vez en cuando.

"Y no me pongas esa cara. Perro malo!"

El desventurado y peludo pequeño canino se detuvo a unos centímetros de mí y rodó sobre su espalda.

"Oh, no. No te librarás tan fácilmente. Esta noche no hay merienda para ti".

Los expertos aseguran que los perros reconocen muchas palabras que sus dueños utilizan

habitualmente. Jack era el mejor. Me miró con ojos suplicantes al oír la palabra "merienda", como si supiera cuál era el castigo por su delito. Dejó caer la cola entre las patas y se alejó andando en dirección a la parte trasera de la propiedad que lindaba con un lago.

"Buena idea. Ve a nadar".

Cogí una cerveza fría de la nevera y me liberé del traje de mono que llevaba para trabajar. Oía a Jack ladrar excitado desde el lago. Me lo imaginaba dejando una carnicería a su paso. La idea de flotar en el agua fresca no me pareció mala, así que cogí una toalla y una pelota de tenis y me dirigí hacia el lago. La cerveza bajaba como de costumbre después de un día duro.

No estaba en Montana; mi propiedad era de otro tipo de belleza. Pero Jack y yo la habíamos convertido en nuestro paraíso. Encontré a ese sabueso en el lago persiguiendo a una familia de patos, chapoteando y ladrando como un loco. Si no los puedes vencer...

Lancé la pelota al lago para distraer a Jack y, con suerte, alejarlo de los pobres patos, y luego me zambullí en el agua fresca. Nadar era una delicia. Nadé para quitarme todas las motas que pude y luego me tumbé sobre la toalla en el terraplén.

Llevaba todo el día pensando en algo. Una idea que no cesaba, por mucho que protestara. Era arriesgado, pero la idea me perseguía implacable como un oso a la miel. A la mierda. ¿Qué podría salir mal?

Estas fueron las famosas últimas palabras, justo antes de que ocurriera lo peor de lo peor. Me quedé mirando el cielo despejado. La media luna era visible si se buscaba con atención. El sol aún estaba fuera, así que la media luna translúcida era tenue y de una belleza mística. La curva se parecía a la del torneado culo de Alexia. Cerré los ojos y pensé en su cuerpo. Podía ver su cuello arqueado mientras gemía por el orgasmo. Podía saborear sus labios y sus suaves pezones mientras estaba allí tumbado.

Deja de procrastinar, Ethan, o te harás daño.

"Vamos, Jack. Hora de cenar".

Uno habría pensado que después de una hora persiguiendo patos, sin conseguir atrapar ni uno, el sabueso se habría rendido. Pero no mi terrorista. Sin embargo, cuando Jack distinguió el término "cenar", dejó en paz a las esquivas criaturas y cargó tras su amo.

Cuando llegamos a la cocina, corrió a por su cuenco y me lo trajo.

"Tienes suerte de que sea un cabrón tan indulgente", me reí mientras él tragaba su comida.

Preparé pasta y salsa puttanesca. Me había propuesto comprar comida después de mi partido con Carl. Jack se derritió en la cama después de cenar, satisfecho y agotado. Cuando la salsa estuvo lista, cogí otra cerveza, vertí la mezcla mágica de tomate y picante sobre la pasta cocida y me puse a comer.

Luego me dio bastante pereza. Era necesaria una ducha para quitarme de encima el agua del lago. Me reí histéricamente mientras estaba en la ducha al recordar un incidente en el que estaban implicados el pubis de Carl, cera caliente y una novia decidida con una particular aversión al vello corporal. El pobre tuvo un eritema durante un mes.

Me pregunté qué había desencadenado aquel recuerdo. ¿Podría haber sido la *criatura monstruosa con un solo ojo* que me miraba, suplicando que la liberara? Alexia era lo único en lo que pensaba mientras me tocaba. Era equivalente a un póster de Playboy escondido bajo el colchón de un adolescente, por si mamá lo veía por ahí.

Más relajado, me puse unos pantalones cortos y marqué el número de Alexia.

"Hola, Ethan. Te lo advierto. Cobro horas extras por mi excelente aportación como litigante".

"Para el reloj, concejal. Esto no es una sesión de preguntas y respuestas".

"En ese caso, ¿en qué puedo ayudarte?".

Se me ocurrían millones de formas en que Alexia podría ayudarme, pero decidí ceñirme al motivo de mi llamada.

"Me voy con mis padres a Montana el fin de semana de vacaciones. ¿Por qué no vienes conmigo? Estrictamente por motivos de trabajo, claro. Podemos hacer muchas cosas. Eso si no tienes ya planes", añadí después. "Lo entendería si los tuvieras. Me doy cuenta de que es con poca antelación".

¡Vaya! Eso ha sido patético, Ethan. Mantén la compostura.

Contuve la respiración mientras esperaba a que dijera algo.

"¿Qué debo meter en la maleta? Para vestirme, quiero decir".

Qué fácil. Estuve tentado de decir algo obsceno, pero me lo guardé.

"Ropa adecuada para el rancho. Estoy seguro de que disfrutarás haciendo senderismo por la propiedad. Puede que quieras dejar atrás tus tacones de aguja, es lo que digo".

"Crees que soy una princesa, ¿verdad?". Preguntó Alexia con sarcasmo.

"Por mi propia seguridad y bienestar, Alexia, no me he planteado etiquetarte ni un poquito".

"Veo que estudias rápido, Ethan. Lo más probable es que vivas más. ¿Qué dirán tus padres? ¿Me esperan?"

"Les diré la verdad", le aseguré. "Somos colaboradores de una causa muy importante y queremos trabajar horas extra".

"De acuerdo".

"Una cosa más, Alexia", dije.

"No, no voy a hacer bocadillos para el viaje".

"Como si te lo fuera a pedir. No, lo que iba a decir es que espero que te gusten los perros".

"Eso depende. ¿Te refieres a criaturas parecidas a ratas estratégicamente afeitadas o a perros?".

"Créeme; Jack está tan lejos del estatus de rata como el buen Dios hubiera deseado".

"En ese caso, me encantará conocerle".

"Bien, porque será nuestro acompañante en este viaje".

"Por casualidad, Jack no se tirará ningún pedo, ¿verdad?". Alexia se rio.

"Por supuesto, pero no te estreses. Llevaré suficiente ambientador para combatir los malos olores", le aseguré.

"De acuerdo. Envíame la ubicación exacta. Te veré por la mañana".

"Te recogeré. ¿Es demasiado pronto a las 8:30?"

"No, está bien".

"Que duermas bien", dije. Mis palabras me pillaron desprevenido. *¡Uf!*

"Eh, gracias. A ti también".

ALEXIA

"¿Qué era eso?" Preguntó Jenna cuando terminé la llamada con Ethan. Se esforzaba al máximo por parecer algo desinteresada, pero me di cuenta de que estaba ansiosa.

"No te hagas la tonta, cotilla. Estuviste espiando durante toda la conversación telefónica".

"No sabía que se trataba de un secreto de Estado", dijo y levantó las manos en señal de defensa. "Ahora, suéltalo, Al".

"Mañana me voy a Montana con Ethan", solté sin pensármelo demasiado. "Y antes de que te pongas pesada conmigo, será un fin de semana de trabajo".

"Hhmm. ¿Y Ethan lo sabe?"

"Claro que sí. Lo digo en serio, Jen. Esto es estrictamente por trabajo".

"Tranquilízate, te creo". Esas fueron las palabras que me dirigió, pero por su expresión me di cuenta de que estaba segura de que no decía más que gilipolleces.

El teléfono de Jenna sonó, salvándome de su habitual interrogatorio implacable, gracias a Dios. Cogió la llamada y desapareció de la cocina. Oí risitas ahogadas y un dulce tono de voz procedente de mi mejor amiga. Sí, Jenna estaba enamorada. Tenía un tono dulce que reconocí a kilómetros de distancia. Estaba emocionada por Jenna. Ella y yo no teníamos mucho que contar en cuanto a hombres dignos de una relación.

Estaba cocinando la comida favorita de Jenna y mía: salmón teriyaki con jengibre fresco y cilantro, servido sobre una montaña de fideos pad thai, espolvoreados con semillas de sésamo tostadas. Incluso me había gastado un dineral y había comprado una botella de sake para acompañar la comida.

Ojalá Ethan no hubiera llamado. Ahora mi plato se arruinaría por la curiosidad de Jenna sobre él y yo. Habría sido menos desalentadora si hubiera sabido qué decir. No sabía cómo calificarlo. Por el momento, esa relación no tenía etiqueta.

"¡Dios mío!" Dijo Jenna cuando volvió a la cocina. "El salmón huele divinamente. ¿Ya está lista la cena? Me muero de hambre".

"¿Qué era eso?" Dije burlona.

"Vale, me has pillado", sonrió Jenna.

"¿Quién es él?"

"¿Qué te hace pensar que es un hombre?"

"Vale, déjalo ya, Jen. ¿Le conozco? Confiesa".

"Carl", anunció Jenna sin aspavientos. Pero estaba rebuscando en el cajón de los cubiertos, evitando el contacto visual.

"¿El Carl de Ethan?" Me quedé más que sorprendida.

"El mismo".

"¿Has perdido la cabeza?"

"No te pongas así", dijo Jenna con una sonrisa. "Puede que Carl sea socialmente torpe e inapropiado, pero es encantador, de tú a tú. Y besa de maravilla, si he de ser sincera".

"Puedo decir sin dudarlo que no me lo esperaba".

"Claro que no. Has estado tan absorta con tu flechazo de despacho. Me sorprende que seas capaz de centrarte en algo".

"Puede que sea así, listilla, pero podrías habérmelo dicho", comenté.

"No lo oculté, en sí, pero Carl y yo no queríamos sobrecargaros más de trabajo a Ethan y a ti. Y a lo que hacéis vosotros aparte de trabajar".

"Qué tontería. Admítelo, sabías que pensaría que estás loca por haber adoptado al Neanderthal".

"Creía que te gustaba Carl", replicó Jenna con una sonrisa.

"Está bien, supongo. Podría ser peor".

"Vaya, eso sí que es un apoyo, si es que alguna vez he oído uno.

"Ja, ja. La comida está lista. Sentémonos y charlemos mientras comemos".

"No hace falta que me lo digas dos veces", dijo Jenna con entusiasmo. "Oooh, has comprado sake".

"Deja de andarte con rodeos. Quiero oírlo todo sobre Carl, el gusano transformado", me reí.

"A ver. ¿Por dónde empiezo?"

"Desde la noche en el club podría ser un buen comienzo. Supongo que fue allí donde empezó vuestro romance apasionado".

"Mira quién habla", dijo Jenna sarcásticamente, con una ceja apuntando al techo.

"¿Saké?"

"Buena jugada, concejala. Sí, Carl y yo congeniamos en el club. Es un tipo interesante. Tontorrón, no se discute, pero inteligente y muy divertido. Una característica que más me impresionó es lo amable y cariñoso que es".

Observé las expresiones faciales de Jenna mientras me contaba más cosas sobre Carl. Se iluminó cuando compartió conmigo sus tonterías. Era maravilloso volver a ver a mi mejor amiga emocionada por un hombre. Sus ojos brillaban mientras hablaba. Podría haber sido el sake - ese especial licor, para gente grande, tenía fama de ponerla a cien - pero yo sabía por experiencia que Jenna estaba enamorada.

"Parece que Carl es perfecto para ti, Jen".

"Lo es. No pienso salir corriendo a buscar un lugar para la boda, pero me lo estoy pasando genial".

"Me alegro por ti, Jen".

"Gracias, Al. Estoy aquí siempre y cuando estés preparada para hablar de Ethan".

"Es trabajo, y...".

"Sí, sí", me interrumpió mi amiga alegre por el sake, "lo sé. Primero es el trabajo. Siempre lo es contigo, Al. Esto puede resultarte chocante, pero, sabes, tú también puedes enamorarte. Rompe ese muro que has levantado a tu alrededor".

"Sabes que eso es difícil para mí, Jen".

"Mejor que nadie, sí. Pero tienes que dejar ir tu pasado para poder seguir adelante. Tú no eres tu madre. Y supongo que Ethan no es tu padre. Arriésgate. ¿Qué tienes que perder?"

"Ya está, no más sake para ti", dije y aparté la botella de su alcance.

"Sabes que tengo razón, *dama de hierro*, con o sin sake".

"¿Cuándo te volviste tan sensata?"

"Cuando decidí abrir mi corazón, empezó a llegar lo bueno. Si lo pisotean, pues a la mierda. La felicidad que conlleva abrirse y permitir que entre el amor merece la pena. Y no olvidemos los orgasmos. Esos también están muy bien".

"Me encantaría no estar de acuerdo contigo en eso, pero no puedo. Tengo que preguntarme quién de las dos se está dirigiendo hacia un desastre espectacular".

"O quizá las dos hayamos encontrado por fin la horma de nuestro zapato, Al. Tengo un buen presentimiento sobre Carl".

"Sigo siendo optimistamente prudente, si no te importa".

"Eres un encanto cuando no tienes pistas", se rio Jenna.

"Sí, sí. Cómete el salmón".

"Esto no ha terminado, Al. Pero te daré un tiempo para que te hagas a la idea de que podrías volver a enamorarte".

"Jen, estás borracha". La besé en la mejilla y metí mi plato vacío en el lavavajillas. Luego guardé el sake. "Es hora de darse un remojón en la bañera", dije. "A menos que aún no hayas terminado, Dr. Phil".

"Huye, cobarde". Jenna se rió y llevó su plato al lavavajillas. "Una cena fabulosa, Al. Gracias".

"De nada".

Me tumbé en la bañera hasta que las yemas de los dedos parecieron la piel de un melocotón secado al sol. Mis pensamientos se consumían con la idea de ir a Montana con Ethan. Era una decisión arriesgada, pero *¿qué otra cosa iba a hacer?*

Me había metido en un buen lío por acostarme con un colega. Esa era precisamente la razón por la que tal insensatez era mal. Debería haberlo sabido. Ahora tenía que trabajar junto a un hombre al que deseaba desesperadamente follar cada vez que estaba cerca de él.

Incluso cuando quería arrancarle los ojos porque se comportaba como un imbécil, mi atracción persistía en ganar la batalla... qué desastre. Me sentía culpable, además de todo, por la forma en que había tratado a Ethan aquella mañana: como un pez frío. Solo Dios sabe lo que debió de pensar de mi gélido recibimiento. La crueldad en cualquier relación me parecía muy ofensiva, pero sin duda me uní a las filas de las zorras frígidas al tratar así al pobre Ethan. Estaba decepcionada conmigo misma. No con Ethan.

Intenté ver el lado positivo. Tenía curiosidad por saber más cosas de Ethan y cuál era el mejor lugar para aprender más de él que la casa en la que había crecido. Fue entonces cuando me pregunté por su familia. Podía ser una abogada profesional y pétrea con los mejores, así que no me preocupaba desvelar mis sentimientos por Ethan.

Necesitaría un poco de ingenio, pero confiaba en poder conseguirlo. ¿A quién quería engañar? No tenía elección. Me pregunté por las motivaciones de Ethan. Nos quedaba mucho tiempo para preparar la defensa de Silvano. ¿Por qué creía necesario llevarme con él a casa de su familia? ¿Eran sus sentimientos hacia mí algo más que la necesidad de un polvo ocasional?

Después de pensarlo, Ethan parecía abatido cuando le di la espalda después de la primera vez que estuvimos juntos. Desde luego, no era un reflejo fiel de lo que sentía por él, pero no tuve el valor de decirle que estaba loca por él. ¿Era cobarde? Claro, pero había demasiado en juego como para comportarme como una pueril mujerzuela.

El sonido de la cisterna del váter procedente del otro lado de la pared me sacó de mi enigma. Oí pasos que se acercaban. La puerta se abrió y la voz de Jenna rompió el silencio de mi cuarto de baño.

"Vengo a ver cómo estás. Llevas aquí casi una hora. Hay demasiado silencio. ¿Estás bien?"

"Suenas como mi madre justo antes de que me pillara en su armario, jugando a disfrazarme o maquillándome mal".

"Todas hacíamos eso", se rio Jenna. "A mi madre la volvía loca cuando me gastaba todo su perfume caro".

"Estoy bien, gracias, Jen. Supongo que me he perdido en mis pensamientos".

"Vete a la cama. El viaje a Montana es largo".

Jenna sonrió, me guiñó un ojo y me dejó en paz.

"Buenas noches", repliqué tras ella.

Era hora de salir de la bañera. Elegir qué meter en la maleta para un viaje nunca era un problema para mí. Sin embargo, no tenía ni idea de qué ponerme en aquel estado del norte. ¿Qué estaba pasando? Ethan tenía un efecto en mí que no me gustaba. Estar fuera de control era lo que más odiaba. Rara vez perdía el control, probablemente gracias a haber crecido como lo había hecho. Los hombres eran gilipollas que cogían lo que querían, y las mujeres tenían que aguantarse porque no tenían elección.

Solo una vez cedí y abrí mi corazón a la posibilidad del amor. Resultó ser un desastre. Después de considerarlo todo cuidadosamente, elegí mal. Juré que no volvería a hacerlo. Sin embargo, allí estaba yo, incapaz de apartar a Ethan de mis pensamientos. Era otra de esas malas elecciones - de eso no me cabía duda - pero, sí, no podía evitarlo.

Lo peor era que no tenía ni idea de cómo Ethan estaba enfocando nuestra relación. ¿Estaba realmente interesado en mí o sus motivaciones eran puramente prácticas? Tirarse a la novata y mantenerla en su sitio. Distraerla y reclamar la gloria. ¿O realmente sentía algo por mí?

Era un poco tarde para preocuparse por eso. Estaba en lo más hondo, y la única opción era nadar a toda prisa.

Deja de obsesionarte, Alexia. Haz las maletas y déjate llevar. Ya te las apañarás. Eres un hueso duro de roer.

Ese era el plan, y me mantendría fiel a él, contra viento y marea.

ETHAN

¿Por qué no podía dormir? Lamento decirlo, pero me comportaba como una adolescente en la mañana del baile de fin de curso. Por el amor de Dios, era un adulto -un abogado de éxito, nada menos - ¿qué estaba pasando?

A las 8 de la mañana, metí la maleta en el Jeep y cargué a un emocionado Jack en la parte de atrás.

"Vale, Jack, vamos de viaje".

Mi compañero canino sacó la cabeza por la ventanilla y babeó por el lateral de mi todoterreno. El ambiente de rancho de Montana estaba a tope. Cuando llegué a casa de Alexia, ya estaba lista. No esperaba menos de ella. Era una visión con aquella camiseta blanca y unos vaqueros azul claro. Jack le echó un vistazo rápido y decidió que estaba bien.

"*Madre mía*. ¿Cómo se llama?" Preguntó Alexia mientras le daba a Jack un buen arañazo detrás de la oreja.

"Este es Jack".

"¡Qué mono es! Y parece un caballo".

"También come como uno. Deja que coja tu bolsa".

"Gracias".

"¿Llevas solo una bolsa?" Pregunté cuando abrió la puerta.

"Viajo ligera".

"¿De verdad?"

"No", sonrió, "allí hay otra bolsa".

"Qué graciosa. Vale, la cogeré".

Nos pusimos en marcha en cuanto cargamos las maletas. Eran unas tres horas de viaje hasta Billings, donde mis padres se morían de ganas de recibirme. Alexia y yo estuvimos un poco tensos durante los primeros veinte minutos, pero después nos relajamos y disfrutamos de nuestra mutua compañía.

"¿Creciste en Great Falls?" Le pregunté a Alexia cuando ya estábamos en la carretera.

"No, soy originaria de Boise, Idaho. Después de licenciarme en Derecho, me trasladé a Great Falls".

"¿Por qué a Great Falls?"

"Me ofrecieron un trabajo en un pequeño bufete".

"Muy bien. ¿Cómo decidiste unirte a nosotros?"

"¿Cómo no iba a hacerlo? Por fin un bufete en el que podía ascender. Y no hay nada como una asociación para ascender".

"Estoy de acuerdo".

"¿Cómo llegaste a trabajar para Barnes, Cromwell y Asher LLP?", quiso saber Alexia. "¿Por qué no en Billings?"

"Carl me invitó a visitarle mientras estudiaba. Me encantó el lugar, así que solicité trabajo en todas las empresas que encontré. BCA me ofreció la mejor oportunidad".

"¿Eres feliz allí?"

"La mayor parte del tiempo, sí. Mi sueño es tener mi propio bufete de abogados algún día, pero por ahora aprendo todo lo que puedo. ¿Y tú?"

"Es un poco pronto para decirlo, pero de momento todo va bien. Excepto por León. Me pone los pelos de punta".

Me reí al ver la expresión de su cara cuando dijo su nombre. "Sé lo que quieres decir".

"Sinceramente, ¿cómo es que nadie de la oficina le ha dado una paliza todavía?".

"Una pregunta excelente. Quizá tú puedas..." bromeé.

"No me tientes".

"Hablando de violencia", dije con cuidado. "Me gustaría disculparme por mi comportamiento brutal del otro día. No debí decir lo que dije".

Alexia pensó un rato en mis disculpas. Vi cómo se agitaban los engranajes de su cabeza mientras consideraba si debía perdonarme o no. El silencio era letal.

"Acepto tus disculpas", dijo por fin. Solté un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

"¿Pero?"

"*Sin* peros".

"Es muy educado por tu parte", sonreí.

"Entonces, ¿sabe tu familia que voy a acompañarte?", dijo, prosiguiendo.

"Se lo diré cuando lleguemos".

Sonaba como una chuleta, lo sabía, pero mamá hacía poco que se había recuperado de la pesadilla de mi ex. Así que decidí que una presentación personal sería más amable que decirle por teléfono que iba a llevar a una mujer conmigo. No es que Alexia fuera mi novia, pero no necesitaba darle pena.

"¿No es un poco desconsiderado?".

"Es una larga historia", dije, esperando que lo dejara estar.

"¿Tienes hermanos?"

"Sí, una hermana menor. Se llama Sarah".

"¿Os lleváis bien?

"Muy bien. Es un manojo de nervios, pero adorable".

"Parece encantadora. ¿Es tan mandona como tú?" Preguntó Alexia con cara seria. Esperaba que estuviera bromeando. Pero supuse que me lo merecía.

"Claro que no. Sarah es *mucho* peor".

"Bien por ella", se rio. "Necesito ir al baño. ¿Nos paramos a la próxima gasolinera?".

"Claro. Me vendría bien un café. ¿Te traigo uno? ¿Tienes hambre?"

"Un café suena bien. Nunca diré que no a la comida".

"Qué bien. Una mujer que come".

"No te excites demasiado. Si no tienes cuidado, te comeré hasta la saciedad".

"¿Hablamos de ensalada y verduras de conejo o de comida de verdad?".

"Suelo comer lo que comen las verduras", dijo Alexia con una sonrisa malvada.

"Tengo que preguntártelo. ¿Dónde lo ocultas?"

"¿Quién sabe? Siempre he tenido las piernas huecas. Además, me encanta hacer deporte, así que lo quemo bastante rápido".

"Ya veo. ¿Juegas al squash?"

"Me las apaño", sonrió.

"Bien. Quizá alguna vez podamos jugar juntos".

"Si prometes ser paciente conmigo", sonrió Alexia, pero algo me decía que lucharía contra mí como un tigre. Así que sonreí y mantuve la vista en la carretera.

Sabía que se acercaba una gasolinera. Recordé el pequeño restaurante del local donde había comido posiblemente el mejor bocadillo relleno de la historia. Me rugió el estómago. Esperaba que Alexia no pudiera oírlo.

Entré en el aparcamiento de la gasolinera. Ella se fue al baño y yo encontré una mesa dentro del restaurante. Una guapa camarera rubia me trajo un menú. Sonrió alegremente y sacó un lápiz de detrás de la oreja.

"Hola, me llamo Kim. ¿Qué te pongo?"

"Hola, Kim. Dos cafés y dos bocadillos rellenos, gracias".

"Claro", dijo y volvió a coger el menú.

"¿Ya estás haciendo *amistades*?" La voz de Alexia sonó detrás de mí.

"Ya sabes lo que dicen: nunca se tienen demasiados. Te he pedido un café y un sándwich relleno. ¿Vale?"

"Me parece estupendo. Gracias".

"Sé que este sitio no parece gran cosa, pero la comida es sorprendentemente buena".

"Bien, me muero de hambre".

La camarera nos trajo los cafés y volvió unos minutos después con la comida.

"Uhhh", dijo Alexia tras su primer sorbo, "alguien que hace un café tan bueno no puede estropear un sándwich de bacon", dijo contenta.

Alexia y yo comimos como lobos hambrientos. A pesar de su aspecto de reina de la belleza y su sofisticación, comió como si estuviera en un concurso de perritos calientes.

"Estaba buenísimo", dijo cuando terminó.

"Me alegro de que te haya gustado. ¿Nos ponemos en marcha?"

"Cuando quieras".

Pagué la cuenta y emprendimos el último tramo de nuestro viaje.

"Llegaremos dentro de una hora", dije después de consultar mi reloj.

"Estoy segura de que Jack se va a poner muy contento. Menos mal que estaba profundamente dormido en el coche mientras almorzábamos. Imagino que a la camarera no le haría mucha gracia que invitáramos a tu caballo a comer con nosotros".

"Imagino que no".

Las carreteras estaban muy congestionadas, pues los veraneantes llegaban a Billings con motivo de las vacaciones. No me gustaba estar atrapado en el tráfico; pero tampoco conocía a hombres que lo estuvieran. "Parece que vamos a estar aquí un buen rato", suspiré.

"Ya lo veo", respondió Alexia. "Es el momento perfecto para planificar nuestro horario de fin de semana de trabajo".

"Es una buena idea. ¿Por dónde empezamos?"

"No me importa, pero, por favor, no vuelvas a decir ninguna estupidez".

"No puedo prometerlo", sonreí. "El polvo enfadado es definitivamente lo nuestro".

Alexia me miró, puso los ojos en blanco y volvió a mirar a la carretera. Sin embargo, sus mejillas se tiñeron de rosa. ¿Estaba avergonzada o excitada? Yo sabía cuál era la mía.

"Ya hemos llegado", dije cuando nos detuvimos frente a la entrada del rancho tras media hora de charla de negocios. Pulsé un mando de emergencia que me había dado mamá. Dijo que se sentía más segura sabiendo que podía entrar en cualquier momento. Cuando atravesé el largo camino de entrada, vi la casa.

"*Guau*". Alexia estaba contemplando la belleza del paisaje. "Esto es precioso. No sé si podría dejar esto por la ciudad".

"Fue duro, no te mentiré, pero cada generación nueva siente la necesidad de encontrar su propio destino".

"Supongo que sí. Pero no todo el mundo tiene la oportunidad de vivir aquí", comentó Alexia. Nunca lo había pensado de ese modo.

Me detuve frente a la casa y dejé que Jack bajara del coche. Era hora de que encontrara una salivadera alternativa, aparte de mi Jeep. Saltó y corrió hacia la parte trasera de la casa. Jack sabía dónde había escondido la abuela las golosinas y no iba a perder el tiempo. Oí la voz de mamá mientras lo llamaba con entusiasmo.

"¡Vaya, no me lo puedo creer! Tan-tan ha traido a una chica!"

"Hola, hermanita. Veo que no has perdido tus excelentes dotes de observación".

Sarah se acercó a Alexia.

"Hola", saludó, "yo soy Sarah, la hija normal. Ethan no nos dijo que traería a nadie con él. ¿Has venido por voluntad propia o te lo ha ordenado?".

"Jaja", dije sarcásticamente. "Estaba a punto de presentarte. Sarah, ella es Alexia, una compañera del trabajo. Alexia, ella es Sarah, mi hermana pequeña".

"Encantada de conocerte, Sarah", le devolvió Alexia la sonrisa a mi hermana. "Ethan sabe que no debe ordenarme nada", dijo y me miró con una sonrisa diabólica.

"Bien por ti".

Alexia se volvió hacia mí y enarcó una ceja. "¿Tan-tan?"

"Es una larga historia. Te la contaré más tarde".

Mamá apareció en el porche. Sonrió sorprendida al ver a Alexia.

"Ethan, querido. Ven aquí y dale un abrazo a tu madre".

Mamá me dio un abrazo de oso y se aferró a mí como hacen todas las madres cuando llevan mucho tiempo sin ver a su hijo. Tenía los ojos llorosos cuando la miré a la cara.

"Hola, mamá. Estás preciosa. ¿Es lasaña lo que huelo en tu vestido?".

"Por supuesto, he hecho tu favorita, cariño. Ven aquí, deja que te mire".

Mamá dio un paso atrás y me hizo girar lentamente para que pudiera ver bien a su querido hijito.

"Veo que vuelves a subsistir de las sobras".

"No, no lo hago", me reí. "Jack y yo comemos como reyes".

"Hhmm. ¿Dónde están tus modales? ¿No vas a presentarme a esta hermosa mujer?".

"Lo haré, en cuanto me sueltes".

"Veo que sigues siendo peleona", sonrió y me dio una palmada en el trasero.

"Alexia, esta es mi madre, Ornella, el amor de mi vida. "Mamá, te presento a Alexia, una compañera del trabajo".

"Encantada de conocerte, querida", dijo mamá a una sonriente Alexia.

"Tienes una casa maravillosa, Ornella. Gracias por recibirme".

Jack salió corriendo de la casa y saltó encima de Sarah.

"¡Aquí está mi chico favorito!", se rio ella cuando ambos se cayeron al suelo.

"¡Jack! Cálmate, bebé chapucero", le ordené a aquel desventurado sabueso.

"Creo que será mejor que entremos", se rio mamá. "Me vendría bien una bebida fría. ¿Alguien quiere limonada?"

"Por supuesto", dijo Sarah, levantándose y sacudiéndose el polvo. "¿Vienes?", preguntó y nos miró a Alexia y a mí.

"Enseguida vamos", dije.

"Un grupo muy animado", sonrió Alexia cuando mamá y Sarah estuvieron fuera del alcance de sus oídos. "Me gustan".

"Eso lo dices *ahora*", dije y sonreí.

ALEXIA

La familia de Ethan era muy animada. Sarah era una auténtica explosión de energía, y su risa, contagiosa. Era un calco de su hermano en cuanto a aspecto. Imaginaba que volvía locos a los universitarios con su buen aspecto y su divertida personalidad.

Ornella, una proverbial belleza italiana con curvas en todos los sitios adecuados, era amable y generosa. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que no era el tipo de mujer con la que quisieras llevarte mal. Ethan heredó los profundos ojos azul cobalto de su madre. También había heredado su actitud intransigente. Supuse que era algo italiano.

El padre de Ethan llegó a casa justo antes de comer. Alto, rubio, ojos verdes, pelo sal y pimienta; un hombre muy apuesto. Si le sorprendió mi presencia, no lo demostró.

"Ahí está mi compañero de pesca", le dijo a Ethan cuando vio a su hijo. "Empezaba a pensar que debía deshacerme de nuestro equipo de acampada".

"Hola, papá". Ethan se acercó a su padre y los hombres se enzarzaron en una sesión de abrazos de oso y palmadas en la espalda que duró un buen rato. El concepto me resultaba extraño.

El padre de Ethan miró por encima del hombro de su hijo y me vio de pie a un lado, como una pieza de recambio.

"Hola", me saludó con una sonrisa. "Soy Charlie".

"Hola, Charlie", le devolví la sonrisa, "es un placer conocerte. Soy Alexia".

Charlie miró inquisitivamente a Ethan, esperando algún tipo de aclaración sobre cómo encajaba yo en el cuadro.

"Alexia es una colega mía del bufete. Estamos trabajando en un caso importante, así que pensé que podríamos aprovechar para ponernos al día y prepararnos este fin de semana."

"Todo trabajo y nada de juego..." chirrió Sarah desde la cocina.

"Yo juego mucho, gracias", replicó Ethan.

Los padres de los dos hermanos, sin duda acostumbrados a las riñas ocasionales, ignoraron a sus hijos y centraron su atención en la recién llegada.

"¿Puedo ofrecerte algo de beber, Alexia?", se ofreció Charlie.

"Sería estupendo, gracias. Vino blanco si tienes. Cuanto más seco, mejor".

"Enseguida. Me han regalado un descarado vino sudafricano por mi cumpleaños. Me muero por probarlo, pero nadie más en nuestro *grupo* bebe vino. Lo traigo de la nevera de vinos del bar".

"Qué bien. Me encanta el vino sudafricano".

"Será mejor que os vigile a los dos", dijo Ethan, bromeando, "en cuanto papá se pone con su zumo de uva fermentado, habla como la pata de un burro".

"Tonterías", dijo Charlie desde el pasillo. "Se llama ser interesante".

"En ese caso, eres la persona más interesante que conozco, papá", se rio Sarah.

"No les hagas caso, cielo. Tu ingenio e intelecto se desperdician con nuestros mocosos", dijo Ornella, y luego guiñó un ojo a sus hijos.

"Alexia", me preguntó Sarah cuando ya habíamos tomado nuestras copas, "¿eres nueva en el bufete?".

"Sí, así es".

"Qué emocionante. Debes de ser muy buena para trabajar junto a las viejas botas mandonas de por aquí".

"Hemos tenido nuestros momentos", dije y sonreí a Ethan, que hacía todo lo posible por mantener la cara seria.

"Alexia es mi ayudante en el caso Silvano", dijo Ethan, lo que me sorprendió, teniendo en cuenta su política de "no compartir".

"Guapa e inteligente", sonrió Ornella mientras miraba a Ethan.

"Sí", dijo rápidamente, "trabajamos bien juntos. Alexia es sin duda un activo para el bufete".

Colega. Activo. Me pregunté por qué aquellos títulos, o descripciones, me resultaban de repente tan ofensivos. ¿Sería que yo quería ser más para Ethan? Me sentía como una intrusa mirando por la ventana a una familia feliz de la que tanto deseaba formar parte. El maldito síndrome premenstrual me convirtió en alguien que busca el amor. Era hora de cambiar de tema. Ornella fue a la cocina a remover algo que deduje por los ruidos, así que me volví hacia el padre de Ethan.

"¿A qué te dedicas, Charlie?"

"Últimamente me dedico a poner nerviosa a mi mujer, por lo visto. Y se me da bastante bien, por lo que dicen".

"*¡Muy bien!*" gritó Ornella desde la cocina. Me reí a carcajadas ante la alegría de la pareja.

"Soy banquero de empresa de profesión", dijo, "pero la carrera de avariciosos me agotó, así que me jubilé hace dos años. Soy un mocoso de rancho de corazón".

"Papá es uno de los mejores banqueros corporativos que hay", arrulló Sarah con orgullo.

"Gracias, mi princesa", sonrió Charlie. "¿A qué debo este apoyo tuyo?".

"Ah, papá", se rio Sarah.

"La comida está servida", avisó Ornella.

Me sentí aliviada. Sarah no dejaba de mirarme y luego a Ethan. No estaba segura de si estaba investigando nuestra relación y, desde luego, no estaba dispuesta a meterme en esa particular caja de Pandora.

Comimos muy bien. Ornella era una cocinera maravillosa. Las bromas familiares iban a la par. Me entretuve mucho escuchando a Ethan y a Charlie hablar de los fallos del gobierno y del estado de la economía. Aunque lo abordaban desde ángulos distintos, ambos exponían argumentos válidos. Padre e hijo compartían la pasión por debatir, algo en lo que ambos destacaban.

Ornella y Sarah me preguntaron por mi trabajo, mi familia y cosas así. Fue muy amable por su parte, pero no me gustaba hablar de mi pobre vida familiar. Me limité a lo básico y esperé que no se pusieran demasiado personales. Mencioné que Jenna y yo éramos compañeras de piso, ante lo cual las mujeres actuaron como si estuvieran en presencia de alguien que lo hubiera sido de la realeza.

"Dios mío", exclamó Ornella, "esa chica es un auténtico gurú de la decoración".

"Me encanta su trabajo", replicó Sarah. "Seguro que su apartamento está espectacularmente decorado".

"Ni que lo digas", me reí entre dientes. "Jenna dedica tanto tiempo a perfeccionar las casas de los demás que apenas tiene tiempo para regalarnos un cojín o dos. Sin embargo, no puedo quejarme. Es muy bonito".

Le pregunté a Sarah por sus estudios y qué quería hacer después de la universidad. Ornella y yo charlamos sobre caballos y la vida en el rancho, y los chicos parlotearon sobre por qué el presidente necesitaba una galleta en el culo.

Eran más de las 9 de la noche cuando me di cuenta de que tenía los ojos hinchados y cansados. No había dormido mucho la noche anterior y el aire fresco del rancho me daba sueño. Ethan me vio desfalleciente y sugirió que diéramos por terminada la noche.

"Alexia y yo hemos tenido una semana muy ajetreada, chicos. Será mejor que la lleve a la cama o mañana no me valdrá para nada". Ethan me guiñó un ojo para asegurarme que aquello no pretendía ser una acusación contra mi habilidad como litigante. Lo entendí.

"Buenas noches, Alexia", dijo Sarah. "Ha sido un placer charlar contigo".

"Sois una familia encantadora", dije. "Gracias por ser tan hospitalarios. Ornella, tu cocina es magnífica. Ya veo que voy a tener que salir a correr por la mañana después de toda la lasaña que me he comido".

"No te preocupes por eso", sonrió Sarah. "Mamá y yo te llevaremos mañana a montar a caballo. Eso debería sacudirte algunas hojas de pasta".

"Trato hecho".

Charlie me dio un cálido abrazo - otra costumbre a la que no estaba habituada - y Ethan y yo nos encaminamos por la escalera blanca de media luna que conducía al primer piso, donde estaban nuestras habitaciones. Las paredes estaban cubiertas de fotos de la familia en distintas etapas de su vida. Una foto en particular me llamó la atención.

"Y, ¿quién es ese chico flaco con una fusta?".

"Te haré saber que fui campeón junior de polo durante cuatro años seguidos".

"Estoy impresionada".

"Espera a que me veas arrear a un ternero", se rio.

"¿Ganaste a Jack antes de llevártelo a casa?

"Ni siquiera yo soy tan hábil".

"Aquí tienes", dijo Ethan cuando llegamos a mi habitación y me abrió la puerta.

"Tu familia es increíble, Ethan. Me alegro de haberlos conocido".

"Lo son. Espero que las chicas no te hayan interrogado demasiado".

"Lo justo".

"Bien. ¿Qué te parece si salimos a cenar mañana por la noche? Puedo enseñarte mi antiguo barrio".

"Me encantaría", dije.

Ethan se estaba demorando demasiado para mi gusto. No dudé en hacer algo como cogerlo, arrastrarlo a mi habitación y follármelo sin sentido al estilo del rancho.

"Será mejor que te vayas, Consejero", sonreí. "No podemos bajar la guardia y estropear la cobertura perfecta".

Ethan se quedó mirándome un buen rato. ¿Qué ocurría detrás de aquellos ojos azules? Era como si mantuviera una profunda discusión consigo mismo. ¿Qué iba a hacer? ¿Besarme o marcharse con una agradable despedida?

"Buenas noches, Alexia", dijo con un brillo en los ojos.

"Buenas noches, Eth..."

Antes de que pudiera terminar la frase, colocó su boca sobre la mía y me dio un beso que encendió un fuego en mi interior. Empujó su duro miembro contra mi estómago como si estuviera presumiendo.

Luego, con la misma rapidez con la que había empezado el ataque, lo terminó. Ethan dio un paso atrás, me miró con sus ojos de alcoba y se alejó por el pasadizo. Me quedé con las partes íntimas calientes e hinchadas, los pezones duros y un hambre que sabía que no se saciaría. Maldito sea. Lo había hecho a propósito. Joder. Odiaba irme a la cama cachonda.

* * *

A la mañana siguiente me desperté con el ruido de los caballos relinchando y las gallinas cloqueando. Había dormido sorprendentemente bien para alguien que se había acostado hecha papilla. Tenía hambre, a pesar del camión de lasaña que había comido el día anterior. Un café tampoco era mala idea. Así que me cambié y bajé las escaleras. Seguí mi olfato hasta la cocina, donde Ornella estaba preparando panqueques y tocino crujiente con una ligera pincelada de sirope de arce.

Enseguida vi la cafetera.

"Buenos días", saludé a Ornella.

"Hola", dijo ella alegremente. "¿Has dormido bien?

"Como un tronco. El aire aquí fuera es tan fresco".

"Por eso los rancheros estamos tan alegres y activos. Sírvete un poco de café".

"Música para mis oídos". Había trabajado de camarera mientras estudiaba, así que la máquina italiana no me intimidaba lo más mínimo. "¿Quieres una taza?"

"Me encantaría. Un expreso doble con dos de azúcar, gracias".

"Eso sí que es un subidón de energía", dije con una sonrisa.

"El aire fresco solo puede llevarte hasta cierto punto. La cafeína te lleva a la meta".

"Eso no es mentira".

"¿Panqueques?"

"Los panqueques te caerán como una mole de morriña ahora mismo", dije.

"Adelante, querida. Sírvete tú misma".

"Buenos días, señoritas", sonó la voz de Charlie detrás de mí. "Oooh, panqueques".

"Será mejor que te des prisa, Charlie", dije. "No las haré eternamente".

"Ornella, pásame un plato, ya".

Nos estábamos riendo cuando Ethan entró por la puerta trasera con Jack pisándole los talones. Tanto el perro como su dueño estaban llenos de polvo.

"Parece que me perdía la fiesta", dijo. Jack ladró y se subió al mostrador junto a Ornella.

"Baja, perro malo", le ordenó ella al peludo terrorista. "Hijo, por favor, saca a este gigante lleno de polvo de la cocina".

Ethan tiró del collar de Jack y lo llevó fuera. Se quitó el polvo de los vaqueros mientras permanecía de pie en el fregadero.

"¡Botas!", dijo su madre.

"Sí, las dejaré aquí".

"¿Siempre es tan emocionante el desayuno?". Me reí y rocié más sirope de arce sobre mis panqueques.

"Lo normal", contestó Ethan, y se sentó frente a mí en el desayunador.

"Entonces, ¿qué hay en vuestras listas del día?", nos preguntó Charlie a Ethan y a mí.

"Trabajo, trabajo y más trabajo", respondió Ethan.

"Suena fascinante". Sarah estaba al otro lado de la encimera de la cocina americana.

"No todos tenemos la suerte de estar rascando los dientes a los pacientes".

"Estoy deseando hacerte una endodoncia, hermano mayor".

"Jaja".

Tras el desayuno y otra interesante interacción con la familia Daniels, Ethan y yo nos pusimos manos a la obra. La tarde pasó rápidamente. Me moría de hambre cuando Ethan y yo salimos de la calzada y nos dirigimos a la ciudad.

También estaba nerviosa...

ALEXIA

Billings era una ciudad simplemente espectacular por la noche. El sol estaba en sus últimos estertores de ponerse en el horizonte, y rayas ámbares pintaban el cielo contra el telón de fondo de la cordillera, ahora azul. Me invadió una intensa sensación de calma. Contemplé el paisaje mientras conducíamos, sin darme cuenta de que estaba rodeada de silencio.

"¿Estás bien, Alexia?"

"Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?"

"Te quedaste en silencio. Quería comprobarlo".

"No esperaba que Billings, y Montana en general, fueran tan serenos y hermosos. El cielo está tan despejado".

"Sí, echo de menos esto cuando estoy fuera".

"Yo también lo echaría de menos si me hubiera criado aquí".

"Bueno", dijo Ethan y me miró, "puedes visitarnos cuando quieras".

¿Qué le pasaba por la cabeza? En un momento era una colega capaz, y luego, inesperadamente, me tomaba en sus brazos y adoraba mi cuerpo.

"Mi familia siempre está encantada de recibir a los amigos de Sarah y míos".

Otra vez la palabra con "a". ¿Ethan y yo éramos amigos con derecho a roce? ¿Era así como me veía? Me sentí miserable.

"Qué bien". No importa.

"Ya hemos llegado. Espero que te guste el filete de búfalo".

"Es la primera vez para mí", dije, esforzándome por dejar de comportarme como una adolescente petulante.

"Estás de enhorabuena. No hay nada más casero que un filete al búfalo con patatas asadas y nata agria".

"Eso sí que suena a algo a lo que podría hincarle el diente".

"Bien. Este es el mejor restaurante si quieres satisfacer tu antojo de carne de venado".

El exterior del restaurante estaba hecho con gusto. Un gran árbol, iluminado con luces de colores y rodeado por una fuente, se erguía en el centro del paseo. Estaba claro que al chef le encantaba cocinar con ingredientes frescos, pues había hierbas y verduras frescas que crecían en abundancia en el recinto. Un miembro del personal de cocina estaba recogiendo espinacas, hinojo y vi patatas nuevas en una cesta sobre su brazo. Nos sonrió a Ethan y a mí cuando pasamos junto a ella.

"Esto no se ve muy a menudo, ¿verdad?". Comenté.

"Aquí solo hay comida fresquísima", sonrió Ethan, satisfecho de sí mismo.

El interior del restaurante no era lo que yo esperaba. Nada de decoración desaliñada, ni manteles de lino blanco y cristal. Parecía el interior de una bodega, con ladrillos vistos, revestimientos metálicos y mesas de madera oscura. Unos cuantos barriles de cerveza de madera de marca estaban colocados estratégicamente alrededor para aumentar el ambiente.

"Es fantástico", le dije a un soberbio Ethan.

"¿A que sí? Espera a probar la comida".

El maître fue amable y cortés y nos condujo a nuestra mesa. Envió a un camarero para que tomara nota de nuestras bebidas en cuanto Ethan y yo nos sentamos.

"Hhmm, huelo a ajo y cebolla fritos en mantequilla", dije después de haber tomado una profunda bocanada de aire.

Ethan pidió una cerveza artesanal local para cada uno. Dijo que era imprescindible con el filete de búfalo.

"¿Comes aquí a menudo?" Pregunté tras dar un sorbo a la cerveza dorada.

"Lo intento siempre que estoy en mi casa".

Sonreí ante sus palabras.

"¿Por qué sonríes?"

"Sigues llamando a Billings tu casa, aunque lleves casi una década viviendo en otro lugar".

"Lo hago, ¿verdad? Es un reflejo, supongo. Llevo Billings en la sangre. Me encanta estar aquí".

"¿Crees que volverás a mudarte?".

"Sí, quiero que mis hijos crezcan aquí. Quiero que conozcan la naturaleza en vez de los centros comerciales y los clubes".

"Entonces, ¿piensas tener hijos?". Pregunté, realmente sorprendida.

"Con el tiempo. Tengo demasiadas cosas que me gustaría lograr antes de establecerme con una familia propia. ¿Y tú?"

"¿Una familia?"

"Sí, e hijos".

"No estoy segura. No sé si la vida familiar es para mí".

"¿Por qué piensas eso? Perdona si me entrometo. No tienes que explicarme nada".

"No, está bien. No estoy segura de creer en el matrimonio y en todo eso de los felices para siempre. Las familias como la tuya son algo raro".

"No es perfecta. No creo que ninguna familia sea perfecta", dijo Ethan. "Tenemos nuestros problemas".

"A menos que tu padre deseche a tu madre como a un calcetín gastado, no puedes saber lo que hay ahí fuera".

"Tienes razón".

"No sé si quiero traer hijos a un mundo que espera estropearlos".

"Siento que tuvieras una infancia dura, Alexia".

"Gracias. Ahora estoy bien. Mi vida va por buen camino. Por fin".

"¿Ves a tu madre a menudo?"

"Falleció hace unos años. Pero sé que me quería mucho. Hizo muchos sacrificios por mí".

"¿Y tu padre?"

"¿Quién sabe?" ¿A quién coño le importa? "¿Dónde está ese camarero? Estoy peligrosamente a punto de masticarme el brazo". Desvié la conversación de mi triste historia.

Ethan llamó la atención del joven y le hizo un gesto para que se acercara.

"Pide por mí, gracias, Ethan".

"¿Poco hecha?"

"Un veterinario experto debería poder revivirla".

"Buena chica".

El camarero tomó nuestro pedido de comida. Ethan y yo charlamos sobre esto y aquello. Le hice preguntas sobre el instituto al que iba y sus amigos, y él quiso saber más sobre mi vida y por qué decidí trabajar en Derecho.

No podía creer que nos lleváramos tan bien. Estaba disfrutando de su compañía. No me lo esperaba. Nos reímos, comimos y regamos la tierna carne con abundante cerveza artesanal. Salí del restaurante con Ethan tres horas después de haber llegado.

"No puedo creer que haya comido tanto", gemí mientras conducíamos de vuelta al rancho.

"Yo tampoco puedo".

"La comida estaba deliciosa, Ethan. Gracias por una velada tan agradable".

Ethan giró la cabeza hacia mí y me sonrió. Extendió la mano y me la cogió.

"De nada. Me lo he pasado muy bien".

Su contacto me dio vértigo. Las mariposas familiares y el hambre profunda surgieron en mi interior mientras me cogía la mano.

Volvimos a estar en silencio, pero el ambiente del coche era eléctrico. Ethan se llevó la mano a la boca y me besó la palma.

"Vuelves a bailar claqué sobre hielo delgado, Ethan Daniels", susurré sin aliento.

"Si doy el paso, te vienes conmigo", dijo con voz ronca.

Cerré los ojos mientras él conducía y fantaseé con lo que quería que Ethan me hiciera. Mi ingle estaba caliente, y mi vello púbico se movía mientras mi clítoris se hinchaba.

Ethan apoyó mi mano en su muslo. Sentí que su cuerpo temblaba levemente, como si se estuviera defendiendo de un escalofrío. Subí la mano por su muslo hacia la cremallera. Pasé el dedo por el bulto que esperaba mi contacto.

"Despaaacio, chica", dijo aspirando aire, "si no, me salgo de la carretera".

"No te pasará nada mientras mantengas los ojos abiertos y la vista adelante", dije juguetonamente.

Bajé la cremallera de los pantalones de Ethan, introduje la mano en su calzoncillo y guié su vara de acero hacia la libertad. Jadeó cuando cerré la mano en torno a su vástago. Lo acaricié lentamente, arriba y abajo, utilizando el líquido preseminal como lubricante.

Ethan mantenía la mano izquierda en el volante y me buscaba con la derecha. Se me aceleró el corazón al pensar en sus hermosos dedos dentro de mí. Aparté los muslos para facilitárselo.

"Esto no funciona, Piernas Bonitas", dijo y giró a la derecha por el primer camino de tierra que vio.

Cuando el coche se detuvo por completo, Ethan apagó el motor y los faros se volvieron tenues. Solté su polla mágica y me lancé al ataque. Ethan levantó un momento el cuerpo del asiento para que pudiera desabrocharle los pantalones. Una vez que me lo llevé a la boca, todo estaba decidido.

"¡Joder! Qué rico, Piernas Bonitas", gimió mientras chupaba más fuerte y más deprisa.

Ethan buscó mi pecho con la mano derecha y deslizó los dedos en mi sujetador.

"Mmmm, tus pezones están tan duros para mí", susurró con voz ronca y temblorosa.

Me di cuenta de que mi hermoso amante estaba a punto de correrse cuando me agarró del pelo y movió mi cabeza más deprisa sobre su pene. Busqué su boca con la mano y le metí los dedos para que los chupara. La acción debió de excitarle, porque se corrió en mi boca, llenándome de su semen salado y dulce.

El corazón me retumbaba en el pecho. Estaba tan excitada por su orgasmo que deseaba que me chupara el clítoris hasta que gritara de placer.

Ethan tardó solo medio minuto en recuperarse antes de centrar toda su atención en mí.

"Ha sido increíble, Alexia. Ahora voy a hacer que te corras muy fuerte. Abre esas preciosas piernas para mí".

Me moví con urgencia para obedecer su orden. Ethan me colocó en el asiento de modo que mi cuerpo quedara frente al suyo.

"No necesitamos esto", dijo juguetonamente y me arrancó la ropa interior. Eran mis bragas de seda favoritas, pero en aquel momento me importaba una mierda. Con un movimiento ágil, arrojó la prenda desechada sobre el asiento trasero antes de masajear los suaves pliegues que rodeaban mi clítoris.

"Te deseo, Ethan", le supliqué mientras me acariciaba con los dedos. "Tócame el clítoris, por favor". Estaba suplicando. ¿A quién coño le importaba? Tenía que tenerlo o implosionaría.

"¡Qué mojada!", gimió en mi oído. Ethan me pasó la lengua por el cuello y se detuvo cuando encontró mis pezones sensibles con la boca. Solté un aullido cuando me mordió uno, lo bastante fuerte como para hacerme retorcer.

"Dime", me susurró al oído. "¿Hasta dónde quieres que te meta la lengua en el coño?".

"Profundo", gemí, "muy profundo".

Ethan tiró de mis caderas para poder levantar mi cuerpo y acercarme lo más posible a su boca. Se burló de mi húmedo clítoris con la punta de la lengua, y luego se zambulló en mí como un buzo desde un acantilado al agua oscura. Me agarré al asiento con una mano y al salpicadero con la otra.

"¡Joder, sí! Así, exactamente".

Ethan soltó una risita perversa y chupó aún más fuerte.

"¡Más rápido!", jadeé, "¡más rápido!".

Mi esclavo del sexo me metió dos dedos, buscando el preciado punto G, mientras su lengua hacía lo que podía. No tardé en estremecerme y sacudirme mientras espasmos de placer sacudían todo mi cuerpo. Ethan se aferró a mí y se negó a soltarme hasta que dejé de convulsionar.

"Ahora, ¿podemos irnos a casa?", sonrió.

"Necesito un minuto", dije y me recosté feliz y satisfecha.

"Eres jodidamente magnífica, Alexia Taylor".

"Tú tampoco estás nada mal". Mi alma se puso a cantar.

"Oooh, vas a pagar por eso. Espera a que te lleve a casa. Entonces pedirás clemencia a gritos", dijo con determinación en sus hermosos ojos soñadores.

"Esperaba que dijeras eso".

"Te debo un par de bragas nuevas", se rio cuando volvimos a la carretera principal.

"Dos", le recordé. "Dos".

"¿Por qué no te compro un paquete de cinco? Tengo la sensación de que te vendrán bien".

ETHAN

Mis piernas se habían vuelto como gelatina y mi ropa interior estaba empapada de semen. No obstante los pequeños incómodos, me sentía como una estrella del rock. Alexia me estaba jodiendo mentalmente. Por mucho que intentara controlarme cuando estaba cerca de ella, no tenía la más mínima posibilidad.

Cuando llegamos al rancho, ya estaba otra vez duro. No tenía ni idea de dónde había escondido el arsenal de resistencia sexual que llevaba dentro, pero el muro de contención se había roto.

El sexo oral era bueno, no es que me quejara, pero estar dentro de Alexia llevaba lo de follar a un nivel completamente nuevo. Era irremediablemente adicto a ella. Era la droga que me mantenía cautivo y daría cualquier cosa por una dosis.

"Las luces están apagadas", susurró cuando salimos del jeep.

"No me sorprende", dije en tono moderado, "es más de medianoche".

Alexia miró su reloj y luego a mí.

"Cómo vuela el tiempo cuando estoy chupando tu polla *insaciable*", soltó una risita.

"No podría haberlo dicho mejor. Ven conmigo".

Cogí de la mano a la chica hermosa que estaba a mi lado y me dirigí a los establos. No iba a correr el riesgo de colarme en la casa. Además, necesitaba gritar cuando Alexia me llevara al orgasmo. Junto a los establos había un granero donde papá y yo construimos un loft. Solía jugar a indios y vaqueros con mis amigos allí. Cuando crecí y fui menos *destructivo*, mamá lo convirtió en una oficina para papá. Era el único lugar donde podía trabajar en paz. Era la cueva del hombre extraoficial de mi padre.

La luna estaba llena e iluminaba la habitación a través de la claraboya.

"Vaya, qué inesperado", dijo Alexia cuando llegó a lo alto de la escalera y entró en el altillo. "Aquí arriba es precioso".

"El toque decorativo de mamá".

"Es perfecto. Me encantaría felicitarla por su gusto, pero no creo que deba desvelar nuestro sórdido secretito".

"Yo te enseñaré lo que es sórdido", dije y tiré de ella para acercarla. "Voy a tomarme mi tiempo para darte placer".

Alexia tenía los ojos ahumados y los párpados se le pusieron pesados cuando le froté la espalda y le acaricié la ingle con los míos.

"¿Qué estamos haciendo, Ethan?", preguntó de repente, inesperadamente. No tenía respuesta para esa pregunta.

"¿No quieres?"

"Claro que quiero, pero necesito saber que no soy solo una diversión adicional para ti. Una conejita folladora".

"¿Es así como te hago sentir, Alexia? Porque si es así, desde luego no es lo que yo pretendía".

"Joder, me doy cuenta de que ahora mismo debo de parecer una lunática", suspiró, "pero soy una criatura del tipo 'blanco o negro'. Y, sinceramente, no consigo entenderte, Ethan".

"No te estoy utilizando, si es eso lo que me pides. Pero tampoco sé qué es esto. Lo único que sé es que quiero estar contigo. A riesgo de parecer un idiota, últimamente solo pienso en ti".

Me di cuenta de que me había puesto a balancearme en el viento. El poder estaba en manos de Alexia y, sinceramente, me cagué de miedo.

"Siento lo mismo por ti, Ethan". Alexia sonrió, con su rostro angelical resplandeciente, y me besó lentamente. Fue un beso lleno de pasión y promesa. Un beso tierno. Del tipo que compartes con alguien de quien estás profundamente enamorado. "No quiero que me folles, Ethan. Quiero que me hagas el amor".

"Alexia", susurré su nombre como si fuera un hechizo mágico merecedor del máximo respeto. Un poderoso encantamiento capaz de cambiar el curso de la historia.

La mujer que tenía entre mis brazos se abrió a mí como una flor a la lluvia. No había perdido nada de su atractivo sexual, pero había una suavidad en ella que me dejó boquiabierto. Permanecí asombrado, contemplando la belleza que tenía entre mis brazos.

"Puedes confiar en mí, Alexia", le prometí a la persona por la que sentía afecto.

"No me hagas daño, Ethan".

Por primera vez, vi a Alexia *vulnerable*. Había ocultado bien su corazón tras un muro de humor y ambición.

"Nunca te haría daño. Eres demasiado valiosa".

Dejamos de hablar e hice el amor con Alexia por primera vez, de verdad. Y, sinceramente, fue el mejor momento que habíamos compartido. Al menos para mí.

Justo antes del amanecer, Alexia y yo volvimos a la casa a hurtadillas. La besé en el pasillo de la puerta de su habitación y luego me fui a la mía. Al amanecer, cerré los ojos y me dormí profundamente.

Me desperté al oír un golpecito en la puerta.

"Ethan", dijo suavemente la voz de papá, "¿puedo entrar?".

"Sí, claro, papá".

"Lo siento, hijo", dijo al ver mi cara de sueño, "no quería despertarte".

"No pasa nada. ¿Qué pasa?"

"Sé que has dicho que tienes mucho trabajo, pero tú y yo hace siglos que no acampamos y pescamos juntos. ¿Te apetece una aventura de un día entero?".

Los ojos suplicantes de papá hacían imposible decir que no. La verdad era que necesitaba tiempo lejos de Alexia para aclarar mis ideas y tratar de averiguar hacia dónde nos dirigíamos los dos. Mi mente me decía que me estaba metiendo en problemas, pero mi corazón se negaba a echarse atrás.

"Me parece estupendo, papá. ¿A qué hora querías salir?"

"Justo después de desayunar. Así podremos tomarnos nuestro tiempo para llegar. Te veré abajo dentro de un rato".

"De acuerdo.

Dejé escapar un bostezo y me estiré perezosamente una vez que mi padre salió de la habitación. Atravesar las tierras del rancho en dirección al arroyo no era mi idea de recuperarme de una larga noche de placer sexual y muy poco sueño. Pero papá parecía tan emocionado que tuve que ceder.

Me pregunté cómo se sentiría Alexia. ¿Seguiría dormida? No se me ocurría nada mejor que colarme en su cama y devorar centímetro a centímetro su cuerpo perfecto. La imagen que tenía en la cabeza hizo que mi pícara polla saltara a la atención. Había pasado de ser un abogado de éxito a un tonto cachondo. *Uf.*

Cuando hube limpiado de mi mente y de mi cuerpo cualquier pensamiento de la noche anterior mediante una ducha caliente, el resto del grupo y Alexia estaban abajo, en la cocina. Aquella chica parecía salida de la portada de una revista de moda. No necesitaba ocultarse tras el maquillaje. Alexia estaba perfecta.

"Aquí huele muy bien", dije y lancé una mirada cómplice en su dirección. Jack entró corriendo en la cocina al oír mi voz. "Eh, chico. Más despacio". Jack me ignoró y me lamió excitado.

"Buenas tardes, Ethan. Creía que nunca saldrías a la superficie. La vida en la ciudad te está poniendo blando", se rio Ornella.

"No tengo nada que objetar", sonreí.

"¿Has dormido bien, Alexia?" Pregunté sin rodeos.

"Sí, gracias. Aunque antes di algunas vueltas en la cama". Intenté no reírme. *Sabía a qué se refería.*

"¿Huevos?" Preguntó mamá y me sirvió una buena ración en el plato antes de que pudiera contestar.

"Gracias".

"Bueno", preguntó Sarah entre sorbos de café, "¿qué vais a hacer hoy los dos?".

"En realidad", interrumpió papá, "he convencido a Ethan para que haga un hueco hoy y venga de acampada".

"Suena divertido", sonrió Alexia.

"Lo es. Con suerte, Junior pescará algo esta vez. No sé si me apetecerá volver a cenar alubias cocidas y carne seca como la última vez".

"Nada te impide lanzarte y pescar nuestra cena", sonreí.

"¿Os lleváis vuestra habitual cuba de whisky, chicos?". Volvió a preguntar mi madre.

"No sería una buena acampada si no lo supiéramos, ¿verdad?".

"No te importa que desaparezca una noche, ¿verdad?". Pregunté a Alexia.

"Por supuesto que no. Mientras haya una ración de pescado para mí, me parece bien".

"No puedo prometerte nada", me reí.

"No te preocupes por nosotras, cariño", anunció mamá. "Nosotras tenemos otros planes".

"¿Ah, sí? ¿Y cuáles pueden ser?".

"Cosas de chicas. No lo entenderías", dijo Sarah.

"Oh, vaya. No os paséis con el saldo bancario, señoritas", sonrió papá.

"Siempre", dijo mamá y guiñó un ojo a Alexia.

"Come, Ethan. El aire libre te está llamando".

Me tomé mi tiempo, para poder contemplar a Alexia. Tuve cuidado de no revelar mucho a mi familia. ¿Quién sabía si tenía éxito? Cuando terminamos, y ya no tenía excusas para entretenerme, papá y yo salimos, dejando a las mujeres a sus planes.

"Venga, Jack", me llamó papá, "vamos a cazar ardillas".

Me alegré de que el día estuviera nublado, pues caminar entre los arbustos era un trabajo duro en un día caluroso. El arroyo estaba sereno, como siempre, así que papá y yo soltamos amarras unas cuantas veces mientras charlábamos.

"¿Cómo va el trabajo, hijo?"

"La verdad es que va bien. Tengo un buen presentimiento de que pronto seré socio".

"¿Cómo os lleváis Alexia y tú profesionalmente?".

"Aún es pronto, pero de momento, bien".

"¿Y románticamente?"

Papá tenía la misma expresión en la cara que tenía cuando yo era un crío, y yo intentaba ocultarle algo.

"Ya os lo he dicho, papá, somos colegas".

"Mentira. Sigo siendo tu padre, ¿sabes? Puedo ver cuando mi hijo está loco por una chica. Además, esta mañana os he visto a los dos colaros en casa a oscuras".

"No se puede culpar a un chico por intentarlo", sonreí satisfecho.

"¿Y bien?"

"Alexia es una mujer increíble. Es lista, ingeniosa y estoy seguro de que no tengo que señalar lo obvio".

"Tiene un par de piernas de infarto. Lo reconozco", se rio.

"Estoy entre la espada y la pared, papá. La empresa tiene una política estricta contra las citas entre empleados. Ya veo por qué. Ahora mismo me resulta difícil pensar en otra cosa que no sea ella".

"Si Alexia es lo que quieres, hijo, encontrarás la manera. Mamá y yo te hemos enseñado bien. Sé que harás lo correcto".

"No te ofendas, papá, pero para ti es fácil decir eso. No había ningún obstáculo en el camino de mamá y tú cuando os enamorasteis".

"Aparte de un padre con una gran pistola, querrás decir".

"¿En serio? ¿El abuelo?"

"No siempre estuvo tan loco por mí, ¿sabes? Yo no era del lado correcto de las vías. No según él. Me dejé la piel para demostrarle que cuidaría bien de su hija. También cumplí esa promesa. Era eso o enfrentarme al cañón de una escopeta".

"¿Cómo es que nunca me lo dijiste?"

"No quería que vieras a tu abuelo como algo que no fuera un hombre honorable, hijo. Estaba cuidando de su hija. Un hombre tiene que respetar eso".

"De acuerdo".

Hubo un tirón de mi hilo, que provocó un repentino cambio de tema.

"No lo pierdas, hijo", dijo papá con entusiasmo.

"Hombre, este es un luchador. Y pesa mucho".

"No me digas que tu trabajo de oficina te ha vuelto blando. No lo sueltes. Enróllalo. Eso es la cena".

Me aferré a la caña con todas mis fuerzas. Al final el cazador triunfó sobre la presa, afortunadamente. Aquella noche, papá y yo nos dimos un festín alrededor de la hoguera con el botín de la pesca. El whisky bajaba como la miel. No iba a hablar en toda la noche después de la

falta de sueño de la noche anterior.

"Papá, estoy empastado. Es hora de que este cazador duerma un poco".

"Buenas noches, hijo. Estoy orgulloso de ti".

"Gracias, papá".

Nos retiramos a nuestras tiendas individuales. El pobre Jack estaba agotado. Llevaba todo el día a tope, así que cuando abrí la solapa de la tienda, cayó al suelo como un saco de patatas. Rocié nuestro dormitorio improvisado con insecticida por si los molestos chupasangres planeaban un golpe. Me metí en el saco de dormir y me quedé mirando la lona.

Sabía lo que estaba ocurriendo y no tenía poder para impedirlo. *Me estaba enamorando de Alexia*. Maldita sea.

ALEXIA

"Me encantan tus sneakers, Alexia", comentó Ornella, "pero me temo que el polvo del rancho de Montana se las va a cargar enseguida".

"Sí", intervino Sarah. "Será mejor que vayamos de compras y te preparemos para el rancho".

"Me has convencido con lo de ir de compras", sonreí feliz. "No recuerdo la última vez que me permití ir de shopping tranquilamente. Siempre voy corriendo a la oficina. Jenna se quedaría de piedra. "

"¡Ah, lo mismo digo!" Sonrió Sarah. "Nos encanta ir a los centros comerciales. Tengo un famoso fetichismo por los zapatos".

"No bromea", suspiró Ornella. "Imelda Marcos no tiene nada que envidiar a mi Sarah".

"No es que tú seas tan diferente...", replicó Sarah.

"Señoras, ¿nos vamos?" Preguntó Ornella. "Iremos en el Navigator".

"Voy arriba a por mi bolso, rápido", dije y subí las escaleras.

"De acuerdo. Nos vemos en el coche", me llamó Sarah.

"Y no traigas dinero", añadió Ornella. "Esta la pago yo".

"No voy a aceptar eso", protesté.

"Y yo no pienso aceptar un no por respuesta".

"Qué amable. Gracias, Ornella".

"De nada".

Tenía un nudo en la garganta mientras subía las escaleras hacia mi habitación. La generosidad y la cercanía de la familia de Ethan iluminaron con una linterna mi solitaria infancia.

Vamos, Alexia. Deja de compadecerte de ti misma. Ahora eres una mujer exitosa y satisfecha. Ya no eres esa niña solitaria.

Siempre podía contar con la vocecita de mi interior para enderezarme. Esa misma voz me había ayudado a superar momentos difíciles, así que obedecí su consejo. Me enjugué una lágrima, cogí la mochila y me dirigí al coche.

El trayecto por las carreteras rurales hasta Billings fue tranquilo. Flotábamos por encima de la superficie, o eso parecía.

"Me alegro de no haber traído mi utilitario al rancho", me reí. "Supongo que Ethan y yo iríamos recogiendo piezas de la carrocería de camino a casa".

"Te entiendo", dijo Sarah. "Mis aspiraciones de tener un bonito Cooper S se esfumaron cuando fui a la universidad. A menos que estuviera dispuesta a conducir a velocidad de rastreo cada vez que visitaba el rancho".

"Hay tiempo de sobra para un coupé, cariño", consoló Ornella a su hija. "Cuando seas una dentista de éxito y vivas a lo grande en la ciudad, podrás ir a toda velocidad en tu Scalextric".

Me reí cuando Ornella dijo eso. Sarah puso los ojos en blanco, y luego se unió a la risa. A continuación, las chicas me llevaron a la mayor boutique de Billings. Me concentré en mantener la mandíbula en el suelo mientras entraban y salían de los probadores con prendas preciosas.

"Vamos, Alexia", dijo Sarah y me cogió de la mano. "Esto te va a sentar de maravilla". Levantó un par de botas rancheras y señaló unos vaqueros a juego con el look chic.

"Vaya, qué bonito". Le cogí la ropa y me dirigí al cubículo para probármela.

"Toma", dijo Sarah y me puso un sombrero vaquero en las manos. "No querrás que el sol estropee tu cutis perfecto".

Sonreí ante su calidez. Sarah era dulce, alegre y abrazaba la vida como si no le importara nada. Supuse que yo tampoco lo habría hecho de haber crecido en una familia tan animada y unida. Mi vocecilla interior se aclaró la garganta. Me sobresalté.

Retrocedí y miré mi reflejo en el espejo. No estaba nada mal. Tenía buen aspecto de vaquera, aunque tuviera que decirlo. Salí del cubículo y di una vuelta para Ornella y Sarah.

"Vaya, mírate", sonrió Ornella. "Si no te conociera, diría que has sido una chica de rancho toda tu vida".

"Es muy cómodo", admití. Los tacones de aguja eran y siempre serían mi amor, pero no me negaba a la idea de andar con botas.

"Es tuyo. Sarah, mi amor, por favor, paga la cuenta con la tarjeta mientras salgo a hacer unos recados. Lleva a Alexia a nuestra cafetería favorita. Cariño, tienes que probar la tarta de queso. Está para morirse".

"Nunca diré que no a un pastel de queso".

"Nos vemos dentro de un rato", dijo y salió de la tienda.

"Tu madre es muy simpática", le dije a Sarah cuando Ornella estuvo fuera del alcance de sus oídos.

"Lo es. Estaría perdida sin ella. Dicho esto, he aprendido a no tentar a la suerte. El proverbial temperamento italiano está vivo y en plena forma en Ornella Bocelli".

"El acento de Ornella es bastante marcado. ¿Nació en Italia?"

"Sí, su familia se trasladó a Estados Unidos cuando mamá tenía diez años".

Sarah pagó mis cosas y la seguí hasta la cafetería. Una vez pedimos nuestras bebidas y la famosa tarta de queso, seguimos charlando.

"¿Dónde se conocieron tus padres?"

"Mis padres fueron novios en el instituto. La familia de mamá es muy rica, y papá era el chico friki y ambicioso".

"Eso es adorable".

"Mamá es muy peleona, pero papá sabe muy bien cómo manejarla. Es bastante guay para ser un antiguo nerd", se rio Sarah.

"Sí, ya veo que Ethan es hijo de su madre".

"Oh, te has dado cuenta, ¿verdad?". Se rio nuevamente ella. "Hablando de Ethan", añadió, "¿qué pasa entre vosotros dos?".

"¿Qué quieres decir?"

"Oh, vamos. Soy pequeña, pero no ciega", me sonrió.

No sabía qué decir. El comentario de Sarah me pilló por sorpresa. A pesar de que éramos relativas desconocidas, algo en sus ojos suaves me decía que estaba bien confiar en ella.

"No estoy segura, la verdad", dije, con sinceridad.

"Ethan está loco por ti", dijo Sarah antes de dar un gran bocado a la tarta de queso. "Esto está taaaan bueno".

"¿Lo está? ¿Cómo puedes saberlo?"

"Una hermana lo sabe. La verdad es que estoy contentísima. El último intento de amor verdadero de mi hermano fue un desastre".

"¿Ah, sí?" Dije, fingiendo no saber demasiado. Los datos de André fueron útiles, pero nadie lo sabía mejor que un miembro de la familia.

"Aquella mujer era horrible: una zorra poseedora del premio de la medalla de oro. Sé que suena duro, pero vaya. No tengo ni idea de en qué estaba pensando Ethan cuando se le declaró".

"Supongo que todos tomamos decisiones estúpidas cuando se trata de relaciones. Mi historial no es precisamente impecable", suspiré. "¿Y qué hay de ti? ¿Alguien especial?"

"Soy una romántica incurable", se rio Sarah. "Estoy perpetuamente enamorada. Mamá dice que soy una adicta al romanticismo. Lo que pasa es que es difícil encontrar a alguien como papá o Ethan. Quiero un hombre que me quiera, no que me tenga como un caramelo para el brazo o una distracción. Los universitarios son tan inmaduros".

"¿Qué salió mal entre Ethan y su ex?"

"En primer lugar, nunca deberían haber salido juntos. No estaban hechos el uno para el otro. En

cambio, Ethan y tú...".

"Es muy amable por tu parte, pero no me conoces lo suficiente como para decir eso".

"Os conozco lo suficiente. Veo cómo sois los dos cuando estáis en la misma habitación. No eres egoísta como su ex. Además, no dejo de verle echándote miradas furtivas. Tan-Tan lo tiene complicado, chica".

No pude evitar reírme. "Vale, tengo que saberlo. ¿Tan-Tan?"

"Cuando Ethan era pequeño, no podía pronunciar su propio nombre por alguna razón inexplicable. Así que, cuando la gente le preguntaba cómo se llamaba, decía Tan-Tan. Papá siempre se burlaba de él por eso".

"Tengo que acordarme de llamarle así cuando se ponga mandón".

"Así se callará de una vez", sonrió Sarah. "En cualquier caso, lo que te preguntaba, de forma indirecta, es qué sientes por Ethan.

"Es complicado.

"Explícamelo".

"No vas a olvidarlo, ¿verdad?". Sonreí.

"No".

"Vale. Estoy loca por tu hermano".

"¿Pero?"

"Pero, trabajamos juntos. Aparte de la política de la empresa contra las citas entre colegas, tengo que tener cuidado de no acercarme demasiado, o interferirá en mi capacidad de ver los problemas del trabajo tal y como son. Las relaciones románticas tienden a nublar el juicio".

"Estoy de acuerdo con todo lo que acabas de decir. Pero eso no cambia el hecho de que los dos sois perfectos el uno para el otro".

"Gracias, Sarah. No ayudas, ¿sabes?".

"Oye, soy la hermana pequeña e irritante. No es mi trabajo ser de ayuda", se rio Sarah desde la barriga.

"Espero no haberme perdido toda la diversión", dijo Ornella al llegar a nuestra mesa.

"No", dijo Sarah y me guiñó un ojo.

"Solo estábamos haciendo bromas", reforcé nuestra mentira.

"Más vale que haya tarta de queso para mí", dijo Ornella, mirando a su alrededor en busca de la camarera.

"Le he pedido a la camarera que esconda un trozo para ti, mamá. La vida es demasiado corta".

"Y por eso, querida niña, es por lo que te adoro", dijo Ornella, y las tres nos reímos en jubilosa

celebración de la vida.

"No sé vosotras dos, pero yo esta noche no me acercaré a la cocina. ¿Qué nos llevamos a casa para cenar?" Nos preguntó Ornella a Sarah y a mí.

"Pizza no", dijo Sarah casi de inmediato. "Nadie sabe hacer pizza como tú, mamá. ¿Qué tal hamburguesas sucias con queso y patatas fritas grasientas? Ah, y aros de cebolla, por supuesto".

"Suena divino", dije entusiasmada.

"Hamburguesas serán".

"Será mejor que no les pidamos a domicilio", dije. "Seguro que será puré para cuando llegue al rancho en scooter".

"Por cierto", preguntó Ornella cuando volvíamos al coche, "¿qué te pareció tu primer filete de búfalo?".

"¡Estaba divino!"

"Bienvenida a Montana", sonrió Sarah, "donde los coches son grandes y los búfalos también".

"*Yee-ha*", dijo Ornella.

Maldita sea. ¿Por qué tenían que mencionar el búfalo? Mi mente fue directa al postre: *Ethan*. Estaba segura de que me había sonrojado. Me pregunté qué estarían haciendo él y Charlie. Imaginé que haría falta un esfuerzo hercúleo para pescar con Jack dando tumbos como un loco.

Echaba de menos a Ethan. Vaya. Antes me irritaba muchísimo y, luego, echaba de menos su culo descarado. Un culo prieto, redondo, suave y delicioso. Mierda, me estaba excitando solo de pensar en su cuerpo desnudo.

"Tierra a Alexia", dijo Sarah.

"¿Eh? ¿Qué?"

"¿Quieres salsa de chile con las patatas fritas?".

"Sí, gracias".

Con la comida para llevar a bordo del minibús Daniels, y armados con un equipaje lleno de compras, partimos de vuelta a casa. Intentaba ocultar el bostezo que se me escapaba de vez en cuando. Estaba agotada después de la noche anterior. Habría matado por una siesta, por eso me sentí más que agradecida cuando Ornella dijo que tenía unas cuantas cosas que hacer antes de la hora de cenar, y Sarah dijo que necesitaba trabajar en una tarea de la universidad.

Dije algo sobre ponerme al día con el trabajo, pero eso fue una tontería. En cuanto me quedé sola en mi habitación, me desnudé, cerré las cortinas y me metí en la cama. Una bocanada de aire fresco de Montana más tarde y ya estaba fuera de combate. Qué felicidad.

Unos golpes en la puerta me despertaron y me sacaron suavemente de mis sueños. Una vez más, estaba sola. Ethan se había quedado en mi sueño.

"Hora de la cena y el aperitivo", llamó Sarah.

"Ya voy".

ETHAN

Papá y yo recogimos todo el campamento por la mañana temprano. El viaje fue estupendo, como siempre. Salir a solas con papá era una de mis cosas favoritas. Mi otra favorita recién descubierta estaba de vuelta en el rancho.

"Puedes tener la cortesía de esperar a que volvamos a casa antes de eliminarme de tu mente como a un calcetín maloliente", me sonrió papá. "Estoy bastante seguro de que Alexia no se ha ido a ninguna parte".

"Jajaja. Venga, viejito, pongamos en marcha este circo".

"¡Viejito! Chico, te estás buscando un moratón".

Caminamos los tres, cada uno con sus propios pensamientos. Jack hacía todo lo posible por atrapar cualquier cosa que crujiera en la hierba del sendero. Yo pensé en la madriguera en la que me había metido voluntariamente cuando empecé a acostarme con Alexia. A juzgar por nuestra conversación en el granero, aún no tenía claros sus verdaderos sentimientos hacia mí.

¿Alexia intentaba proteger su integridad o su corazón? Imaginaba que el tiempo lo diría.

La puerta trasera se abrió y Jack corrió hacia su recipiente de agua. Cuando se hubo hecho un lío en la cara y derramado agua por todo el suelo, se tumbó en las baldosas para refrescarse la barriga.

"¡Hola! Vuestros intrépidos héroes han vuelto". Llamó papá y dejó su equipo en el fregadero.

"Hola", dijo mamá con una sonrisa radiante. Fue a besar a papá, pero se tapó la nariz y se apartó un poco. "¿Qué? ¿No hay agua corriente ahí fuera?"

"Te encantaba cuando llegaba a casa acalorado y apestoso", se burló papá y agarró a mamá por la cintura.

"Delante de los niños no, por favor", chistó Sarah al entrar en la cocina. "Hola, hermano. ¿Has pillado algo además de un parásito?"

"Claro que sí. Mira esta preciosidad", le dije, y le enseñé una foto que había hecho con el móvil del pez que había pescado".

"Vaya, es una belleza. Bien hecho, hijo mío", sonrió mamá. "¿Tenéis hambre, chicos?"

"Me muero de hambre", dije.

"Bien. He hecho un montón de panqueques para comer. Pero vosotros, criaturas malolientes, no veréis ni una miga hasta que limpiéis".

"Me alegro de estar en casa", dije riendo entre dientes, me quité las botas de montaña y subí a ducharme y cambiarme. Supuse que Alexia estaría en su habitación, así que llamé a la puerta.

"Pasa".

Asomé la cabeza por la puerta y le sonreí. Estaba sentada ante el escritorio, en un rincón de la habitación, hojeando un archivo.

"Vuelve el gran hombre de la naturaleza", soltó una risita. "¿Eres tú a quien huelo o has pisado algo en el camino?".

"¡Ay!"

Alexia se rio desde la boca del estómago y se acercó. "Te estaba tomando el pelo. Hola, guapo. ¿Te has divertido?"

"Tanto como puede divertirse un hombre con la ropa puesta".

"Me has echado de menos, ¿eh?"

Esbocé la sonrisa más perversa que pude esbozar y tiré de ella para acercarla. "Deja que te enseñe cuánto", susurré y la besé en la oreja. Se le puso la carne de gallina por toda la piel y mi polla saltó a la vista.

Nos besamos apasionadamente. Me moría de hambre por sentir su tacto.

"Odio romper el ambiente, pero hueles fatal".

"Será mejor que me ayudes a limpiarme", gemí.

"Esta habitación tiene una ducha muy grande", dijo Alexia con ojos ahumados de dormitorio y labios húmedos.

"Abre tú el agua. Yo cerraré la puerta".

"No podemos, Ethan", protestó ella. "No con tu familia ahí fuera. ¿Qué pensarán de mí?"

"Nada... y ya sabes, ¿por qué? Mi padre lo sabe. Dice que me lo he leído en los ojos".

"Sarah también nos ha descubierto. Joder, tu familia es muy lista. ¿Crees que tu madre lo sabe?"

"Si conozco a mamá, y créeme que la conozco, es probable que fuera ella quien se lo señalara a papá. Aquella mujer tiene ojos en la nuca".

"Adiós a nuestra misión secreta", dijo Alexia en voz baja. "Vamos a quitarte esa ropa maloliente para que puedas ponerte algo más cómodo. Igual que yo".

Sus palabras equivalían a una chupada. No conseguí desnudarme lo bastante rápido. Hice lo más rápido posible y la seguí hasta el cuarto de baño, donde el agua de la ducha caía sin cesar sobre los azulejos. Había pensado que mis padres estaban locos cuando ampliaron la habitación y

construyeron una ducha abierta muy espaciosa en el cuarto de baño. En aquel momento me di cuenta de que era hijo de genios.

Entré en la ducha y me puse bajo el chorro de agua. Sarah se desnudó lentamente y se unió a mí. Tenía los ojos clavados en mi polla. Me dedicó una sonrisa pícara y se enjabonó las manos.

"Será mejor que lo lave", dijo en tono seductor, "parece muy sucio".

No podía hablar por miedo a gritar su nombre, así que no moví ni un músculo. Me estremecí de excitación cuando ella empezó a acariciarme. Sus manos enjabonadas se deslizaron sobre mi pene con tanta facilidad que acariciaron mi dolorida erección.

Me apoyé en la pared de la ducha, contra los fríos azulejos, y cerré los ojos mientras Alexia me "lavaba". Mis caderas se balanceaban de un lado a otro mientras el vapor y el agua mantenían mi cuerpo húmedo. El pelo mojado de Alexia le colgaba alrededor de la cara en mechones. El agua rebotaba en sus pechos y corría por su vientre tenso.

"Abre las piernas", le susurré.

Toqué su centro cuando lo hizo. Estaba tan mojada que mis dedos se deslizaron sin esfuerzo.

"Estás tan caliente", gemí.

"Córrete para mí, Ethan", dijo ronroneando y movió la mano más deprisa arriba y abajo por mi polla.

"No, todavía no".

Rompí el agarre de mi amante sobre mi polla y me enjuagué el jabón. Cogí un estropajo de la estantería y la enjaboné hasta cubrirla de espuma. Los ojos de Alexia se entornaron cuando empecé a lavarla por todas partes. No tardé en deshacerme del estropajo y exploré su cuerpo con mis dedos húmedos.

"Date la vuelta", le ordené. Alexia obedeció sin preguntarme.

Respiró agitadamente cuando empujé sus pechos desnudos contra las frías baldosas. Sentí cómo la recorría un escalofrío. Apreté la espalda de Alexia contra la pared para que no pudiera moverse mientras bajaba lentamente y apoyaba la lengua en la nalga.

Abrió más las piernas para que pudiera lamerla por detrás.

"Sabes tan bien", susurré entre meter y sacar la lengua de su sabroso clítoris. Gimió cuando le metí la lengua hasta el fondo.

"Te necesito dentro de mí, ¡ahora!".

No quería nada más, así que me levanté de nuevo, rodeé sus caderas para poder tocar su clítoris y embestí dentro de su coño suave y húmedo.

Alexia gimió mientras me movía dentro de ella, dentro y fuera, más rápido, más fuerte. Nuestros cuerpos emitían sonidos sordos mientras el agua de la ducha quedaba atrapada y luego se desplazaba.

"Me encanta tu enorme polla, Ethan", gimió mientras se movía más deprisa, persiguiendo el

clímax.

"Es toda tuya, Alexia, toda tuya".

"Me estoy corriendo", me dijo.

Cerré los ojos y me monté en la ola. Nuestros cuerpos se convirtieron en dos máquinas perfectas que funcionaban en perfecta sincronía.

"Oh, cariño", gemí mientras me disparaba dentro de Alexia. "Sí, sí, oh, joder, SÍ".

Me temblaban las piernas mientras me corría más fuerte que nunca. Sin embargo, me agarré a Alexia como si fuera un salvavidas. Me vino un pensamiento a la cabeza mientras jadeaba. Quería decirle a Alexia que estaba enamorado de ella, pero era una idea terrible hacerlo mientras estaba ahogándome con la saliva post-coito. Además, no estaba seguro de que fuera el momento adecuado, así que me guardé la idea para mí.

"Si así es como vas a estar después de cada acampada, te apuntaré a los scouts en cuanto lleguemos a casa", dijo Alexia entre respiraciones.

"Mientras me prometas una ducha así después, me apunto".

"Trato hecho".

Nos secamos, y Alexia volvió a ponerse la ropa que llevaba cuando entré. Yo no podía volver a ponerme la maloliente que había dejado en el suelo, así que me envolví en una toalla de baño y me senté en el borde de la cama.

"No puedo creer que el fin de semana haya pasado tan rápido. Supongo que será mejor que nos pongamos en marcha esta tarde si queremos serle útiles a Silvano", dije mientras me secaba el pelo con la toalla.

"Tienes un pelo precioso", dijo Alexia. Me miraba fijamente. Sus ojos eran diferentes. Tuve la sensación de que quería decirme algo. Pero se quedó mirándome.

"Gracias, Alexia".

"¿A qué hora nos vamos?", preguntó cuando salió de su trance.

"Después de comer, creo. El tráfico va a ser un desafío".

"De acuerdo".

"Me muero de hambre, Piernas Bonitas. ¿Te apetece bajar conmigo a comer panqueques?".

"Me encantaría. No irás así, ¿verdad?", sonrió ella.

"Mi familia me ha visto con menos ropa, pero te entiendo. Nos vemos en la cocina dentro de quince minutos".

Me levanté y me acerqué a mi hermosa Alexia. Le coloqué un mechón de su pelo mojado detrás de la oreja.

"Gracias por venir aquí conmigo".

"Me ha encantado cada minuto".

"Mi familia cree que eres un encanto. No es tan fácil impresionarles como crees".

"Eso también va por mí. Tu familia es muy especial".

Entonces la besé. Un beso tierno. Uno que significaba más para mí que cualquier beso que hubiera robado o en el que me hubiera perdido. No podía imaginarme besando así a nadie más que a Alexia. Me la bebí.

"Eres tan hermosa, Alexia".

Me miró como si no estuviera segura de mis intenciones. ¿Nadie había declarado nunca su admiración por ella? Imaginé a los hombres haciendo cola para entrar en los buenos libros de Alexia. Su mente era tan seductora como su cuerpo.

"¿Estás bien?" Le pregunté.

"Sí, estoy bien. Tengo hambre". Alexia sonrió y cogió una toalla para su pelo mojado.

"Vale. Ahora voy a escabullirme a mi habitación. Te veré abajo".

"Buena suerte", sonrió dulcemente.

"Si me pillan, no diré tu nombre". Le guiñé un ojo, eché un rápido vistazo al pasadizo y salí de la habitación.

Ojalá supiera lo que pasaba por la mente de Alexia. Quizá era mejor que no lo supiera. ¿Quién sabía lo que encontraría allí, y qué haría si no me gustaba lo que veía? Algunas cosas era mejor dejarlas en paz.

Mi bonito rompecabezas estaba en la cocina hablando con mamá y papá. Me detuve un momento y los observé interactuar desde lejos. Me invadió una sensación extraña; no extraña en sí, sino familiar. Alexia encajaba perfectamente en mi familia. Ni siquiera tuvo que esforzarse.

"Por favor, dime que papá no se ha comido todas las tortitas".

"Llevabas tanto tiempo fuera que estuve tentado. Dale las gracias a tu madre por esconderme unas cuantas".

"Gracias, mamá".

"¿Te has dormido en el baño?". Bromeó mamá y me guiñó un ojo.

Observé cómo Alexia fingía estar muy ocupada con la comida, intentando ocultar el toque carmesí de sus mejillas. Menuda pillada con las manos en la masa.

"Ojalá", dije con un tono convincente. "Perdí algunas llamadas del equipo de investigación, así que nos pusimos al día". Mamá sabía a ciencia cierta que mentía, pero fue lo bastante misericordiosa como para que no se le escapara.

"¿A qué hora volvéis Alexia y tú a casa?". Preguntó papá.

"Pensaba que justo después de comer. Las carreteras van a estar hechas un desastre, así que estoy

pensando en "hacerlo fácil"".

"Te he preparado algo para el camino", sonrió mamá.

"¡No lo has hecho!" Sonreí.

"Claro que sí".

"¿Qué me estoy perdiendo?" Preguntó Alexia.

"Dime que son Baci di dama", dije, con la boca hecha agua ante la idea de meterme entera en la boca la galleta más deliciosa del mundo.

"No sé de lo que hablas, pero pareces muy emocionado", rio Alexia.

"Son galletas de mantequilla de avellana, unidas con una cucharada de Nutella".

"Madre mía", sonrió. "Espero que hayas hecho muchas, Ornella. Soy una adicta a la Nutella".

"Hice muchos", dijo mamá. "También puse un poco para Emma y Carl. Dile a mi otro hijo que no me siento nada impresionada por su ausencia. "

"Lo haré, mamá".

"¿Alguien ha dicho Baci di dama?". La voz de Sarah resonó en el pasillo.

Alexia observó cómo los hermanos Daniels se aseguraban de que cada uno tuviera una ración suficiente de sus golosinas caseras favoritas.

Tras un almuerzo ligero, Alexia y yo estábamos listos para volver a casa. Eso no era estrictamente cierto. Ojalá pudiera quedarme en mi apacible burbuja con mi amante, pero, por desgracia, todo lo bueno se acaba, como dice el refrán.

"Me lo he pasado muy bien", dijo Alexia a mi familia mientras ella y yo estábamos junto al coche. "Gracias por todo". Abrazó a mi madre y a Sarah, que arrullaron como si estuvieran perdiendo a un miembro de la hermandad.

"Conduce con cuidado, hijo", dijo papá y me dio una palmada en la espalda. Luego se inclinó más hacia mí y me dijo en voz baja: "Me gusta".

Sonreí y asentí. Y sin más, Alexia y yo estábamos en la carretera de vuelta a casa, en Great Falls. Observé con tristeza cómo el rancho desaparecía de la vista por el retrovisor.

ALEXIA

Mi teléfono sonó unos veinte minutos después de que Ethan me dejara en mi piso. Estaba tumbada en la bañera mientras disfrutaba de una taza de café y unos cuantos Baci di dama. Estaba adicta.

"Hola", contesté mientras masticaba unas deliciosas galletas esponjosas.

"Hhmm, ¿es agua lo que oigo zumbar?".

"Saca tu mente de la alcantarilla, concejal", solté una risita. "Pero, sí. Estoy mojada y enjabonada. ¿Por qué?

"Me estás matando, Piernas Bonitas".

Me reí a carcajadas ante sus gemidos de frustración. "Solo estás a veinte minutos".

"No tenía ni idea de que fueras tan mala, Alexia. Creo que voy a sacarte esa parte tuya la próxima vez...".

"Eso puede llevar más que unos cuantos intentos", ronroneé.

"Basta ya. Ahora tengo tres brazos al volante. Espero que no me pare la policía de tráfico".

"Entonces, ¿por qué llamas?"

"Creo que Jack te echa de menos. Ha estado ladrando en la parte de atrás, pero no entiendo nada de lo que dice. Quizá puedas ayudarme".

"Por Dios, pásamelo".

"Vale, te pongo en el altavoz".

"Jack", grité, "¿papá está siendo malo contigo?".

Jack ladró con fuerza al oír mi voz.

"Tranquilo, chico", dijo Ethan. "Creo que tienes un admirador, Piernas. Jack no deja de mirar hacia el asiento del copiloto como si te estuviera buscando".

De repente recordé algo. "Jack no está buscándome", me reí, "está oliendo la bolsa de filete de búfalo para llevar que dejé en el panel de la puerta".

"*¡Mierda!* Se acabó mi teoría", aulló Ethan entre risas.

"¿Es Jack la única razón por la que has llamado?". Pregunté seductoramente.

"Vale, me rindo. Yo también te echo de menos".

"Me verás mañana, grandullón", dije juguetonamente, pero tenía el corazón en la garganta. ¿Era tan dulce?

"Sí, pero no puedo molestarte en la oficina, ¿verdad?".

"No sería la primera vez, pero no, lamentablemente no. Ojalá no tuviéramos que mantener nuestra relación en secreto, Ethan. No se me da bien andar a escondidas".

"Sí, me he dado cuenta de cómo te has sonrojado por el comentario de mi madre esta mañana. Estás adorable cuando te ruborizas. De todos modos, a mí tampoco me hace gracia. No te preocupes, Piernas, ya se nos ocurrirá algo".

"No sé cuánto tiempo tendremos para pensar en otra cosa que no sea salvar el cuello de Silvano de la soga".

"Y hablando de un tema completamente distinto", dijo. "Se me ha ocurrido algo mientras conducía, escuchando los lloriqueos de Jake".

"¿Y qué es?"

"Bueno, ya he sacudido tu mundo varias veces, pero aún no me he despertado contigo durmiendo en mis brazos".

"¿Has sacudido mi mundo?" Repliqué. "Descarado".

"¿Esas son las conclusiones que sacas de eso?", se rio.

"Entiendo lo que dices. Es curioso, yo pensaba lo mismo".

"Creo que es hora de que organicemos una 'fiesta de pijamas', Piernas".

"Me parece bien. Pero con reglas".

"Te escucho".

"Nada de pijamas. Si vamos a hacer esto de la fiesta de pijamas, hagámoslo bien".

"Ya lo tienes, bombón. Ahh, mierda, será mejor que cuelgue. Jack ha atravesado el tabique de malla y tiene esa mirada... la mirada del filete de búfalo".

Me reí de los ruidos que emanaban del interior del coche de Ethan, mientras se producía la lucha de poder. Me despedí rápidamente de los chicos y colgué. Con los ojos cerrados y el sabor de la Nutella arremolinándose en mi lengua, me permití otro breve capricho. Tentativamente, imaginé cómo sería mi vida si estuviera casada con Ethan. No solo tendría acceso ilimitado al hombre que se estaba convirtiendo rápidamente en el dueño de mi corazón, sino que también heredaría su maravillosa familia.

No podía creer que mi mente me estuviera llevando hasta allí. Apenas me reconocía a mí misma

mientras estaba tumbada en la bañera, colocada de Nutella y endorfinas. Y de la atención de Ethan, por supuesto. Pero, como suele ocurrir, dejé que mi mente me llevara hasta que aquella vocecita me dio un consejo no solicitado.

Ten cuidado, Alexia. El sexo que hace temblar la tierra y produce orgasmos no es amor. Tú eres la prueba de ello. Follar no basta para que una relación funcione. Podrías preguntarle a tu madre si no se había matado a trabajar para criarte ella sola.

Eso dolió. Pero la voz expresó un punto justo. La última vez que puse mi corazón ahí fuera con la esperanza de que estuviera a salvo, lo aplastaron bajo mis pies. Ethan era un personaje muy fuerte e independiente. También tenía una sola mente cuando se trataba de su carrera. El sexo es fácil de encontrar, pero una asociación en uno de los bufetes de abogados más exclusivos no era nada desdeñable.

No podía evitar pensar que yo no era más que una distracción agradable para Ethan. Era amable y dulce, pero ¿no era esa la forma de trabajar con alguien que, en última instancia, podría convertir tu vida en un misterio si no se manejaba el asunto con gentileza?

Joder. Ahora estaba confusa. ¿Ethan estaba enamorado de mí? ¿O estaba colado por mi coño? ¿Por qué esa maldita voz no podía mantener la puta boca cerrada? Decidí salir del baño, harta ya de mi situación.

A la cama. *Cuando todo lo demás falla, vete a la cama*: el mantra de una mente cansada.

Ya tendría tiempo de pensar en todo lo relacionado con Ethan cuando estuviera despierta. Sin embargo, en aquel momento, necesitaba un descanso.

Tenía buenas intenciones de deshacer la maleta y meter la ropa sucia en la lavadora antes de irme a dormir. Pero eso nunca ocurrió. En cuanto me tumbé sobre la almohada para descansar, caí en un sueño profundo, muerta para el mundo, hasta que el despertador empezó a llamarme a las 6 de la mañana.

Con los tacones de aguja y la falda lápiz listos, salí para el trabajo a las 7 de la mañana. El tráfico delataba el caos del día después de las vacaciones. La paz y la belleza de Montana eran un mero recuerdo mientras negociaba las rutas más rápidas para llegar a la oficina. ¿Dónde estaba el Navegador de Ornella cuando lo necesitaba?

André parecía haber tomado el sol durante el fin de semana. Solo tenía unos tonos más claros que su característica camisa color melocotón. Llevaba un pequeño ventilador de mesa a todo trapo, en un aparente intento de refrescar su piel bronceada.

"¿No estás un poco veraniego?" Me burlé de él cuando llegué a su mesa.

"Le DIJE que no me dejara dormir al sol. Pero es como hablar con la pared con ese", gimió André.

"¿Tu *maridito*?"

"¡Claro! ¿Quién si no sería tan descuidado? Los hombres".

Estuve muy tentada de señalar lo obvio, pero decidí no hacerlo.

"Un momento", dijo André, levantando una mano. "¿Hay algo que quieras decirme, jefe?".

"¿Como qué?"

"Como, por ejemplo, por qué parece que estás muy satisfechas", dijo, luciendo una sonrisa diabólica.

"André, deberías dedicarte a tu trabajo de día", sonreí.

"Vale, niégalo si quieres, pero te entiendo, jefe".

"¿Te gusta ser entrometido?" Dije y le guiñé un ojo. "Mataría por un café", dije con la esperanza de que un cambio de tema despistara al hiperactivo André.

"Esto no se ha acabado, jovencita", sonrió.

"Con nata y dos de azúcar, gracias", dije, y entré en mi despacho.

André era demasiado intuitivo. O eso, o tenía el aspecto de una mujer que había conseguido algo. Tendría que trabajar en ello. Para ser justos, mi ayudante se acercaba a los cuarenta, lo que le daba unos cuantos años más que yo en lo que se refería a asuntos del corazón. Aun así, tendría que moderar la mirada flotante de satisfacción.

Llamaron a mi puerta.

"Pasa, André, no muerdo".

"Más bien esperaba que mordisquearas un poco", dijo Ethan al abrir la puerta.

Me dio un vuelco el corazón cuando lo vi allí de pie, guapísimo y totalmente deseable.

"Hola", dije con una risita.

Ethan se asomó al escritorio de André. "Eso es, bomba sexual, deshazte de esas bragas antes de que vuelva a rasgarlas, por supuesto accidentalmente".

"Entra aquí, maníaco", dije en voz baja.

"¿Así que ahora te avergüenzas de mí? Ya veo cómo funciona esto. Cómprales una cena en el restaurante más caro de la ciudad solo para que te utilicen para tener sexo y luego te echen, ¿eh?".

"Podrías quedarte ahí hablando, o podrías venir aquí para que pueda besarte", bromeé. "Mejor que sea rápido. André es como un sabueso cuando se trata de secretos".

Ethan me dedicó una de sus brillantes sonrisas, de esas que me hacían mojarme y retorcerme, y luego caminó hacia mí.

"Aquí tengo tu salvavidas con cafeína, jefe", oí que André anunciaba desde el otro lado de la puerta."

"Joder". Ethan se sentó en una silla de mi escritorio y cruzó las piernas.

"También te he traído uno de esos descarados cruasanes de chocolate que tanto te gustan, Jefe, y...".

André entró con un café en una mano y una bolsa en la que deduje que estaba el cruasán. Se detuvo a mitad de frase cuando vio a Ethan.

"Dios mío. Mis disculpas, jefe. Te dejaré esto aquí". André dejó los objetos sobre mi mesa, saludó cortésmente a Ethan y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

"Eso ha sido demasiado arriesgado", dije en voz baja y me derrumbé en la silla.

"Razón de más para que concretemos una fecha para nuestra fiesta de pijamas", sonrió Ethan.

"Ya puedes dejar de ocultarlo", dije señalándole la ingle.

"¿Esconderlo? Voy a tener que averiguar cómo deshacerme de él".

"Me duele decir que soy incapaz de ayudarte, concejal", sonreí satisfecha.

"Eso es otro demérito".

"A menos que tenga una razón legítima para estar aquí, Sr. Daniels, le sugiero que se marche ahora antes de que cambie de opinión y arruine la carrera de ambos".

"Eres sexy cuando te pones mandona", se rio Ethan. "Sin embargo, tengo un tema relacionado con el trabajo que me gustaría tratar, si me permitís, co-concejal".

Ethan y yo pasamos la hora siguiente trabajando en el caso Silvano, así como en uno nuevo que nos habían asignado. Observé cómo gesticulaba con las manos mientras hablaba. Sus dedos largos y fuertes jugaban con el bolígrafo de oro que utilizaba para tomar notas. Lo hacía girar como un majorette haría con una batuta o un batería con sus baquetas. Imaginé aquellos dedos dentro de mí, acariciándome, trabajando hábilmente para maximizar mi placer.

"Creo que eso es todo por ahora", dijo Ethan y se levantó, saliendo de golpe de mi fantasía.

"Estupendo. Le diré a André que haga las notas y se las envíe a Emma".

"Gracias. Hasta luego", dijo y me guiñó un ojo.

Era extraño verle tan alegre. Me pregunté si mi percepción de él era errónea. Tal vez su disposición mandona inicial era preconcebida por mi parte. En cualquier caso, disfruté pasando tiempo con él. ¡Sorpresa!

"Nos vemos, grandullón".

Ethan se rio y se marchó. De vuelta al trabajo.

ETHAN

"Buenos días, Ethan. Pareces que te has relajado", sonrió Emma cuando llegué a la oficina. "¿Tu familia está bien?"

"Me encuentro muy bien, gracias, Emma". Puse una caja sobre su mesa. "Aquí tienes, tu habitual mimo de Ornella".

"Uhhh, adoro a tu madre".

"No es un regalo", sonreí.

"Sí, lo recuerdo. Te cuido y me aseguro de que comas bien, y Ornella me llena de galletas italianas caseras. Me parece bien".

"¿Me he perdido alguna llamada?"

"Todavía no", sonrió.

"André te enviará notas por correo electrónico dentro de un rato. Por favor, fíjate en ellas".

"Lo haré".

El día pasó como una brisa. Al igual que el resto de la semana. Alexia y yo nos sentíamos a gusto el uno con el otro. Yo valoraba sus ideas en lugar de sentirme amenazado por ellas, como me había sentido al principio de nuestra relación laboral.

Tuvimos la tan esperada fiesta de pijamas - dos veces - y se respetó estrictamente la regla de "nada de pijamas". Jack nunca se quitó eso de la cabeza: estaba convencido de que Alexia equivalía a un bocadillo de búfalo.

Era la tercera semana de trabajo en el caso Silvano cuando Emma me dijo que el Sr. Barnes quería verme en la sala de juntas. Cogí mi expediente y me dirigí hacia allí. Alexia estaba en la puerta cuando llegué.

"Hola", dijo al verme. "Supongo que los chicos quieren saber cómo nos llevamos", dijo burlona.

"No te preocupes, no les enseñaré los moratones".

La puerta de la sala de juntas se abrió y el asistente personal ejecutivo nos hizo pasar. Robert Barnes estaba sentado en la gran mesa. No estaban tan joviales como de costumbre. Me pregunté qué habría pasado.

Tras un breve intercambio de cumplidos, Barnes fue directamente al grano.

"Estamos preocupados, Ethan", dijo, y luego miró a Alexia.

"¿Puedo hacer algo para disipar vuestros temores?".

"Nos hemos enterado de que Alexia y tú tenéis una relación sentimental, Ethan".

Fue todo lo que dijo. Me sentí como una araña a punto de ser aplastada con un periódico enrollado. Se me secó la boca, pero mantuve la compostura.

"No lo entiendo, Robert", dije con mi cara de póquer bien puesta. "¿Alexia?" Dije y la miré en busca de apoyo.

"La industria del rumor es un monstruo caprichoso, Robert", sonrió.

"Puedo asegurarles, señores, que Alexia y yo somos compañeros de trabajo, y eso es todo. Además, nunca pondría en peligro mi oportunidad de ascender por tener una aventura".

El rostro de Alexia se volvió estoico. Estaba claramente cabreada con quienquiera que intentara sabotearnos.

"Me alegra oírlo", volvió a decir Robert. "Estoy seguro de que no tengo que deciros, Ethan y Alexia, que nuestro nombre y reputación son el resultado de muchos años de duro trabajo y de tratar a nuestros clientes con integridad. No podemos permitir que los abogados se desvíen con asuntos personales. Y menos ahora que el Sr. Silvano es nuestro cliente".

"Estoy de acuerdo, Robert", asintió Alexia. "A saber cómo se originan esos rumores malintencionados."

"Pido disculpas si os he incomodado", dijo Barnes, "pero es mejor sacar estas cosas a la luz".

"Estoy totalmente de acuerdo", dije.

"Muy bien. Veo por vuestras comunicaciones por correo electrónico que los dos lo tenéis todo bajo control. Espero que todo salga bien".

Y con eso, Robert se marchó, y su asistente personal le siguió fuera de la habitación.

"¿Qué coño?" Dije en voz baja cuando estuve seguro de que se habían ido.

"No es la forma en que quería que esto saliera", dijo Alexia.

"No me jodas".

"Es hora de controlar los daños. Me temo que tendremos que suspender las fiestas de pijamas hasta nuevo aviso", dijo secamente. Detrás de su intento de broma, vi el pánico de Alexia.

Se paseaba y se frotaba las manos con nerviosismo. Nunca había visto a aquella chica tan vulnerable. No creía que fuera posible, pero Alexia tenía el aspecto de alguien que se desmorona.

"Joder. Ahora mismo no puedo lidiar con esto. He estado trabajando veinticuatro horas al día. Tengo el cerebro frito".

A Alexia le temblaban las manos. El shock debía de haberla afectado mucho.

"Tranquila, Alexia. Lo superaremos".

Entonces hizo algo que nunca habría esperado. Alexia rompió a llorar. No sabía qué hacer. Quería consolarla, pero ¿quién coño sabía el daño que le haría si alguien abría la puerta? Tampoco podía quedarme ahí como una pieza de recambio: menudo espectáculo de mierda.

"Lo siento, Ethan", dijo al cabo de unos minutos. "No sé qué me ha pasado".

"No te disculpes, Piernas. No es para tanto. Nadie te culparía por tener un momento de debilidad".

"Estaré bien", dijo de repente.

Le pasé unas servilletas de papel para que se secara las lágrimas.

"Gracias. Estupendo. Ahora tengo los ojos hinchados y me siento como una idiota histérica".

"Jamás", dije, deseando desesperadamente abrazarla. "Me iré y te daré uno o dos minutos para que te recompongas. Te llamaré esta noche".

"De acuerdo".

"¿Estás bien?"

"Perfectamente, gracias".

"Hablamos luego".

La dejé allí de pie en la sala de juntas, sola y estresada. Me sentía como un capullo desalmado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Tenía toda la intención de estrangular al cabrón entrometido que no podía mantener sus narices fuera de mis asuntos. No éramos niños, joder. Aquello era un golpe bajo. *Alguien* estaba jugando sucio.

Volví a mi despacho para recomponerme. Mantenía la cabeza alta, pero por dentro hervía de rabia.

Llevaba menos de una hora en el despacho cuando llamaron a la puerta.

"Pasa", dije, esperando que fuera Alexia para decirme que estaba bien.

"Hola, colega. He oído que hay problemas. ¿Puedo ayudarte en algo?"

León se esforzaba por actuar como un colega preocupado, pero no me engañaba. Probablemente bailó una giga cuando se supo lo de Alexia y mi encuentro con Barnes. Y en ese momento, la noticia estaría en toda la oficina. Muerte, impuestos y cotilleos de oficina. Los tres pilares sobre los que se asienta una sociedad.

"Gracias por preocuparte, León, pero yo me encargo".

"Es que detesto los cotilleos", continuó.

Cuidado, León, estás a punto de estallar en llamas, maldito mentiroso.

Le observé con atención durante un rato, y entonces comprendí. Sonrió como si supiera que me había dado cuenta.

"Fuiste tú, ¿verdad?". Le gruñí.

"Me ofende que me creas capaz de semejante traición, Ethan. Creía que éramos amigos".

"Que te jodan, León. No somos amigos. ¿Qué quieres, gusano?".

"Cuidado, Ethan. Hasta ahora, tu pequeño romance no es más que un rumor. Eso cambiará si cuento a los socios lo que sé".

"¿Y qué es lo que crees saber?"

"Puedes negarlo todo lo que quieras, Ethan, pero no te servirá de nada. Os vi juntos a Alexia y a ti con mis propios ojos. Todo cariñoso y sensiblero".

"Habría pensado que espiar estaba por debajo incluso de ti, León. Debería haberlo sabido".

"Los socios nunca te creerán".

"¿De verdad? Imagínate lo que harán cuando les enseñe estas fotos que os hice a ti y a la señorita Aspirante". León deslizó un sobre por mi mesa.

"Toma", sonrió, "échales un vistazo si no me crees".

Abrí el sobre y hojeé el contenido.

"¿Qué quieres, repugnante imitación de hombre?". Quería borrarle la sonrisa de la cara con el pie, pero no serviría de nada.

"Quiero entrar en el caso Silvano", dijo con la mirada asesina de un gato acorralando a un ratón.

"Eso no es posible, León. Estamos demasiado metidos en él".

"Todo es posible. Eres un tipo listo. Ya se te ocurrirá algo. Confío plenamente en ti".

Reprimí el impulso de arrancarle la garganta.

"Sal de mi despacho", le advertí.

"Vale, me iré. Pero no pienses mucho en esto".

León supo lo que le convenía y se marchó.

Marqué el número del despacho de Alexia cuando me sentí capaz de hablar sin decir palabrotas como un marinero.

"Despacho de la señorita Taylor", contestó su ayudante.

"¿Me he equivocado de número?" Le pregunté. "¿No es esta la línea directa de Alexia?".

"Hola, Ethan. No, has marcado el número correcto, pero ella me ha pasado todas sus llamadas. ¿Puedo dejarle un mensaje?"

Como si fuera a compartir algo con aquella *cotilla*.

"No, gracias. La llamaré más tarde".

"Alexia se ha ido por hoy. Espero que la puedas encontrar en su móvil".

"De acuerdo. Gracias".

"De nada".

¿Alexia se fue antes? No era su estilo. Tenía que comprobar si estaba bien, así que la llamé al móvil. Saltó directamente el buzón de voz. Debía de estar fuera de cobertura, así que le dejé un mensaje para que me llamara.

Quería ponerla al corriente de lo de nuestro *querido amigo* León. No me extrañaría que le tendiera una emboscada. Odiaba a Alexia tanto como a mí. Se puso furioso cuando la eligieron como co-consejera del caso conmigo. Joder, se puso furioso cuando ella se incorporó al bufete. León tenía delirios de grandeza. En su retorcida mente, él era el siguiente en la lista de socios.

Y ahora ese cabrón me tenía acorralado. Joder. Tenía que hablar con Alexia. Volví a llamar a su móvil, pero el resultado fue el mismo. *Buzón de voz*. No podía dejarlo pasar, así que salí de la oficina y fui a casa de Alexia. El timbre quedó sin respuesta. Empezaba a preocuparme por ella. Pero era una chica mayor, competente, a pesar de su reciente crisis.

Estaba simplemente cansada y estresada: qué día tan terrible.

ALEXIA

¿Qué me estaba pasando? ¿Acaso demasiado sexo me había convertido en una imbécil? Me mortificaba mi reacción ante un simple chisme. Sinceramente, ¿en qué estaba pensando para echarme a llorar delante de Ethan como un maldito bebé? Me había pasado meses asegurándome mi posición como profesional seria y capaz, y lo eché a perder en cinco minutos. Estaba tan harta de mí misma que me fui a casa temprano.

Decidí apagar el móvil y recuperarme. Las compras al por menor estaban descartadas; estaba demasiado harta. Así que llamé a mi salón y reservé un masaje y una pedicura. La pieza y la tranquilidad me darían la oportunidad de pensar. Mi masajista sabía que no debía hablarme mientras estaba tumbada en su camilla. Pedí el tratamiento de rocas calientes: cualquier cosa menos el fregadero de la cocina.

Me sentí mucho mejor después, mientras los olores de los aceites esenciales impregnaban mi alma. Había oscurecido cuando me dirigí a casa, sintiéndome como era antes, dispuesta a dejar atrás aquel embarazoso incidente. Lo único que podía esperar era que la opinión de Ethan no hubiera cambiado. Que un colega perdiera la confianza en ti era el principio del fin.

No solía tener dolores de cabeza, pero había empezado una punzada aguda. *Ah, a la mierda*. Me tomé una taza de té de hierbas, que no era mi elixir habitual, y me fui a la cama.

Me desperté con la sensación de que un camión me había atropellado y luego había retrocedido para acabar conmigo. La cabeza me daba vueltas, tenía el estómago revuelto y persistía el maldito dolor de cabeza. En cuanto me levanté de la cama, supe que algo iba muy mal. El hecho de que corriera al baño y me abrazara a la porcelana durante al menos veinte minutos era un claro indicio de que me había contagiado algo desagradable.

Genial. Primero me rastrillaron las brasas y luego cogí un virus estomacal. ¿Qué más podía salir mal? Se decía que el té de jengibre calmaba las náuseas. Me dirigí muy despacio a la cocina, tambaleándome. Cada paso era una tortura. Tomé un sorbo del té que había preparado. Sabía a mierda, pero me alivió un poco las náuseas.

No había forma de que pudiera ir a la oficina, así que llamé a André al móvil.

"Buenos días, jefe", contestó, lleno de alegría de vivir.

"Para mí, no", farfullé.

"Vaya, suenas fatal. ¿Qué te pasa?"

"Creo que he cogido un virus estomacal. Me encuentro fatal".

"Bueno, es la época de la gripe. ¿Puedo traerte algo?"

"Eres muy amable, André, pero estoy bien. Además, no quiero contagiarte".

"Tonterías. Me pasaré después del trabajo y te traeré algo".

"Tómate el día libre. Has trabajado tanto como yo. No tiene sentido que te quedes en la oficina mientras yo no estoy. Invita a comer a tu marido".

"Eso suena divino. Gracias, jefe".

"Luego hablamos".

"Que te mejores".

Me había pasado la mañana entre el sofá y la porcelana, y me quedé extasiada cuando por fin se calmaron las náuseas. Comí una tostada seca, por si acaso, e incluso me aventuré a tomar una taza de café. Esto último fue un error, pero al menos el café se mantuvo.

Fiel a su palabra, André vino a mi apartamento hacia las 15h. Le agradecí que lo hiciera, pues tenía hambre, y la sopa de pollo que agitaba ante mí en una bolsa de papel me hizo la boca agua. Me la comí muy despacio.

"Por favor, dígame si me estoy pasando, jefe", dijo André cuando estábamos en el salón, "pero no tiene buen aspecto".

"No me digas".

"No, no me refiero al virus. ¿Te pasa algo más?"

Di otro sorbo a mi sopa.

"Sé lo de los cotilleos. Está por toda la oficina", dijo.

"Ah, eso".

"Sé que me consideras un bocazas y un chiflado; no es que te culpe, pero estoy aquí por ti. Veo que te esfuerzas, Alexia. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa. Te doy mi palabra de que quedará entre nosotros".

Me sorprendieron las palabras de André. De repente se había transformado en un hombre serio y no en el asistente bromista y frívolo que estaba acostumbrada a ver. Le miré a los ojos. Parecía sincero y, con Jenna fuera, necesitaba hablar con alguien.

"Te confío mi carrera, André".

"Soy muy consciente de ello. Me gustaría saber que somos amigos además de colegas. Háblame".

A pesar de mi férrea determinación de dejar de comportarme como una tonta llorona, una sola lágrima se deslizó sigilosamente por mi mejilla. *Joder, ya estamos otra vez.*

"No sé por qué me emociono tanto por esto", le digo. "Es una estupidez. Sí, Ethan y yo estamos

saliendo. No puedo decir cuál es exactamente nuestra situación. No porque no quiera, sino porque sencillamente no lo sé".

"Vale. ¿Cómo te sientes al respecto?", me preguntó con tanta compasión que me dejó pasmada.

"Estoy loca por él, André. Puede ser un auténtico imbécil, seguro que eso no es nuevo para ti, pero el Ethan que yo he visto es una persona completamente distinta".

"Lo creas o no, comprendo su actitud en la oficina. Eso es lo que le convierte en un abogado excelente. Ha tenido que luchar para llegar a lo más alto. León no se lo ha puesto precisamente fácil".

"Es cierto".

"Por favor, perdóname si parezco condescendiente, pero aún eres muy joven. Es cierto que eres una litigante brillante, pero yo era un absoluto novato en romances y relaciones a los veinte años. Aún te queda mucho por experimentar. Algún día mirarás atrás y sonreirás".

Me reí a pesar de la seriedad de la conversación. André sonrió y me guiñó un ojo.

"Venga, cerebrito, límpiate esas lágrimas y tracemos una estrategia. No te rindas nunca, jefe. Yo también tengo una reputación que mantener".

"Oh, André, eres único".

"Eso es lo que dice siempre mi madre... En fin, ya basta de mí. Háblame de ti y del Sr. *Abogado Delicioso*. Por cierto, hacéis una pareja fantástica. Imagínate lo guapos que serán vuestros hijos".

"Más despacio, Sr. Romance. Nadie ha dicho nada de matrimonio y bebés. Nos lo estamos tomando con calma. Incluso más despacio ahora que un imbécil se comportó como un chismoso de cuatro años".

"Siempre he pensado que la política de la empresa es ridícula. Somos adultos, por el amor de Dios y esa regla es tan arcaica que da risa. Es lo que pasa cuando las tonterías del viejo mundo se trasladan al nuevo".

"No hay discusión. Es una gilipollez. Pero quejarse y patalear contra ella no cambiaría nada. ¿Qué otra opción tengo, si no, aceptarlo?".

"Lo único que puedes hacer es ganar el caso Silvano y luego intimidar a los socios para que vean las cosas a tu manera", se rio André. "Entonces los tendrás cogidos por las pelotas".

"O eso, o me quedaré con el culo al aire", dije con una sonrisa.

"Por favor. ¿Qué empresario en su sano juicio va a dejar escapar a su gallina de los huevos de oro? Barnes y sus chicos no han llegado a donde están por ser estúpidos".

"Será mejor que Ethan y yo ganemos, entonces. Sin duda, mi exjefe se lo pasará en grande si dejo caer la pelota. No se alegró mucho cuando dimití".

"Ahí fuera es un mundo de perros, chica. Por suerte para ti, tienes cerebro y muchas agallas. Te he visto pavonearte. Ganarte a Silvano no es un paseo por el parque. Lo tienes comiendo de tu mano. Por no hablar de que has convertido a Ethan Daniels en un gatito. Puede que incluso te

proponga para el premio a la Mujer del Año".

"André, eres un pildorazo. Eso es. Se acabó lo de quedarme sentada compadeciéndome de mí misma. A partir de ahora, vuelvo a patear culos y a tomar nombres". La habitación giró cuando me levanté demasiado deprisa. "Vale, quizá no ahora mismo, pero pronto", gemí.

"Me alegra ver que conservas la sopa. Me ha costado un ojo de la cara", rio André. "Solo decía".

"Vale, lárgate, rufián. Tengo trabajo que hacer. No puedo estar aquí todo el día comiendo sopa".

"Sí, jefe".

"André", le dije cuando estaba en la puerta principal, "gracias".

"Ni lo digas. Mejórate".

Pensé en lo que me había dicho mi sabio ayudante cuando se marchó. Tenía razón. Así que me encontré con un pequeño obstáculo en el camino. Menudo problema. *¿Qué? ¿Acaso creía que el ascenso a la cima sería suave?*

Cogí mi portátil y me puse a trabajar. No tenía intención de dejar caer la bola de Silvano. Me disculparía con Ethan por mi comportamiento poco profesional y me pondría manos a la obra. ¡Maldito bicho!

Ethan. Me pregunté por qué no había llamado. No es que necesitara que me mimaran, pero una llamada habría estado bien. Estaba siendo demasiado sensible. La situación tampoco debía de ser fácil para él. Imaginaba que su ego había recibido una paliza. Conociendo a Ethan, no estaría contento con eso.

Incluso cuando me consolaba, vi una inquietud en sus ojos que no había visto antes. Esperaba que estuviera bien.

Claro que Ethan se pondrá bien, Alexia. Su ambición no le permitirá estar más que concentrado. Tampoco la tuya.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. No había oído el timbre. Quizá André se había dejado algo. Llamé.

"Vale, ¿qué se te ha olvidado?".

La puerta se abrió y entró mi visitante. Pero no era André. Era *Ethan*.

ETHAN

Alexia era siempre guapa, pero parecía como si la hubieran arrastrado por los pies a través de un túnel de viento. Pareció sorprendida al verme y se apartó el pelo de la cara.

"No, no son tu extravagante ayudante. Espero que te alegres de verme. Creía que habías salido a correr". Sonreí.

"Hola. ¿Adónde iría en este estado? No creo que debas acercarte demasiado", dijo. "He cogido un virus estomacal. No tiene sentido que los dos estemos mal.

"Soy más fuerte de lo que parezco, Piernas. No hay forma de que un virus estomacal me mantenga alejado. Se me ocurren destinos peores, como que Barnes me lea el acta de amotinamiento".

Me acerqué a ella y la abracé. Me sentí bien abrazándola.

"No sabes cuánto necesitaba este abrazo", suspiró Alexia.

"Lo mismo que yo".

Nos quedamos abrazados por un rato, antes de que me soltara.

"¿Un café?"

"No, gracias. Vamos a sentarnos. Tengo que decirte algo", dije y la llevé de la mano al sofá.

"No me gusta cómo suena esto. No estarás rompiendo ya conmigo, ¿verdad?". Sonreía al decirlo, pero poco a poco la expresión de Alexia cambió a inquietud.

"No seas tonta. No, no es eso".

"Ah, bien. ¿Qué es?"

"He descubierto quién nos ha cosido".

"Dime quién fue y llamaré a unos cuantos exclientes desagradables. Me lo deben". Alexia estaba cabreada. Sus ojos, hinchados como estaban, ardían de ira.

"Me gustaría hacerlo yo mismo, pero no va a ser tan sencillo".

"Eso ya lo veremos. ¿Quién es?"

"León".

"¿León? ¿Qué demonios? ¿Cómo?"

"No sé cómo ni cuándo, pero el muy cabrón nos habrá visto juntos".

"*Hijo de puta*. ¿Qué quiere?"

"Tu culo o el mío. No es muy quisquilloso. León quiere entrar en el caso Silvano. Y quiere quedar bien con él. Quiere ser el héroe de la historia".

"El *mierda* quiere una oportunidad en la asociación. Así es como cree que va a conseguirlo: alardeando para los socios".

"Me temo que tiene una oportunidad".

"¿Estás loco? Es su sórdida palabra contra la nuestra. ¿Quién va a creerle?

"De acuerdo, es un gilipollas. Por desgracia, ese gilipollas tiene fotos que respaldan su historia".

"¿Fotos? ¿Son malas?"

"No tan malas como podrían ser, pero en algunas nos besamos".

"Jodido pervertido. Sabía que era un asqueroso de mierda, pero nunca habría pensado que caería tan bajo". Alexia se levantó y empezó a pasearse. "¿Y ahora qué?"

"Ahora compramos un bote de vaselina y nos ponemos en posición".

"¡No hablas en serio! ¿No podemos darle una paliza y esconder el cadáver?"

"Sé cómo te sientes, Alexia. León amenaza con deshacer todo por lo que he trabajado. Si hubiera opciones, las habría empleado. Pero sigo sin encontrar nada".

"Mierda".

"A menos que vayamos a Barnes y le expliquemos nuestra situación. Prefiero lanzarme a su merced que a la de León".

"Debes de estar de broma", dijo Alexia con incredulidad. "Esa es una forma segura de que me echen a la calle. Tú eres el chico de oro. Yo soy reemplazable".

"Lo siento, mala idea. Ven aquí. Siéntate antes de que te desplomes. Estás un poco tambaleante".

"Es el peor momento para tener este maldito virus".

"¿Alguna vez es un buen momento?"

"Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cómo vamos a contentar a León? No puedo creer lo que acabo de decir". Alexia puso cara de asco.

"Tendremos que darle la impresión de que es uno más del equipo. Aún no sé cómo, pero estoy trabajando en ello".

"Necesito un trago fuerte, pero sé que lo que tome acabará en el alcantarillado".

"¿Por qué no tomas asiento y te pones cómoda? Te prepararé uno de los infalibles brebajes de Ornella contra los virus del estómago".

"No quiero ser grosera, pero eso suena de miedo".

"No me ofendo. Pero te vas a comer tus palabras cuando lo pruebes", dije con aire confiado.

"En ese caso, haz lo que quieras".

"Voy a rebuscar en tu despensa, si no te importa", dije y me dirigí a la cocina. El diseño de planta abierta me permitiría ver a mi pobre amante mientras cocinaba para ella. "Para alguien que dice amar la comida, tus armarios están bastante vacíos".

"No he ido a la tienda. ¿Por qué no pides comida para llevar?".

"¿Y dejar caer el apellido Daniels? Mi madre me repudiará. Tú relájate y yo iré a la tienda. Traeré Coca-Cola. Es lo mejor para las dolencias estomacales".

"Solo si viene con un trago de ron".

"Vuelvo dentro de un rato".

Entré en la tienda de la esquina y compré verduras frescas y algunos ingredientes secretos que juré a mi madre no revelar jamás. Fue un acierto llevarme la llave del apartamento, porque cuando volví, Alexia estaba profundamente dormida. Tenía un aspecto angélico cuando dormía. Le di un ligero beso en la frente, la levanté y la llevé a su habitación.

Gimió, pero no se despertó. Su piel olía tan bien. Era su perfume, pero no podía resistirme a su aroma. Algunos lo llamaban feromonas, yo lo llamaba *Alexia*.

Cociné mientras mi querida dormía. No había ninguna razón por la que no pudiera disfrutar de una copa, así que me serví un vaso de vino de la botella que había en la nevera. Cocinar era catártico. Al menos para mí lo era. Mientras las cebollas y el ajo chisporroteaban en la olla, mi mente se puso a buscar una solución al obstáculo que se interponía en mi camino, también conocido como León.

Tal y como yo lo veía, no me había dejado mucho margen de maniobra. Lo mejor que podía hacer era permitirle que pensara que su plan estaba funcionando y, mientras tanto, elaboraría un plan para desenmascararlo como la cucaracha que era. Sin embargo, estaba entrando en aguas oscuras. No podía desenmascararle sin admitir ante Barnes que Alexia y yo no éramos sinceros sobre nuestra relación. Menudo lío.

Me pregunté, por primera vez desde que Alexia había entrado en mi vida, qué haría si tuviera que elegir entre ella y mi trabajo. Ni en un millón de años se me había pasado por la cabeza una idea tan descabellada. La respuesta sencilla era que no lo sabía. ¿Sería realmente un choque de trenes si ella y yo decidiéramos intentarlo? ¿Empezar de nuevo?

¿Has perdido la puta cabeza? Qué manera de echar a perder cinco años de duro trabajo. Por no hablar de tus sueños. No vayas por ahí. Limítate a cocinar la comida, Romeo.

Y ahí estaba: la voz de la razón. Si las mujeres supieran cuánto poder tienen sobre los hombres, gobernarían el mundo, sin lugar a dudas. Sonó mi teléfono. Era Carl. Contesté antes de que el

sonido despertara a Alexia. El ruido de ollas y sartenes y los chasquidos no significaban nada para gente como nosotros. Pero cuando oíamos el sonido de un teléfono sonando en algún sitio, nos lanzábamos sobre él como locos.

"Hola, Carl. ¿Qué tal el viaje?"

"¡Colega! ¿Por qué susurras?"

"Oh, estoy en casa de Alexia. Tiene un virus estomacal, así que le estoy preparando el brebaje favorito de mamá".

"Qué hogareño eres. No tenía ni idea de que fueras un cuidador tan bueno". Carl se rio.

"Cuidado. Un comentario más socarrón y me como los Baci di dama que te ha hecho Ornella".

"¿En qué puedo ayudar?"

"Así está mejor. ¿Cuándo has vuelto?"

"Esta tarde, así que pensé en llamarte para ver si querías ir a tomar algo. Imagina mi decepción ahora que he descubierto que te he perdido para las tareas de la cocina".

"Sí, pero la recompensa merece la pena".

"Avísame cuando estés libre".

"De acuerdo, amigo. No te metas en líos".

"Por supuesto. Adiós. Ah, y no toques mis bizcochos".

Oí el arrastrar de pasos después de colgar.

"Hola. ¿Te encuentras mejor?"

"Sí. ¿Qué es ese olor celestial?"

"Te lo enseñaré si me das un abrazo y un beso", arrullé.

Alexia se acercó a mí y me abrazó.

"No puedo explicarte lo bien que me siento cuando estás en mis brazos", le dije en voz baja.

"Para ser un tipo duro, eres sorprendentemente sentimental". Después me miró y arrugó la cara. "Solo bromeaba. Eres adorable".

"Tú también", dije, y la besé. Alexia se apartó al principio, pero enseguida cedió el control.

"Voy a perdonarte, esta vez, Piernas, porque sé que no te encuentras en tu mejor momento. Pero este es tu única Ave María".

"Gracias. Eres todo un caballero".

"Toma", dije y me acerqué a la olla, armado con una cuchara, "dime qué te parece esto".

Alexia sopló el humeante bocado. No pude evitar besar sus labios carnosos y rosados. Cerró los ojos mientras dejaba que los sabores se arremolinaran en su fantástica boca. Me había dado

cuenta de que cerró los ojos la noche que probó el búfalo por primera vez. Eso era lo que estaba esperando. Era el sello de aprobación de Alexia. Me sentí tan orgulloso y satisfecho de mí mismo en aquel momento. Había complacido a Alexia. No era poca cosa.

"Está delicioso, Ethan. Bien hecho. Han sido dos días de mierda, pero creo que esto está a punto de redimir la situación".

"Gracias, Alexia. Siéntate. Te serviré un poco en un cuenco".

Se sentó en el rincón y me observó haciendo mi mejor imitación de chef.

"¿No te gustaría que pudiéramos escondernos aquí un rato?", suspiró. "Volveremos cuando nos cansemos de hacer el amor y ya no pueda soportar tu comida".

"Bueno, eso nunca va a ocurrir. Nunca te cansarás de mi comida".

Juntos reímos, comimos y fingimos que éramos las dos únicas personas del universo. Y eso me parecía bien. No podía pensar en nadie con quien prefiriera estar más que con la fascinante Alexia Taylor. A mitad de la comida, dejó de comer y me miró. Ahí estaba otra vez. Habría dado todo lo que tenía por saber lo que estaba pensando.

"¿Qué?" Dije cuando ya no pude soportar más el suspense.

"Me pregunto cómo habría sido mi vida si mi padre hubiera sido tan dulce como tú".

Sus palabras me atravesaron el corazón. Tenía una gran compasión por ella. Qué diferente debía de haber sido el mundo de la pequeña Alexia en comparación con el mío y el de Sarah.

"Lo siento", dije y puse mi mano sobre la suya. "No puedo imaginar cómo debió de ser tu vida de niña".

"No te voy a mentir. Fue una putada, pero aquí estoy, fuerte, con éxito y acostándome con el hombre más sexy del barrio".

Su risa fue un bálsamo.

"Eres una mentirosa, Alexia Taylor. Cómete la comida".

A propósito, te quiero.

ALEXIA

El trabajo era lo único que me mantenía en equilibrio. También me impedía obsesionarme con Ethan y la inevitable tormenta de mierda que se avecinaba en el horizonte. León era muy dulce, lo que lo hacía aún más repulsivo, si eso era posible. No dejaba de "controlarme" para ver si necesitaba ayuda. La única ayuda que necesitaba era la de un sicario, para restregarle su lamentable trasero. Sin embargo, hice todo lo posible por mantener la compostura, que no era mi fuerte.

Para aumentar la intensidad de mi irritación, aquel maldito virus que había cogido seguía asomando su fea cabeza. Era difícil pensar como una profesional cuando lo único que quería era hacerme una bolita en un rincón de la habitación y morirme.

"Este virus te tiene cogido por los pelos, jefe", comentó André una mañana. "Creo que deberías ir al médico y comprobar si tienes algún parásito. Los parásitos estomacales no duran tanto. Seguro".

"Me tragaría una granada de mano si pensara que con eso se me pasaría. Estoy harta de esto, André".

"Si no estás mejor al final de la semana, te programaré una cita con el médico". André no me dio la oportunidad de protestar. No es que quisiera hacerlo.

"Veo que León, el piojo, ha hecho de tu despacho su hogar fuera de casa", dijo André y puso los ojos en blanco.

"Estaba pensando en comprar un sofá plegable para que se mudara definitivamente".

"¿Tan malo es?"

"Peor".

Le había contado a André lo del chantaje de León cuando me sentí lo bastante bien para soportarlo. No se sorprendió tanto como yo pensaba.

"Es lógico", había dicho. "¿Qué se puede esperar de un hombre con un gusto tan barato para los trajes?".

"A estas alturas, todo es posible. Por favor, llama a los archivos por mí. Pídele también a Dianne que traiga su trabajo de preparación a mi despacho. Necesito ponerme en contacto con ella antes de ir al juzgado la semana que viene".

"Al menos eso es algo por lo que no tienes que estresarte", sonrió André. "Estás en buenas manos, y el caso parece sólido".

Tenía razón. Ethan y yo, y por supuesto el sabio, León, junto con nuestro equipo, habíamos analizado, una y otra vez, el estado de derecho y los precedentes de los casos. La base era sólida. Dependía de nosotros argumentar los puntos con éxito ante el juez y el jurado.

Ethan estaba fuera de la oficina aquel día, trabajando en otro caso. Si no hubiera estado tan ocupada con mi parte del trabajo, le habría echado de menos. Afortunadamente, no había tiempo para eso. Salí a las seis para casa, sintiéndome un poco mejor.

Jenna había vuelto de su viaje. Tenía un aspecto fantástico. Estaba claro que Carl había tenido un efecto positivo en ella. Había congelado las sobras de la comida que me había preparado Ethan. Esa iba a ser la cena de Jenna y mía.

"Odio señalar lo obvio, Al", dijo cuando estábamos en la mesa, disfrutando del divino brebaje que había preparado mi amante, "pero tienes un aspecto horrible".

"Has vuelto a echar mano de tu bola de cristal, ¿verdad?".

"Hablo en serio. ¿Cuánto tiempo llevas así?"

"No lo sé. Una semana, quizá diez días. Si la semana que viene no estoy mejor, iré al médico. André sugirió que podría tener un parásito. No sería imposible".

"Eso seguro", sonrió Jenna.

Ella comió en silencio durante unos minutos, pero me di cuenta de que su cerebro no paraba de trabajar.

"¿Qué pasa?" Pregunté cuando el silencio se había prolongado demasiado.

"¿Cuándo te vino la regla por última vez?"

"¿Qué tiene eso que ver con...?".

En realidad, no me acordaba. Siempre se me había dado fatal. Cada vez que me venía la regla, no lo notaba. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

"No estoy embarazada, Jen. Ethan y yo usamos protección".

"La protección no es infalible, Al. Los accidentes ocurren".

"Vale, déjalo. Ya me encuentro bastante mal. No necesito ese tipo de estrés ahora. Es un parásito, y ya está".

"Vale, pero si fuera tú, me haría una prueba de embarazo. Por si acaso. Para descartarlo".

Dejé a un lado la sugerencia de Jenna y me terminé la comida. Aquel delicioso plato no duró mucho. Empezaba a odiar el baño.

"Me voy a la cama, Jen. Si no me despierto mañana, por favor, organiza mi funeral".

"Buenas noches".

No podía dormir, no importaba en qué posiciones me tumbara. En parte se debía a lo mal que me sentía, pero sobre todo al hecho de que Jenna me había dado un susto de muerte con la charla sobre el embarazo. Ethan y yo fuimos muy cuidadosos. No, el embarazo no era una consideración.

Debí de quedarme dormida. Me entregué a mi recién adquirida rutina de té de jengibre y tostadas secas cuando me desperté, me vestí y me fui a la oficina. No puedo explicar por qué, pero las palabras de Jenna volvieron a asomar su fea cabeza, así que me detuve en la farmacia al entrar. Era ridículo, pero me encontré mirando alrededor de la tienda para asegurarme de que no conocía a nadie.

Aquel test era similar a la *kriptonita* que brillaba en mi bolso. Pensar que estaba allí me debilitaba las piernas. Fui al baño en cuanto llegué a la oficina. Me quedé mirando el test sin abrir durante un buen rato. ¿Qué demonios iba a hacer si daba positivo? Ethan se pondría furioso. Había dejado claro que su carrera era su prioridad en el futuro inmediato.

Así es exactamente como tu madre arruinó su vida, Alexia. Será mejor que empieces a rezar.

No podía aplazarlo más, así que oriné en el palillo y cerré los ojos mientras se desarrollaba. Sentí la espera *más* larga de mi vida. Consulté mi reloj: cinco minutos de pura agonía. Esperé un minuto más y comprobé la prueba.

No me jodas. Dos líneas. *Estoy embarazada*.

Me quedé atónita, mirando las líneas. El rechazo se plantó sólidamente en el suelo. Junto con el pánico, mi férrea determinación desapareció. Una vez superado el shock inicial, me golpeó la segunda oleada de ‘hostia puta’.

Ethan.

¿Se lo diría y, en ese caso, cuándo?

Tranquilízate. No eres una persona irracional. Muchos embarazos terminan antes de tiempo. Tienes tiempo. No hagas nada de lo que no puedas retractarte. De acuerdo, de acuerdo. Buen plan.

Envolví el bastoncillo en una montaña de papel higiénico y lo tiré a la papelera. Me miré la cara en el espejo. Tendría que deshacerme de aquella mirada de ciervo atrapado por los faros. André se me echaría encima si me viera la cara.

"Buenos días, jefe", me saludó alegremente cuando me vio.

"Hola, André".

"¿Llamo al médico o estás mejor?".

"Todo bien, gracias. Excepto que hoy tengo que atender unos asuntos personales, así que no volveré hasta mañana por la mañana".

"No hay problema. Te llamaré si algo importante requiere tu atención. Aparte de eso, yo me ocuparé del barco".

"Eres un encanto. Gracias, André".

"De nada. No sería mala idea que comieras algo decente mientras estás fuera. Estás adelgazando".

"Eso pasa cuando te dejas la comida antes de que tenga la oportunidad de llegar al estómago".

"Te entiendo".

"Hasta mañana".

No me molesté en entrar en mi despacho. Si León "pasaba" por allí, tendría que matarlo. Así era como me sentía.

Llamé a Jenna cuando llegué al vestíbulo.

"Hola, ¿dónde estás?" Dije en cuanto contestó.

"¿Dónde quieres que quedemos?" Jenna no tardó.

"*Giovanni's*".

"Nos vemos allí dentro de media hora".

"Vale".

De repente se me volvieron a saltar las lágrimas. Al mismo tiempo se me cayó el alma a los pies. No era de extrañar que fuera un espécimen tan patético de persona, llorando un minuto y al siguiente enfureciéndome como una viuda. Uf, maldita sea. Supuse que las sesiones de abrazos en el baño persistirían durante un tiempo. Algunas mujeres embarazadas vomitaban durante los nueve meses que llevaban al pequeño que llevaban dentro. *Sí, tenía un parásito*. Solo que no era del tipo que esperaba.

Jenna estaba en el restaurante esperándome cuando llegué. Una mirada y lo entendió. Nadie me conocía mejor que Jenna.

"Siéntate, Al. Supongo que una botella de vino está descartada".

"Te pido disculpas si hoy no aprecio tu excelente humor, Jen".

"Estás embarazada, ¿verdad?".

"Sí."

"Vaya, joder", dijo ella.

"Eso no ayuda".

"Lo siento, se me ha escapado. Vale, que no cunda el pánico. Estoy aquí para ayudarte. No vas a hacer esto sola. Te lo prometo".

"Gracias, Jen".

"¿Qué ha dicho Ethan?"

"No se lo he dicho. Y tú tampoco te atrevas a decírselo".

"¿Se lo vas a decir, Al?".

"Aún no lo sé. Necesito tiempo para procesarlo. Si se lo digo ahora, no sé cómo reaccionará. Yo tampoco estoy preparada para su reacción".

"No tendrás demasiado tiempo para pensarlo. Ethan sospechará de tus constantes vómitos. Y, ¿qué vas a hacer cuando se te empiece a notar?".

"Puede que no llegue a eso", dije. "No quiero parecer una zorra desalmada, pero no todos los embarazos cuajan. Aún es muy pronto. No estoy muy avanzada. No creo".

"¿Será realmente una catástrofe si tienes un bebé? Ethan no parece el tipo de hombre que te echaría a ti y a su bebé a la calle".

"Lo último que quiero es traer un niño al mundo y que crezca en una familia monoparental, Jen. Vi por lo que pasó mi madre. No puedo hacer eso. No lo haré".

"No llores, Al. Todo va a salir bien".

"No es culpa mía. Mis malditas hormonas me están jodiendo. Este chico ya me está poniendo de mal humor", dije, intentando quitarle importancia a mi drama.

"Mismo padre, mismo hijo", sonrió Jenna.

"Debe de serlo".

"Venga. Tienes que comer algo. Ahora tienes que comer por dos". Jenna sonrió, luego me cogió la mano y me la apretó. "Te quiero, Al. Lo conseguiremos".

Las palabras de mi mejor amiga ayudaron mucho a aliviar mi llaga emocional.

"Necesito hacer pis. ¿Te importaría pedir por mí? Tomaré sopa de pollo. Dios sabe que es lo único que se me queda en el estómago".

"Sopa de pollo será. ¿Té? ¿Agua?"

"Me mataré si tomo una taza más de té de jengibre. Mejor que sea agua con una rodaja de limón. Gracias, Jen".

"Entendido".

ETHAN

Transcurrió una semana. Alexia y yo no habíamos tenido tiempo de vernos. La echaba de menos. Estaba en la oficina cuando sentí el irrefrenable deseo de encontrarme con ella en la cafetería de abajo y charlar. Llamé a su despacho.

"Hola, André. ¿Está Alexia?"

"Buenos días, Ethan. No, Alexia se ha tomado el día libre para ocuparse de asuntos personales. ¿Puedo ayudarte?"

"No. Gracias".

Terminé aquella llamada sin fin. ¿Un día personal? Qué raro. ¿Qué podía ser más importante que la última semana de preparación del mayor caso de nuestras carreras profesionales? Ella no era así. Aquel bicho que había cogido se le había metido adentro. Esperaba que no fuera más grave que eso. Tenía que centrarme en mantener a Silvano fuera de la cárcel. No había lugar para distracciones. No es que considerara a Alexia una distracción, pero preocuparme por ella afectaba a mi eficacia como abogado. No podía permitirme perder la concentración.

La llamé a su teléfono. Sonó durante un buen rato y luego saltó el buzón de voz.

"Hola, ¿Piernas? ¿Te encuentras bien? André dice que te has tomado un día libre. Espero que no te pase nada. Por favor, llámame cuando puedas. Charlamos luego. Adiós".

No me preocupé demasiado cuando Alexia no contestó al teléfono. Ya me llamaría cuando no estuviera ocupada. Seguí con mi trabajo en lugar de darle vueltas a algo que podía, o no, haber sido un problema.

Alexia me llamó aquella misma noche. Hablamos del caso. Me dijo que sentía haber perdido mi llamada, pero que tenía cosas importantes que hacer. Le pregunté si se encontraba bien porque se sentía distante. No enfadada, sino distante. Comprendí la presión a la que estaba sometida. Joder, yo lo estaba experimentando en primera persona.

León no se lo ponía nada fácil. Metía las narices donde podía. El equipo también se estaba poniendo harto. No es que León no fuera un buen abogado. Era la forma en que comunicaba sus ideas. Su arrogancia y sus modales prepotentes molestaban a la mayoría de los colegas.

Alexia y yo teníamos nuestras propias razones para detestarlo, pero era evidente que no éramos los únicos que opinábamos lo mismo de aquel gilipollas. Me pareció interesante que los

compañeros nunca hicieran nada para corregir la situación. Por otra parte, a pesar de su fachada de decoro y elevado estatus, en el fondo eran hombres de negocios. *El dinero manda*, como suele decirse.

Alexia me dijo que estaba agotada y que pensaba acostarse pronto. Lo comprendí y la animé a descansar. Fuera lo que fuese lo que tenía, la estaba destrozando, de eso no había duda.

Carl y yo no nos habíamos visto desde que volvió de viaje, así que le llamé y le invité a tomar una copa. No tuvo inconveniente en conducir hasta mi casa, así que quedamos allí. Jack adoraba a Carl y viceversa. En cuanto Carl salió del coche, Jack se le echó encima. Carl también quería tener un perro, pero decidió que no porque viajaba demasiado.

"¿Te preocupa algo, colega?". Me preguntó Carl cuando nos sentamos en la terraza, disfrutando de una cerveza.

"¿Por qué lo preguntas?

"No eres tú mismo".

"La preparación del caso nos tiene a todos estresados. Es una gran responsabilidad".

"Claro", dijo, "pero no es tu primer reto, Ethan. ¿Por qué no me dices qué está pasando realmente?".

"Eres un coñazo. Lo sabes, ¿verdad?".

"¿Por qué? Hemos sido amigos la mayor parte de nuestras vidas. Sé cuando algo te molesta. ¿Por qué no me lo dices? Te sentirás mejor".

Carl tenía razón, como siempre. No era solo el trabajo lo que me tenía en vilo. Necesitaba compartir mis sentimientos, y sabía que lo que Carl y yo habláramos quedaría entre nosotros.

"Es Alexia. Ha cambiado. No sé si es algo que dije o hice que la molestó, pero se muestra distante. Nos llevábamos muy bien - mejor que bien, si te soy honesto - pero ahora no estoy tan seguro".

"¿Crees que está estresada por el caso? Alexia se juega mucho en este asunto. Es su primera oportunidad de demostrar a los socios que han elegido bien. Imagino que quiere demostrar que es una profesional capaz".

"Todo eso es cierto. Pero Alexia estaba entusiasmada. Ahora parece flaquear. Algo ha cambiado, y no sé qué puede ser".

"¿Por qué no se lo preguntas? Ahhh, ya veo lo que pasa aquí. Estás enamorado de ella".

No contesté a Carl. En lugar de eso, me quedé mirando el agua azul de la piscina y los pajarillos que recogían agua para beber en el frescor de la tarde. No quería pronunciar aquellas palabras. Una vez dichas, ya era realidad. Pero, ¿qué otra opción tenía?

"Lo soy".

"Eso es estupendo. Es una gran elección. Inteligente, guapa, ambiciosa. Hacéis una pareja dinámica".

"Todo eso es cierto. El problema es que no sé cómo se siente ella. No da muchas pistas. ¿Y si esto es solo una aventura para ella? ¿Una forma de llegar más rápido a la cima?"

"Eso es mentira, y lo sabes, Ethan. Tienes miedo de que esta relación siga el mismo camino que la última que sufriste. Alexia es una persona completamente distinta".

Suspiré y pensé en el punto de vista de Carl.

"Hablaré con ella después del caso. Ahora no es el momento de echarle todo encima".

"No lo pospongas demasiado. Los casos de asesinato llevan más tiempo. Pero eso ya lo sabes. Espera demasiado y podrías perderla".

"¿Quieres dejar de decir tonterías? Vamos a comer".

Carl dejó el tema. No era un fanfarrón. Una vez que decía lo que quería decir, terminaba. Se marchó después de cenar, dejándome agonizando para decidir mi siguiente paso. Vi una película porque no podía dormir. No fue nada de interesante.

¿En qué estás pensando, Alexia? Al menos podrías darme una pista.

Estaba cansado y de mal humor cuando llegué a la oficina a la mañana siguiente. Emma me conocía lo suficiente como para mantener las distancias. Cerré la puerta del despacho y me puse a trabajar. Emma me llamó.

"Perdona la interrupción, pero el Sr. Barnes quiere verte".

"¿Cuándo?"

"Ahora".

"Vale, gracias".

Tenía un mal presentimiento. ¿Con qué me iban a golpear esta vez?

Alexia también estaba allí cuando salí del ascensor y me dirigí a la sala de juntas.

"Hola, desconocida", sonreí. "Cuánto tiempo sin verte".

"Hola, Ethan. Sí, lo siento, pero las cosas han estado un poco locas".

"¿Qué crees que quiere Dios esta vez?". Pregunté, cambiando a un tema menos incómodo.

"¿Quién sabe? Espero que no se repita nuestro último encuentro".

"Espero que no".

"¿Crees que León cumplirá su palabra? Hemos hecho todo lo posible para contentarle", preguntó Alexia.

"Se acabó el tiempo de las conjeturas", suspiré. "Acabemos con esto de una vez".

Todos los socios estaban presentes. Eso era un claro indicio de que la mierda estaba a punto de estallar. Tuve un nudo en el estómago durante toda la conversación de rigor. Finalmente, Barnes fue al grano.

"Como ocurre con todas las cosas", empezó, "las circunstancias cambian. Os aseguro que esta situación era imprevisible".

Joder. Dínoslo y déjate de torturas.

"Sé que inicialmente os dijimos a ti y a Alexia que el bufete tenía dos puestos de socios en juego. Sin embargo, debido a circunstancias que no puedo comentar con vosotros, ahora solo hay una. Quiero aseguraros a ambos que en el futuro habrá otra oportunidad de progresar. Aún no hemos decidido a quién ofreceremos el puesto. Es una decisión importante. Hay unos cuantos candidatos excelentes a tener en cuenta".

Alexia y yo miramos incrédulos a Barnes y luego a los otros dos hombres. La noticia me golpeó como un puñetazo en las tripas. No era el único. Alexia estaba pálida.

"¿Cuándo anunciaréis vuestra decisión?" Pregunté, intentando no sonar tan cabreado como me sentía.

"Dentro de un mes o dos. Lo que puedo decir es que ambos tenéis muchas posibilidades".

¡Vaya mierda! Eso sí que era soltar una bomba. No entendía por qué Barnes había decidido decírnoslo tan cerca del caso más importante de nuestras carreras. Su sincronización apestaba.

Después de pronunciar lo que venían a decir, los tres hombres nos dejaron para que nos desangráramos.

"Esto no está bien", dijo Alexia, haciendo claramente todo lo posible por no perder la cabeza.

Una combinación de conmoción, ira, falta de sueño y confusión por la inexplicable indiferencia de Alexia hacia mí contribuyeron a la tormenta perfecta.

"¿No es bueno? ¡Esto no es ni más ni menos que un puto desastre! Eres nueva en el bufete. Llevo cinco años trabajando como un esclavo para llegar hasta aquí. ¡Cinco años! Comprendo que los socios estén considerando a otros candidatos, pero esta colaboración es mía. Será una bofetada en la cara si eligen a otro".

En cuanto se me pasó la rabieta, supe que me había equivocado. La expresión de Alexia cambió. Sus ojos ardían de rabia.

"*¡Vete a la mierda, Ethan Daniels!* Eso ha sido lo peor que podías haber dicho. Tu actitud confirma tus verdaderos sentimientos hacia mí. Para ti solo soy un juguete, ¿no? Una distracción agradable hasta que alcances tu objetivo. Eres arrogante, grosero y egoísta. Aléjate de mí, *imbécil*. Si no tengo que volver a hablar contigo, será demasiado pronto".

Alexia se levantó de su asiento y salió furiosa de la sala de juntas.

Ethan, eres un maldito idiota. ¿En qué demonios estabas pensando? Tu reacción ni siquiera refleja tus verdaderos sentimientos. Amas a Alexia. Vaya forma de destruir cualquier oportunidad que pudieras haber tenido con ella.

Salí de la sala de juntas sintiéndome un fracaso absoluto, como profesional y como novio. Había echado por la borda cualquier esperanza que pudiera tener de averiguar si Alexia sentía algo por mí o no.

Emprendí el camino de la vergüenza hacia mi despacho.

"¿Estás bien, Ethan?"

"No, Emma. No estoy bien. *Definitivamente* no estoy bien".

No quería enemistarme con otro colega, así que seguí mi camino sin dar explicaciones y me refugié en mi despacho. Me resigné a la posibilidad de morir en soledad.

Aunque Alexia había dejado muy claro que debía mantenerme alejado de ella, tuve que disculparme. Era lo mínimo que le debía. Llamé a su despacho.

"Despacho de la señorita Taylor. ¿En qué puedo ayudarle?"

"Ponme con Alexia, por favor, André".

"Lo siento, Ethan, pero en este momento no atiende ninguna llamada".

"Dile que soy yo, André. Es importante".

"Por favor, espera mientras lo compruebo".

Cabrón descarado. André volvió a ponerse al teléfono después de que yo sufriera la irritante música de ascensor.

"Lo siento, Ethan".

Colgué el teléfono bruscamente. ¿Pero qué coño...? Así que esto era ser la enemiga. Por segunda vez en mi vida sentimental, me habían pintado como el malo. Esta vez, sin embargo, me lo merecía.

ALEXIA

Decir que estaba enfadada no era del todo correcto. *Lívida* era más adecuado. ¿Cómo se atrevía Ethan a hablarme así? Habría disculpado su enfado - incluso lo habría entendido - pero lo que realmente me jodió fue que me atacara.

Me sentí rechazada. Inútil. Un alhelí incompetente. El oropel de un árbol de Navidad. Ethan nunca sabría lo insultante que había sido. Su reacción marcó el final de nuestra relación. Si es que esa era la palabra adecuada. Nadie en una relación romántica pensaría, y menos aún verbalizaría, semejante insulto a la persona que le interesa profundamente.

De ninguna manera le contaría a Ethan lo del hijo que esperaba. No después de sus comentarios. De hecho, me quedó claro que haría todo lo posible por superarle. No me incorporé a Barnes, Cromwell y Asher LLP para sufrir el mismo destino que en mi anterior trabajo. *Que le den*.

Oh, ¡por el amor de Dios! Tenía que mear... otra vez. Podría haber trasladado mi despacho al cuarto de baño, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasaba sentada o abrazada al retrete. A la mierda la oficina, pensé. Podría trabajar desde casa. Así no tenía que sufrir ni a Ethan ni a León.

"André", dije cuando contestó al timbre. "Recoge lo que necesitemos para la fiesta de Silvano y reúnete conmigo en mi apartamento dentro de una hora".

"Claro".

André hizo uso de su intuición. No dijo ni una palabra cuando pasé junto a él y cerré de un portazo la puerta de mi despacho tras la reunión en la sala de juntas.

"Ahí estás, Alexia, yo...".

"Ahora no, León. Ahora no".

León se quedó con la boca abierta cuando lo rechacé.

"Alexia", me llamó, pero yo seguí andando.

Por supuesto, fue infantil y poco profesional por mi parte. Sinceramente, me importaba una mierda. De camino a casa cogí una tisana: manzanilla e hinojo. Necesitaba jengibre como necesitaba un agujero en la cabeza.

Y entonces ocurrió. La fontanería hizo aguas y empecé a llorar. Nunca había llorado tanto en tan

poco tiempo como desde que me quedé embarazada. Ni siquiera cuando era niña. No era una llorona. No lo era. Ni siquiera sabía por qué lloraba. ¿Era porque mis posibilidades de convertirme en socia del bufete se habían reducido a la mitad? ¿O era la dolorosa respuesta a la pregunta que había estado buscando desde que me di cuenta de que me estaba enamorando de Ethan? Por lo que yo sabía, era mi cuerpo el que estaba teniendo un momento porque hacía demasiado tiempo que no tomaba café. El embarazo no era para cobardes.

"Oye, ¿por qué estás en casa a mediodía?". Preguntó Jenna cuando llegué al apartamento.

"Olvídate de eso", le dije. "¿Por qué te comportas como una ardilla? ¿Y por qué estás medio desnuda? ¿No se supone que deberías estar en la casa de la dragona recibiendo órdenes?".

Jenna tenía la cara que pondría un niño cuando lo pillan dibujando en la pared con un lápiz de color.

"Ella está recibiendo órdenes. Pero no de la dragona". Carl apareció de improviso. Di un respingo cuando habló.

"Ah, ya veo".

"Pareces enfadada, Al. ¿Qué te pasa?"

"Estoy teniendo el peor día de mi carrera".

"¿Qué ha pasado?" Preguntó Carl.

"En primer lugar, los socios han decidido que en vez de dos oportunidades de asociación, ahora hay una".

"Mierda. Qué pena me da, Alexia", dijo Carl afectuosamente.

"Es ridículo, Al".

"No me digas", dije y dejé caer la bolsa sobre la encimera de la cocina.

"¿Eso es todo?", preguntó Jenna.

"¿Qué más hace falta?"

"Tengo que irme, Jen", dijo Carl, reconociendo mis reticencias a compartir en su presencia.

"Vale, cielo. Te llamo luego".

Carl se acercó a Jenna y la besó en la frente.

"Adiós, Alexia. Por favor, avísame si puedo ayudarte en algo".

"Gracias, Carl. Eres muy amable".

En cuanto Carl cerró la puerta tras de sí, me hundí en el sofá y apoyé la cabeza en las manos.

"Háblame, Al. ¿Qué te pasa?"

"Necesito un té. ¿Puedes darle al interruptor de la tetera, por favor?".

"¿Vale, Ginger?"

"Claro que no. Hay té de hierbas en la bolsa de la compra".

"Entendido".

Unos minutos después, Jenna me entregó una taza de té.

"Gracias, Jen".

"¿Estás preparada para decirme por qué estás tan disgustada? Sabías que tendrías que luchar para volver a llegar a la cima. ¿Qué ha cambiado?"

"Me peleé con Ethan. Se acabó".

"¿Seguro que no es para tanto? Ethan está loco por ti. Y, si no me equivoco, tú estás enamorada de él".

"Él no siente lo mismo. Me lo ha dejado muy claro".

"Cuéntame lo que dijo".

Procedí a compartir mi horrible experiencia con mi mejor amiga. No le impresionó.

"Menudo imbécil. Me encantaría reordenar sus joyas. Lo siento mucho, Al".

Jenna se sentó a mi lado en el sofá y me rodeó con los brazos. Me estrechó con fuerza hasta que dejé de llorar.

"Me pondré bien, Jen. Esto no es más que otro obstáculo en el camino", insistí, intentando convencerme.

"Claro que lo estarás. Eres una luchadora. Lo que dije iba en serio. Estaré a tu lado pase lo que pase".

"¿Qué haría yo sin ti, Jen?".

"No hace falta hablar de eso. Nunca va a ocurrir. Ahora, termina tu té. Tengo que enfrentarme a la dragona. Está contenta con la tela, gracias a Dios. ¿Estarás bien?"

"Estoy bien. André me está trayendo trabajo a casa".

"Vale. Te veré un poco más tarde. Te quiero".

"Yo también te quiero".

Me recompuse y me miré la cara en el espejo del baño. Poco después llegó André.

"Siento haberte gruñido antes en la oficina. Ha sido una mañana de mierda".

"¿Puedo ayudarte? ¿Quieres que hablemos de ello?"

"Eres muy amable, André, pero hablar de ello no va a cambiar nada".

"Sacarlo fuera podría hacerte sentir mejor".

No tenía elección. ¿O no? Mi embarazo también iba a afectar a André. Era justo decírselo. Su puesto en el bufete se vería afectado si yo dejaba de estar en él. André se merecía la oportunidad de hacer planes alternativos.

"Barnes y los chicos han decidido deshacerse de uno de los puestos de socio. Ahora, Ethan, León y yo estamos luchando por el mismo hueso carnoso".

"Qué duro, jefe. Lo siento mucho".

"Ojalá esa fuera la única razón por la que estoy hecha un desastre", empecé.

"¿Estás enferma?" André rezumaba preocupación.

"Nada que no se cure en unos nueve meses".

"¿Nueve meses? No entiendo... Oh, no. ¿Tan tonto soy? Vaya, un bebé. Es una gran noticia, Alexia. ¿Cómo te sientes al respecto?"

"Alucinada. Esto no forma parte del plan, André".

"¿De Ethan? Te pido disculpas por preguntar".

"Sí, el bebé es de Ethan".

"Mierda. Perdona. ¿Qué dijo cuando se lo contaste?"

"No lo sabe".

"Ah." André ardía en deseos de decir algo. Lo vi en sus ojos. Colocó los dientes superiores sobre el labio inferior como si intentara que no se movieran.

"Y no, no se lo voy a decir. Ethan es un gilipollas que podría considerarse afortunado si vuelvo a dirigirle la palabra".

"Alexia, sé que no es asunto mío, pero la última vez que hablamos, las cosas iban muy bien entre vosotros. ¿Qué ha ocurrido para que eso cambie?"

"Seguramente lo sabrán en toda la oficina, gracias a la siempre fiable máquina de cotillas".

"¿Qué es eso?

"¿No lo sabes?"

"Si yo no sé de qué estás hablando, lo más probable es que nadie más lo sepa tampoco", dijo André con aire de confianza.

"No sabías lo de León", dije, a lo que André asintió.

"Exacto. ¿De qué estás hablando, jefe?"

"Hoy, en la reunión de la sala de juntas, cuando los socios nos anunciaron a Ethan y a mí que solo hay en juego una plaza de socio, no dieron ninguna razón. Pero Ethan se ensañó conmigo como si fuera culpa mía. Dijo cosas muy hirientes. Crueles en realidad. Insultante como poco".

"Habéis estado sometidos a mucho estrés, Alexia. Los nervios crispados provocan decisiones

insensatas. Ten cuidado de no alejarlo demasiado pronto".

"No. Ethan es un egoísta. Hoy me ha mostrado su verdadera cara, lo que realmente siente por mí. Lo ha dejado muy claro. Es increíble lo que hace y dice la gente cuando se siente acorralada".

"Sé que estás enfadada, Alexia, y entiendo lo que quieres decir. De verdad que lo entiendo. Pero tener un bebé y criarlo tú sola no es nada fácil".

"Lo sé muy bien. Vengo de una familia con un único miembro, y vi de primera mano por lo que tuvo que pasar mi madre. Por otra parte, sospecho que habría sido mucho peor si mi padre hubiera estado allí porque tenía que estar. Ningún padre es mejor que uno malo".

"No creo que Ethan sea un mal padre. No parece de los que eluden sus responsabilidades. Claro que hoy se ha comportado como un imbécil, eso no lo discuto, pero ya se le pasará".

"André, tal como me siento ahora, si no vuelvo a verle, siempre será demasiado pronto".

André sonrió. Sabía que estaba diciendo auténticas barbaridades, pero me dejó despotricar en paz.

"Ya he terminado de parlotear", dije y me dirigí a la cocina. "¿Te traigo un té o un café? Creo que ya es hora de que te devuelva el favor".

"Me encantaría un café, gracias".

"¿Cómo lo tomas?"

"Oscuro y amargo. Como mis hombres".

Me reí ante su sonrisa traviesa. Junto a Jenna, André era un agradable respiro de comicidad.

"Hora de trabajar. No creas que tienes el día libre porque tu jefa acaba de perder los papeles. Saca esos archivos y pongámonos manos a la obra".

"Ah, ya ha regresado. Hagámoslo".

Preparé café para André, tras lo cual mi ayudante y yo nos pusimos manos a la obra. Necesitaba distraerme con el trabajo para volver a centrarme.

ETHAN

Salir a correr era lo único que se me ocurría para distraerme de la torrencial tormenta de mierda que se desencadenaba en mi cabeza. Solo podía pensar en que la falta de sueño y mi actitud, aunque no entendía lo que había hecho, habían provocado que Alexia se mostrara tan distante.

Me puse la ropa de correr y llamé a Jack. Él necesitaba librarse de la energía ilimitada que guardaba en algún lugar de su cuerpo, y yo necesitaba castigar mis piernas con la esperanza de desconectar mi cerebro. Jack corrió junto a mí hacia el sendero que habíamos forjado a través de la maleza adyacente a mi propiedad. Sabía exactamente adónde íbamos.

Corrí hasta que me dolieron las piernas y sentí que los pulmones me iban a estallar antes de detenerme y agacharme para dar unas cuantas resopladas bien merecidas. Mis palabras a Alexia estaban totalmente fuera de lugar, totalmente insultantes, la verdad sea dicha. Tenía que mejorar mi carácter. Me era útil en la pista de squash, pero no cuando se trataba de la mujer de la que estaba enamorado.

Seguía viendo la cara de Alexia cuando le había escupido aquellas palabras atroces. Ni siquiera era un reflejo de cómo la veía yo. Alexia era una abogada con talento. Mis palabras eran huecas y, sin embargo, allí estaban, destrozando todo y a todos a su paso.

Jack ladraba histéricamente al otro lado de la pequeña cresta en la que nos encontrábamos.

"¡Jack! Aquí chico!" No tuve paciencia para más drama.

Al poco rato, se desveló el misterio de su histeria.

"Aléjate de ahí, Jack", grité nuevamente. Estaba metido en un enfrentamiento con una mofeta. El tonto saltaba sobre la apestosa criatura, que a su vez disparaba su vil arma.

Me di cuenta de mi error cuando Jack vino saltando hacia mí con la mofeta siguiéndole los talones.

"¡Ah, mierda!" Empecé a correr en dirección contraria mientras intentaba interponerme entre el perro y la mofeta. Jack no estaba tan atento como debería; era su primer encuentro con aquel apestoso animal y todo eso.

Oí un ladrido antes de que Jack pasara a toda velocidad por delante de mí en sexta. Apestaba a gloria. Solo podía rezar para que no corriera directamente hacia mi cama.

A la mierda. Menudo día. Volví a casa tan rápido como pude. No recordaba si había cerrado la puerta trasera o no.

"¿Has perdido algo maloliente?"

Carl estaba de pie en el porche trasero, tapándose la nariz.

"¿Adónde ha ido?"

"No estoy seguro, pero espero que se dirija al río. Espero que no esté planeando acercarse a escondidas a los patos. Todo el condado se lo olerá venir".

"Jodidamente fantástico", suspiré.

"¿Qué pasa, colega?".

"Tráenos una cerveza helada de la nevera y te pondré al día".

"De acuerdo".

Carl desapareció en la casa y salió con un paquete de patatas fritas y dos cervezas.

"Voy a darme un baño rápido en la piscina".

Carl asintió y se sentó con su cerveza. Me sentí mejor después de enjuagarme la suciedad del sendero y enfriar mi interior. Después me acerqué a Carl y me senté.

"¿Te apetece hablar de ello?", preguntó y abrió la bolsa de patatas fritas.

"La he cagado a lo grande, Carl".

"¿Cómo de grave puede ser? No mataste a nadie, ¿verdad?".

"No, pero maté cualquier oportunidad que tuviera con Alexia".

"Suena grave. ¿Qué hiciste?"

Puse a Carl al corriente de los acontecimientos de la mañana.

"Lo siento, Ethan. Te has metido en un buen lío, ¿verdad?".

"Podrías decir eso".

"Podrías invitarla a sentarse y pedirle disculpas. De todas las personas, Alexia entiende la presión del trabajo".

"No estoy seguro de eso, Carl. Hace tiempo que Alexia no es ella misma".

"¿Qué quieres decir?"

"Está distante. Hace semanas que no tenemos una conversación de verdad. Tengo la sensación de que Alexia me evita, y no sé por qué. Y ahora, después de mi actuación estelar como gilipollas colosal, lo más probable es que no vuelva a hablarme".

Carl se sentó en silencio, mientras yo desahogaba mi corazón.

"La echo jodidamente de menos, Carl. Me ha costado una eternidad admitirlo, pero estoy enamorado de Alexia. Sé que fue irresponsable por mi parte iniciar una relación con ella, ya que trabajamos juntos tan de cerca, pero ¿cómo no iba a hacerlo?".

"¿Cómo se siente ella?"

"Quién coño lo sabe. Si sentía algo por mí, lo saboteé".

"Lo he dicho antes, Ethan, y lo volveré a decir. Para ser alguien tan listo en tu trabajo, eres tan tonto como el barro. Alexia está loca por ti. Jenna y yo hablamos a menudo de vosotros dos. Ella está convencida de los fuertes sentimientos de Alexia por ti. ¿Cómo no te das cuenta?"

"Algo va mal, Carl. Algo está frenando a Alexia. No puedo hacer nada al respecto si no sé lo que es. A veces me pregunto si yo era un mero medio para un fin. Quizá Alexia pensó que tendría más información sobre el funcionamiento y el orden jerárquico del bufete si se acostaba conmigo".

"¿De qué coño estás hablando?"

"Piénsalo, Carl. Alexia fue la que dio el primer paso. Prácticamente me desnudó con la mirada aquella primera noche en el club, apretándose contra mí, retándome con la mirada a que me la follara. ¿Quién puede decir que ese no fuera su plan desde el principio? Y ahora que solo hay una relación, se sacó los guantes".

"Si no fueras mi mejor amigo, ahora mismo te internaría en un psiquiátrico, Ethan. Si eso es lo que crees, no deberías estar con ella, estés enamorado o no. Personalmente, nunca te había oído decir semejante sarta de estupideces. Si estás intentando sentirte mejor, lo estás haciendo fatal".

"No tienes ni idea, Carl. No has estado aquí para entender lo que digo. Alexia actúa como si fuera alérgica a mí o algo así. No se parece en nada a la mujer de la que me enamoré en Montana".

"¿Has considerado el hecho de que tú tampoco has sido exactamente tu mejor versión?".

La lógica perfecta de Carl me estaba poniendo de los nervios. ¿Cuándo se había convertido en la voz de la razón en lo referente al amor y las relaciones? La última vez que hablamos de sus escapadas románticas, se estaba acostando con su alocada ex.

"Gracias, Carl. Estoy muy agradecido por tu apoyo".

"Yo te apoyo. Pero no voy a sonreír y darte la razón cuando te comportas como un capullo. Ahora voy a dejar que pienses en el camino a seguir. No sirve de nada que te des un puñetazo. Aunque ahora mismo estoy muy tentado".

Carl se levantó y se dirigió a la puerta. Normalmente, le habría impedido marcharse y me habría disculpado, pero estaba cabreado. ¿En qué coño estaba pensando para echármelo todo encima? Alexia era la que se había alejado, no yo.

No. A la mierda. Si ella quería jugar duro, entonces yo también me pondría a jugar.

¡Mentiroso! Estás enfadado porque Alexia no te trata como tú quieres. La quieres, idiota. Estás listillo porque lo sé. ¿Por qué no te sacas el dedo del culo y averiguas qué está pasando, en vez

de actuar como un adolescente con mala cara y rencor?

¿Qué tenía Alexia que me convirtió en una quejica? Peor aún, en una persona que duda de sí mismo, que cuestiona el instinto que me ha llevado con éxito a lo largo de los últimos veinte años de mi vida.

Y de repente, encontré la respuesta. No era culpa de Alexia. Estaba enamorado por primera vez en mi vida. *Verdaderamente* enamorado. Y no sabía cómo abrirme a la vulnerabilidad que conlleva el amor auténtico. Nunca sentí amor por mi ex. Le tenía mucho cariño y por un breve momento pensé que estábamos destinadas a estar juntos, pero la verdad es que no se parecía en nada a la conexión que tenía con Alexia.

Me dolía el cuerpo cuando pensaba en la cercanía que ella y yo habíamos compartido. Juntos éramos perfectos. Todo en Alexia me apasionaba. Quería estar con ella todo el tiempo. Aparte de desear su hermoso cuerpo, ansiaba su ingenio y su inteligencia. Y, por supuesto, su sarcasmo.

Jack estaba tumbado en la hierba a mis pies. Olía fatal, pero no podía ahuyentarlo cuando me miraba con sus grandes y redondos ojos.

"No me mires así, tonto. Te advertí sobre aquella mofeta. Espero que no creas que vas a dormir en mi cama esta noche, asqueroso".

Jack sabía lo que decía. Bajó la cabeza y la apoyó en las patas. *Maravilloso*. Ahora estaba hablando con un perro. Antes de que me diera cuenta, le estaría contando mis problemas con chicas. *Uhg*. Necesitaba una cerveza y una pizza. Buena comida reconfortante.

Oí el motor del todoterreno de Carl mientras abría la nevera. Miré el reloj. Aparentemente había estado fuera una hora contemplando la nada y ahora estaba quejándose con mi perro.

"Te perdono", dijo Carl al abrir la puerta trasera. Dejó caer una caja de pizza sobre la encimera de la cocina. "Tomaré una cerveza fría si hay alguna flotando por ahí".

"¿Cómo lo sabías?"

"¿Qué querías disculparte profusamente conmigo mientras, al mismo tiempo, te gustaba una pizza? ¿Qué quieres que te diga? Te entiendo, tío".

"Tienes razón. Soy un imbécil. Lo siento".

"Todos hemos pasado por eso. Si no recuerdo mal, me sacaste el culo de la mierda cuando aquella loca de mi ex utilizaba mis pelotas para... no me lo hagas decir. Fueron días oscuros, tío".

"Desde luego que lo fueron".

"¿Por qué no me hablas de Montana? Eso podría animarte. ¿Qué hicisteis allí? Alexia debió de seducirte. Nunca te había visto tan enamorado".

"Mi familia la quiere mucho. Intenté la farsa de los colegas, pero el clan Daniels se dio por aludido en un minuto neoyorquino".

"No me puedo creer que pensaras que te saldrías con la tuya", se rio Carl mientras sacaba una gran porción de pizza pepperoni de la caja.

"No puedo creer que con todos los millones que tienes me traigas pizza cuando estoy deprimido. ¿Por qué no me traes sushi de Japón? O me pones Bœuf bourguignon de París".

"Porque hay muy pocas enfermedades que la pizza no pueda curar. Ahora, deja de ser un imbécil desagradecido y háblame más de Alexia".

"Solo si me cuentas lo tuyo con Jenna. Parece que últimamente pasáis mucho tiempo juntos. O eso me ha dicho un pajarito".

"¿No será que ese pajarito tiene unas piernas preciosas y unos ojos verdes magníficos?".

"Si te refieres al que ha volado recientemente del gallinero, entonces sí. El mismo".

ALEXIA

"Ese no es un argumento suficientemente bueno, Alexia", me interrumpió León.

"Sí que lo es. Mira los antecedentes, León. La sentencia fue favorable al acusado. Tiene mucho sentido".

Estuve a punto de estrangular a León o, como mínimo, de golpearle la cabeza con una grapadora. Había investigado toda la semana para encontrar el hilo correcto a seguir para que no solo el juez, sino también el jurado, vieran mi punto de vista. León seguía sacudiéndose como un caballo testarudo.

"Alexia tiene razón, León". Ethan rompió su silencio y casi me caigo de la silla. Me estaba dando la razón. No me lo esperaba.

Él y yo habíamos tenido muy poca interacción desde nuestra pelea. Intentábamos saludarnos sin mucho entusiasmo cuando nos veíamos en la oficina. Fuera del trabajo, apenas hablábamos.

"Alexia" dijo Ethan, dirigiéndose a mí, "creo que la tuya es una buena estrategia. Le echaré un vistazo y veré si hay algo que pueda mejorar para agilizarla".

Y ahí estaba. Debería haberlo adivinado. El Sr. Abogado Listillo pensó que podía hacerse el sabio director de escuela y echarme un capricho.

"Ya he hecho mis deberes, Ethan. Esto es lo mejor que va a pasar. A menos que a ti y a León se os ocurra algo mejor, sugiero que sigamos mi línea de pensamiento".

"No hay necesidad de ponerse a la defensiva, Alexia. Simplemente estaba diciendo..."

"Estabas deduciendo que puedes hacerlo mejor. ¿Por qué no dices lo que realmente quieres decir, Ethan?".

"Creo...", empezó León, pero ya estaba harta de su espeluznante forma de ser.

"¡Joder, León! ¿Quieres callarte cinco minutos?" Ladré.

"Creo que necesito una taza de café", dijo desdeñosamente. "Dime cuándo se te ha pasado la crisis del síndrome premenstrual, Alexia, y volveremos al trabajo. Ethan, creo que será mejor que consigas controlar a tu chica".

"Hijo de..." gruñí.

"Será mejor que vayas a por uno antes de que te reordene la cara", le dijo Ethan a León antes de que pudiera colocar mi pie estratégicamente en su culo.

"Estoy harto de ese hombre tan lascivo. No puedo creer que dejemos que nos mangonee así. Somos gente inteligente, Ethan. Creía que habías dicho que estabas trabajando para librarte de él".

"Veo que hoy estás en pie de guerra", dijo con un trueno en la cara. Luego se levantó para marcharse.

"¿Adónde vas?" Gruñí a Ethan.

"Voy a dar un paseo. A tomar un poco de aire fresco. Te sugiero que hagas lo mismo".

Con los dos hombres fuera de mi vista, respiré hondo. Estaba embarazada de un guerrero. ¿Cómo si no iba a explicar el mal genio que había desarrollado en las últimas semanas? Subía y bajaba como un yoyó barato. En un momento estaba quejándome por la cosa más insignificante y luego, sin previo aviso, lloraba como una niña pequeña cansada.

¡Y lo de hacer pis! ¿A qué venía eso? ¿El embrión residía en mi vejiga? ¿Cómo iba a defender a Silvano desde los lavabos del juzgado, al otro lado del pasillo? Me levanté y me acerqué a la ventana. Era un hermoso día de verano. Los niños paseaban en bicicleta por el parque. Los perros ladraban y perseguían frisbees. Y allí estaba yo, embarazada y triste.

"¿Qué te pasa, Alexia?"

Ethan estaba detrás de mí, en la puerta. Parecía inseguro de acercarse demasiado a mí. Me volví y miré su hermoso rostro. Sus ojos azules estaban fijos en los míos y apretaba la mandíbula. Qué guapo era. Deseé poder estrecharle entre mis brazos y hacerle el amor allí mismo, sobre la gran mesa de madera. Demonios, solo con estar entre sus brazos me sentiría mil veces mejor. Pero así era como me había metido en aquel lío en primer lugar.

"Nada. Estoy harta de que mis compañeros me subestimen".

"Vale, he entendido la referencia a los 'compañeros'. Pero no me refiero a eso. No me has hablado ni dos palabras a menos que hablemos del caso. Tampoco nos vemos nunca fuera del trabajo. Sé que aquel día me comporté como un imbécil insufrible en la sala de juntas, pero te pedí disculpas. ¿En serio sigues enfadada conmigo?"

¡Mierda! ¿Qué debería decir?

"No. Estoy bajo presión, Ethan".

"No parece que te encuentres bien al cien por cien todavía, Alexia. ¿Has resuelto lo del virus estomacal? Estás pálida. Y estás perdiendo peso. Estoy preocupada por ti".

Tú también adelgazarías si tuvieras un bebé dentro que odiara todo menos las tostadas secas y el té de hierbas.

"Estoy bien. No tienes que preocuparte por mí. Tengo mi estrategia de defensa bajo control, si es eso lo que te preocupa. ¿Por qué no te centras en quitarnos de encima a León y yo me centraré en hacer mi trabajo?".

Tenía que alejarme de Ethan antes de que se me escapara que lo echaba mucho de menos. O peor aún, que le contara lo de nuestro bebé. Así que cerré el portátil, lo metí en el bolso y salí de la habitación.

Ethan se quedó allí, boquiabierto. No es que pudiera culpar a aquel pobre hombre. Yo tampoco me habría atrevido a meterme conmigo. No dijo nada mientras lo dejaba atrás en mi polvo.

Mi móvil sonó mientras volvía a mi despacho. Contesté sin prestar atención al identificador de llamadas.

"Hola".

"Vaya. ¿Quién te ha pisado la cola?".

"Hola, Sarah. Lo siento. Ha sido una semana dura".

"No me digas. ¿Qué estás haciendo ahora?"

"Intentando no matar a mis colegas masculinos. ¿Por qué?"

"Estoy en la ciudad. Pensé que te gustaría tomarte un descanso de tu carrera de locos y venir a comer conmigo".

Adoraba a Sarah, pero no iba a ser una buena compañía. En cualquier caso, la idea de pasar demasiado tiempo con la hermana de Ethan me ponía nerviosa. ¿Y si se me escapaba algo? ¿Y si ella lo adivinaba? Me aferraba con todas mis fuerzas al único remo que me quedaba mientras navegaba por *Shit Creek*.

"Uhhh. La hora de comer va a ser complicada. Estoy agobiada. Pero, ¿qué tal un café rápido?"

"Me conformo con un café rápido, siempre que prometas compensarme", se burló Sarah.

"Trato hecho".

"Nos vemos en el *Bean There*, dentro de media hora. ¿Es tiempo suficiente para que dejes de batear y te refresques?".

"Por poco. Nos vemos dentro de un rato".

"Vale".

Hice una parada en el baño antes de salir de la oficina para reunirme con Sarah. Me miré la cara en el espejo. ¿Quién era la que me miraba? ¿Dónde estaba el "resplandor" del que se decía que todas las embarazadas disfrutaban? Tenía un aspecto horrible. Maldita sea.

Después de todo, ir a la ciudad no era tan mala idea. Volví la cara hacia el sol cuando salí. La cafetería no estaba demasiado lejos de mi oficina, así que decidí ir andando. El aire cálido del verano me sentó de maravilla en la piel. Me encantaba el olor de aquella temporada del año desde que era pequeña. Podía reconocer la estación por el olor del aire. De la misma manera, alguien que tuviese cojera podía decirte cuándo se avecinaba una tormenta.

El paseo me dio tiempo para pensar. Tenía dudas sobre si debía decirle a Ethan que estaba embarazada. Siendo realistas, no era un buen momento para decírselo. Si lo hacía, lo asustaría y podría afectar negativamente a nuestras carreras. Pero si esperaba hasta después del caso, sería

imposible ocultar mi barriga. Atrapada entre la espada y la pared, no sabía qué hacer.

Entre toda la mierda de hacer auténticos malabarismos con el caso y mi hombre, estaba mi cordura. Iba a tener un hijo. El embarazo se acercaba a toda velocidad al final del primer trimestre, y no estaba ni cerca de averiguar cómo me sentía respecto a ser madre. No es que tuviera elección. Vale, la tenía. Pero me juré a mí misma que nunca me desharía de un bebé porque no fuera conveniente en ese momento. Respetaba el derecho de las mujeres a elegir, pero para mí, la elección estaba hecha.

No había vuelta atrás y deshacer mágicamente el fantástico sexo que Ethan y yo habíamos tenido. Tanto si se rompía el preservativo como si fallaba la píldora, el resultado era el mismo. Había que encontrar la manera de avanzar y hacerlo.

Lo siento, cariño. No es culpa tuya. No estoy enfadada contigo.

La cafetería estaba repleta de clientes. Me sentí aliviada cuando vi a Sarah en una de las mesas de fuera. Gracias a Dios, había una gran sombrilla que nos daba protección. Ella sonrió alegremente cuando me vio y me hizo señas para que me acercara.

"Me alegro mucho de verte", dijo, y me abrazó con fuerza. "Ven, siéntate".

"Hola, Sarah. Yo también estoy encantada de verte. Estás preciosa. El amarillo te sienta bien".

"Lo sé, claro. No es un color que hubiera elegido para mí, pero mi novio me compró este vestido. Qué bonito".

"¿Nuevo novio? ¿Quién es el afortunado?"

"Zack. Lo conocí en la universidad. Es un encanto. Un tío muy majo. No un capullo cachondo como todos los demás". Los ojos de Sarah bailaron cuando habló de su nuevo amor.

"Parece encantador. ¿Está aquí contigo?"

"Ojalá no. Tuvo que quedarse y terminar un importante proyecto para sus exámenes finales. Pero lo conocerás cuando nos visites en el rancho".

Sarah lo dijo como si fuera una conclusión inevitable. Yo estaba con Ethan; por lo tanto, tenía vía libre para ir al rancho.

Pedí zumo de frutas a la camarera y Sarah un café helado. Pensar en toda aquella crema me puso un poco pálida, pero me las arreglé para no echar a perder mi tostada.

"Bueno", sonrió una vez que tuvimos nuestras bebidas, "¿cómo estáis Ethan y tú? Sabes que está loco por ti, ¿verdad?".

¿Lo estaba? No actuaba como si lo estuviera.

"Hemos estado un poco picajosos el uno con el otro", dije. Era la única forma que conocía de explicarlo sin ser demasiado específica.

"Bueno, no es ningún secreto que Ethan puede ser un capullo. Es mi hermano y lo adoro, pero ha habido muchas ocasiones en las que he querido golpearlo con un bate de béisbol o un palo de golf".

"¿Entonces no soy la única?"

"Claro que no. ¿Qué ha hecho esta vez mi hermanito, el tonto?"

"Cosas del trabajo. No merece la pena repetirlo. En fin, basta de hablar de mí. ¿Qué haces en la ciudad?"

"Vengo a una entrevista en una clínica dental".

"Qué bien".

"Sí, quería estar más cerca de Ethan. Le echo de menos. Así que, cuando se abrió el puesto, pensé en intentarlo".

"Estupendo. Será mejor que me mantengas al corriente", dije, en serio.

"Gracias, Alexia. Hablando de Ethan, me gustaría teneros a los dos por aquí para cenar antes de irme. Me quedo en casa de una amiga. Está fuera una semana, así que tengo carta blanca. La verdad es que es encantador. Es como si por fin viviera sola. Probablemente pienses que es una tontería".

"Claro que no. Recuerdo lo emocionada que estaba cuando me mudé sola por primera vez. No hay nada igual".

Cenar con Ethan y Sarah. Hmm, eso sonaba como una auténtica pesadilla. Ethan y yo tendríamos que hacernos los simpáticos, y yo probablemente perdería los nervios y le contaría a Ethan lo del bebé. Pero no tenía una excusa lo bastante buena para echarme atrás.

"La cena suena genial. ¿Qué puedo llevar?"

"Simplemente tu hermosa personalidad. Ah, y a mi hermano mayor, por supuesto. Eso si aún no lo habrás matado", se rio.

"No puedo prometerte nada, pero lo haré lo mejor que pueda".

"Lo mejor que puedas está bien para mí, Alexia".

"Cuéntame más cosas sobre Zack".

"Oh, ¿por dónde empiezo?"

ETHAN

¿Cómo iba a saber que estaría caminando de puntillas alrededor de una mujer de casi la mitad de mi tamaño? Pero allí estaba yo, intentando mantenerme alejado de la línea de fuego de Alexia. ¿Dónde estaba la mujer luchadora, pero suave y cariñosa, que pensaba haber conocido? Parecía que la había sustituido una *dragona malhumorada* que escupía fuego y tenía un hacha que afilar. Incluso León se dio cuenta de que perdería más que la batalla si no se callaba.

Mi móvil sonó una tarde mientras estaba sentado en un atasco.

"Sí".

"¿Así saludas a tu hermanita?".

"Hola, bicho apestoso. Estoy en un atasco. Tienes suerte de que haya contestado".

"Qué suerte. ¿Cómo estás, Tan-Tan?"

"Harto de ser adulto. ¿Y tú?"

"Estoy bien".

"Siento no haberte llamado desde hace tiempo. El trabajo es frenético".

"Por eso te llamo. Estoy en la ciudad. He pensado que estaría bien que Alexia y tú vinierais a cenar mañana. ¿Qué te parece?"

Era una pregunta muy interesante. ¿Qué podía decir?

No, lo siento, ¿Alexia y yo estamos en plena guerra fría? Ah, y por cierto, estoy enamorado de ella, pero me odia a muerte?

"Uhm, será mejor que lo consulte con Alexia. Sé que no se encuentra bien. ¿Puedo llamarte luego?"

Supuse que mi respuesta me daría tiempo para inventar una excusa creíble.

"No hace falta. Ya he hablado con ella. Dice que le parece bien".

"¿Cuándo has hablado con Alexia?".

"Ella no es el Papa, ¿sabes? No es difícil contactar con ella".

"Sí, sí. No me refería a eso".

"Hemos tomado café esta mañana. Ya veo lo que quieres decir. No tiene buen aspecto. Sigue estando guapísima, pero tiene los ojos vidriosos. ¿Qué le pasa?"

"Ha estado luchando para deshacerse de un virus estomacal que cogió en algún sitio. Además, hemos estado trabajando muchas horas. Así que todos estamos nerviosos".

"Vale, si tú lo dices. Volviendo a mi pregunta. ¿Te viene bien mañana por la noche?"

"Claro", me resigné. No tenía ninguna excusa a mano. Con pena.

"Estupendo. Nos vemos a las siete. Te enviaré la ubicación".

"Vale, hermanita".

"Por cierto, cuida de Alexia. Necesita cariño".

"Por supuesto".

"Genial".

Habría sido mejor que Sarah y yo cenáramos a solas. Tal vez ella sabría por qué Alexia se comportaba tan fuera de lo normal. Pero, de nuevo, *¿conocía realmente su personalidad?*

Cuando estuvimos juntas por primera vez en el club, Alexia parecía la mujer más segura de sí misma que jamás había conocido.

Y de nuevo en el rancho y en su apartamento, después de que volviéramos de Montana, Alexia me trató como si de verdad le importara. No podía imaginar que alguien tan cariñoso se alejara de repente porque yo no era especialmente cortés con ella. De hecho, si lo pensaba críticamente, ella había empezado a alejarse mucho antes de que yo me metiera en líos.

¿Por qué mi querida no quería abrirme su corazón? ¿No confiaba en que yo haría todo lo posible por ayudarla con cualquier problema que tuviera? Intenté ver la situación desde su punto de vista. Un nuevo bufete, una oportunidad de avanzar sustancialmente en su carrera, y luego un romance imprevisto. Todo iba muy bien.

Desde el primer día que nos conocimos, reconocí el fuego de la ambición en sus hermosos ojos verdes. Alexia Taylor irradiaba confianza en sí misma y una firme determinación de triunfar. A decir verdad, me excitaba mucho. *La confianza en ti mismo es sexy*.

Estaba harto de darle demasiadas vueltas a nuestra relación. ¿Seguía siendo esa la palabra adecuada para describirnos? Probablemente no. *Ya no*. Qué no daría por tenerla de nuevo entre mis brazos. Besar sus labios carnosos y acariciar sus pechos turgentes. Echaba de menos la forma en que gemía cuando estaba en pleno orgasmo. Echaba de menos el aroma de su piel y el champú que utilizaba. No era una sola cosa. Echaba de menos a Alexia, con todos sus defectos.

La llamé desde el coche. Su teléfono sonó varias veces y luego, por suerte, contestó.

"Hola, Ethan".

"Hola. ¿Te encuentras mejor?"

"¿Mejor?"

Cuidado, Ethan. Con cuidado.

"¿Te encuentras mejor que esta mañana?" Por el bicho y todo eso".

"¿Bicho? Ah, sí. Gracias".

"Sarah me ha llamado. Me dijo que habíais tomado un café".

"Sí, me llamó de improviso. Me ha gustado verla".

"Te tiene cariño", dije. Si no me equivocaba, estábamos manteniendo una conversación sin enfrentamientos.

"Tengo entendido que Sarah nos ha invitado a cenar mañana por la noche. ¿Te parece bien ir?"

"Estaba tan emocionada. No podía negarme".

Habría sido mejor que dijera que quería estar conmigo, pero supuse que eso ya no era cierto. Si es que alguna vez lo fue.

"¿Puedo recogerte mañana? No tiene sentido coger dos coches".

Esperé la respuesta de Alexia durante un silencio incómodamente largo.

"Claro, gracias".

"Vale, te veré en la oficina por la mañana".

"De acuerdo. Hablamos mañana".

Hablamos. Qué risa. Hacía tiempo que Alexia y yo no hablábamos.

Cuando llegué a casa salí a correr. Fue menos duro que el anterior. No estaba tan furioso conmigo mismo. Jack me acompañó en la carrera. Corrió a mi lado en lugar de alejarse, como era su costumbre. Sospechaba que el encuentro con la mofeta estaba demasiado fresco en su memoria. El olor había abandonado por fin su pelaje. No fue fácil, pero entre el arroyo y el champú para perros, lo habíamos conseguido.

Después de correr, me duché y calenté la pizza que Carl y yo no habíamos terminado. Jack se relamía mientras veía pasar la comida del plato a mi boca.

"Si tienes paciencia, te guardaré las cortezas".

Llamé a mamá mientras Jack disfrutaba de mis restos

"Hola, cariño. Qué sorpresa tan agradable".

"Hola, mamá. Quería saludarte. ¿Cómo estáis papá y tú?"

"Eres muy amable. Estamos bien. Papá está fuera con Paul, pescando o jugando al golf, o algo así. Sinceramente, no siempre le escucho cuando habla. Estoy plantando árboles nuevos. Suzanne tenía demasiados. El vivero metió la pata y la abasteció demasiado. No es que me queje. Ya sabes que no puedo rechazar follaje gratis".

Me reí ante el entusiasmo de mi madre. Sarah y ella compartían una personalidad burbujeante que podía sacar a cualquiera de la depresión.

"Eso es genial, mamá".

"¿Quieres contarme lo que te preocupa?".

"Debería haber sabido que te darías cuenta".

"Ethan, tienes casi treinta años y todavía te sorprendes cuando te llamo la atención sobre algo. ¿Vas a aceptar alguna vez que tu madre sabe leerte como una novela barata?", se rio. "Venga ya".

"Es Alexia. Pero probablemente ya lo habías adivinado".

"Me acojo a la quinta enmienda, concejal. ¿Qué pasa con Alexia?"

"Ojalá lo supiera, mamá. Está fuera de sí. Tanto que ya casi no la conozco".

"¿Qué hace?"

"Eso mismo. Nada. No me habla si no es por trabajo. Apenas nos vemos fuera del horario de trabajo, y tengo la sensación de que se está alejando de mí. No sé por qué lo hace, mamá".

"¿Habéis tenido algún enfrentamiento? Debes de tener alguna idea. Las mujeres no suelen perder los estribos sin motivo".

"Está sometida a una presión inmensa en el trabajo, pero siempre ha sido así. No sé por qué eso la deprime ahora".

"Sé que Sarah tomó un café con ella. ¿Por qué no le preguntas a tu hermana si Alexia mencionó algo sobre vosotras dos?".

"Eso es incómodo, mamá. No sé si quiero entrar en esa madriguera con Sarah. Sabes que me acosará hasta que le cuente toda la historia. Prefiero no preguntar".

"Entonces, ¿me llamas porque quieres que hable con ella?".

"No, mamá. Puedo librar mis propias batallas. Pero gracias de todos modos".

"Ahí está el problema, hijo mío. Esto no es una batalla, y tu planteamiento como tal no es útil. Llévala a cenar, lejos del ajetreo de la oficina. Pregúntale si puedes hacer algo por ella. Pero hagas lo que hagas, no actúes como un hombre".

"Soy un hombre, mamá", sonreí.

"Ya lo sé. Lo que quiero decir es que no intentes solucionarlo. Simplemente pregunta y luego escucha. Si Alexia quiere tu ayuda, te la pedirá. Como mujer que soy, sé que hablar con alguien y sacar lo que me preocupa me hace sentir mucho mejor. Aunque mi situación no cambie, me siento mejor".

"¿Y si yo soy el problema?"

"Entonces, Ethan, trágate tu orgullo y escucha".

"Sí, señora".

"¿Vas a ver a Sarah antes de que se vaya?"

"Alexia y yo cenaremos con ella mañana por la noche".

"Qué bien. Seguro que te contará todo sobre Zack, su nuevo amor".

"Aaah, ¿y cuál es el consenso en casa?".

"Es un chico encantador. Creo que a Sarah por fin le ha tocado la lotería. Pero es pronto, así que el jurado aún no se ha pronunciado al respecto".

"Iré a casa cuando hayamos resuelto el caso. Entonces echaré un ojo crítico, de hermano mayor".

"Sarah te matará. De todos modos, me voy a plantar mis árboles. Pórtate bien. Escucha a Alexia, hijo. Probablemente está intentando decirte algo, pero tú no la estás escuchando. Los hombres tendéis a hacer eso".

"¿Por qué tu sexo no puede adelantarse y decir algo en vez de esperar a que los hombres lo adivinemos? No comprendemos las indirectas".

"Ya aprenderéis. Adiós, amor mío. Anímate. Puedes hacerlo".

"Gracias, mamá. Te quiero".

Mamá nunca daba malos consejos. Así que si alguien sabía cómo arreglar mi drama, era ella.

"Parece que mañana voy a necesitar un casco y una coraza, Jack. Más te vale que papá vuelva vivo".

Tras engullir hasta el último trozo de corteza sobrante, mi chucho soltó un bufido, luego se tumbó en su cama y se quedó, sin ceremonias, profundamente dormido.

ALEXIA

"Estás preciosa, Alexia", dijo Ethan cuando me abrió la puerta del pasajero del Jeep.

"No seas cortés. Tengo un aspecto horrible, pero gracias. Me gusta tu colonia. ¿Es nueva?"

"Vale. Sí, quería probar algo diferente. Me alegro de que te guste".

Sinceramente, *¿íbamos a hablar de colonia toda la noche?* Era mejor que morrearnos como perros rabiosos, supuse.

"Sarah está entusiasmada con el nuevo hombre de su vida", dije.

"Sí, eso dice mamá. Por cierto, Ornella te manda saludos".

"Ahh, qué bien. Tu madre es un encanto".

"Ella cree que eres lo máximo, ¿sabes? Deberíamos volver a visitarla, quizá cuando acabemos el caso".

No dije nada. Me limité a mirar por la ventana las luces de colores de la ciudad.

"¿Qué ha dicho Ornella sobre Zack?". Pregunté con la esperanza de que Ethan me entendiera.

"Al parecer, es un buen tipo. Estoy seguro de que sabremos todo lo que hay que saber sobre él antes de que acabe la noche. Sarah se asegurará de ello".

"Sí, ayer me hizo un breve resumen durante nuestra cita para tomar café. Pero prefiero que te lo cuente ella personalmente".

"Vaya, gracias".

Quería contarle a Ethan por qué había estado tan chiflada últimamente. Estaba desesperada por decirle lo mucho que le quería, a pesar de que había sido un imbécil. Pero no me salían las palabras. Era como si mis labios se negaran a obedecer a mi mente.

"Siento haber sido un caso perdido últimamente, Ethan", fue todo lo que conseguí decir.

"Vale".

Espera, ¿qué? ¿Solo bien? ¿Sin pelearse? ¿Nada de quejas? ¿Nada de comentarios sarcásticos?

"Sé que no es una excusa, pero León me está estresando, y todo el asunto de la asociación me

desconcertó. Y entonces el maldito bicho clavó sus afilados y microscópicos dientes en mi cuerpo. ¿Qué puedo decir? Ha sido todo un reto."

"Para ti y para mí", dijo.

"No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí bien".

"Estoy preocupado por ti, Alexia. Sé que crees que es porque no quiero perder este caso, pero no es eso. Me importas, ¿sabes?".

¡Joder! No llores. ¡No llores! ¡No!

Una lágrima solitaria se abrió paso por mi párpado inferior y se coló por mi mejilla. Por suerte, estaba a un lado de mi cara, oculta de la línea de visión de Ethan. Me la limpié rápidamente antes de que goteara sobre mi regazo.

"¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte, Alexia?"

"Dame un poco de espacio. Lo solucionaré. Pero gracias por preguntar". Intenté sonreír, pero estaba segura de que Ethan no se lo creía.

Aparcó el Jeep en la calle, frente a un apartamento en una zona lujosa de la ciudad.

"Qué bonito. Está claro que a la amiga de Sarah no le cuesta llegar a fin de mes", bromeé, con la esperanza de romper la tensión.

"Desde luego que no. Su familia tiene más dinero del que nunca podrá gastar. Pensarías que es una cabrona, pero, sinceramente, es la chica más dulce que desearías conocer".

"Ya es algo. No he visto a muchas de esas".

Caminamos hasta el vestíbulo y el portero nos hizo pasar. Fue educado y amable y llamó a Sarah desde la recepción para anunciar nuestra llegada.

Nos acompañó al ascensor y nos dio las buenas noches.

"Impresionante", dije una vez subimos al piso de la amiga de Sarah.

"A la antigua", sonrió Ethan. "Mi casa le da mil vueltas a este antro".

"Ajá", sonreí.

¿Qué? *¿Estaba sonriendo?* ¿Qué era lo siguiente? ¿Sexo loco en la azotea del edificio?

"Después de ti", dijo cuando se abrieron las puertas. Nos dirigimos al número de apartamento que Sarah le había dado a Ethan y llamamos.

"¡Hola, chicos!", dijo contenta cuando abrió la puerta. "Me alegro mucho de que hayáis podido venir". *Como si tuviéramos elección en el asunto*. Saludé a Sarah por aprovechar su simpatía para influir en las masas y conseguir lo que quería. Me alegro por ella.

"Por supuesto", dijo Ethan y besó a su hermanita en la frente.

"Algo huele delicioso", dije antes de abrazarla.

"Solo lo mejor para mis dos personas favoritas", dijo ella con dulzura. "Pasad. Ethan, ¿quieres echar un vistazo al bar y elegir una bebida para ti y Alexia? Voy a la cocina a ver cómo está mi salsa".

"Claro, hermanita. Alexia, ¿qué te pongo?"

"Agua con gas y limón, por favor, Ethan. Todavía tengo el estómago un poco revuelto". Además, no quiero *intoxicar* a nuestro bebé que ya está utilizando mi vejiga como castillo de saltos.

"Claro". Si a Ethan le pareció raro, no dijo nada. *Gracias al universo por las pequeñas misericordias.*

"Me muero de hambre, hermanita", llamó Ethan a su hermana, que estaba armando jaleo en la cocina con ollas, sartenes y cubiertos.

"¡Qué bien! Hay mucha comida. Suficiente para llevar a casa para repetir".

"¿Qué vamos a comer?" Pregunté.

"¡Pasta a las sobras de la nevera!". Se rio Sarah, saliendo de la cocina con un plato de aperitivos. "Era broma. He hecho las famosas berenjenas a la parmesana de mamá".

"Vaya, suena increíble".

"No nos emocionemos demasiado", se rio nuevamente Sarah. "La mejor prueba está en el pastel, como se suele decir".

"El último que hiciste estaba delicioso", dijo Ethan para animar a Sarah, que sonrió como un gato de Cheshire ante las amables palabras de su hermano.

"Ahhh, gracias, hermano mayor".

"Alexia me ha dicho que estáis a tope en la oficina", dijo Sarah y se metió un entremés en la boca.

"Eso seguro".

"Tu cliente no podría estar en mejores manos".

"Vale, ¿qué has hecho? Espero que sepas que no cobramos barato", sonrió Ethan.

"Oh, por favor. Si puedo librarme de las multas de tráfico hablando, puedo convencer a un juez de que vea las cosas desde mi punto de vista", insistió Sarah. "He comprado una botella de ese vino que te gusta, Alexia. Combina de maravilla con las berenjenas a la parmesana. Una combinación celestial".

Qué rico. Vino. Si me negaba, seguro que Sarah y Ethan se me echarían encima como el pelo al jabón. Sobre todo después de cómo me bebí las dos últimas botellas cuando los visité en el rancho. Pero no podía beber alcohol con la conciencia tranquila estando embarazada.

"Me parece estupendo, gracias".

Mi colega me sirvió vino en el vaso cuando estábamos cenando. Sarah levantó su copa y dijo: "Por el guapo Ethan y su inteligente Alexia. Lamento la acusación".

"Salud", rio Ethan.

"Brindo por eso", dije y bebí el sorbo más pequeño que pude.

A lo largo de la cena, compartí mi vino con la hermosa planta de maceta que había cerca de mi silla y recé para que no muriera. Seguí vertiendo y Sarah siguió rellenando. Hablaba con entusiasmo de Zack y de por qué era el nuevo amor de su vida. Al final de la cena, sentí como si conociera a su supuesto rompecorazones de toda la vida. Ethan y yo nos mirábamos de vez en cuando y sonreíamos ante su exuberancia.

No podía creer que hubiera conseguido retener la cena. ¿Era porque estaba disfrutando tanto de la compañía de Sarah y Ethan? Era una posibilidad. Por primera vez en semanas, no me estaba obsesionando con el caso, el bebé o cómo y cuándo decírselo a Ethan. En lugar de eso, me relajé y disfruté de los tontos hermanos.

Ethan era diferente cuando estaba cerca de Sarah. ¿Cómo no iba a serlo? Ella era encantadora. El hecho de que hablara como una pata loca nos ayudó a Ethan y a mí. Significaba que no era necesario que Ethan y yo habláramos demasiado. La distracción me resultó agradable.

Miré el reloj después de que se me escapara el tercer bostezo. Era casi medianoche y estaba agotada. Ethan debió de darse cuenta, porque se levantó y dio las gracias a su hermana por la deliciosa comida.

"Sarah, te has superado a ti misma", dijo.

"Sí, ha sido increíble. Gracias, Sarah".

"Ha sido un placer. Me entristece no veros durante un tiempo. Prométeme que nos visitaréis pronto".

"Lo prometo", dijo Ethan mientras se despedía de Sarah con un abrazo.

Yo simplemente sonreí y la abracé cuando Ethan hubo terminado. ¿Quién sabía dónde estaría después del caso? Me encontraba en una situación de pérdida. Si Ethan se convertía en socio, yo tendría que dejar el bufete. Si yo me convertía en socia, a él le daría un ataque de ira y se marcharía. En cualquier caso, nuestra *casi* relación estaba condenada al fracaso.

Le dimos las gracias a Sarah una vez más y nos fuimos.

"Había olvidado lo mucho que le gusta hablar a tu hermana", dije con una sonrisa.

"Tienes suerte de no haber crecido con ella", dijo Ethan y puso los ojos en blanco en broma.

"Eso que dices es horrible, hermano malo".

Ethan se rio y me abrió la puerta del coche. "Será mejor que te lleve a casa, Cenicienta, antes de que el carruaje vuelva a convertirse en calabaza".

"Uhg. No menciones la calabaza. Estoy tan llena que podría reventar".

"Debes de seguir enferma. Has comido una fracción de tu ración habitual. Ese bicho te habrá sentado fatal".

"Otra mujer obsesionada con su figura se lo tomaría como un insulto. Pero tienes suerte de que

yo no sea una de esas alhelíes. No ha sido un picnic, eso seguro".

"No te atrevas a vomitar en mi Jeep, o tendré que echarte a la acera".

"Todo un caballero, por lo que veo".

"Me temo que no siempre".

Sabía a qué se refería, pero no dije nada, sino que entré en el coche. Ethan cerró la puerta con suavidad. Tal vez fuera la cena o los vapores del vino que no bebí, pero había una suavidad en los ojos de Ethan, una dulzura que hacía tiempo que no veía.

"Prométeme algo, Alexia", me dijo una vez que estábamos de camino a mi apartamento.

"¿Qué cosa?"

"Prométeme que seremos más amables el uno con el otro pronto, cuando acabe el caso. Echo de menos esa amabilidad".

No supe qué decir. *¿Qué estaba haciendo?* ¿Cómo se atrevía Ethan a hacerme el numerito del *Sr. Amable*? No estaba jugando limpio.

Podía soportar al gilipollas de Ethan en ese cruce. Podía repeler al imbécil narcisista del trabajo. Al mandón fanático del control. Pero este Ethan era peligroso. No sabía cómo luchar contra este tipo. El agradable Ethan era el que me hacía temblar las rodillas. Era el que me hacía cometer estupideces, tomar decisiones insensatas.

"¿Has oído lo que he dicho?", preguntó amablemente mientras yo miraba por la ventana como una hippie en un viaje de ácido.

"Sí, te he oído. Lo intentaré. Es todo lo que puedo prometer".

"Es todo lo que necesito".

Condujimos en silencio durante un rato.

"Gracias por esta noche, Ethan. Me lo he pasado muy bien".

"Yo también. Puede que mañana tenga síndrome de abstinencia de Sarah".

"No te preocupes, compañero. Te cubro las espaldas".

"Más te vale", se rio. "Tengo la sensación de que voy a necesitarla".

ETHAN

Me sorprendió positivamente que Alexia y yo nos hubiéramos llevado tan bien durante la cena en casa de Sarah. Estaba muy bien no destriparnos mutuamente por la más mínima palabra inoportuna. Un tenue rayo de esperanza brilló, iluminando el comienzo de mi día.

El aparcamiento de la oficina estaba escasamente ocupado cuando aparqué en mi plaza. Carl se burló de mí la primera vez que le dije que tenía una plaza asignada. Me llamó 'chico del hueco' durante semanas. Me imaginaba lo que diría cuando consiguiera una plaza con mi nombre.

Estaba saliendo del Jeep y recogiendo mi maletín del asiento del copiloto cuando oí la voz familiar de mi buen amigo, o como yo prefería llamarle, mi recién adquirido mejor amigo, León. Una nube de niebla obstruyó momentáneamente el resplandor que había apreciado momentos antes.

"Veo que llegas pronto a la tarea".

"¿Qué puedo hacer por ti, León? Si está relacionado con el trabajo, te agradecería que me dieras la oportunidad de llegar a mi despacho".

"Me temo que se trata de un asunto personal".

"Ya veo. Continúa. Te escucho".

"¿Qué pensáis decir Alexia y tú a los compañeros cuando Alexia empiece a dar muestras? Las barrigas embarazadas tienen su propia agenda. No son propensas a obedecer".

"¿De qué estás hablando, León?"

"Reconozco a una embarazada cuando la veo", León hizo una mueca. "Créeme, cuando has tenido tantas novias intentando atraparte con esa lamentable engaño, tú también la reconocerías".

"León, esto es un nuevo bajón para ti. Debo decir que estás obstinadamente decidido a convertirme en un enemigo".

"Ah, así que la señorita aún no te lo ha dicho, ¿verdad? Uy, error mío".

Habría jurado que a León le acababa de tocar la lotería por la forma en que festejó tranquilamente.

"Alexia me habría dicho algo tan vital como eso, León. Como siempre, estás sacando conclusiones precipitadas. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos importantes que atender. No cotilleos". Me di la vuelta para alejarme, pero León siguió adelante.

"¿Qué crees que harán los jefes cuando descubran que les has mentido deliberadamente? Puede que no necesite trabajar como un perro en el caso Silvano, después de todo".

Me detuve, respiré hondo y me volví hacia él.

"León, te lo voy a decir una vez más porque sospecho que tienes un problema de oído. Tú no trabajas en el caso Silvano. No eres más que una caja de resonancia, si me permites decirlo, no deseada, pero nada más. Si en tus maquinaciones más descabelladas imaginas que Barnes y sus socios van a ascender alguna vez a una babosa como tú, estás delirando. ¿Por qué no te haces un favor y me dejas a mí los casos de niños grandes?".

"Te crees tan jodidamente superior, ¿verdad, Ethan Daniels? Pues vengo a decirte que estás a punto de caerte de cabeza al barro. Volveremos a hablar cuando yo sea socio y tú estés limpiando retretes en alguna parte, deseando haber sido más amable conmigo".

"Me voy, León. No me sigas. Es un traje nuevo, y que me aspen si voy a estropearlo con tu sangre de mierda".

León se rio cuando me di la vuelta y me dirigí al ascensor. Era una risa estridente, como de hiena, más que humana. *Maldito idiota*. De todos los trucos baratos que se pueden hacer. *Embarazada. Ja.*

"Una cosa más, Ethan".

"¿Ahora qué?"

"Pensé que querrías guardarte esto. Quizá puedas preguntárselo a Alexia la próxima vez que te la tires en tu despacho".

Sus palabras me pusieron furioso. Estaba a punto de romperle el culo de una vez por todas. Pero levantó algo que había en una bolsita y lo agitó. Sentí curiosidad.

"¿Qué es?

"Un test de embarazo. Uno que se hizo la bella Alexia. A menos que te esté engañando, yo diría que estás en un buen lío".

Miré la bolsa con asombro.

"Eso podría pertenecer a cualquier mujer de esta oficina, León".

"Podría, sí, pero no es así. Alguien en quien confío insiste en que Alexia la tiró a la basura momentos antes de salir del baño. Es de ella. Te lo dejaré aquí, sobre el capó de tu Jeep. Haz con él lo que te plazca".

Estaba en estado de shock. No me moví hasta que León desapareció de mi vista, hasta que me dirigí al capó de mi coche y recuperé la bolsa. Era una prueba de embarazo. Las dos líneas eran prominentes. *Quien había hecho la prueba estaba embarazada*.

De repente, mi confianza vaciló. Eso explicaría por qué Alexia había estado vomitando durante semanas y por qué parecía muerta de calor la mayoría de los días. Además, también estaba su extraño comportamiento. Había puesto distancia entre nosotros deliberadamente. No me lo había imaginado. El embarazo explicaría muchas cosas, incluida la mirada que me dirigió la noche anterior. Bueno, *¡joder!*

Estaba demasiado enfadado para enfrentarme a Alexia en aquel mismo momento. Sin embargo, necesitaba hablarlo con alguien. Mi familia estaba descartada. Llamé a Carl.

"Necesito hablar contigo", le dije cuando contestó.

"Vale, tío. ¿Qué te parece si quedamos para cenar? Yo..."

"Esto no puede esperar, Carl. Tengo que hablar contigo ahora".

"Claro, si no puede esperar".

"No puede esperar. ¿Dónde estás?"

"Estoy en casa", dijo.

"Voy para allá".

Terminé la llamada antes de que pudiera decir nada más, me metí la prueba de embarazo en el bolsillo de la chaqueta y crucé la ciudad hasta casa de Carl. Estaba en la cocina cuando irrumpí.

"¿Café?", preguntó.

"Whisky".

"¿Qué demonios pasa, Ethan? Parece como si hubieras visto un fantasma".

"Creo que Alexia está embarazada".

Carl no parecía tan sorprendido como yo esperaba. En lugar de eso, se limitó a servirse un café y colocarlo delante de mí.

"¿Por qué dices eso?"

"Me lo ha dicho el puto León. Con gran placer, debo añadir".

"Ya veo".

"¿Por qué estás tan tranquilo, Carl? Esto señala el final de mi puta carrera, y todo lo que puedes decir es: "Ya veo". Espera un momento. ¿Lo sabías? Dime que no lo sabías, Carl. Dime que tú, mi mejor amigo, me ocultarías algo que cambiará mi vida".

"Respira, Ethan, antes de que te dé un infarto. Sí, Alexia está embarazada, y sí, lo sé. Pero lo siento, Ethan. No es mi secreto. Supongo que cuando Alexia esté preparada, te lo contará. De todas formas, me enteré por casualidad. No es como si fuera una conspiración contra ti".

"No me lo creo. Apuñalado por la espalda por mi mejor y más antiguo amigo".

"Deja de comportarte como una maldita reina del drama, Ethan. Contrólate. Eres un hombre adulto. Tienes dos opciones, tal y como yo lo veo. Acepta tu responsabilidad o no lo hagas".

Sentí una gran tentación de abofetear a Carl. Prácticamente podía sentir su barbilla en la punta de mi puño. Solo habíamos llegado a las manos una vez en toda nuestra amistad. No recordaba de qué se trataba, pero ninguno de los dos salió ileso, sangrando y magullado.

La verdad era que no estaba enfadado con Carl. Al contrario, era un tipo honorable, y lo respetaba por guardarse el secreto de Alexia.

"¿Vas a tranquilizarte o tengo que coger los guantes de boxeo del armario?".

"Dame un minuto", gemí, "aún estoy decidiendo".

"¿Vas a hablar con Alexia? ¿Por qué no le dices que lo sabes?" Me preguntó Carl.

"Sinceramente, ahora mismo no tengo ni idea de lo que voy a hacer".

"Tómate tu tiempo, Ethan. Si te enfrentas a Alexia ahora, seguro que dices cosas que no piensas".

"Sé que tienes razón, Carl. Pero, ¿qué hay que decir en una situación como esta?".

"Lo que te salga del corazón, amigo. No de tu cabeza".

"Bueno, eso no ayuda nada. ¿Verdad?"

"Es curioso, eso es lo que me dijiste cuando quise romper".

"¿De verdad? Estoy lleno de mierda, ¿no?".

"Y algo más. Tómate el café".

Hice lo que Carl me ordenó mientras reflexionaba.

"¿De verdad es tan malo un bebé, Ethan? No vas a rejuvenecer. Te ganas muy bien la vida, así que el dinero no es un problema, y no se me ocurre nadie más adecuada para ser la madre de tu hijo que Alexia. Sois perfectos juntos".

"No estoy convencido. Si Alexia me quiere de verdad, ¿por qué demonios iba a ocultarme algo así? Es algo importante".

"Estás de broma, ¿verdad? Ponte en su lugar. Es nueva en el bufete. Está intentando demostrar a los socios que tiene madera de socia, que, por cierto, es la jugosa zanahoria que le pusieron delante desde el principio. Y ahora corre el riesgo real de que la despidan. Me sorprende que siga en pie".

"Eso no es justo, Carl. Ella y yo estamos en el mismo barco".

"Y una mierda. Tú no eres el que está embarazado. Puedes lanzarte a merced de la empresa. Nunca se desharán de su chico de oro. No es el caso de Alexia. Si pueden dejarla marchar, será una mujer embarazada sin ingresos, de la que se espera que críe a un niño ella sola. ¿Te parece justo?".

Dejé caer la cabeza entre las manos, frustrado. No podía discutir con Carl porque tenía razón.

"Habla con ella, Ethan. Resuélvelo. La quieres".

No quería hablar con Alexia. Estaba demasiado enfadado. Pero Carl tenía razón. *Maldita sea*.

"Vale. La llamaré para ver dónde está. Te pido disculpas por saltarte al cuello, Carl".

"Está bien. Lo entiendo".

Salí de casa de Carl y marqué el teléfono de Alexia. Saltó el buzón de voz. No tenía intención de dejar un mensaje en una conversación tan importante. En lugar de eso, conduje hasta su apartamento.

ALEXIA

"Fue extrañamente agradable".

"Qué inesperado. ¿Hiciste la encantadora pareja delante de Sara?"

"Sí, listilla. Pásame el plátano del frutero, por favor".

Jenna alcanzó el cuenco y me dio la fruta. No me gustaban mucho los plátanos, pero el pequeñajo que llevaba dentro me lo pedía.

"Estoy harta de hablar de mí. ¿Cómo os lleváis Carl y tú?

"De maravilla. Me ha pedido que vaya a España con él, el mes que viene, a pasar una semana de vacaciones".

"Qué bien. Estoy celosa".

"Necesitaré unas vacaciones después de terminar mi proyecto actual. Creo que tengo que elegir a mis clientes con más cuidado".

"O buscarte un buen abogado antes de empezar", sonreí.

"¿Conoces a alguno bueno?

"La verdad es que no".

"No te estreses, Al. Ethan y tú lo solucionaréis. Mientras tanto, levanta los pies e intenta relajarte. Toda esta agitación no le hace bien al bebé. Tampoco a ti te hace ningún favor".

"Ha sonado tu teléfono", le dije cuando volvió de la cocina con un vaso de vino.

"Gracias".

Jenna abrió la pantalla para comprobarlo. Vi cómo su rostro se volvía un poco más pálido de lo habitual. Me pregunté si su cliente estaría otra vez dándole vueltas en la cabeza.

"Eh, vuelvo enseguida", dijo y salió del salón.

La oí hablar con alguien en voz baja. Esperaba que Carl y ella no estuvieran discutiendo. Ya había bastantes.

"Era Carl", dijo cuando terminó de hablar.

"¿Va todo bien?"

"En realidad, no. Creo que deberías..."

Un golpe en la puerta me hizo dar un respingo. *¿Quién demonios estaba llamando a mi puerta a estas horas?*

La cara de Jenna me reveló que no era nada bueno.

"¡Alexia! Soy Ethan. Tenemos que hablar".

"¿Ethan?"

"Abre, por favor".

"Vale, vale. Aguanta un poco".

Caminé hacia la puerta y la abrí. Ethan me empujó antes de que pudiera decir nada.

"Por favor, entra", dije sarcásticamente.

Jenna cogió las llaves. "Os daré un poco de intimidad". Se marchó y cerró la puerta.

Ethan iba de un lado a otro de la habitación, paseándose como un loco.

"¿Qué está pasando?" Le pregunté.

Se detuvo un momento para mirarme; luego, se hundió en el sofá.

"¿Cómo has podido no decírmelo, Alexia? ¿Qué clase de mujer eres?"

"¿Qué?"

"Estás embarazada de mi hijo y no te molestas en decírmelo. Qué coño, Alexia!"

Me senté. "¿Cómo lo sabes?"

"Tuve que enterarme por León, *¡el puto León!* Le hizo mucha gracia compartir tu secreto conmigo".

"¿León? ¿Cómo?"

"¿Acaso importa? La verdadera cuestión aquí es, ¿por qué no me lo contaste?".

"Sé que esto tiene mala pinta, Ethan. Debería habértelo dicho ya, pero aún estoy en estado de shock".

"¡Estás en estado de shock! Ahora mismo me está dando un puto ataque de nervios. ¿Por qué, Alexia? ¿Formaba esto parte del plan con el que estabas negociando?"

"¿Qué plan? ¿De qué estás hablando?"

"Es un clásico, Alexia. Una mujer se incorpora a una nueva empresa y elige un objetivo para aprender los entresijos del juego. Pero no incluiste un embarazo en tu plan, ¿verdad? Eso fue un daño colateral".

Ethan tenía los ojos casi negros de ira. ¿O estaba dolido porque no sabía que estaba embarazada de él hasta que León se lo contó? Francamente, me daba igual. Estaba haciendo el ridículo.

"¿Qué demonios piensas de mí, Ethan? ¿Te parezco el tipo de mujer que intentaría atraparte? ¿Cuáles serían mis motivaciones, Einstein? Follar con otros empleados no es la mejor forma de progresar en la empresa, ¿verdad? Y, ¿cómo te atreves a inferir que podría ser tan superficial? Así de taimada".

No quería llorar, nunca lo hacía, pero ya era demasiado tarde. Me ardían los ojos cuando las lágrimas brotaron y se derramaron por mis mejillas.

Fantástico. Ahora Ethan va a pensar que eres débil y patética. ¡Deja de llorar!

No podía. Quería contraatacar, pero tampoco lo conseguí.

"¿Cómo iba a decírtelo? Nunca es buen momento para arruinar la carrera de alguien, ¿cierto? Además, llevas mucho tiempo comportándote como un tonto. No sabía si debía molestarme en decirte que estoy embarazada de ti. Dejaste muy claro que no te interesaban ni remotamente los niños".

"Nunca dije eso, Alexia. Dije que no quería tener hijos ahora. Claro que quiero tener hijos. No soy un gilipollas egoísta que únicamente vive para sí mismo".

"Te diré una cosa, Ethan. Acabemos con el caso y entonces podrás centrarte en la única cosa de tu vida que realmente importa. La asociación. Seguiré adelante y buscaré trabajo en otro sitio".

"Eso te gustaría. Así podrás hacerte el mártir y todos pensarán que yo soy el gilipollas aquí".

"Vaya. Vale, Ethan. Creo que ahora es cuando dejas de hablar y te largas de mi apartamento".

"No tan rápido, Alexia. Quiero la verdad, y no me iré de aquí sin ella".

"¿Qué verdad? Te he dicho la verdad".

"No, me has echado en cara algunos hechos, pero no me has dicho la verdad".

"¿De qué estás hablando? Me estás dando dolor de cabeza, así que ve al puto grano, por favor".

"¿Alguna vez te he importado, Alexia? ¿O era un juego? ¿Fingías ser frágil para ganarte mi confianza?

"¡Confianza! Confiaba en que te preocupabas por mí. Pero en cuanto Barnes soltó el hacha, me tiraste debajo del autobús. No me hables de confianza".

"Te pedí disculpas por eso, Alexia. Cometí un error. Había sido un día muy malo".

"¿Un mal día? No sabes lo que es un mal día. Prueba a abrazar el retrete durante un mes, para luego volver a visitarlo cuando necesites hacer la sexagésima meada del día. ¿Quieres hablar de un mal día? ¿Qué tal tener demasiado miedo a comer por si rocías a tus colegas con tostadas cuando menos te lo esperas? Ah, y para que no se nos olvide hablemos del gran jefe que te quita la alfombra de encima de un plumazo. Eso, Ethan, es lo que se considera un mal día".

Se quedó muy quieto.

"¿Alguna vez me has querido, Alexia?"

"*¡Fuera!* Sal ahora mismo antes de que te haga daño. No bromeo. Lárgate de una puta vez".

Se levantó y se fue.

Me tiré en la cama y abrí las compuertas. Me palpitaba la cabeza y me goteaba la nariz. Pero la peor víctima fue *mi corazón*. Yacía en el suelo del salón, hecho *añicos*.

Después de todo lo que había dicho aquel gilipollas, ¿cómo seguía enamorada de él?

¿Por qué?

ETHAN

Eso podría haber ido mejor, pensé. Tardé todo el trayecto hasta casa en relajar los músculos. Tenía un nudo en el estómago y estaba seguro de haber agarrado el volante del Jeep con tanta fuerza que había rozado trozos de cuero. No podía creer que Alexia tuviera el descaro de culparme de todo.

Ella estaba insinuando que yo tenía toda la culpa. Menuda gilipollez. Ella era la que, de repente y sin explicación alguna, había desaparecido del mapa. ¿Cómo podía ser eso culpa mía? Carl me llamó al móvil, pero no contesté. No quería hablar con nadie. Si la policía había arrastrado a Silvano fuera de su mansión y lo había metido en la cárcel, tendría que esperar hasta por la mañana para que yo pagara su fianza.

Cuando llegué a casa, cogí una toalla y me dirigí al arroyo. Estaba nublado pero húmedo. La ropa se me pegaba como una manta. Fuera ya estaba oscuro, así que utilicé una linterna. Jack corrió delante de mí, provisto de sus ojos de visión nocturna. Me desnudé al llegar al borde del agua y me zambullí superficialmente en el agua fresca. Me refresqué al instante mientras mi cuerpo se deslizaba en el oscuro arroyo. Permanecí sumergido el tiempo que me duró la respiración y luego subí a la superficie para tomar aire.

Mi mente no se desconectaba. Seguía oyendo las palabras de Alexia y viendo sus acciones una y otra vez, hasta que pensé que me volvería loco. No paraba de nadar. Al final me rendí y me tumbé en la orilla, agotado y compadeciéndome de mí mismo.

Después de pensar en ello durante un buen rato, me calmé e intenté reagruparme. Quería ordenar mis pensamientos antes de que se disiparan en el lodazal que eran mis emociones.

Jack intuyó que su mejor amigo estaba escocido y se sentía sensible, porque se tumbó a mi lado y apoyó la cabeza en mi pecho.

"Eres el afortunado, Jack. Tú puedes pavonearte por aquí todo el día y lamerte las pelotas cuando quieras, mientras que yo tengo que salir ahí fuera y comportarme bien".

Movió los ojos de un lado a otro en un acto de conmiseración. Jack era tan condenadamente mono.

Recordé lo que Carl había dicho antes. Lo de ponerme en el lugar de Alexia. Pensé en sus palabras y, por primera vez desde que me enteré del embarazo, intuí cómo debía de sentirse. Le dije cosas imperdonables. Quise estrecharla contra mí cuando empezó a llorar, pero mi obstinado

orgullo se mantuvo tan firme y rígido, como cuando mi pene veía su cuerpo perfecto y desnudo.

Se había acabado el tiempo de las mentiras. Era culpa mía que Alexia tuviera tanto miedo de hablarme de nuestro bebé. Fui yo quien estalló cuando Barnes nos dio la mala noticia. Yo reaccioné contra Alexia, no al revés.

¿Por qué iba a confiarme una noticia tan crítica cuando yo me volvía loco por el trabajo? ¿Y qué si no me convertía en socio? Había otras empresas. ¿Era realmente más importante para mí un trabajo que un hijo? Creía que nunca tendría que tomar esa decisión, pero ahora que lo hice, fracasé estrepitosamente. No era de extrañar entonces que Alexia, la mujer a la que trataba con tanto amor y cuidado, se lo pensara dos veces antes de tener un hijo conmigo.

Enhorabuena, Ethan. Esta es, de lejos, tu peor cagada de siempre. Deberías escribirlo. Será mejor que decidas lo que quieres antes de perder tanto tu trabajo como tu amor.

No podía dejar escapar a Alexia. Estaba perdido sin ella. No tenía ni idea de por qué había tardado tanto en darme cuenta. Pero más vale tarde que nunca.

"Ven, Jack, vámonos. Papá tiene que arreglar algo".

No tardé mucho en ponerme ropa seca y conducir de vuelta a casa de Alexia. Recé para no llegar demasiado tarde. La quería desesperadamente y se lo diría.

Llamé a su puerta cuando llegué a su apartamento. No contestó nadie. Volví a intentarlo. Silencio. *¡Mierda!* ¿Había llegado demasiado tarde? ¿Dónde estaba? Tuve que pensar. *¿Adónde iría después de una pelea a gritos conmigo?* El primer bar que encontré fue la respuesta corta, pero Alexia nunca haría daño a nuestro bebé.

Por capricho, conduje hasta la oficina. Me sentí aliviado cuando vi su coche en el aparcamiento subterráneo. El motor de su coche chasqueaba como un loco, lo que me decía que debía de haberlo arrancado de camino.

Era mi última oportunidad de sacar esta relación del fuego. Estaba aterrorizado cuando se abrieron las puertas del ascensor, pero seguí adelante. Oí un ruido de teclas procedente del despacho de Alexia. Su puerta estaba abierta cuando llegué al despacho.

ALEXIA

En cuanto empecé a teclear, las palabras surgieron con facilidad.

Estimados señores Barnes, Cromwell y Asher.

Por la presente presento mi dimisión, efectiva el último día del juicio del señor Silvano. Les aseguro, señores, que no daré nada más que lo mejor de mí para garantizar un veredicto favorable.

Mi dimisión se debe a asuntos personales en los que necesito centrarme. Les agradezco la oportunidad que me han brindado y la confianza depositada en mi capacidad como abogado y como miembro de un equipo.

Deseo al bufete, como colectivo, nada más que éxito.

Atentamente

Alexia Taylor

Abogada

Firmé el documento e imprimí una copia para mí. Lo fácil era tener las palabras en la cabeza. Incluso ponerlas sobre el papel no fue demasiado estresante. Pero tener la carta en la mano lo hizo realidad y fue una experiencia completamente distinta. Era definitiva. Estaba hecho.

Siendo realistas, *¿qué otra opción tenía?* Prefería retirarme con elegancia a que me pidieran que me fuera.

"¿Qué haces aquí tan tarde, Alexia?".

El sonido de la voz de Ethan me sacó de mis pensamientos. Di un respingo.

"Qué demonios, Ethan. No te acerques así a hurtadillas".

"No me estaba acercando a hurtadillas. Es que no prestabas atención".

"Joder. Tengo el corazón en los pies. ¿Y qué? ¿Te has acordado de algo más de lo que te gustaría acusarme? ¿Quieres clavarme la bota una vez más?".

"Me lo merezco", dijo.

"¿Qué quieres de mí, Ethan? Estoy cansada. Estoy cansada de luchar. Cansada de sentir que mis entrañas se retuercen hacia fuera. Pero, sobre todo, estoy cansada de esperar a que rompas otro trozo de mi corazón y lo pisotees. Así que, si no te importa, me gustaría que me dejaras en paz. Te veré mañana en el juzgado".

"¿Qué tienes en la mano?", me preguntó sin dejar de mirar el papel que sostenía.

"Es lo que tú quieres. Deberías darme las gracias. Me retiro, concejal. Has ganado".

"¿De qué estás hablando?"

"Dimito. He terminado. Conseguirás lo que quieres, y yo empezaré de cero donde no tenga que vigilar mi espalda las 24 horas del día".

Cerré el ordenador y apagué la impresora. Luego cogí mi bolso y me dirigí a la puerta.

"Alexia", dijo Ethan con voz temblorosa, "por favor. Espera".

"¿Esperar a qué? ¿Qué quieres?"

"A ti. Te quiero a ti".

Sus palabras me detuvieron en seco. Lo miré con incredulidad.

"Tu puntualidad es excepcional, Ethan. ¿Has tenido una revelación repentina?"

"Lo siento mucho, Alexia. He sido un capullo. Seguía culpándote de mi propia debilidad, pero ya no más".

No dije nada.

"¿Me quieres, Alexia?".

Esperó mientras yo permanecía muda.

"Vale, lo diré yo si tú no lo haces. Te quiero, Alexia. Te quiero desde hace mucho tiempo, pero mi ego y mi inseguridad me impedían ser sincero. Tienes mi corazón, mi amor. Es tuyo para que hagas con él lo que te plazca".

"Si tienes miedo de que te aleje de tu hijo, Ethan, no debes preocuparte. Nunca lo haría", probé a decir una vez más.

"Eso es maravilloso, gracias. Pero no estoy aquí por eso. Mejor dicho, no es la única razón. Te quería antes de que estuvieras embarazada de nuestro hijo. Cada día te quiero más. Lamento no habértelo dicho antes. Siento haber hecho de tu vida un infierno. Por favor, necesito tu perdón".

Me falló la voz. Por desgracia, mis lágrimas tenían su propia agenda.

"Por favor, Alexia. Necesito saberlo. ¿Me quieres? Si no, lo aceptaré, y podremos hablar del futuro y concretar los detalles de nuestro bebé".

¿Cómo un hombre tan brillante podía ser tan despistado? Estaba muerta de miedo, pero le respondí.

"Sí, tonto. ¿No te das cuenta? ¿No lo sentiste cuando hicimos el amor? ¿No lo viste en mis ojos cuando te miro? No sabía que tenía que explicártelo, Ethan. Lo siento, pero me perdí la lección de los exploradores sobre las señales de humo".

"Ojalá lo hubieras hecho; me refería a que me lo restregaste por las narices; no a la parte de los exploradores. Soy un hombre. No entendemos de indirectas. Si tú no lo dices, yo no lo entiendo".

"¡T-E Q-U-I-E-R-O, E-T-H-A-N! No me lo puedo creer. Desde luego, no me lo esperaba. Pero, ahí está. Me has hecho daño".

Ethan acortó la distancia que nos separaba en un instante. Antes de darme cuenta de lo que había pasado, estaba en sus brazos y me estaba besando.

"Lo siento mucho, Alexia", susurró. "Te quiero... tanto".

Dejó de besarme, se agachó y besó mi pequeño bulto incipiente.

"También te quiero a ti, pequeño", me dijo.

"Oye, ya basta. Tendrás tiempo de sobra para pasar tiempo con tu *pequeño* mientras cambias los pañales. Ahora es *mi* turno".

Volvió a besarme. Le rodeé el cuello con los brazos. La carta que tenía en la mano rozó su cuello.

"Dámelo", me dijo Ethan con autoridad. Cuando lo hice, la arrugó en una bolita. "No vas a ir a ninguna parte. Lo he pensado y he decidido aceptar la oferta de otro bufete. Llevan tiempo persiguiéndome. Creo que ya es hora de que acepte. Es una gran oferta, de hecho, así que no hay ningún perjuicio".

"No, Ethan. No puedo dejar que lo hagas. Aquí es donde debes estar. Has trabajado muy duro. Me niego a arruinártelo".

"Deja de discutir. Ya me he decidido".

Ethan volvió a besarme. Dejé de hablar y permití que el hombre al que amaba me quisiera. Como era debido.

ETHAN

Alexia estaba en mis brazos una vez más. El dicho era cierto: no sabes lo que te pierdes hasta que lo pierdes. En mi caso, sin embargo, sabía lo que casi había tirado por la borda por culpa de mi testarudez. No volvería a cometer el mismo error.

Era diferente tenerla en mis brazos, sabiendo que llevaba en su vientre a nuestro hijo. Era aún más preciosa para mí.

"Quiero hacerte el amor, Alexia", le susurré al oído mientras la abrazaba.

"Entonces será mejor que cierres la puerta", sonrió.

"¿Por qué? ¿Qué es lo peor que puede pasar? No serviría de nada despedirme", sonreí.

"Entendido. Aunque no me gustaría que León me viera el culo desnudo. Seguro que anda a hurtadillas con una cámara".

Me reí de su comentario. Me encantaba tener de vuelta a mi aguda Alexia.

Cerré la puerta del despacho y me giré para mirar a mi amante. Estaba un poco delgada, pero pronto lo arreglaríamos. Pensaba atiborrarla de filete de búfalo con patatas asadas y nata agria en cuanto pudiera tragarlo.

"Si vamos a hacerlo, será mejor que sea rápido", sonrió. "¿Quién sabe cuándo volveré a ir al baño?".

"¿Te ha dicho alguien alguna vez que tu conversación de almohada es estelar, Piernas Bonitas?".

"Lo he oído mencionar unas cuantas veces", dijo mientras le desabrochaba la camisa para dejar al descubierto mis montículos de marfil favoritos.

Alexia soltó un suspiro cuando mordisqueé suavemente cada uno de sus pezones.

"Cuidado", susurró, "están sensibles".

"Seré suave, mi amor".

Desnudé lentamente a mi muñeca de porcelana, con cuidado de no hacerle daño. Era una experiencia nueva para mí. Ella y yo siempre habíamos sido explosivos al hacer el amor, así que lo nuestro no había sido lento y suave. Pero yo estaba más que dispuesto a experimentar.

Hicimos el amor lentamente, y estaba seguro de que fue el orgasmo más intenso que había tenido nunca. Dicen que el amor lo cambia todo. Lo comprendí por primera vez. Supe que estaba con la mujer adecuada cuando se sacó de la chistera orgasmos múltiples.

"Eres perfecta", susurré, sin aliento pero rebosante de alegría. "Tendría que mudarme a un monasterio y hacerme monje ante la sola idea de no volver a tenerte entre mis brazos".

"No seas tan brillante", dijo ella. "Aún no estás fuera de peligro. Impresióname. Entonces veremos".

Volví a besarla, le froté las nalgas y la atraje contra mi dura polla.

"He echado de menos estar tan cerca de ti, Ethan. Te quiero".

"Yo también te quiero, Alexia. ¿Quieres casarte conmigo? Por favor".

"Creí que nunca me lo pedirías", dijo y me rodeó con los brazos.

"¿Eso es un sí?"

"¡Sí, claro que sí!

ALEXIA

El juicio fue breve pero intenso. No es que alardear fuera lo mío, pero pensé que Ethan y yo habíamos hecho un trabajo condenadamente bueno, a pesar de tener a León bajo nuestros pies como un cachorro desventurado.

"Hola, jefe", me dijo André cuando llegué a la oficina al día siguiente de nuestra victoria. "Una felicitación muy merecida. Estoy muy orgulloso de ti".

"Gracias, André. No podría haberlo hecho sin ti".

"Eso estaba implícito", dijo con cara seria, y luego se rio alegremente. "Ha llamado el señor Barnes. Le gustaría verte en la sala de juntas a las 9 horas".

"Gracias, André.

Era inevitable: *la gran reunión*. Ethan me aseguró que anunciaría su dimisión. Yo seguía sin sentirme cómoda con su decisión, pero él había insistido. Le quería aún más por su desinterés.

Le llamé desde mi despacho.

"Hola, preciosa", contestó.

"Supongo que a ti también te llamaron para que estuvieras allí a las 9 de la mañana".

"Eso parece".

"¿Estás seguro de que quieres hacer esto, Ethan? Es tu última oportunidad de cambiar de opinión. Te lo prometo. Estaré bien".

"No, Alexia. Ya he tomado mi decisión. Te veré en la sala de juntas a las nueve".

"Te quiero".

"Lo mismo, Piernas".

El paseo para reunirme con Barnes y los otros hombres fue la Milla Verde de mi carrera. Ethan me estaba esperando. Sonrió cuando nos sentamos. Me guiñó un ojo en señal de ánimo. Una sonrisa nerviosa fue todo lo que pude conseguir.

"Buenos días, Ethan, Alexia", sonrió Barnes.

"Buenos días".

"Una sincera felicitación para ti y tu equipo", dijo Cromwell.

"Sí", añadió Asher, "muy impresionante. Formáis un equipo excelente".

"Muchas gracias", sonrió Ethan.

"Gracias a vosotros", añadí yo.

"Hay un asunto que nos gustaría tratar con vosotros".

Aquí viene.

"Antes de empezar, me gustaría decir algo. Si no os importa", interrumpió Ethan.

"Adelante".

"Es justo que llame vuestra atención sobre el hecho de que Alexia y yo tenemos una relación". Ethan se aclaró la garganta como si las palabras estuvieran atascadas en algún lugar detrás de la laringe.

"Ya lo sabemos, Ethan", dijo Barnes. "Lo sabemos desde hace tiempo".

Ethan y yo nos miramos, pero no dijimos nada.

"Ese es uno de los temas que queríamos tratar con vosotros".

"Pido disculpas por no haberme sincerado. Debería haberlo hecho. La verdad es que lo mío con Alexia nunca fue una aventura".

"No", intervine. "Nos queremos y nos vamos a casar pronto".

"He decidido, por tanto, renunciar y dimitir. Me gustaría dar a Alexia una oportunidad de ser socia, señores".

"Es muy noble por tu parte, Ethan, pero no será necesario. Nuestra política sobre citas o relaciones nunca pretendió interponerse en el camino de los empleados que se toman en serio su compromiso romántico. El amor verdadero es algo raro", dijo Barnes.

"Bien dicho", añadió Cromwell.

"Absolutamente", coincidió Asher.

"No nos interpondremos en vuestro camino. Ethan y Alexia estáis dedicados y comprometidos con nuestra empresa. Apreciamos vuestras habilidades y el valor que aportáis a nuestra organización. Por eso hemos hecho planes alternativos para poder ofreceros a ambos una asociación en Barnes, Cromwell y Asher LLP. Esperamos que aceptéis".

Ni Ethan ni yo lo vimos venir. El alivio me inundó. Ethan no se iría. Ni yo tampoco.

"No puedo hablar en nombre de Alexia, pero acepto. Muchas gracias".

"Yo también os doy las gracias", dije. "No me gustaría nada más".

"Bien. Entonces ya está arreglado. Una cosa más", dijo Barnes. "Enhorabuena por tu embarazo. Te deseamos todo lo mejor. Los bebés son una bendición. Aunque ruidosos y desordenados".

"No pongáis esa cara de asombro", se rio Asher. "Aquí ninguna noticia es sagrada. El telégrafo de los arbustos está vivito y coleando".

"Espero que nos hagan un guiño para una invitación de boda", dijo Barnes.

"No lo haríamos de otra manera". Sonreí.

Ethan y yo nos unimos a las risas. Después de darnos la mano y palmearnos la espalda, se levantó la sesión.

"Vaya", dijo Ethan. "Yo habría perdido esa apuesta".

"Yo también".

Caminamos cogidos de la mano de vuelta a nuestros despachos. Nos cruzamos con León por el camino. Estaba sonriendo.

"Oh, León", dijo Ethan, "¿nos acompañas un momento a Alexia y a mí a mi despacho?".

"Por supuesto", dijo con una sonrisa grasienta.

Ethan cerró la puerta de su despacho cuando León y yo estuvimos sentados.

"Enhorabuena, León", dijo cuando estuvo sentado tras su escritorio. "Parece que tus noticias han llegado hasta arriba".

"Vaya. Espero que los socios os hayan decepcionado suavemente. Es una pena. Y después de todo vuestro duro trabajo. Mis condolencias".

"Es muy decente por tu parte, León, pero yo, en tu lugar, rompería todavía el champán. Verás, a pesar de tus intrigas mezquinas y despiadadas, Alexia y yo hemos conseguido asociarnos con Barnes, Cromwell y Asher LLP".

León fulminó a Ethan con la mirada como si le hubiera dado una bofetada.

"Así es, León. Y pensé que, como socio más reciente del bufete, soy de la opinión de que los de tu calaña no encajan aquí. Nuestro bufete consiste en trabajar juntos en beneficio del conjunto, y no de la ambición egoísta de uno de sus miembros."

"Creo que lo que Ethan intenta decir, León, es que te vamos a dejar marchar". Una sonrisa apenada bailó en mis labios.

"¡No podéis despedirme! Los socios mayoritarios nunca lo permitirán".

"En eso te equivocas, León", continuó Ethan. "Ya han aprobado y apoyado la decisión. Resulta que tampoco les gustan los chivatos".

"Que te jodan, Ethan Daniels. Que os jodan a ti y a tu mujer. Esto no ha terminado".

"León, sal de mi despacho, recoge tus cosas y abandona el edificio. Si vuelvo a verte por aquí, te enseñaré lo que pienso de tu culo conspirador", dijo Ethan mientras se levantaba y se alzaba sobre un incrédulo León, que se dio cuenta enseguida de que más le valía largarse del despacho de Ethan.

"Qué bien me he sentido", sonrió Ethan cuando León se marchó.

"Bien hecho, abogado. Eso es un poco de diversión extra para ti", sonreí.

"Te lo voy a prometer".

"¿Me lo prometes?"

"Prometido".

EPÍLOGO

LA BODA

Alexia

La iglesia estaba abarrotada de familiares, amigos y colegas. Ornella y Sarah estaban pegadas a mí como un espray, mientras Jenna cacareaba como una gallina sobre sus polluelos recién salidos del cascarón.

"Pareces una princesa", dijo Ornella con los ojos llorosos.

"Otra preciosa incorporación al clan Daniels", dijo Sarah y me besó en la mejilla.

La calidez de su nueva familia me abrumó.

"Maldita sea, chicas, ahora no. No quiero llorar y estropearme el maquillaje".

"Por eso mamá insistió en el velo", se rio Sarah.

"No eres la primera novia que llora, que lo sepas", guiñó Ornella.

Comprobé mi reflejo en el espejo una vez más. El anterior bulto de tamaño medio había pasado de parecer una pequeña montaña adorable a un volcán que amenazaba con estallar y arrasar todo y a todos a su paso.

"Esta es tu última oportunidad para mear", dijo Sarah con cara seria.

"Ya voy", me reí. Estaba hecha un manojo de nervios.

"Muy bien, señoritas", dijo Ornella y dio una palmada. "Es la hora del espectáculo. Vamos a hacer de ti una verdadera mujer, Alexia".

"¿En serio, mamá?" Dijo Sarah y puso los ojos en blanco. "Eso es tan del siglo pasado".

"Era una broma, querida. Coge ese tren y vámonos antes de que tu hermano piense que su novia ha cambiado de opinión".

Jenna me cubrió los ojos con el velo y me dirigí a reunirme con mi prometido en el altar. La marcha nupcial llenó la sala cuando me situé al principio del pasillo. Ethan me esperaba en el otro extremo, cerca del altar. Levantó la vista cuando empezó la música. Me moví con tanta elegancia como podía hacerlo una mujer en la última fase de su embarazo, y Sarah y Jenna me siguieron.

Ethan temblaba cuando Barnes me cogió del brazo. Le dediqué mi mejor sonrisa nerviosa.

"Demasiado tarde para correr, Piernas", bromeó Ethan en voz baja.

"No es que vaya a llegar muy lejos con esta barriga", suspiré incómoda.

"¿Te duele algo?" Susurró Ethan antes de que subiéramos las dos escaleras que conducían al altar.

"Un poco".

"Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí..."

No sé Ethan, pero yo no oí gran cosa de lo que decía el pastor. Estaba perdida en los hermosos ojos azules de mi enamorado y mejor amigo.

"¿Aceptas, Ethan Daniels, a Alexia Taylor como legítima esposa, a...?"

"Sí, acepto", intervino Ethan antes de que el pastor pudiera terminar la pregunta".

"Veo que tenemos aquí un novio entusiasta", se rio el Pastor. Los invitados se rieron y Ethan se ruborizó un poco. Podría habérmelo comido vivo allí mismo.

"¿Aceptas tú, Alexia Taylor, a este hombre, Ethan Daniels, como tu...?".

"Sí, pastor, acepto. Será mejor que te des prisa con el sí quiero. Creo que acabo de romper aguas", dije con un quejido. Me miré los pies por si me equivocaba, pero no hubo suerte. La alfombra que tenía debajo estaba empapada.

"Oh, querida. Os declaro marido y mujer. Bésala y vete, jovencito".

Lo que siguió fue un caos. Ornella gritó a Charlie que fuera a buscar el coche. Sarah corrió hacia mí para ayudarme con el vestido, y Carl y Ethan se quedaron estupefactos, clavados en el suelo.

"No os quedéis ahí parados, los dos", ladró Jenna a los dos congelados.

"Uh-hum", le dije a Ethan después de aclararme la garganta, "¿vienes o no?".

"Mierda, lo siento. Ya estoy aquí. ¿Qué puedo hacer?"

"Será mejor que me acompañes al coche. Con este vestido no voy a ninguna parte a toda prisa".

Ethan me levantó en brazos y corrió hacia el coche, donde su padre esperaba ansioso.

"Por el amor de Dios, Charlie", ordenó Ornella a su marido, "llévalos allí enteros, no corras".

"Callate Ornella", gimió y pisó el acelerador una vez estuve a salvo en la parte de atrás.

Ella, Sarah y Jenna subieron al coche de Carl y nos siguieron.

"¡Joder! Esto duele", gemí mientras Charlie conducía como un loco hacia el hospital más cercano.

"Más despacio, papá. Casi expulsas a tu nieto nonato del vientre de Alexia en la última curva".

"Estoy nervioso", dijo su padre. "Dale un respiro a un viejo".

"Alexia, afloja, que me vas a aplastar la mano".

"¡Uf! Aquí viene otra", grité mientras me preparaba para la siguiente contracción tortuosa. "Este bebé no está de broma", siseé.

"¡Allí! Ahí está el hospital. Prepárate", anunció Charlie.

"Gracias a Dios". Ethan se dispuso a saltar del coche en cuanto se detuvo ante la entrada de Urgencias.

Sarah fue a buscar una silla de ruedas mientras Ethan me ayudaba a salir del coche.

"*¡Ay! Maldita sea!*" chillé cuando otra contracción me retorció el vientre. Me sentía como uno de los tripulantes de la película Alien, justo antes de que la criatura saliera de su estómago.

Ethan me bajó lo más suavemente que pudo a la silla de ruedas y me llevó a la sala de urgencias.

"Mi mujer va a dar a luz", gritó a la primera enfermera que encontró.

"Sí, eso pasa mucho por aquí", sonrió y le guiñó un ojo. No estaba de humor para bromas. La miré con los dientes apretados. Estaba a punto de decirle a la mujer que se dejara de gilipolleces y le dijera a Ethan adónde tenía que ir, pero él mantuvo la calma y volvió a preguntar.

"¿Adónde voy?"

"Llevaré a tu mujer arriba, a la sala de partos, mientras tú rellenas unos formularios en recepción".

Ni a Ethan ni a mí nos hacía gracia separarnos, pero cuando el dolor volvió a golpearme como una pala, gruñí a la enfermera para que moviera el culo y me llevara arriba, *¡rápido, joder!*

* * *

Ethan

Caminé de un lado a otro por el vestuario de la iglesia, con Carl y Charlie intentando ayudarme a controlar los nervios.

El corazón me iba a mil por hora.

"Cálmate, hijo. Si crees que ahora estás nervioso, espera a que Alexia dé a luz. Entonces te podrá el pánico".

"Vaya, papá. Ahora me siento mucho mejor", dije. Mi padre creía que me estaba ayudando. *Pues no*.

"Vamos. Es hora de casarse", dijo Carl. "No puedes ser feliz para siempre".

"Tú tampoco ayudas, colega".

"Vale", dijo mamá asomando la cabeza por la puerta. "Las chicas están listas". Me sonrió alegremente. "Qué guapo estás, hijo mío".

"Gracias, mamá".

Mi comitiva y yo nos dirigimos al altar. Los invitados sonreían y me saludaban con el pulgar hacia arriba cuando pasaba junto a ellos por el pasillo. Yo seguía sonriendo.

Estaba mirando una mancha en mi zapato cuando sonó de repente la marcha nupcial. Levanté entonces la vista y vi a mi hermosa y perfecta Alexia caminando lentamente hacia mí. ¿O se tambaleaba hacia mí? Su vientre era perfectamente redondo, y sonreí por dentro mientras se contoneaba. ¿Cuán feliz podía ser un hombre? Mi novia era todo lo que podía haber deseado.

"Vaya", susurró Carl cuando vio a Alexia. "Es una mujer muy guapa, colega. Estoy muy orgulloso de ti, Ethan. Bien hecho al recuperarla".

"Ya lo sé", le susurré. "Gracias por los buenos consejos".

Todo iba tan bien. Entonces Alexia acabò de romper aguas y nos resbalamos por el lìquido amniòtico hacia el coche de papà. No bromeaba. Si pensaba que los nervios de la boda eran malos, me cagaba de miedo al pensar que mi mujer iba a dar a luz a nuestro hijo en la parte trasera del coche de mi padre.

Alexia parecía aterrorizada y yo la abracé con fuerza.

Después de que la enfermera enviara a Alexia al ascensor que conducía a la sala de partos, tuve la sombría tarea de rellenar los formularios.

Mamá, Sarah, Jenna y Carl llegaron en desorden mientras yo anotaba respuestas a preguntas idiotas.

"¿Dónde está?" preguntó mamá a un celador.

"Cálmate, mamá. Alexia está arriba, en la sala de partos. Me reuniré con ella enseguida".

"Eso no importa", dijo Sarah. "Yo rellenaré el papeleo. Ve a estar con tu mujer".

"Gracias, hermanita", dije, y salí corriendo hacia el ascensor.

"5ª planta", me llamó la administrativa desde detrás de su mesa. La saludé con el pulgar hacia arriba antes de que se cerraran las puertas.

Arriba, en la quinta planta, escuché el sonido de la voz de Alexia. Sí que tenía un par de pulmones. Sus gritos rebotaban en las paredes. Me bastó con seguir el aluvión de improperios para encontrar a mi mujer. Entre aullido y aullido, intentaba seguir el método de Lamaze que ya dominaba.

"Estoy aquí, Piernas". La cogí de la mano mientras jadeaba y juraba, y veinte minutos después, nuestro bebé jadeó y luego lloró.

"Ah", dije entre lágrimas. Luego me froté la mano magullada antes de que el médico me entregara al bebé.

"¿Qué pasa?" Preguntó Alexia, sin aliento.

"Enhorabuena, señor y señora Daniels. Tenéis una preciosa niña".

"Una hija", dijo Alexia entre lágrimas de felicidad. "Esperaba que fueras una niña", dijo suavemente a nuestra bebé.

"Es preciosa", dije con voz temblorosa. "Se parece a ti, mi amor".

"Estoy muy contenta, Ethan", dijo Alexia mientras besaba a nuestra hija por todo el cuerpo. Luego abrió la manta y comprobó que tenía diez dedos en los pies y diez en las manos. "Entonces, ¿tiene el sello de aprobación de los Daniels?".

"¿Estás de broma? Con nota. Y algo más". Sonreí.

"¿Cómo la llamaremos?" Pregunté como si la idea acabara de cruzárseme por la cabeza.

"¿Qué te parece Ava?"

"Me gusta. Hola, Ava Daniels. Ya veo que vas a ser tan guapa como tu mamá".

"Sí, e igual de testaruda que tu papá, por lo que parece", dijo Alexia y volvió a besar a su bebé. "Es una señorita con mucha prisa".

"Será mejor que lleve a la pequeña Ava fuera y la presente al grupo. Apostaría la granja a que mamá está desgastando la alfombra".

"Vale, pero ten cuidado", se preocupó Alexia.

"No te estreses. Ava y yo volveremos enseguida".

Sarah levantó la vista en cuanto entré en la sala de espera por las puertas batientes.

"¿Qué pasa?", dijo, dando saltitos por todas partes.

"¿Alexia está bien?" preguntó Jenna.

"Tranquilas, señoras. Os presento a Ava Daniels. Ava, esta es la banda de locos de la que te hablé".

"Ohhh", chilló mamá, "hola, pequeña Ava. Oh, Ethan, es preciosa. Enhorabuena, hijo mío. ¿Puedo cogerla?"

"Por supuesto, mamá. Aquí tienes". Mamá me quitó a Ava con suavidad y fue al sofá, donde se sentó con su nieta.

"Bien hecho, colega", sonrió Carl. "¿Cómo está Alexia?"

"Gracias, Carl. Está cansada, pero muy contenta".

"Como debe estar. Toma", dijo, y sacó tres cigarrillos del bolsillo del pecho, "algo para los chicos". Le dio uno a mi padre y otro a mí. "Fumaremos estos puros más tarde, cuando las mujeres se hayan calmado".

"Hijo, me has hecho sentir muy orgulloso", dijo papá, con los ojos llorosos.

"Gracias, papá. Estoy deseando llevar a Ava a nuestras salidas de pesca".

"Ya he comprado una caña pequeña", sonrió papá.

"Claro que sí", me reí y abracé a mi padre.

"Mamá, voy un momento a ver a Alexia", dije.

"Vete. Ava está conociendo a su abuela y a su tía".

"Por favor, dale un beso a Alexia de mi parte. Dile que iré a saludarla dentro de un rato", sonrió Jenna.

"Lo haré".

"Espera", dijo Jenna antes de que saliera de la habitación. Me cogió la cara con las manos. "Enhorabuena, Ethan. Me alegro mucho por ti. Sé que vas a querer bien a tus hijas".

"Así será. Será mejor que Carl y tú trabajéis en unos cuantos rugrats por vuestra cuenta. Ava va a necesitar unos cuantos cómplices".

"De acuerdo".

Alexia estaba recostada en la almohada, descansando. Tenía los ojos cerrados, así que me puse de puntillas y me senté en la silla que había junto a su cama.

"Podría acostumbrarme a esto de estar descalza y embarazada", susurró.

"Creía que estabas durmiendo, farsante".

"¿Y perderme toda la diversión? Jamás".

"Será mejor que te eches una siestecita. Tengo familia y amigos que amenazan con tirar la puerta abajo para verte".

"¿Cómo está nuestra pequeña Ava?"

"Firmemente al mando, como siempre supe que haría".

"Así me gusta".

"Gracias, Alexia. Por quererme, por darme una hija preciosa y por ver al hombre que llevo dentro y que no sabía que estaba ahí."

"Bla, bla, bla. Tendrás que llevar pañales durante un mes. Eso debería deshacerte de cualquier actitud residual que te aceche", dijo Alexia. "Ahora cállate y bésame".

No discutí. Sabía muy bien que perdería.